



Azaroa Sánchez



FLECHAZO

**impru
dente**

por Azaroa Sánchez

Título: Flechazo imprudente
©2019, Azaroa Sánchez
Edición y maquetación: 2020, Azaroa Sánchez
Diseño de la cubierta: 2020, Mila Burton
Prólogo y corrección: 2020, Sonia M. Fuentes
1ª edición: enero, 2020

Todos los íconos y vectores utilizados en el diseño de este libro corresponden a Freepik. <https://www.freepik.es/>

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

Obra registrada en la Propiedad Intelectual de la Comunidad Autónoma de Galicia y en SafeCreative.

A todos aquellos que creen en el amor a primer pantallazo.

A todos los que se enamoraron leyendo las palabras de alguien.

A todo aquel que crea en el amor.

PRÓLOGO

Sonia M. Fuentes

¿Alguna vez te has planteado qué pasaría si el pasado viniera a tocar a tu puerta? ¿O a tu móvil? En ocasiones creemos tenerlo todo bajo control, que estamos justo en el punto que queremos y que hacemos nada más y nada menos que lo que queremos hacer, pero la vida nos puede tener preparada alguna que otra sorpresa.

Gema es divertida, alocada y despreocupada, algo tal vez poco común en una periodista de actualidad. Con su sonrisa por bandera, va por la vida sabiendo lo que quiere y cómo conseguirlo. No se anda por las ramas y, si cualquiera podría buscar su media naranja, ella busca mejor su medio limón. ¿Ya he dicho que es alocada y divertida?

Gabo es un hombre práctico, meticuloso e impaciente. Los juegos son su trabajo y su vida, y a ellos se dedica casi por completo. En su vida no hay lugar para perder el tiempo. Si algo no funciona, mejor dejarlo estar y empezar de nuevo. ¿Ya he dicho que es práctico e impaciente?

Pero la vida les tiene una sorpresa para la que ninguno está preparado. Porque por más que lo crean, no pueden controlarlo todo y, en ocasiones, la cosa más mínima puede hacer que su mundo se remueva. Y un mensaje inesperado, junto a una serie de coincidencias harán que el pasado vuelva a ellos.

Esta que vais a tener el placer de leer, es una historia contemporánea, una historia en la que las redes sociales conectan aquellos hilos que parecían rotos. Un simple mensaje, el que nos abre la curiosidad de saber ¿qué ha pasado con...? ¿Cómo será ahora? E incluso: ¿Qué me está pasando?

Flechazo imprudente es una historia de conexiones virtuales, que retrata a personas con las que nos podemos sentir identificadas, o con las que nos podríamos cruzar en cualquier momento. Pero es

sobre todo, una historia de amor. Aunque sea un amor lleno de enredos y diversión.

Es la segunda novela publicada de Azaroa Sánchez, pero mantiene sin duda su sello personal. Ese manejo de la comedia romántica y de los tiempos. Y sí, le encanta el romance, pero no deja de lado su niña traviesa interior, esa a la que gusta poner en dificultades a sus personajes. Le gusta ponerlos en aprietos y, por momentos, hacerlos sufrir un poquito, porque no todo puede ser fácil.

Este que tienes en tus manos es un cuento moderno, no tiene princesas ni príncipes, no hay castillos o madrastras. ¡Y ni falta que hace! La realidad de sus personajes te hará suspirar igual, te harán reír, e incluso desesperar. Te harán no querer parar de leer hasta descubrir si, en este nuevo cuento, tendrán su final feliz.

Puede que no sea objetiva con ella, pero tampoco nadie me lo ha pedido. Porque Azaroa deja parte de ella en todos sus escritos, da todo de sí para que nos enamoremos de su obra. Así que tú, que tienes este libro en tus manos, recreáte en sus letras sencillas y llanas y disfrútalo. Disfrútalo porque se acaba en un suspiro y en una sonrisa.

www.facebook.com/SMFuentes
www.instagram.com/staurofilas
www.twitter.com/staurofilas



INTRODUCCIÓN

Gema

El amor en el tiempo del Wi-Fi.

Releo el titular de la noticia una y otra vez. Sigo pensando que yo no soy la más adecuada para escribir esto. Me giro momentáneamente para apreciar el gesto preocupado de Elisa, mi adorada compañera de trabajo, a la vez que fija una y otra vez la vista en la pantalla de su ordenador.

En fin, supongo que no puedo librarme.

Castañeo los dedos sobre la mesa con impaciencia a la vez que observo con curiosidad la libreta que tengo apoyada sobre la pantalla. Tengo las ideas, lo que no tengo son ganas.

Treinta minutos, treinta tristes minutos me faltan para terminar con todo esto y poder comenzar a vivir.

Sin pensarlo me pongo a teclear en mi ordenador, haciéndolo resonar por todo el lugar. Me gusta mi trabajo, sí, lo que odio es trabajar en líneas generales.

Con el paso de los años, la forma de conquistar ha cambiado. La tecnología cambió nuestra forma de relacionarnos con los demás. Las conversaciones telefónicas se transformaron en WhatsApps, las cartas en e-mails y el interés en un simple like a tu foto de perfil.

Sonrío, asintiendo con la cabeza. Antes la vida era mucho más compleja, ahora es todo tan sencillo como que alguien te agregue a

alguna de las múltiples redes, te dejé un simple comentario y... ¡tachán!, surgió el flechazo.

Años atrás, para que una relación comenzara se realizaba una estupenda pedida de mano. A día de hoy no existe hasta que no aparece reflejada en su cuenta de Facebook.

Cuando quiero ponerme a decir realidades lo hago, claro que sí. Meneo la cabeza, orgullosa de mi trabajo y todas las verdades que soy capaz de plasmar en papel.

A decir verdad, yo soy la primera que utilizo las nuevas tecnologías para mi propio beneficio, aunque tengo que admitir que eso de buscar pareja por ahí siempre me pareció ridículo. Me explico: ¿es posible realmente que una máquina decida quién es tu estúpida media naranja? Y sí, digo estúpida porque no creo en esa tonta teoría.

Creer en ella nos obliga a creer en la existencia de una perfección que realmente no existe. Nos coacciona a ilusionarnos con una vaga y tonta esperanza de encontrar a nuestra alma gemela, a otra persona que supuestamente está hecha a nuestra medida. ¿De verdad puede haber alguien dispuesto para nosotros, como dos estúpidas piezas de puzle perdidas por el mundo? Eso no se lo cree nadie.

Yo siempre he buscado a mi medio limón, al que me quite el calentón, vaya. Nada de media naranja o príncipe azul, para eso ya están los cuentos de Disney: La Cenicienta, La Sirenita, Los Tres Cerditos... Ups, creo que en esa no hay príncipe azul, ¿o lo será el lobo? En fin, me voy por las ramas.

Sin duda nada de esto está hecho para mí. Yo soy un espíritu libre, yo vivo mi vida como una mariposa que saborea de cada día como si fuera el último sin saber lo que le deparara mañana, intentando volar y disfrutar. Yo igual.

Estoy totalmente de acuerdo con que las redes sociales pueden servir para buscar a un rollete para una noche, tal vez el compañero ideal para una buena juerga, pero ¿al amor de tu vida? ¡Venga ya! No es posible conocer a una persona por medio de un par de palabras mal escritas en un maldito chat.

De todas formas, tampoco creí nunca en algo tan frecuente y recurrido como el amor a primera vista, ni en el amor por catálogo. ¿Qué es eso de enamorarte viendo una estúpida foto en una web de contactos? Supongo que ahora, según esto, tendríamos que hablar de «amor a primer pantallazo» o algo así. Una tontería.

Otra pantomima más, el amor platónico... ¡Oh, vamos! No puedes llegar a sentir nada por una persona que no te corresponde. Qué manera de sufrir a lo tonto. No hay nadie tan perfecto como para merecer que derramemos ni una sola lágrima por él.

Vuelvo a poner mi atención en el artículo, que termino, como siempre, divagando más de lo normal.

Observo el reloj en la esquina izquierda de la pantalla. ¡Perfecto! Solo me faltan veinte larguísimos minutos...

Siento el tictac del reloj en mi cabeza. Suelto un fuerte bufido cargado de frustración a la vez que me quedo mirando para él muy fijamente. Tal vez así consiga que el tiempo termine transcurriendo antes.

—También deberías de hablar de los peligros de internet. — Escucho la voz de Elisa y no puedo evitar girarme. ¿De verdad me está hablando de eso ella? ¿Precisamente ella?—. Ya sabes: viejos, calvos y fondones. —Estalla en una pequeña carcajada que disimula perfectamente con esa clase que la caracteriza. Qué envidia me da, yo que parezco una foca epiléptica cada vez que me río.

Siempre me pregunté si desde fuera uno se ve diferente, o sí, por el contrario, Elisa ya se da cuenta de que tiene una risa perfectamente cuidada, y yo soy un puto desastre que hasta se atraganta si no es capaz de controlarse. No lo sé, tendría que haber algún estudio al respecto.

—O también puede que sean unos treintañeros con el culo prieto. —Me llevo el boli a los labios tras decir esto.

No puedo olvidar la forma en la que mi querida amiga y compañera Elisa se enamoró del buenorro de Daniel: por internet, cómo no. Últimamente parece la única forma de conocerse y enamorarse, como si no existieran bares de copas o supermercados.

—Todavía no escuché tu disculpa, por cierto —dice muy sonriente.

Tan solo hace un año, un año y pocos meses desde que Elisa y Daniel se enamoraron. Tan solo hace unos quinientos cuarenta y ochos días, día arriba día abajo —tampoco es que lleve la cuenta exacta—, y si echo la vista atrás, no conseguiría reconocer a Elisa. Es otra.

¿De verdad puede el amor cambiarte tanto?

—¿Disculparme por qué? ¿Por decirte los problemas que puede acarrear enamorarte de alguien a quien nunca has visto en persona? —pregunto, girándome de nuevo hacia mi ordenador—. Perdona por ser una buena amiga, Elisa. —Le guiño un ojo de forma juguetona.

Al momento escucho como estalla en una pequeña carcajada. Ni de broma es la misma. ¡Me la cambiaron hijo!

—Disculparte por ser una amiga sensata, claro. Normalmente eres la cabra loca, y eso es lo que más me gusta de ti. —Aprecio como se acerca y se sienta sobre mi mesa. Pienso protestar, más que nada por tocar las narices, pero cuando voy a entreabrir los labios ella se me adelanta—. Te voy a echar de menos.

—¡Madre mía! Me voy un par de días, burra. —Me río sin poder evitarlo—. Además tú también irás a ver a tu madre, supongo.

Aprecio rápidamente como niega con la cabeza, con pesar.

La verdad nunca comprendí muy bien la relación de Elisa con su madre porque, según mi forma de verlo, esa relación es inexistente. En cierto modo la envidio, pero ese es otro tema. A ella sé que le parte el alma.

—Mi madre tiene otros planes, y yo no puedo añadirme a ellos sin quedar como una acoplada. —Aprieta los labios. Quiero preguntarle, pero sé que no es el momento, cuando necesite hablar sabe que estoy ahí, y si no lo hace es porque, tal vez, lo que necesita es otra faceta de mí. Supongo que la de cabra loca, como ella lo llama.

—Pues venga, vamos a celebrar —digo sin realmente pensar. Me observa con el ceño fruncido. No me extraña, ni yo sé por qué dije esa tontería—. Claro, vamos a celebrar que te pierdo de vista

durante unos días. ¡Qué alivio! —completo con un fingido gesto de hastío en la mirada.

Se ríe y niega, como dándome por perdida. Es un gesto que repite bastante a menudo y que me causa gracia, para qué mentir. Agarro el bolso —a pesar de que el reloj me notifica que todavía me faltan doce larguísimos minutos para terminar mi jornada laboral— y tiro de ella hacia la puerta, sin darle tiempo a protestar o patear por ello. Aunque, para mi sorpresa, ni lo intenta.

—¿Sabías que a día de hoy entendemos el amor platónico de forma inexacta a como lo consideraba el propio Platón? —comienza a preguntarme tan pronto salimos. No puede estar hablando en serio.

Le dirijo una mirada intimidatoria, pero eso no ayuda en nada, ya que veo como continúa hablando sin parar.

En fin, tal vez debería de buscarme una amiga menos lista.



Objetivo: Llegar a casa lo más pronto posible. Observo el reloj en mi mano izquierda y no puedo evitar aligerar el paso una vez más.

No tendría que haberme entretenido con Elisa al salir del trabajo, tendría que haberle hecho caso: irme rápidamente para casa era la mejor opción.

Pero no, yo como siempre viviendo al límite. ¿Pero qué sería de mí si no fuera así? Esa es una de mis muchas filosofías de vida y es lo que me hace realmente feliz.

Vivir al límite, disfrutar de cada momento, sonreírle a la vida... Son pequeños placeres que hacen que todo lo demás carezca de importancia.

Suspiro mirando hacia el cielo.

«Por favor, no» le imploro. Lo único que me falta en este momento es que la maldita lluvia se adueñe de la ciudad. Ya bastante tengo con el clima gélido que me mantiene congelada la punta de la nariz de forma constante.

El tremendo abrigo negro prácticamente no me permite moverme, y mucho menos apresurar más el paso. Maldito sea el momento en que decidí que era una buena opción.

«Hoy hace mucho frío. Te vas a enfermar» no puedo evitar rodar los ojos al recordar las palabras de Héctor, el estúpido y adorado ser con el que comparto piso. Claro que hace frío, muchísimo, pero estoy segura de que no puede haber nada más antiestético e incómodo en el mundo. Juro que, tan pronto llegue a casa, lo tiro a la basura.

Aunque conociendo a Héctor me obligará a hacer una estúpida lista para decidir cuál es la mejor opción: tirarlo o conservarlo —yo cambiaría esto último por «quemarlo»— así que más me vale comenzar a pensar buenos motivos para lo primero.

«En contra del abrigo: es feo». Lista terminada. Nadie podrá decirme que no es motivo más que suficiente.

Una pequeña vibración en el bolso me saca de mis pensamientos y me apresuro a buscar al maldito culpable.

—Necesito un respiro —respondo, intentando controlar la voz. Ni me molesto en fijar la vista en la pantalla, ya que estoy más que segura de que se tratará de Elisa.

Por algún motivo se hace el silencio. Separo el móvil de la oreja para hacer lo que debería haber hecho desde un principio, fijándome en quién es el remitente.

Maldita sea. Metida de pata brutal.

—Hola, mamá —respondo, totalmente desganada. Sé la que me vendrá encima por mi pequeño lapsus.

—¿De qué necesitas un respiro? ¿De mí? —pregunta, con un fingido tono de indignación.

«Claro que sí, mamá. Me llamas cada día, cada maldita hora del día. Necesito espacio».

—¡Por supuesto que no! —respondo en cambio. De haber sido sincera me habría desterrado—. Pensé que me llamaban para pedirme que cubriera alguna noticia hoy.

Miento. En el fondo me imaginaba que sería Elisa para saber si había llegado bien a casa. Últimamente le preocupa más de la cuenta mi seguridad.

«Qué bien, tengo dos mamis pesadas ahora» le respondí la primera vez que me pidió que le enviara un mensaje al llegar a casa.

—Oh, trabajas demasiado... —La escucho al otro lado de la línea y no puedo evitar soltar una pequeña carcajada.

Si ella supiera...

Sin darme cuenta me encuentro ante la puerta del edificio. Comienzo a rebuscar en los amplios bolsillos las llaves de casa y no tardo en localizarlas.

«A favor: puedo llevar todo mi armario en él. En contra: Adiós a los bolsos».

—¿Qué tal tu día? —pregunta.

Suelto un pequeño resoplido a la vez que comienzo a girar la llave en la cerradura.

«Pues como cada maldito día, mamá, exactamente igual. Llego del trabajo, cansada, con ganas de otorgarle a mi hermoso y esculpido cuerpo el placer de un largo y placentero baño, del que salir más arrugada que una maldita uva pasa, pero tú me lo estropeas. Cada día, cada maldito día». Responder eso sería la peor opción, así que me limito a morderme la lengua.

—Genial, ¿y tú? —respondo con mi tono más falso del día. Con mi madre todo tiene que ser así.

—Pues no te creas que muy bien. —Y con esto comienza la perorata de siempre.

Es aquí donde desconecto de la conversación, como hago cada vez que me llama. Sé que se quejará de alguno de mis hermanos, de mis sobrinos y hasta del hombre que le vende la fruta.

Solo escucho «blablablá» y más «blablablá». Me limito a hacer pequeños sonidos guturales, para fingir que atiendo a sus palabras, aunque realmente paso olímpicamente de ella.

¿Soy una mala hija? Puede que sí, pero después de veintiocho años ya no me importa demasiado.

—Llegas tarde. —Escucho la protesta de Héctor según consigo abrir la puerta. Le hago un gesto con la cabeza, notificándole que no puedo hablar y, después de dirigirme una mirada reprobatoria, desaparece por la puerta de la cocina.

Rectifico: tengo tres madres. Y las tres igual de pesadas.

Rápidamente me dirijo a mi habitación y me despojo del maldito abrigo para descubrir que, en efecto, estoy sudando como un pollo recién salido del horno.

«A favor: me ahorro el dinero de la sauna en el gimnasio». En fin, que ni al gimnasio voy, así que...

Como cada día, cuando me llama mi madre, me acerco al baño y abro el grifo del agua caliente. Me muero por darme ese relajante y más que merecido baño. Es mi pequeño placer del día a día.

—Tu padre hoy se empeñó en comprar una moto, ¿te lo puedes creer? A su edad. —Vuelvo a conectar en la conversación. Tengo que reconocer que adoro profundamente a mi padre.

Sonríó para mis adentros. Siempre quiso tener una moto, pero la obsesión de mi madre por tenerlo todo bajo control, y el pavor que él le tiene a ella, siempre se lo impidieron. Mi madre odia las motos, el alcohol, el fútbol y a mi padre. Aunque no precisamente en ese orden.

—Y me encontré con Maite en el mercado —continúa con la maldita perorata otra vez. El mercado, sus amigas, sus historias.

No recuerdo cuándo fue la última vez que le hablé de mi vida. ¿Aunque qué le contaría de ser así? No tengo ni la más remota idea. Mi vida es muy aburrida. O más que aburrida muy secreta, al menos para mi madre. Me mataría si supiera lo que realmente hago en Madrid.

«Trabajas demasiado» ¡Ja!

—Muy bien —respondo, quitándole importancia. Me acerco al armario de los jabones y comienzo a pasar la vista por todos mis geles. Sin duda tengo demasiados.

Me apasionan los olores, tengo una pequeña obsesión. Creo que en mi armario se pueden encontrar jabones con olores tropicales, frescos, dulces... de todo un poco.

Finalmente, después de darle muchas vueltas, me decanto por el de chocolate. ¿Quién no adora el dulce olor del cacao? A mí me vuelve totalmente loca.

—Me comentó que Susi va a organizar una cena para reencontrarse con todos sus compañeros del insti. ¿No es genial? Al fin podrás volver a ver a tus antiguos amiguitos.

¿Amiguitos? Detesto que mi madre siga pensando que tengo doce años. Es lo mismo que cuando me decía que tenía que ir al cole estando en cuarto año de carrera.

—No pienso ir, mamá —respondo como si nada. Con suerte había escuchado la frase completa.

—Tienes que hacerlo. Estarán todos —me dice tajante.

No puedo evitar soltar un pequeño bufido. No suelo llevarle la contraria a mi madre porque, básicamente, nunca la escucho. Pero tengo claro que no pienso permitir que siga gobernando mi vida. Ya no soy una cría.

—Me da lo mismo. Ahora tengo mi vida en Madrid. —No pienso ceder, claro que no. Soy una mujer hecha y derecha y además...

¡Paso totalmente de mis antiguos compañeros!

Cabe destacar que no terminé muy bien con nadie del instituto. No era la más popular, pero tampoco era la chica rarita que se escondía detrás de unas enormes gafas de pasta, aunque tengo que decir que sí que era bastante tímida. Cambié una barbaridad.

Susi era una zorra sin escrúpulos, la tía buena del lugar. La que me robó a mi primer novio. ¿Por qué iba a querer verla después de todo?

Ni de coña.

—Hazlo por tu madre, Gema. Sería bueno que te volvieras a juntar con esa gente, la hija de Maite es una buena chica que...

«Es una buena zorra, mamá, no confundamos términos».

—Y tú ahora estás muy perdida. Nunca te veo.

Y ya empezamos de nuevo.

—Me comentó que crearon un evento en Facebook. Me dijo que ya te lo había enviado.

¿Facebook? Ni de coña, no pienso aceptarla. Me niego. No lo pienso hacer ni en las próximas veinte reencarnaciones.

—Está bien, mamá. Me lo pensaré —respondo. Al fin y al cabo así la tendré calladita y tranquila un tiempo y yo pues... No pienso ir bajo ningún concepto.

—Oh, qué bien, hija —dice. No la veo, pero sé que está sonriendo. Le encanta que los demás aceptemos sus estúpidos planes, que bailemos a su son—. Te dejo, estoy viendo que tu padre está mirando motos en internet, tengo que quitarle esa absurda idea de la cabeza.

No puedo evitar sonreír. Espero que mi padre ya tenga un poco más de confianza en sí mismo y haga lo que le dé la bendita gana, como yo.

Escucho que dice algo más pero ya no le hago caso. Vuelvo a mi rutina de todos los días. Total, de nada serviría. Tan pronto veo que puedo, me despido de ella.

Cuelgo y me dispongo a adentrarme en ese maravilloso, succulento, estupendo baño relajante. Sin duda alguna es mi única razón para vivir. Llegar a casa y poder sumergirme bajo el aroma del chocolate, la cereza o los cítricos es lo único que me da energías

para terminar un día de mierda, sabiendo que el siguiente va a ser igual de espantoso.

Me despojo de la poca ropa que me queda, bajo la luz del baño y me dispongo a pasar el mejor momento del día.

Justo antes de terminar la conexión total con el mundo me decido a entrar en el WhatsApp, enviarle un mensaje a Elisa no estará de más. Al fin y al cabo, de elegir a una madre la elijo a ella.

Tan pronto me sale el doble *check* salgo de su conversación, me coloco los auriculares y pongo mi lista de reproducción favorita en el móvil. Me dejo envolver por la música de *Lo saben mis zapatos*, de Pablo López^[1], y, de esta forma, me olvido de todo lo demás.



ARRIVEDERCI,
PRECIOSA
Gabo

—Gabo, tenemos que hablar.

Me giro hacia atrás, todavía abrochándome los últimos botones de la camisa, a la vez que fijo los ojos en la dueña de la voz.

Me hace un gesto para que tome asiento a su lado y, después de hacer una fingida mueca de duda en el rostro, hago lo propio.

—No eres tú, soy yo —comienza. Bueno, veamos, esto no es totalmente nuevo para mí. Básicamente es como el pan de cada día desde hace aproximadamente un año.

Tengo una estúpida regla: no continúes una relación si ves que no lleva a buen puerto. Puede parecer ridículo, pero ¿para qué continuar viviendo una mentira con la persona incorrecta, si es posible que la indicada te esté esperando en la puerta?

Pero soy incapaz de romper con ellas, de hecho jamás lo hice. A decir verdad, creo que no sabría ni cómo empezar. Bueno, sí, con el endiablado «tenemos que hablar».

Cuando veo que la cosa no cuaja, me dejo llevar por mis instintos, dejando así que la relación se extinga por su propio peso. Con Rebeca no fue difícil, solo tuve que dejar que el verdadero Gabo fluyera. Estaba claro que no le gustaría que trastocara toda su maldita cocina, cambiando cada cosa de su nevera. ¡Pero tampoco es mi culpa que no sepa colocar la leche en su lugar correspondiente! Eso lo sabe hasta un niño de primaria.

Su mirada me demuestra que tenía razón. Una vez más. «Buen trabajo» me premio mentalmente. Tendré que celebrarlo con una cerveza a la salida de su casa, sin ninguna duda.

Observo cómo se revuelve el pelo con disimulo, como buscando las palabras adecuadas para no romper mi ya de por sí quebrado corazón.

—Tal vez es que no estamos hechos el uno para el otro.

Eso está más que claro. Ni en diez vidas estaríamos hechos para estar juntos, guapa.

Me llevo la mano derecha a la cabeza, y presiono los labios.

—Lo entiendo —respondo, intentando quitarle tensión al momento.

Me hace un favor rompiendo conmigo, ¿quién soy yo para ponérselo todavía más difícil a la pobre?

Observo atentamente como presiona un labio contra el otro, y después de simular una ridícula sonrisa que no llega a nada, se comienza a levantar.

—Será mejor que no nos veamos más —sentencia, colocándose bien la bata.

¡A sus órdenes, señorita! Para que luego digan que no soy obediente.

—No me lo pongas más difícil, por favor —susurra, tapándose la cara con sus dos manos.

Madre mía del amor hermoso, ¿más difícil, cariño? Si te estoy dando todas las facilidades del mundo. No estamos hechos para estar juntos, mejor no darle más vueltas a las cosas.

Me acerco todo lo rápido que puedo a mis zapatos y me los pongo a la velocidad del rayo.

—Espero que te vaya todo bien —le digo con total sinceridad justo antes de salir por la puerta de su casa.

Veo como eleva la vista hacia mí y con un pequeño gesto me despacha. Sé que se siente tan aliviada como yo de perderme de vista, y no es para menos.

Arrivederci, preciosa.

La verdad es que cuando la conocí jamás pensé que la cosa terminaría así. Realmente nunca lo pienso. No soy una persona a la que le guste tener un amor en cada puerto, pero tampoco me gusta perder el tiempo con la persona equivocada.

Casi puedo sentir como me acerco al coche en mi pequeña nube de ensoñación y una ridícula sonrisa en el rostro.

Sin pensarlo me introduzco dentro del vehículo, encajo la llave y la hago girar lo más rápido que puedo, a la vez que la canción de *Entre dos mares*^[2], de Fito y Fitipaldis, comienza a resonar por todo el habitáculo.

—«Soy un bufón errante buscando una princesa... Si esta noche te apetece... ¡Deja la ventana abierta!» —canturreo sin pensarlo a la vez que una discreta sonrisa se me deposita de nuevo en el rostro.

Está bien, lo reconozco: soy mala gente. Supongo que es algo en lo que me fui convirtiendo con el paso de los años, en un ente sin alma.

Aunque no todo surgió de la nada, creo que todo tiene un punto de partida y el mío tiene nombre propio: Nuria.

Dicen que nada se puede comparar al amor de una madre. Tal vez sea ese el motivo por el que me enamoré de Nuria en su momento, ella es una copia exacta de mi progenitora: es lista, ególatra y manipuladora. Exactamente igual que la mujer que me dio la vida y nos abandonó seis meses antes de que su hijo más pequeño cumpliera los catorce años.

Recuerdo haber leído algún artículo en alguna revista de psicología, de esas que colecciona mi hermana mayor, titulado: «¿Es verdad que los hombres buscan a su madre en la pareja?» o algo parecido. En fin, conmigo dio en el clavo.

Cuando conocí a Nuria jamás pensé que nuestra relación se convertiría en lo que es, o más bien en lo que fue los seis meses antes de que me decidiera a mandarlo todo al carajo. Antes de eso nuestro noviazgo parecía sacado de una película, tal vez no romántica ya que ninguno de los dos éramos de ese estilo, pero sí de una buena donde los protas se respetan y se quieren. Con el paso del tiempo esa situación fue cambiando, llegando a lo que somos ahora: desconocidos.

Aunque casi todo el mundo lo crea, no existió ningún tipo de infidelidad por ninguna de las dos partes —por lo menos que yo sepa—, sino que más bien ella no era consciente de que necesitaba mi propio espacio, mi vida. Se limitó a querer gobernar cada uno de los aspectos de mi existencia y sencillamente creo que el amor no

es eso. Para mí el amor y el respeto van unidos y si uno de ellos falla... ¿Para qué continuar viviendo una maldita farsa?

A decir verdad, por su culpa perdí dos años de mi vida y, me guste o no, tengo que reconocer que también se los hice perder a ella. A partir de ese momento me decidí a vivir la vida de otra forma. Si no es la adecuada... ¡Pues al carajo!

Observo momentáneamente el reloj en el salpicadero y un fuerte nudo se me deposita rápidamente en el estómago... Hugo me va a matar.

Piso el acelerador todo lo que puedo, incluso pasándome por el forro algún límite de velocidad.

Sin dudarlo entro en el aeropuerto, en la zona de salidas y, tras dejar el coche en la ya conocida por Hugo como «reserva»^[3] —a veces creo que es todavía más friki que yo—, me agarro a la maleta y salgo en dirección a mi amigo.

No tardo en encontrarlo hablando con una de las azafatas. Al parecer la conversación no es muy amena, ya que gesticula más de lo normal. No puedo evitar esbozar una amplia sonrisa al verlo, es realmente gracioso.

No resulta común encontrarte con un hombre hecho y derecho, de casi dos metros de estatura, en pleno ataque de berrinche. Pero en Hugo es algo frecuente. Es un niño en un cuerpo de un adulto claramente muy desarrollado.

—¿Se puede saber dónde estabas? —pregunta girándose hacia mí tan pronto llego a su altura—. Vamos a perder el vuelo y la chica esta se niega a cambiarnos los billetes de vuelta. Es desesperante. —Se lleva las manos a la cabeza, alborotándose el pelo.

—¿Tienes las entradas? —Veo como asiente, con ansiedad.

Tuerzo los labios. En fin, comienza mi trabajo, todo sea por disfrutar de una de las mejores convenciones de videojuegos del país. Me acerco a la azafata con una sonrisa en los labios. No sé qué tiene, pero pocas veces falla.

—Hola, perdona —comienzo, acercándome a ella. Observo cómo me mira con una pequeña sonrisa, supongo que con amabilidad, aunque me importa más bien poco—. Mi amigo y yo necesitamos que nos cambiéis los billetes de vuelta. Resulta que vamos a una

conferencia y nos han dicho que se retrasará un poco más de lo acordado inicialmente.

Lo de la conferencia es verdad, pero en teoría a las cuatro tendríamos que estar volando para Galicia de vuelta, y va a ser que no. Si pringamos y vamos a Madrid, ¡por lo menos sacamos algo!, qué menos.

—¿Sois médicos? —pregunta la muy cotilla. Quiero mandarla al carajo, pero recuerdo que no puedo. Presiono un labio contra el otro.

—No, mejor que eso —respondo con una pequeña sonrisa. Mejor para el mundo lo dudo, mejor para mí desde luego, así que no es del todo mentira.

Aunque pensándolo bien, ¿qué ganaría el mundo si yo me dedicara a salvar vidas? Lo dicho, mejor que eso.

—Oh, ¿abogados? —Me muerdo la lengua a la vez que asiento con una pequeña sonrisa.

Tal vez decirle que nos dedicamos a diseñar videojuegos no ayude mucho en el plan.

Veo como asiento y comienza a teclear algo en su ordenador.

—Os los podría cambiar para las siete. —Asiento con la cabeza. Tendremos el tiempo justo, pero sin problema.

Me giro hacia atrás, fijando la mirada sobre Hugo, quien observa el reloj de forma impaciente. Vuelvo de nuevo mi vista sobre la azafata cuando escucho como me dice algo, no logro diferenciar lo qué, pero me da exactamente igual.

Le dedico una mínima sonrisa justo cuando me apodero de las tarjetas de embarque correspondientes.

Me doy la vuelta, mostrándoselas a Hugo con recochineo. ¡Si es que me necesita hasta para respirar!

—¿Lo lograste? —pregunta, sin creer lo que le estoy mostrando.

—¿Acaso lo dudadas? —pregunto, dedicándole una amplia sonrisa.



ACABAS DE
RECUPERAR LOS
PUNTOS PERDIDOS,
BOMBON
Gema

Disfrutar del día a día es mi forma de vivir. Todo el mundo que me conoce lo sabe.

Por algún motivo darme este succulento baño me cambia radicalmente. Necesito esa dosis de energía para recordar lo bonita que es la vida. El trabajo es agotador.

Además, ahora cada vez tenemos que trabajar más y más para sacar el periódico adelante. A veces me dan ganas de mandarlo todo al garete, pero ¡bah! Lo que más me gusta de mi trabajo es que me mantiene lejos de casa.

Una pequeña vibración en la mesita de noche me pone rápidamente en alerta. Me acerco a ella, aún a riesgo de empapar toda la habitación. Son dos los mensajes.

El primero es de mi hermano. Entrecierro los ojos antes de animarme a abrirlo.

Te espero mañana a las 5
en el aeropuerto.

Tuerzo los labios. En fin, Gema, ¡disfruta de tu último día en el paraíso! Me apresuro a responderle con un emoticono haciendo la señal del «ok» y abro rápidamente el otro mensaje, que claramente

me interesa mucho más. No puedo evitar sonreír al apreciar el remitente.

Se llama Luis, tiene treinta y dos años y es mecánico. En el fondo nada de esto me importa, lo realmente importante es que tiene un culo de infarto. ¿Cómo lo conocí? Pues para ser sincera, no lo sé. Yo no tengo coche, no lo necesito para nada; por tener no tengo ni bicicleta. Solo sé que un día, sin más, apareció en mi cuenta de Facebook. Al parecer él me conocía y yo pues... no le pensaba decir que no. El tío está muy bueno, tengo ojos en la cara y una memoria de mosquito, así que es muy posible que realmente sí lo haya conocido en algún lugar, aunque no recuerde dónde.

Te recojo en media hora

Perfecto. Me da tiempo de sobra a ponerme un hermoso vestido, alisarme el pelo y maquillarme. O tal vez no, pero qué más da. ¡Que espere!

No tengo ni idea de que ropa ponerme. Me dirijo rápidamente al armario y comienzo a pasar la vista por todas las prendas que tengo colgadas.

—Necesito una dosis de compras urgentes —mascullo entre dientes.

Sé que mi madre pensaría que estoy loca, que malgasto el dinero en ropa que no necesito, pero para nada. La necesito más que respirar. Solo hay que ver mi deshabitado armario para comprobarlo, por lo menos de ropa interesante.

Finalmente me decanto por un vestido negro, no demasiado corto. Puede que no sea perfecto, pero valdrá para salir del paso.

Me acerco rápidamente a la radio y dejo que *Sirenas*^[4], de Taburete, inunde toda la casa. Me encanta la música, creo que podría ponerle una banda sonora a cada momento de mi vida.

Busco con la mirada las planchas y me pongo a ello. Es el ritual de cada día.

Sin pensarlo agarro el cepillo y me pongo a bailar al ritmo de la música. Escucho una pequeña carcajada detrás de mí y no puedo evitar girarme para descubrir a Héctor.

Solo hace falta verlo para enamorarse: pelo castaño claro, ojos azules y un cuerpazo increíble. Pero soy yo la única que puedo verlo en paños menores, ¡fastidaos, zorras del mundo!

Lo adoro, es el mejor amigo que me pudo tocar en la lotería. Nuestra relación comenzó entre tonteos por los pasillos de la facultad y terminó compartiendo piso. Cualquiera diría que en algún momento le podremos contar esta preciosa historia a nuestros nietos... si no llega a ser porque Héctor tiene menos interés en mí que yo por los dinosaurios, y eso ya es decir mucho.

Se acerca a mí, agarrándome por la espalda, y pone el cepillo entre los dos.

—«El día es claro, ha salido solo. Te han entrado ganas de bebértelo todo» —cantamos al unísono. Creo que, si hay alguien tan loco como yo, ese es él. Somos tal para cual. Además de que es guapísimo, al igual que su novio. Ambos son adorables.

Con ellos me quedó claro que eso de que los guapos o son gays o están pillados, es cierto. Son como los adorables muñequitos de la tarta de la boda de cualquier millonario.

—«Mi sobredosis siempre serán tus piernas que beben del metal que hay en tus venas» —termina cantando él solo, señalándome de arriba abajo.

Me lanza un beso antes de salir por la puerta de mi habitación, tal y como había entrado.

Continúo con mi tarea moviendo las caderas al ritmo de la música. Mi pelo parece estar más rebelde que de costumbre, tal vez me quedé corta con la mascarilla esta vez.

Escucho el timbre más pronto de lo que me esperaba. Es que ni de broma pasó ya media hora.

«Perfecto, guapo, ya estás perdiendo puntos».

Resoplo con frustración. A este paso está claro que terminan de construir la Sagrada Familia antes de que yo consiga alisarme el maldito pelo. ¿Qué me pasa hoy? Odio mi pelo rizado

Lo peor de todo es que en mi época del instituto tenía el pelo más liso que una tabla. Liso total. Pero se me dio por cortarlo, teñirlo y...

¡Tachán! Rizado, y encima del feo, aunque no sé si habrá alguno bonito.

Vuelvo a escuchar el timbre. Joder. ¿No puede tener un poco de paciencia?

Me acerco a toda prisa al telefonillo, y después de emitir un breve: «sube», pulso el botón que le permite acceder al apartamento.

Me escondo de nuevo en mi habitación. No quiero saber nada del mundo. Necesito que el pelo se me acomode.

Suspiro, es imposible. Cuanto más lo intento, peor.

Finalmente me decanto por una coleta alta antes de salir hacia el salón, apagando la radio de un manotazo.

Observo la sonrisa de Héctor cuando salgo, y me hace un gesto de aprobación. No tengo claro si es por mí o por mi ligue, pero me siento halagada de cualquier modo. Le dedico una media sonrisa antes de acercarme a la entrada.

El tío está más bueno de lo que pensaba, las fotos no le hacen justicia. Sin duda el gesto de Héctor tiene que ser por él. Más guapo imposible.

«Acabas de recuperar los puntos perdidos, bombón».



Adoro la música. Para mí no hay nada mejor que salir a bailar a un local de moda, mover las caderas y disfrutar de una buena compañía. Pues bien, aquí solo se puede hacer una cosa, y no es ninguna de esas: no pasar frío.

Comenzando por el local, que no puede ser más feo.

Maldita sea la hora en la que le dije que me sorprendiera. Quería una sorpresa bonita, no esta. Será que no hay locales decentes en Madrid. ¡Todos menos este!

No es grande, lo cual no me importaría si no llega a ser porque está todo colocado de una forma terriblemente caótica. Nadie en su

sano juicio se metería aquí dentro a no ser que lo lleven preso.

Tuerzo el gesto buscando con la mirada a Luis, quien se mueve al ritmo de la música llamando la atención de los presentes, que por suerte para mí no son muchos. No puedo evitar sentir vergüenza ajena. No entiendo cómo una persona puede bailar tan mal, tener tan poco oído musical.

Mueve las manos de una forma muy ridícula, y encima se ríe como una hiena. Por desgracia veo como varias chicas fijan su vista en él, pienso que se van a reír, pero, para mi sorpresa, se acercan a él y empiezan a restregarse.

Esto es demasiado hasta para mí. Necesito alcohol circulando por mis venas ¡a la de ya!

Me acerco a la barra, donde se encuentran un par de babosos observando el ir y venir de la camarera. De un momento para otro comienzo a sentir lástima por la chica, sin duda se la comen con la mirada. Tal vez le vendría bien ponerse mi feo abrigo por encima de esa camiseta escotada. Juro que si sale así a la calle se pillaré una buena pulmonía.

«Madre mía, Gema. ¿Cuándo te convertiste en tu madre?» Niego fuertemente con la cabeza a la vez que me acerco a pedir, totalmente decidida.

Paso la vista por las botellas de alcohol y no puedo evitar torcer el gesto.

—Ponme una de tus mejores ginebras con tónica, por favor —le pido a la chica, justo después de comprobar que no tienen ninguna que conozca. La muchacha asiente y se gira, comenzando a preparar mi pedido.

Después de pagar la maldita copa, que por el precio ya puede ser una ginebra *premium*, me acerco a los sofás y me dejo caer con la bebida entre las manos.

Le doy un pequeño trago. ¿Una de sus mejores ginebras? ¡Una mierda! Esto es asqueroso. Siento como me arde la garganta con cada trago que doy. Estoy acostumbrada a beber, así que la falta de costumbre no puede ser. Tal vez se trate de veneno para ratas.

La dejo sobre la mesa con un gesto de disgusto. Este local es un asco en todos los sentidos.

Harta de la situación, intentando simplemente desaparecer del mundo durante un rato, busco el móvil en mi diminuto bolso de diseño y entro en el WhatsApp.

Paso la vista por mis últimas conversaciones, y me quedo paralizada cuando localizo la de Héctor. Entro sin pensarlo y comienzo a teclear sin más.

Este tío es un coñazo

Sé que no responderá, ya que estará muy ocupado con su perfecto novio. Lo envidio, para qué voy a mentir.

Sin dudarle entro en la conversación de Elisa. Veo que hace poco que se conectó. Me apresuro a escribirle alguna tontería, tal vez hablar con ella me ayude a desconectar un rato de este desastre.

¿Cómo está el buenorro de Daniel?

Otra más. Increíble. Soy la única soltera. Que Elisa tenga novio es como el fin del universo. En el fondo la admiro y envidio a partes iguales.

Como la auténtica valiente que soy estiro el brazo, volviendo a hacerme con la copa, y me llevo de nuevo la pajita a los labios. Le doy un trago diminuto. Confirmado, es veneno.

Una pequeña vibración me sorprende y desbloqueo rápidamente el móvil.

Creo que se le quedó pegado
el culo a la silla del despacho.
Llevo dos horas esperando por él

Suspiro, ahora mismo ya solo siento lástima por ella. Dudo mucho que yo consiguiera tener una relación seria, y menos con alguien como Daniel. Tan responsable, tan perfecto. Yo soy más de hacer lo que me da la gana, y quien esté conmigo tiene que ser como yo. Un irresponsable, vaya.

Lo de los polos opuestos tiene que ser un mito. ¿Cómo puedes enamorarte de una persona totalmente diferente a ti? No tiene ni pies ni cabeza. A decir verdad, nunca me sentí realmente atraída por nadie que no fuera exactamente como yo: un loco de la vida, que adore disfrutar cada instante y que disfrute de cada experiencia como si su vida se terminara mañana. Para un polvo valdría cualquiera, pero para una relación tendría que cumplir todos mis requisitos.

Al momento siento como un brazo me rodea por los hombros, y una sonrisa socarrona se sitúa en el rostro de Luis. Todo lo hermoso que le veía desapareció en cosa de minutos, ahora hasta feo me parece. Observo cómo se lleva la pajita a la boca y le da un pequeño trago. Vale que esté muy bueno, pero para mí eso no es lo único importante. Es triste, pero me muero de ganas de irme para casa... o para el infierno.

Suelto un pequeño bufido, más para que se dé por enterado de que estoy a disgusto que otra cosa, pero no parece captarlo. Qué idiota.

Necesito distraerme con algo, y el alcohol no es suficiente. ¿Debería de darme a las drogas para soportar a alguien como él a mí lado? Pienso que tal vez a la puerta de este cutre local haya alguien regalando caramelos a los niños. Sin duda no me vendría mal uno de esos con la copa de *pseudo-gin*. Mi madre siempre me decía que no aceptara caramelos de desconocidos, pero a mí nunca me intentaron ofrecer ninguno. Otro mito.

Hablando de mi madre y las tonterías que me soltaba de pequeña, me viene a la cabeza la barbaridad que me dijo esta tarde sobre la fiesta de exalumnos y la petición de amistad de Susi. ¿Será tan solo una mentira de Maite para callar a mi madre y que esta no proteste por dejar a su niña de lado? La verdad es que lo dudo. A

esa gente no le tiembla la voz a la hora de decir «tu hija es una zorra» o algo así.

Entro en la aplicación del Facebook y observo que, como ya pensaba, no tengo ningún evento de ese estilo. Solo me salen un par de fiestas de cumpleaños y la del aniversario del Melon Lux.

Tuerzo el gesto. Juro que no entiendo nada.

Sin más una escena viene a mi cabeza. Recuerdo que hace un tiempo —tal vez demasiado— me llegó un aviso al correo viejo, la petición de amistad de una persona en mi cuenta de Facebook antigua: Gabriel.

Como si atar cabos fuera una obligación que tuviera pendiente, no puedo evitar soltar una fuerte carcajada. «Buen trabajo, Gema». Al momento siento la vista de Luis puesta sobre mí.

Qué pena de hombre, con lo bueno que está...

Sin darle más vueltas —pasando olímpicamente de mi acompañante, quien claramente se está comenzando a impacientarse— salgo de mi cuenta y entro en la antigua.

Tengo millones de notificaciones. Hace siglos que no entro aquí. No me interesa lo más mínimo nada que tenga que ver con esta panda de idiotas.

En efecto, aquí sí que tengo el fatídico evento. Al parecer prácticamente todos respondieron que acudirán.

«Imbéciles» pienso sin parar, cada vez que uno de esos nombres sale en mi campo de visión.

Me paro por un momento en la cuenta de Susi. No entro en su foto, pero estoy segura de que estará tan guapa como siempre. Qué asco, la odio profundamente.

Y al momento me fijo en las peticiones de amistad: Gabriel y Lucas. Esbozo una amplia sonrisa recordando la conversación con Elisa hace más de un año, ¡madre mía cómo pasa el tiempo!, y los acepto a ambos.

Sin pensarlo entro en la cuenta de Gabriel. Nunca me llevé con él. Era uno de esos chicos que solían pasar desapercibidos, con su pelo a lo champiñón y su sonrisa oculta bajo un aparato. Para ser totalmente sincera, no recuerdo ni su rostro. Ni tampoco estoy segura de haber hablado con él en alguna ocasión, pero el chico tenía algo que lo hacía especial. ¿Lo qué? Eso no lo recuerdo.

El Chat me dice que está conectado, aunque según esto casi todos lo están ahora mismo y ya sería mucha casualidad. Digo yo que alguno de mis viejos contactos tendrá vida fuera de las redes, ¿no?

Suspiro, me aburro como una ostra. Solo quiero irme para casa, pero no sé cómo decírselo teniendo en cuenta que llevamos en este local unos treinta minutos. Por protocolo debería de esperar, al menos, treinta más. Después fingiré un fuerte dolor de ovarios, no es algo que sea totalmente nuevo para mí.

Sin pensarlo demasiado le hablo.



GRACIAS POR EL OFRECIMIENTO, SEÑOR FACEBOOK

Gabo

Como ya decía Platón, «puedes descubrir más sobre una persona en media hora de juego que en un año de conversación». Sin duda esa frase guarda todo un significado detrás para mí. Realmente ella es la causante de que me animara a comenzar toda esta carrera de fondo.

Sin duda sé que el camino que tomé es el adecuado. La informática y la programación son mi vicio, sobre todo de videojuegos.

Jamás podré olvidar esa frase, es algo que llevo tatuado a fuego en el corazón y, como no puede ser de otra forma, es la única manera que tengo de comenzar en las malditas conferencias.

No suelo acudir, a decir verdad. Casi siempre me termino escabullendo porque lo odio. Odio hablar en público. Se me traba la lengua, me tiemblan las manos y termino pareciendo un idiota integral.

Al igual que ahora.

Sudores fríos por todo el cuerpo, temblores y sequedad de garganta. Así me siento ahora mismo. Me apresuro a buscar una botella de agua en el bufet del restaurante a la vez que aprecio como Hugo añade de todo en su bandeja, ¿es que está mal de la cabeza? ¿Piensa comerse todo eso? No puedo evitar sentir un pequeño revoltijo en el estómago. Ni un café sería capaz de consumir ahora mismo.

Presiono los labios con fuerza buscando con la mirada un sitio para sentarnos. Cuando encuentro una mesa me apresuro a

capturarla, tal como si fuera un Pokemon. Parece que somos demasiados los que estamos al acecho y yo necesito sentarme si es que no quiero terminar desmayado en el suelo.

Me mojo los labios con el líquido incoloro, inodoro e insípido y los vuelvo a presionar. Parecerá una tontería, pero ese simple gesto me hace sentir un poquito mejor.

—Cuantísima gente —dice Hugo, acercándose con la bandeja cargada de comida. Definitivamente está loco. O tal vez es que hace dos años que no prueba bocado.

Podría jurar que hay de todo, pero no puedo comprobarlo sin verme tentado a vomitar.

—¿En qué planeta estás ahora mismo? —Escucho la voz de Hugo, quien muerde de forma poco elegante unos huevos revueltos. No puedo evitar un gesto de repulsión en el rostro.

—En Plutón —respondo sin más, observando el reloj en mi mano izquierda con claro gesto de hastío.

Al final terminaremos llegando tarde por su culpa.

Cuando Fernando nos había pedido que acudiéramos a esa maldita conferencia quise matarlo para, segundos más tarde, morirme yo. Odio hablar en público, se me pone la piel de gallina, la garganta se me seca y... ¡Oh, Dios! El cuerpo me tiembla como un flan.

Puedo ser muchas cosas, pero desde luego nunca fui un gran conversador. Tal vez por eso me encanta el mundo de los videojuegos, porque sin duda te permiten conocer a otra persona sin necesidad de abrir la boca.

—Sabes de sobra que Plutón ya no es considerado un planeta —repite con la boca llena. ¿Es que no sabe tragar?

—¿Entonces qué se supone que tengo que decir para que me dejes en paz? —murmuro de mala gana, llevándome una mano a la cabeza.

—No sé... ¿Júpiter? ¿Te gusta? —Veo como agarra la taza de café y le da un trago largo.

No me quiero ni imaginar el revoltijo de comida que tiene que tener ahora mismo en el estómago.

—Me encanta —concluyo, respondiendo de malos modos.

No tengo suficiente con mis tontos nervios como para, aun encima, tener que soportar al idiota de Hugo con sus tonterías.

—Odio esto —digo, girándome hacia la ventana.

Siento como todo me da vueltas a la velocidad de la luz, como si de un momento a otro pudiera caer rendido en el suelo.

Dios, yo no soy así. No me acobardo ante nada ni nadie, ¿por qué sí me ocurre con solo imaginarme delante de un auditorio enorme repleto de gente?

No, no pienses eso. Relájate. Respira y espira con normalidad.

—Ni que fueras un novato —dice Hugo, obligándome a salir de mi puñetera burbuja. Me giro hacia él de malos modos. ¿Es qué no puede dejarme en paz?

—Y ni que tú no me conocieras —repongo con cabreo.

—Eres un puto artista en esto, y en cambio te acojonas solo porque hay un par de personas de más escuchándote.

¿¡Un par de personas!?! Le paso el folleto de la conferencia con brusquedad donde pone claramente el aforo. Podría jurar que yo no suelo hablar ante trescientas veintiséis personas nunca, jamás. Jamás de los jamases lo haría. Hasta ahora.

Hace cuatro años que comencé a trabajar en una de las productoras de videojuegos más prestigiosas de la zona, aunque supongo que no tener competencia ayuda a ser los mejores, y es ahí donde conocí a Hugo, un veterano seis años mayor que yo.

Aunque comencé como un simple ayudante, a día de hoy me convertí en uno de los diseñadores más importantes de la compañía. Hugo, en cambio, es un gran programador. Supongo que ambos formamos un buen equipo y por eso nos enviaron juntos a Madrid y, para ser sincero, me alegro de que haya sido así. Sin duda es el mejor amigo que puedo tener.

La compañía crece a pasos lentos, muy lentos, pero lo hace. Hace poco más de un año comenzamos una importante colaboración con Facebook, y a día de hoy estamos intentando entablar contactos con Sony, aunque de momento no hemos recibido respuesta. Supongo que es lógico debido a que nuestros videojuegos son una basura, aunque esté mal que yo lo diga.

Veo como abre y cierra la boca, pero ya no consigo escucharlo. De un momento para otro me siento como si todo lo que estoy

viviendo lo estuviera viendo en una pantalla de cine, como si mi propio ser hubiera volado a otra parte del mundo.

Noto una pequeña vibración en el móvil, lo cual me provoca un nuevo escalofrío. Lo busco en el bolsillo. Me fijo que el remitente no es otro que Eva, mi hermana mayor. Lanzo un pequeño suspiro, ¿qué hará levantada a estas horas?

Mucha suerte, enano gruñón.

Inconscientemente sonrío. Si a alguien adoro con toda mi alma de mi familia, esa es Eva.

—¿Rebeca? —pregunta Hugo, fijándose al parecer por primera vez en toda la mañana de mis actos. Niego con la cabeza.

—Se terminó —digo después de meditarlo durante un segundo. Al momento siento como los ojos de mi compañero me taladran por completo.

—¿Te dejó? ¿En serio? —pregunta, aunque realmente no estoy seguro de apreciar sorpresa en su voz.

Está claro que era demasiado obvio que no estábamos hechos el uno para el otro. ¡Hasta el ciego de Hugo se dio cuenta!

Asiento con la cabeza, quitándole importancia.

—Pero ¿cuánto llevabais? ¿Un mes?

—Mes y medio —le corrijo.

—Oh, vaya, perdona. Supongo que te dio tiempo a darte cuenta de todas sus estúpidas manías —dice, escupiendo las palabras.

No sé por qué nadie me entiende. Creo que ya perdí suficiente tiempo en mi vida, ¿para qué perder más?

—En fin, supongo entonces que vuelves a casa —murmura con resignación.

—¿Es que me llegué a ir en algún momento? —Suelto una pequeña carcajada al decir esto.

Conociéndome, llevarme todas mis cosas para casa de Rebeca habría sido un error. De hecho, todas mis dudas comenzaron cuando me pidió que me fuera a vivir con ella. Su forma de

organizar las cosas me sacaba de mis casillas. ¡Nadie puede ser tan desordenado, por el amor de Dios!

Tal vez ella misma estuviera intentando sabotear nuestra relación desde dentro, como yo.

—Seguro que te dejó por tu claro descuido personal —dice, metiéndose un pedazo de pan en la boca de nuevo—. Deberías de acicalarte más.

Después de decir esto suelta una pequeña carcajada. Sé que no lo dice en serio, por lo menos no tanto como debería, pero en cierto modo tiene razón. No me vendría mal un pequeño corte de pelo y un afeitado. No es que tenga el pelo largo, pero estoy demasiado acostumbrado a tenerlo todo bien colocadito, como todo bajo control, y últimamente hasta mi propia vida se me sale de las manos. Si me afeito una vez al mes ya es demasiado.

Pero ahora esto no es lo realmente importante. La conferencia lo es.

Sin saber por qué entro en el Facebook. Tal vez me ayude a controlar los estúpidos nervios. Aprecio al momento que tengo dos notificaciones, pero me da exactamente igual.

Paso de ellas y después de hacerme con los auriculares le doy a visualizar al primer vídeo que me sale. Al parecer lo compartió mi hermana hace un par de horas. ¿Pero a qué hora se levanta esta mujer? Si para mí las ocho de la mañana ya es demasiado temprano.

Me sumerjo totalmente en la canción que resulta ser *La llamada*^[5], de Leiva, y poco a poco siento como los nervios van desapareciendo de mí. La verdad mi hermana tiene bastante buen gusto musical.

Me olvido por completo del resto del mundo hasta que la canción llega a su declive. En ese momento recuerdo las otras notificaciones y, a disgusto, me dispongo a abrirlas.

La primera es el maldito evento en el que todavía no me digné a entrar, pero es la segunda la que capta toda mi atención.

Gema Albán aceptó tu petición de amistad. Escribe en su biografía.

La verdad es que no me interesa. Gracias por el ofrecimiento, señor Facebook.

Sin más hago lo de siempre cuando alguien me acepta en esa maldita red social. En fin, no es que no sea fan de Facebook, más bien soy anti conversar por ahí. Podría decir que odio socializar en exceso con gente que me importa una mierda.

Entro rápidamente en el proyecto de videojuego desarrollado para Facebook, *Lenda da vida*, y se lo envió. Se trata de un videojuego de aventura con toques infantiles. Realmente muy divertido si tienes entre seis y doce años, o por lo menos ese es el dato que nos dieron las encuestas. Ahora los niños crecen muy rápido y prefieren jugar al GTA.

Dudo que le interese, pero tenemos orden expresa de enviárselo a cuantas más personas mejor, y es por ello que agrego a todo aquel que se me pone por delante. Normalmente entro en sugerencias de amistad y comienzo a agregar a todo el mundo. Lo peor es que me aceptan.

Una pequeña vibración me sorprende. Observo la pantalla y mi rostro se descompone por completo.

Anda, qué sorpresa
encontrarte por aquí

¿Se supone que nos conocemos? Si yo tuviera un apellido más común podría jurar que se confundió de persona.

¿Cómo te trata la vida?

Al momento entro en su perfil para solventar mis dudas, pero por suerte o por desgracia la imagen que tiene no me resuelve nada.

Me veo tentado a preguntarle a Hugo si la conoce cuando aprecio como se levanta y se acerca al *bufet* otra vez. Maldita sea, ¿quiere explotar? ¿Tendrá el estómago de un elefante?

Paso rápidamente la vista por su muro y me llama poderosamente la atención la de tiempo que hace que no sube nada. Intento hacer memoria fijándome en las escasas fotografías que encuentro, pero termino dándome por vencido cuando siento como los nervios de nuevo me vuelven a atacar y dejo el móvil a un lado, centrándome de nuevo en lo importante: la maldita conferencia.



HAZ LO QUE TE DÉ LA GANA SIN IMPORTAR LO QUE DIGAN DE TI MAÑANA

Gema

Un, dos, tres, cuatro. Puede parecer una tontería, pero sé de sobra cuántos pasos separan mi hermoso apartamento de la cafetería de enfrente.

No sé por qué lo sé. Según mi madre, tal vez tenga algún tipo de Trastorno Obsesivo Compulsivo, aunque no lo creo. Según ella, y sus libros de psicología, tendría que ser una obsesa de la limpieza y el orden, y a juzgar por mi habitación... Va a ser que yo no soy así.

Tampoco sé si es verdad, yo no soy ninguna experta y tampoco me importa lo más mínimo. Solo tengo la estúpida manía de contar pasos. Nada más.

—No sé qué problema tienes con el café que te hago en casa. —
Suelto un pequeño grito al escuchar la voz de Héctor tan cerca de mí.

—Dios, qué susto me has dado, capullo —digo, llevándome una mano al corazón. Escucho como suelta una pequeña risa antes de parar en seco para mostrarme algo.

—¿Pensabas irte sin esto? —me dice, obligándome a poner la vista en una pequeña maleta. A decir verdad, no pienso irme, en mi mente había planeado doce mil excusas diferentes:

«Lo siento, mamá, perdí el avión» no sería válida. Podría coger otro, e incluso ir en tren. Por eso la descarté casi al momento; «Mi jefe es un tirano y no me permite ir a la boda, ¿te parece normal? No lo es, pero el trabajo es tan importante... Tienes que

comprenderlo». En este caso ella me diría: «Claro, Gema, están las cosas como para tirar un trabajo a la basura. No te preocupes, pondré una foto al lado del altar para que todos te tengamos presente». Pero después recordé que la idiota de mi madre había invitado a Elisa y a su perfecto novio, alias «Jefe tirano», así que excusa tirada por el retrete.

La siguiente que se me ocurrió es la ganadora. No podría negarse a eso. «Resulta que yo también me caso, mamá. Entiendo que no quieras dejar la boda de Iago por la mía. Nos vemos en las próximas Navidades».

—¿Te casarías conmigo? —le pregunto rápidamente a mi compañero. Héctor me mira con el ceño fruncido antes de esbozar una media sonrisa.

—Estoy pillado, nena.

Sí, por Don Perfecto. Yo tampoco lo dejaría por mí, vamos a ser realistas. Menudo culo que tiene su novio.

—No me quiero ir —le digo en un pequeño susurro. Me observa con una tristeza en los ojos que no había visto jamás en él.

—Venga, te invito al café —me dice en cambio, empujándome dentro de la cafetería.

Le hago una señal con la cabeza para que se siente en una de las pocas mesas disponibles. La verdad nunca suelo desayunar aquí. Siempre tengo la estúpida manía de llevarme el café para tomarlo de camino al trabajo, por lo que nunca me había percatado de que había tantísima gente desayunando aquí normalmente.

Veo como Héctor asiente antes de adentrarse en el local. Yo, por el contrario, para ahorrar tiempo, me decido a realizar el pedido en la barra. Creo que no es obligatorio hacerlo así, pero... ¡Bah!, es la costumbre de todos los días.

—Dos de lo de siempre, Sara —le digo a la chica que está detrás de la barra. Ya me conoce más que de sobra—. Aunque para tomar aquí.

Veo como asiente con la cabeza a la vez que se pone manos a la obra.

No es que vaya todos los días, alguna que otra vez me escapo al Starbucks que está a veinticinco pasos más. Maldita sea, juro que no lo hago a propósito. Simplemente soy así.

No es que lo haga siempre, si voy acompañada no me veo obligada. Pero cuando el silencio me inunda siento que tengo que hacer algo, y es eso o ir cantando y dando la nota por la calle. Aunque ya debería de estar acostumbrada a dar el cante, es otra de mis muchas filosofías de vida: haz lo que te dé la gana sin importar lo que digan de ti mañana.

—Aquí tienes. —Escucho la voz de Sara, lo cual me saca por completo de mis pensamientos.

—Ponme también dos cruasanes —le digo, totalmente sin pensar, dejándome llevar por un estúpido antojo.

Ella me observa con una diminuta sonrisa en el rostro. Sí, quiero comer un cruasán, ¿qué pasa? Joder, todo el mundo sabe que soy Doña Dietas... ¡qué vergüenza!

No dice nada y se gira para cumplir mi estúpido capricho.

Según lo tengo todo me dispongo a buscar a Héctor con la mirada quien, sin duda alguna, encontró una de las mejores mesas. ¿Quién no quiere tomarse un café observando a los hombres que entran y salen del retrete subiéndose la cremallera del pantalón? En fin.

—¿Quieres conquistarme, nena? —me pregunta Héctor con una gran sonrisa en el rostro tan pronto llego a la mesa. Lo dicho, todo el mundo piensa que no sé disfrutar de una buena comida. ¡A la porra todo!

—Hoy me pienso pasar todas las normas por el forro. Total, sé que voy a engordar veinte kilos en casa de mi madre.

Suelto una fuerte carcajada, aunque no me hace gracia ninguna. Tanto control para llegar a casa y que me obligue a mandar todo mi trabajo al traste.

—Dime que vendrás a la boda... —le imploro, juntando las manos delante del rostro.

—Ya veremos —responde jocoso.

No puedo evitar sonreír. Vendrá, claro que lo hará. Ahora solo me falta la peor parte.

—Y que te harás pasar por mi pareja —murmuro. Él me observa curioso—. Tal vez le haya dicho a mi madre que tengo un novio guapísimo, y tú sabes que estoy más sola que Judas en el día del amigo.

Veo que tuerce ligeramente el gesto, se muerde el labio inferior y eleva una de sus cejas. Genial, se lo está pensando.

Sonrío. Realmente Héctor es el novio perfecto, además de que conozco todos sus malditos rituales, lo conozco más a él que a nadie en el mundo. Y es guapísimo, el novio más guapo que podría desear cualquiera.

—Está bien —acepta, mirándome con protección. Creo que no podría haberme tocado un amigo mejor, un hermano de elección.

La música de *Saturno*^[6], de Pablo Alborán, llama repentinamente mi atención y me giro hasta encontrar la pequeña televisión por la que emiten el videoclip. Siempre me gustó muchísimo a pesar de que no soy muy fan de ese tipo de música. Tiene un no sé qué que me vuelve loca.

Héctor me mira divertido, aunque no dice nada. Deja que siga soñando en mi burbuja, y eso me agrada. Permite que termine de deleitarme con el videoclip, y no es hasta que otra canción inunda la estancia cuando se anima a hablar.

—Creo que me vendrá bien desconectar un poco de esta ciudad —murmura—. Tal vez lejos de aquí tenga la idea que me hará millonario.

Se ríe, aunque sé de buena tinta que nada que tenga que ver con su trabajo —por lo menos en este momento— le hace gracia. Héctor es escritor, uno de los mejores, he de añadir, aunque no es que yo sea demasiado objetiva, es posible que el amor por él me ciegue un poquito. Sé perfectamente que lleva una mala época. Hace un tiempo tuvo un momento de fluidez creativa, como él le llama, en la que no podía parar de escribir, pero lleva unos meses totalmente en blanco. Según Héctor es causa de la famosa resaca literaria, aunque a mí me parece simplemente una putada.

—Te das cuenta de que me estás privando de pasar el día de Navidad con mi familia, ¿verdad? —me pregunta con una pequeña sonrisa en los labios.

—No seas bobo, no pienso disculparme por eso. Hace años que las reuniones con tu familia son un infierno, tú mismo lo dices siempre. —Veo como asiente despacio con la cabeza, a la vez que se lleva la taza de café a los labios.

—Es lo que tiene que tus padres no acepten tu homosexualidad, supongo —sentencia. Aunque se lo tome con humor, sé perfectamente que las palabras de sus padres le taladran el corazón de un lado a otro. Héctor es un gran chico y no se merece todo el desprecio que recibe de sus progenitores.

—Aunque si quieres pasarlas con Miguel por mí no hay problema —alego, más por él que por mí. Lo cierto es que me encantaría tenerlo a mi lado todas las navidades, pero tengo que ser justa.

Para mi suerte veo como comienza a negar con la cabeza.

—Su familia no lo entendería —dice con pesar. Al momento una mueca de repulsión se sitúa en mi rostro. No lo puedo evitar, ¿es que no hay una sola familia que piense en el bien de sus hijos en este mundo?—. Las mujeres sois así de raras.

Eleva las cejas con gracia antes de llevarse la taza a los labios. Me quedo petrificada, no sé si por su confesión o porque le importe tres pepinos la situación.

—¿Mujeres? ¿Es su madre? —pregunto, alzando la voz más de lo que me gustaría—. Dios, no entiendo cómo puedes llevar a tu hijo nueve meses en el vientre y después no querer que sea feliz, ¡me parece indignante!

—Gema, baja la voz, por favor —me ruega, despacio. Niego con la cabeza con brusquedad. ¡No me pienso callar!

Abro los labios y los cierro, aunque para ser sincera no sé qué más decir. Todo lo que mi mente procesa son insultos.

—Pues vas a su casa y punto. ¡Qué se jodan! Es más, pienso ir contigo.

—Para ahí —me corta con rapidez—. No te vas a librar tan fácil de la boda.

Veo como suelta una pequeña risa y yo no puedo evitar dibujar un puchero con los labios. Por lo menos lo intenté. Pero casi al momento aprecio como su gesto cambia y se queda repentinamente serio.

—No es tan sencillo —habla por fin—. No me puedo presentar en su casa porque nadie sabe que Miguel y yo tenemos una relación. Y nadie puede saberlo jamás.

—Porque vive en una familia homofóbica y gilipollas —protesto—. ¡Pero lleváis dos putos años de relación! Tenéis derecho a disfrutar

de estas fechas juntos, nadie puede privaros de...

—Está casado —me interrumpe. Sigo hablando, aunque diciendo cosas sin sentido. Mi mente no consigue procesar sus palabras.

—¿Cómo...? —Asiente antes de que prosiga con mi pregunta. Al parecer no existe ni media posibilidad de haber escuchado mal su confesión—. Por Dios, Héctor, pero...

—Ni te atrevas a juzgarme, Gema. Me conozco tu historial al dedillo —sentencia, mirándome con reprobación.

Tiene razón, no puedo juzgarlo porque, en fin, no es que sea una santa, pero sí tengo una norma tatuada a fuego en mi mente, que es la de no sufrir. Un hombre casado o comprometido jamás te puede traer nada bueno, y es por ello que escapo de ellos a toda leche. Solo solteros y con ganas de diversión, muchas gracias.

—Pero Héctor, no creo que esto...

—Pongo dos temas de conversación sobre la mesa —me corta de nuevo—: el matrimonio de Miki o la posibilidad de que tú y yo pasemos las Navidades y, en consecuencia, la boda de tu hermano juntos. ¿De qué prefieres hablar ahora?

Bufo y me tiro hacia atrás. Quiero decirle que necesito respuestas. Necesito saber por qué aceptó estar en medio de una relación, desde cuando lo sabe y, sobre todo, si piensa seguir con esto mucho tiempo más; pero si lo conozco tanto como creo que lo hago, sé que no es el día... y confío en que en algún momento me lo cuente él solito.

—Está bien, hablemos del viaje y de nuestra falsa relación —espeto sonriente—. ¿Desde cuándo nos conocemos? ¿Cuánto tiempo llevamos juntos? ¿Cuál es tu postura sexual preferida?

Elevo las cejas con coquetería, lo que provoca que él suelte una pequeña carcajada. Me alegra haber conseguido solventar esa pequeña tensión que se había instaurado momentos antes por culpa del idiota de Miguel.

Escucho el sonido proveniente del WhatsApp, lo cual me obliga a pasar la conversación a un segundo plano. Le hago un gesto con el dedo índice para que me espere un segundo —sobre todo porque estoy bastante segura de que será algún mensaje de mi hermano recordándome la hora o el viaje sin más—.

Lo abro sin pensar, pero me sorprende al darme cuenta de que el remitente es Luis. Se ve que no le llegaron las indirectas de ayer.

Me gustaría volver a verte.

Pues a mí no. Ale.

No respondo, ¿para qué? Salgo de la aplicación y, como se ponga tonto, lo bloqueo.

Vuelvo mi atención a Héctor y al estupendo viaje que me espera junto a mi madre. ¿Estaré a tiempo de decir que me caso y que no puedo ir?



¿NO TE SIENTES IMPORTANTE?

Gabo

Que tu jefe te obligue a acudir a una conferencia como ponente justo el mismo día en que se realiza la mejor convención de videojuegos en la capital es demasiado tentador como para rechazarlo... Además de que creo que la empresa desarrolladora en la que trabajo es la única sin representación. Así de poca cosa nos consideran a los del norte.

Aprecio como Hugo saca una de las entradas y me la ofrece. No puedo evitar pasar la vista por ella, se supone que tendríamos que estar invitados y no acudir como simples oyentes, pero la vida a veces es así de dura.

—Esto es espectacular... —murmuro con asombro al apreciar el interior del recinto.

Sin duda alguna cualquier fan de los videojuegos independientes debería de venir por lo menos una vez en la vida.

—¡Un puesto de hamburguesas! —Escucho decir a Hugo. Ni me extraño, creo que se pasa la vida hablando de comida—. ¿Quieres una?

Me limito a negar con la cabeza a la vez que observo de forma incansable hacia todos lados. Me siento como un niño pequeño en un parque de atracciones. O todavía mejor. Sonrío como un auténtico idiota, ¡si es que creo que lo soy!

Sin más me apresuro a dejar la maleta en la consigna. Como dice mi padre, es mejor prevenir que lamentar, y con la de gente que hay es más que posible que la maleta termine en la casa de a saber quién.

La chica me dedica una media sonrisa a la vez que me ofrece una tarjeta. Me siento un tanto idiota, sobre todo al percatarme de

que sonrío como un crío leyendo el contenido de esta. En fin, pienso que un niño en *Disney Land* no estaría tan feliz como yo aquí ahora mismo.

Al momento siento como algo me golpea en el brazo. Seguro de que será Hugo con alguna tontería, me giro con las palabras en la boca cuando, para mi sorpresa, me encuentro con la figura de un chico bastante joven.

Trago saliva, intentando que las malas palabras vuelvan por donde vinieron, y me limito a observarlo interrogante.

—¿Eres ponente? —me pregunta. Rápidamente me dispongo a negar.

Ya me llegó con exponer una vez en el día. Muchas gracias por la invitación, majete.

Dicho esto, se aparta de mí, buscando con la mirada a su próxima víctima. Pobre del que acepte.

—Esto está increíble —dice Hugo con la boca llena.

Alguien le tendría que decir que puede tragar antes de hablar, no está prohibido hacerlo. De hecho, es cuestión de buena educación.

—Tenemos que salir de aquí a las seis como muy tarde —expongo en cambio, todavía mirando para uno y otro lado con asombro.

—Dios, Gabo, eres demasiado exagerado —repone, dándole un fuerte trago a un vaso de Coca-Cola.

¿Exagerado? ¿Yo exagero? Pues no sé quién fue el que me armó un lío tremendo por llegar cinco minutos tarde al aeropuerto, aunque al final le salvé la puta vida.

Lanzo un fuerte resoplido. Es imposible discutir con él, de todas formas nunca gano.

Veo como se levanta y se aproxima al puesto de nuevo sin decir nada. Sin duda tiene un claro problema con la comida, debería de mirárselo.

Si hay gente que va a una terapia por adicción al alcohol o a las drogas, él tendría que ir a Famélicos anónimos, o como quiera que se llame. Juro que su obsesión no es normal. Nada normal.

—¿Gabriel Chas? —Escucho una voz detrás de mí y no puedo evitar girarme para encontrarme con un hombre mayor, con el pelo repleto de canas y una sonrisa imborrable en el rostro.

¿De qué me conoce?

—Acudí esta mañana a vuestra exposición —continúa, respondiendo de esta forma a mi pregunta—. No me imaginé que enviaran a ningún representante de la distribuidora *Northwest Games*, pero me alegra que te hayan elegido a ti.

—No, esto... —comienzo, intentando pensar bien las palabras—. Mi amigo y yo venimos como particulares.

—Como topes, ¿no? Para después irle con el cuento al idiota de Sarmiento, está claro —expone, totalmente serio. De un momento para otro estalla en una fuerte carcajada.

Dios, qué ser tan extraño. No sé ni qué hacer ni decir.

—Solo bromeaba —dice, con una radiante sonrisa en el rostro.

Qué bien que lo aclara, estaba empezando a creer que tenía problemas mentales.

Al momento siento un pequeño golpe en el hombro y me giro de forma violenta para encontrarme con la sonrisa de Hugo. Dios, jamás pensé alegrarme tanto de verlo.

—Esto está hasta los topes —dice manteniendo esa sonrisa en el rostro.

—Usted es... —comienza el hombre desconocido, observando a mi amigo—. Hugo...

—Pena —completa este, extendiéndole la mano para estrecharla con la suya.

En fin, creo que tendría que haber hecho eso mismo, pero el protocolo no es lo mío.

—Le quería comentar a su amigo lo afortunados que nos sentimos con que hayáis venido a la convención —expone, con la mirada más serena que le he visto en todo este rato.

Tal vez no esté mal de la cabeza y solo se trate de un cachondo integral.

—Me encantaría que subierais a dar la ponencia de esta mañana. Sé que a muchos les encantará saber realmente cómo es el trabajo de un diseñador de videojuegos. Tienen otra idea.

—Oh, pues nosotros... —comienza Hugo. Lo conozco, sé que va a aceptar sin siquiera preguntarme si me parece bien.

—Solo venimos como observadores —lo interrumpo rápidamente. Juro que como tenga que volver a dar la estúpida conferencia me da un micro infarto de esos.

El hombre no insiste más en el tema, y con una excusa barata que no llego ni a escuchar desaparece de un momento a otro, permitiéndonos disfrutar de la convención con la mayor de las tranquilidades.



La tarde pasa entre juegos, exposiciones y alguna que otra charla tonta por parte de alguno de los desarrolladores. Y digo tonta porque, en efecto, lo son. Ahora comprendo por qué el tipo este quería que fuéramos nosotros los que diéramos la ponencia. Hasta la nuestra parecía buena al lado de todas estas pamplinas.

—Dios, me siento un puto friki —dice Hugo, observando hacia todos lados con una radiante sonrisa en los labios.

Me siento igual, querido amigo. En el fondo creo que lo somos, pero unos frikis muy felices, oye.

Nos acercamos a una de las mesas donde promocionan uno de los videojuegos de la distribuidora Imprezz Spiele para Android e iOS.

—Tenemos una oferta de promoción —comenta la chica, mostrándonos el juego en un dispositivo Android.

No tengo muy claro de qué va, simplemente parece una tonta imitación de algún juego de coches, pero para jugar en un dispositivo móvil. No digo que no sea una buena idea, al contrario, pero creo que podrían mejorarlo.

En tan solo medio minuto observando el aparato me doy cuenta de dos fallos graves y no puedo evitar torcer el gesto a la vez que niego con la cabeza, para que la chica sepa que no estoy para nada

interesado. Tampoco pienso entrar en más historias con ella, dudo que realmente entienda algo de videojuegos.

—Pues yo me animo —dice Hugo después de planteárselo durante un par de segundos. No puedo evitar reírme, creo que si todos son tan decididos como él no va a tener problema en venderlos.

—Gabriel, perdona que te moleste otra vez. —La voz del hombre misterioso me saca de mis pensamientos. Me giro para observar de nuevo su pelo canoso y su rostro sereno—. Antes no me presenté, soy Jorge Aráoz.

No puedo evitar abrir los ojos, producto de la sorpresa. Jorge Aráoz es el dueño de una de las distribuidoras más importantes del país, por lo menos en el nivel en el que me muevo yo.

Me limito a asentir y, por primera vez en todo el rato, siento que los modales y el protocolo son lo mío. Le extiende la mano y veo como junta la suya con la mía.

—Un placer, señor Aráoz. Es toda una eminencia —digo, observando como el rostro del hombre se va transformando en una pequeña sonrisa.

—Me gustaría poder invitarlo a un café —me dice, haciéndome una señal con la cabeza hacia uno de los múltiples puestos que se encuentran en la convención.

¿Pero cómo diablos voy a negarme? Se trata de Jorge Aráoz. Asiento rápidamente con ansiedad.

Me siento un poco interesado. Este hombre me daba igual hasta que me dijo su nombre, pero es que, Dios... ¡Es uno de los mejores en la materia! Tengo que admirarlo por narices.

Nos sentamos en una de las pocas mesas libres y pedimos cada uno su café, mientras que aprecio como Hugo continúa dialogando con la chica sobre su nueva diversión. No puedo evitar soltar una fuerte carcajada, en el fondo es peor que un niño pequeño en cuerpo de adulto.

En menos de lo que me doy cuenta el chico deja dos vasos de cartón sobre la mesa.

—No me gustan nada estos chismes —dice, mostrándome el vaso.

Supongo que él tiene que estar acostumbrado a mucho más glamur, claro. Dudo que tengan una máquina de café a la entrada de la empresa. A nosotros no nos quedó más remedio que consumir esa imitación barata del café hasta hace unos pocos meses, momento en el que decidieron poner una cafetera de cápsulas. La cual por cierto no sé utilizar.

—Voy a ser claro contigo —comienza, llevándose el vaso a los labios—. Te quiero en mi equipo. Hace un tiempo que tengo fichada vuestra plantilla y tú, sin duda alguna, eres uno de los que más destacan. Y te quiero en mi barco.

Me atraganto con mi propia saliva. Comienzo a toser como un idiota. ¿Esto es un maldito sueño?

—¿Cómo dice? —pregunto, una vez recuperada la voz.

No sé por qué siempre me tiene que fallar en momentos así. Veo como se acerca de nuevo el vaso a los labios y en un par de tragos se ingiere todo su contenido.

—Entiendo que te lo tengas que pensar. Pero te rogaría que te tomes esta oferta muy en serio. —Y, tras decir esto, me ofrece una de sus tarjetas justo antes de despedirse de Hugo con un pequeño golpe en el hombro.

No me lo puedo creer. Es una de las mejores desarrolladoras de videojuegos a nivel independiente del mercado, ¿y les intereso yo?

—Tío, ¿has escuchado eso? ¡Te quieren a ti! —Me giro hacia atrás y me encuentro a Hugo, observándome con asombro.

Trago saliva violentamente a la vez que asiento con la cabeza, aunque con más bien poco convencimiento.

—Joder, ¿no te sientes importante? —pregunta. Pienso en responderle cuando una pequeña vibración en el pantalón me sobresalta.

Tendría que haberle quitado la vibración al móvil. Odio que sea tan inoportuna.

Me fijo en la pantalla. Es Eva, mi hermana, pero lo que más rápido capta mi atención es el reloj en la esquina superior derecha.

—Mierda —suelto de sopetón.

Por la euforia del momento casi se nos olvida lo más importante. El maldito viaje de regreso a casa.

Presiento que Hugo me va a mandar a tomar por donde amargan los pepinos, ¿no dice que soy un exagerado? Tal vez lo sea recordándole que nos queda una hora escasa para llegar al aeropuerto y a un avión que, por cierto, ni de broma llegamos a coger.

Esta vez sí que perderemos el avión de verdad. A ver cómo se lo explicamos al idiota del jefe. Una vez pasa, ¿pero dos? No le colaría ni de broma.

Para mi sorpresa, y lejos de lo que esperaba, Hugo abre los ojos como platos, dibuja un gesto de sorpresa y me agarra con una fuerza sobrehumana, tirando de mí hacia la entrada.

Me zafó como puedo de él, alegando que voy a por la maleta a la consigna. Me acerco rápidamente y, por suerte para todos está totalmente vacía, por lo que la chica me da la maleta sin perder demasiado tiempo.

¡Bien, Gabo! La primera cosa que sale bien en todo este maldito día de locos.

Salgo a toda prisa, después de darle las gracias mil veces a la recepcionista, y veo como Hugo está todavía pendiente de conseguir un taxi.

Me hace un gesto de exasperación cuando uno se para frente a él y no puedo más que apresurarme a paso ligero.

—Al aeropuerto, por favor. —Escucho como dice Hugo. Me acomodo en el asiento trasero.

—¿Qué terminal? —pregunta el taxista, quien parece con pocas ganas de arrancar.

—¡Yo que sé! —responde Hugo exasperado. El hombre niega con la cabeza, pero arranca finalmente.

Me pongo el cinturón mientras que la música de Bombai se acomoda dentro del habitáculo. No es que escuche demasiado este tipo de música, pero según informan en la radio la canción se llama *Imparables*^[7] y para ser sincero me gusta más de lo que pienso admitir. Es fresca y divertida.

Por primera vez en todo el día me permito respirar con tranquilidad, y sin querer voy formando una sonrisa en el rostro.

No solemos hacer este tipo de cosas, tal vez somos demasiado buenos. No está mal romper las malditas reglas de vez en cuando.

Y sin saber por qué viene a mi mente el mensaje de la chica de Facebook. A decir verdad, no pensé en ella en todo el día, los nervios y la ansiedad no me dejaron pensar con claridad.

Busco rápidamente el móvil en mi bolsillo derecho y entro en el Messenger. Sinceramente no sé qué responder. En el fondo creo que preguntarle quién es sería cruel, ¿aunque desde cuándo me importa serlo?

Entro en nuevo en su cuenta y al fijarme en una de sus primeras fotografías siento un fuerte escalofrío. Tiene que ser una niña. Realmente no sé cuál de todas puede ser, además de que la calidad de la fotografía es realmente mala, pero no parecen que tengan más de dieciséis años en ninguna de ellas.

Dudo, pero finalmente comienzo a mover los dedos por la pantalla y le respondo a su mensaje de la única forma que se me ocurre.



Inspira: un, dos, tres. Mantiene: un, dos, tres. Espira: un, dos, tres.

¿De verdad está ridiculez sirve para algo? Según la entrada de internet titulada: «cómo controlar los nervios ante una situación de pánico extremo» en algún foro oculto de internet, sí. Mentira, mentira absoluta.

Siento como me sudan las manos, tanto o más que antes de comenzar con esta maldita ridiculez. Se me nubla la vista y siento un fuerte nudo en la garganta.

Pienso denunciarlos por engañar a la gente, ¿con que objeto quieren hacernos creer que existe una forma de controlar nuestras emociones?

Según el estúpido foro, también ayuda reconocer el problema en voz alta. Pues bien, lo diré: odio volar. Solo de imaginarme la sensación de elevarme de la tierra siento como se me encoge el corazón y las manos me comienzan a sudar sin control.

Como es lógico nadie lo sabe, ¿a quién le voy a confesar uno de mis mayores miedos?

A decir verdad, nunca me vi en la necesidad de coger un avión hasta esta vez. Mi madre fue más rápida que yo, y ahora no puedo negarme.

—¿Desea algo? —Escucho la voz de una mujer, lo cual me hace regresar a la tierra.

Paradójico, me da miedo volar y en cambio me paso la vida entre las nubes.

—Eh... —titubeo. Perfecto, ahora todo el mundo pensará que soy idiota—. Quiero una bolsa de ositos de gominola, por favor.

Al momento aprecio como se gira, buscando con la mirada mi pedido. Realmente no sé ni lo que quiero, pero tal vez mantener mi cabeza ocupada me ayude a conseguir esa relajación que no lograron las estúpidas respiraciones sacadas de internet.

Alargo el brazo, agarrando uno de los múltiples libros de una de las estanterías.

No suelo leer demasiado, casi podría jurar que los únicos libros que me dejan atontada perdida y enganchada hasta límites increíbles son los de Héctor, o tal vez son los únicos a los que les pongo toda mi atención.

Observo por encima que no hay ningún libro de mi amigo, y me apunto mentalmente poner una reclamación por ello, para centrar la vista finalmente sobre el libro que tengo entre manos.

Observo la portada un tanto recelosa. Lo giro, con la única intención de leer la sinopsis, cuando me percató de que las letras bailan una especie de samba muy divertida. Divertida para ellas, claro, a mí me acojona. Malditos nervios.

Con un rápido movimiento consigo dejar el libro y apoderarme de una de esas revistas de cotilleo. Me ayudará más.

—Quiero esta revista también. —La chica me dirige una mirada reprobatoria, como si le costara mucho sumar el precio de las dos cosas.

Joder, chica, vuelve al instituto.

—¿Va a volar? —pregunta, mirando la pantalla del ordenador. Tuerzo el gesto. ¿Por qué se piensa la muy idiota que estoy comprando una buena dosis de azúcar si no?—. ¿Podría decirme el destino? Me lo exigen para llevar un control.

«Un control muy ridículo, querida». A pesar de todo, asiento.

—A Coruña —digo, sin más. Espero a que la inútil termine de teclear mi destino en el maldito ordenador para pagarle y salir de ahí.

Veo a lo lejos como Héctor dialoga con una de las azafatas de la compañía a la vez que me muerdo las uñas. No lo puedo controlar. Y si llego a tener delante cualquier cosa la golpearía, pero le tengo demasiado cariño a mi maleta, y sobre todo a mi ropa, como para hacer eso.

Abro el paquete de ositos y me llevo uno de ellos a la boca. Tengo que reconocer que me encantan. Bueno, los rosas me enloquecen, los azules los detesto, me parecen repulsivos, y los demás simplemente me gustan.

Cierro los ojos, intentando disfrutar del sabor a la fresa química, porque de fresa no tiene nada realmente. Aun así me encanta.

—Al parecer no le quedan sitios en ese avión. —Me sobresalto al escuchar su voz y es en ese momento cuando regreso a la realidad.

¡¿Cómo qué no?! Lo miro con expresión desorbitada. Tiene que ser una estúpida broma. No es una alternativa posible, yo no puedo volar sola o que me dé un ataque de pánico pasará de ser una simple opción a una obligación.

¡Y no quiero que eso pase!

Sé que entré en estado de *shock* cuando aprecio la mano de Héctor delante de mi rostro y una sonrisa socarrona se sitúa en sus labios.

—No te morirás sin tu noviecito de pega durante un rato. Ya sabes que dicen que las parejas deben de tener su espacio —bromea.

¿Cómo puede bromear con esto? Siento que la sangre no me llega al cerebro, como las piernas me tiemblan sin control alguno. ¿Será esto lo que experimentas segundos antes de morir? Además, la cabeza me da vueltas. Sé que me caeré al suelo de un momento a otro.

«Haz el bien y te pasarán cosas buenas» dicen. ¿Acaso eso no me lo puedo aplicar a mí misma? Puto karma.

—Pero me han puesto en el siguiente. Llegaré media hora después que tú así que con que no te vayas con ningún desconocido bastará —concluye con su tonto intento de hacerme reír.

—Eso no puede ser —susurro. Héctor me observa algo confundido, sin saber bien qué decir.

Sin mediar palabra me comienzo a acercar al mostrador donde antes había intentado Héctor, sin éxito, conseguir un billete para el mismo avión que yo.

—Necesito otro pasaje —le imploro, ofreciéndole mi tarjeta de embarque. Al momento veo como tuerce el gesto y comienza a

entreabrir los labios para darme la misma respuesta que a Héctor. Pero no, a mí no me la cuela—. Me da igual de dónde lo saque, pero lo necesito para este mismo vuelo.

Intento controlar el tono de voz, aunque me cuesta más de lo que me gustaría. Me muerdo la lengua, tanto que siento que comenzaré a sangrar de un momento para otro. Maldita sea, ¡necesito un estúpido golpe de suerte!

Al momento veo como teclea de nuevo en su ordenador y ese gesto de «te voy a joder» se sitúa en su rostro.

—Lo lamento. El avión está completo.

No puede ser. ¡No-puede-ser! ¿Cómo diablos harán en las películas para que estas cosas no ocurran? ¿No es que siempre hay un puto billete para que el príncipe azul consiga subirse al mismo avión que la princesa? ¿Es que acaso es imprescindible ser de la realeza y estar cubierta de azúcar? Porque lo haré, juro que me pongo una de esas malditas coronas del Burger King a la vez que me unto en mermelada de ciruela si así consigo el maldito billete.

—¿Y para el siguiente? —pregunto al fin, dándome por vencida—. Me refiero a dos pasajes. Para él ya sé que hay —añado al apreciar su rostro.

Veo como me observa con una superioridad que me está poniendo enferma. Siento ganas de escupirle en la cara, lo juro. Me controlo porque... En fin, yo que sé por qué.

—No puedo cambiarla de vuelo. Si lo hace tendría que volver a cobrarle el billete —repite la muy asquerosa—. La buena noticia es que su amigo ya tendría sitio en este avión —dice, con una cínica sonrisa en los labios.

Será idiota.

¿Y ahora qué hago?



Decisión tomada, aunque no por mí.

Después de cuatro tirones de pelos y unas cuantas palabras subidas de tono, decidieron que yo era un peligro para los demás viajeros y que, por ello, me prohibían subir en su maldito vuelo.

Ni que quisiera volar con ellos. Favor que me hacen.

Saco el móvil del bolso y me pongo los auriculares. Según el maldito foro de internet esa es otra de las formas idiotas de controlar tus estúpidas emociones.

Cuando me siento bien^[8], de Efecto Pasillo. Perfecto, la canción ideal. No estoy bien, maldita sea, ¡no lo estoy!

Me quito los auriculares de un manotazo. Juro que voy a denunciarlos. ¡Nada funciona!

—Prométeme que esta vez no la liarás —me dice Héctor, mostrándome dos tarjetas de embarque.

Sé que tiene que regañarme por mi conducta, al fin y al cabo es una de mis tres mamis, y está el segundo en mi lista de preferidos. Tuerzo los labios y agacho la cabeza fingiendo arrepentimiento.

—Saldremos a las siete —concluye al fin buscando la puerta de embarque con la mirada.

Chasqueo la lengua. Con las bromas perderemos todo el día. Rápidamente entro en el WhatsApp, busco la última conversación con mi hermano y me apresuro a escribirle un mensaje. Claramente no le gustará saber que me prohibieron subir al vuelo así que... tendré que echarle imaginación.

El vuelo se retrasa, llegaremos
un pelín más tarde.

Miento... un poquito. La mitad es verdad así que técnicamente...
¿Es medio verdad?

Sobre las ocho.

Bloqueo el móvil después de decir esto, temerosa de su respuesta. Al momento siento un pequeño pitido en mi mano derecha. Tengo que decir que detesto el sonidito del WhatsApp, motivo por el cual casi siempre tengo el móvil en silencio. Tal vez se deba a la cantidad de veces que escucho ese maldito ruido a lo largo del día en todos lados. Yo que sé.

¿Eso es para ti un pelín?

No puedo evitar soltar una fuerte carcajada. Sé que no tiene gracia, pero... ¡Ay, yo que sé!

¿Llegaremos? ¿Traes pareja?

Oh, sí, hermanito. ¿Qué te esperabas? ¿Que fuera sola a tu boda como una maldita solterona? Oh, dioses, eso es precisamente lo que soy. Una maldita solterona muy feliz.

Sonrío, aunque poco me dura esa absurda felicidad.

De nuevo retomo ese sentimiento tan horrible que normalmente no está presente en mí. Ansiedad, maldita ansiedad. Me muerdo las uñas, siento de nuevo ese estúpido impulso de golpear algo. Fijo la mirada rápidamente en Héctor, quien continúa buscando la puerta de embarque. En fin, tengo que controlar estos estúpidos nervios antes de que se me cruce otra azafata idiota y la vuelva a liar.

No sé ni en lo que pienso cuando entro en el Facebook y algo capta toda mi atención.

¿Nos conocemos?



¿TAL VEZ SEA
COSA DEL
DESTINO?
Gabo

Sin duda un poco cogidos por pinzas, pero llegamos a tiempo. Veo como Hugo le ofrece un billete al taxista y ni me molesto en comprobar si espera por el cambio. Apresuro el paso, adentrándome en el aeropuerto.

No sé por qué la gente se queja tanto del aeropuerto de Madrid. Puede que sea algo caótico, pero aun así tengo que decir que me parece de los más sencillos, o yo por lo menos nunca tuve la mala suerte de perderme por él.

—Deberías de plantearte lo de trabajar para Imprezz Spiele. Es una grandísima oportunidad —me dice Hugo, aunque no le hago ni puñetero caso. Ahora mismo ese tema está en un muy remoto segundo plano... o tercero.

Le hago un gesto con la cabeza, mostrándole la zona de facturación de nuestra compañía, y al momento aprecio como comienza a apresurarse a pasos largos. Por motivos obvios de estatura me es imposible seguirle el paso, aunque intento seguirlo de cerca, aun así.

No sé realmente qué le estará diciendo mi amigo, pero sí puedo apreciar el gesto de negación de la muchacha. Maldita sea, necesitamos facturarla como sea.

—Lo siento, acabamos de cerrar —expone la azafata, haciendo un falso gesto de tristeza en el rostro.

Le da igual, es un alma diabólica. Observo rápidamente como Hugo se apresura a darle mil quinientas explicaciones por las cuales no se le mueve ni un solo pelo. ¡No le damos ni un poco de lástima!

—Perdona —me apresuro, sin dudar de que funcionará. Siempre lo hace—. Mi amigo y yo venimos de una importante conferencia, y no nos dio tiempo a llegar antes. —Me giro hacia él, quien me observa con curiosidad.

No tengo ni idea de lo que le habrá dicho, solo espero que no me fastidie el plan.

Veo como la muchacha va mudando un poco la expresión. «Bien, Gabo, es humana, ¡vas por buen camino!»

—¿Sois médicos?

De nuevo lo mismo, maldita sea. Presiono un labio contra el otro. ¿De verdad tenemos pinta de médicos? Hugo con su espalda ancha y su metro noventa y cinco tal vez podría salvar a medio mundo en brazos, pero me pegaría más como un bombero, así al estilo de las películas; y yo, con mi barba desordenada producto de un claro descuido personal, creo que me quedaría mejor algo como... ¿traficante de drogas?

Pero me limito a sonreír. Os juro que no sé por qué siempre me funciona esa estúpida sonrisa. Ni siquiera me gusta hacerlo.

—Por supuesto —respondo a la vez que cruzo los dedos por detrás de la espalda. De verdad espero que a nadie le ocurra algo o como pregunten lo típico de las películas de: «¿Hay un médico en la sala?», nos vamos a quedar como un par de idiotas. Sobre todo yo, que me desmayo al ver la sangre.

Joder, soy un blandengue.

Al momento veo como la chica asiente, agarra la maleta y se dispone a facturarla.

«Gracias, mamá. Lo mejor que me has dado es este estúpido y maldito gesto. Desde la distancia te mando un fuerte beso y agradecimiento por eso y nada más».

—Joder, ¿qué les das para que te funcione esa maldita sonrisa *quitabragas*? Hasta barbudo lo consigues antes que yo —dice, con un claro fingido gesto de ofensa en el rostro. No puedo evitar soltar una pequeña carcajada.

—No deberías de protestar tanto, si no llega a ser por mi sonrisa *quitabragas* —digo, enfatizando mucho la palabra utilizada por Hugo momentos antes—, este viaje habría sido un maldito desastre.

Veo como asiente con la cabeza. Sabe que tengo razón.

Una pequeña vibración me sorprende y busco rápidamente mi teléfono móvil. En el fondo sé quién es, o me lo imagino, ya que no suelo estar demasiado solicitado, para qué nos vamos a engañar.

Veo que se trata de una notificación del Messenger. Creo que es la primera vez en mucho tiempo que mantengo una conversación tan larga por ese medio, y eso que solo llevamos dos palabras. Siempre pensé que era inútil, pero, aun así, lo descargué. ¿Tal vez es cosa del destino? ¡Ja!

¿No sabes quién soy?

¡Pero si me agregaste tú!

No puedo evitar soltar una pequeña risotada. Lo sé, pero tampoco sabría cómo explicarle el motivo.

«Es que soy diseñador de videojuegos y el idiota de mi jefe nos obliga a enviaros el estúpido jueguito del momento para engancharos y que terminéis dejándoos un pastón» no creo que sea una buena carta de presentación, aunque sería la verdad y nada más que la verdad. En fin, descartado. ¿Y una buena excusa? Tal vez algo tipo: «ah, ¿no eres la Gema que baja los martes a la pescadería de Mary? Perdona, pensé que sí. Te elimino».

Tengo que apechugar con mis actos, así que me limito a responder.

Ni idea. Tal vez fue un error

En fin, que apechugue otro. Yo paso.

—Realmente no entiendo nada. Sabes que ligo más que tú. —
Escucho la voz de Hugo. Por un momento había olvidado que

estaba ahí.

La verdad es que sí, decir que liga mucho más es quedarse demasiado corto. No hay noche en que salgamos juntos en la que no se le acerquen, por lo menos, tres o cuatro chicas diferentes. No sé si será por la estatura, por su rostro robusto o, tal vez, por... yo que sé, no soy mujer ni tampoco gay, pero Hugo es un puto imán.

—Eres demasiado ansioso —le digo, buscando con la mirada la zona de embarque—. Tienes que tomarte la vida con más calma, amigo.

Me meto el móvil en el bolsillo derecho de mi pantalón vaquero. Ahora no es el momento, y lo último que quiero es perder el tiempo.

Por suerte para ambos no hay demasiada gente esperando para pasar sus útiles por esas cintas tan ridículas. Supongo que si llevas equipaje de mano estará bien, o el típico bolso de las chicas, pero cuando lo único que llevas son unos pantalones, una chaqueta y un teléfono móvil, resulta casi ridículo.

Lo que más detesto es tener que quitarme el cinturón y las zapatillas. Lo veo ciertamente innecesario. Pero en el fondo debemos que pensar en la seguridad. Entiendo que lo hagan, pero me parece un coñazo.

Según pasamos por ese mínimo protocolo nos apresuramos a buscar la puerta de embarque, que al parecer ya lleva un rato abierta porque no hay demasiada cola para acceder.

—¿Sabes qué? Nunca me gustó volar —dice Hugo, sacándome momentáneamente de mis pensamientos.

Tuerzo los labios, no tenía idea, pero tiene que ser gracioso ver a un hombre tan grande muerto de miedo por subirse a un avión.

—Pero bueno, como soy un macho tengo que fingir que me da igual. —Suelta una pequeña risotada que no puedo evitar secundar.

Una pequeña vibración me impide controlar los malditos impulsos. No quería sacar el móvil hasta estar bien asentado en el avión. Niego con la cabeza, no lo voy a hacer.

Observo como la pareja que tenemos delante se regalan ridículas caricias. Y digo ridículas porque yo no las tengo y, a este paso, nunca las tendré. No puedo evitar soltar un pequeño resoplido.

—¿Volviste a hablar con Rebeca? —Niego con la cabeza al escuchar la pregunta de mi amigo.

No entiendo qué tendría que hablar con ella. Lo nuestro ya está terminado, aniquilado.

La cola se paraliza de un momento a otro, aprecio como los gestos de cariño entre la pareja de delante se van haciendo más frecuentes. Siento ganas de gritarles que se busquen un hotel, pero me contengo por simple educación.

Después de soltar un pequeño bufido, y de apreciar que Hugo se entretiene leyendo un papel pegado en una de las paredes, saco el teléfono móvil del bolsillo.

Como me imaginaba, la notificación es del Messenger. La abro sin pensar.

Pues yo a ti sí que te conozco. ;)

¿Me conoce? Debe estar de broma.

«Pero si...» escribo y borro. Con el corazón latiendo a mil en mi garganta, y los nervios depositados en la boca del estómago, entro en mi cuenta y reviso mi perfil un poco por encima. Respiro aliviado al darme cuenta de que no tengo ninguna foto mía, por lo menos en la que se me vea decentemente y reciente. Es verdad que tengo una con mi hermana mayor, aunque bastante lejos y casi ni se nos aprecia. Bueno, y de ella hace por lo menos unos diez años.

No puede saber quién soy de ninguna de las maneras.

Eso suena fatal.

¿Eres una acosadora?

Respondo en cambio, siguiéndole el juego.

No sé por qué, pero me está divirtiéndome más de lo que me gustaría admitir.

En ese instante la cola comienza a avanzar de nuevo, por lo que mi teléfono móvil vuelve al lugar del que no debería de haber salido.

No tardamos ni dos minutos en entrar en el avión y afincarnos en nuestros sitios correspondientes: Hugo en la ventana y yo en el siguiente a este.

Lanzo un fuerte resoplido, realmente espero no tener a ningún tocapelotas al lado. Odio mantener ridículas conversaciones con desconocidos.

—Por fin voy a poder estrenar esta maravilla. —Escucho decir a Hugo, a la vez que agarra su teléfono móvil y abre el juego que había adquirido en la convención.

No puedo evitar soltar una pequeña risotada. Lo dicho, es un niño en un cuerpo de adulto... Muy adulto.

Sin pensarlo hago lo mismo que él, desbloqueo la pantalla y abro la conversación con la desconocida, que al parecer me había respondido casi al momento, tanto que ni el móvil me hizo llegar la notificación.

No puedo serlo porque me agregaste tú.

Y a continuación, en otro mensaje, añade un emoticono echando la lengua.

Creo que le gusta demasiado utilizar emoticonos a esta chica. Otro motivo para pensar que tal vez no supere los diecisiete años. Espero que no me acusen de pederasta por esto.

No quiero seguir con el juego, y en otra ocasión creo que no lo haría. Miro a un lado y a otro y me doy cuenta de que no tengo nada mejor en que gastar el tiempo que nos falta para despegar, así que comienzo a mover los dedos por la pantalla sin mucho sentido.

¿Entonces es que soy famoso?

No tarda demasiado en responder, ya que el propio Messenger ni me avisa de su notificación otra vez. Sonríe al leer el mensaje.

En determinados círculos es posible

Y, como ya empieza a ser una estúpida costumbre, lo acompaña con otro emoticono.

—Deberíamos de apagar el móvil antes de que esa mujer nos clave un cuchillo con la mirada. —Escucho la voz de Hugo. Al momento me fijo en la mujer a la que se refiere mi amigo.

La verdad es que da miedo. Tiene un pequeño parecido a Evie Frye de *Assassin's Creed Syndicate*. Su mirada me produce verdaderos escalofríos.

Me limito a asentir y guardar el móvil en el bolsillo derecho de mi pantalón, justo después de activar el modo avión.

Echo la cabeza hacia atrás a la vez que cierro los ojos. Es el primer momento de relajación real en todo este maldito día de locos.

—Oh, no me lo puedo creer. —Me giro al escuchar la voz de una chica. Veo cómo observa su billete a la vez que busca con la mirada el número justo encima de donde nos encontramos sentados Hugo y yo. Se gira hacia su acompañante y dibuja una mueca de disgusto.

Supongo que se trata de una de esas parejas empalagosas que no pueden separarse ni un momento... ¡Maldita sea, es un viaje de una hora! No vamos a viajar a Nueva York, señores.

Elevo la vista y la clavo en su gesto de desesperación. Chisto la lengua. «Tu perfecto novio no se va a ir con otra, bonita».

Se introduce en el asiento que está justo a mi lado a la vez que hace mil peripecias para meter el bolso en la parte de arriba. Intento no fijar la vista en ella y vuelvo a cerrar los ojos una vez más, eso es realmente lo que necesito. Consigo reprimir un quejido cuando me pega un pequeño pisotón. Sin duda parece no haberse enterado, pero no puedo evitar soltar un fuerte resoplido. ¿Es qué no puede tener más cuidado?

Se deja caer a mi lado. Aprecio como teclea algo en su teléfono móvil justo antes de que la música de *Haz conmigo lo que quieras*^[9], de Marlon, resuene. Me giro hacia ella, aunque fijándome solo en la pantalla de su teléfono móvil, en la que aparece la palabra «lago». Tal vez sea su estúpido novio. ¡Que ella tampoco

se va a ir con otro, maldita sea! Siento ganas de gritarlo a los cuatro vientos.

Rápidamente cuelga la llamada y se comienza a revolver incómoda. Joder, vaya viaje me espera.

—Perdonad, chicos. —Escucho de nuevo su voz, pero ni me inmuta. Solo quiero mandarla al carajo y eso no ayudaría para nada —. ¿Os importaría dejarme la ventana? Si no da igual, es solo que...

En ese momento veo como Hugo se levanta, obligándome a hacer lo mismo. Debe de estar de broma. ¿Ve una chica guapa y le cede su sitio? Joder...

Vaya viaje tan bonito nos espera. Menos mal que solo es una hora.



Aire puro para mis pulmones. Respiro con ansiedad cuando al fin pongo un pie fuera del avión.

Bueno, tal vez no se pueda decir que el aire que se respira en un aeropuerto sea precisamente muy puro, aunque sí es todo lo que necesitaba.

Comienzo a bajar los escalones a la vez que miro hacia todos los lados con una radiante sonrisa en los labios.

«Tierra firme, ¡cuánto te echaba menos!»

No sé ni en que pienso cuando me agacho para besar el suelo ante la mirada atenta de unas cuantas decenas de personas. No me importa lo más mínimo que me miren.

—Pero ¿qué te pasa? —Escucho la voz de Héctor, quien me agarra rápidamente del brazo y me eleva en el aire tan rápido que no tengo tiempo ni a zafarme.

Maldita sea, ¿qué carajo come?

—Ay, suéltame —protesto, aunque sin poder disimular mi felicidad.

Estamos vivos, ¿qué más se puede pedir?

—Todo el mundo te mira como si estuvieras loca, Gema. Haz el favor de comportarte como una persona normal —susurra, muy cerca de mí—, aunque te cueste.

¿Persona normal? Yo soy una persona normal. La gente corriente también tiene miedos y ansiedades y... Ups, no es normal clavarle

las uñas a tu compañero de asiento, ¿no? Menos mal que no era Héctor o me lo estaría recordando durante el resto de mis días.

Pobre chico. No sé ni por qué aguantó mi absurdo ataque de pánico sin protestar.

—Vayamos a buscar las maletas —dice, tirando de mí hacia un costado.

Lo sigo en una ridícula nube de ensoñación. Podría jurar que nunca me había sentido igual. Me siento como una niña después de subir por primera vez a la noria. Siento ganas de gritar y...

¡Oh, Dios!, ¿me gusta volar? No puede gustarme. Casi me cago de miedo.

¿Será que superé ese temor? Lo dudo.

—¿Se puede saber qué puñetas te pasa? —me pregunta Héctor, parándose en seco frente a mí. Es en ese momento cuando me doy cuenta de que no me he movido ni un solo milímetro.

Niego con la cabeza, como quitándole importancia, y una discreta sonrisa se va formando en mis labios.

—Venga, que tu hermano tiene que estar harto de esperarnos.

Oh, oh. Me había olvidado por completo de lago. Me matará.

Comienzo a apresurar el paso obligada, ya que lo único que quiero es comenzar a bailar la estúpida danza de la victoria, esa misma que realizábamos cada vez que algo nos salía bien en el colegio.

Me acerco rápidamente a la cinta cuando veo mi tan insulsa maleta. Siempre digo que la voy a cargar de pegatinas para reconocerla, y para que deje de ser un puto coñazo, pero nunca lo hago.

La subo al carrito, que al parecer había cogido Héctor —juro que no me había enterado de nada durante todo este rato— y me apoyo sobre él, esperando a que el hombre que durante unos días se va a convertir en mi pareja se acerque con la suya.

Para ser realista, Héctor es el novio perfecto a los ojos de cualquier madre: es guapo, inteligente, y habla como un catedrático de la lengua. Aunque, tal vez, ayude el hecho de que sea escritor. Hasta yo podría enamorarme de él si no fuera tan perfecto... y tan gay.

—Espero volver a verte. —Escucho una voz detrás de mí, lo cual me pone repentinamente en alerta. Me giro hacia atrás, fijando la vista en un chico alto, moreno y con una mirada que le quitaría la respiración a cualquiera. Pero, por desgracia, lo que más capta mi atención es uno de sus brazos y la rojez que dejé impresa en ellos.

No es frecuente en mí, pero juro que en este momento quiero desaparecer del mundo. Es que encima el chico es monísimo. ¿No podía haberme tocado compartir vuelo con un callo humano? O tal vez con una mujer de setenta años que me contara historias relajantes sobre sus nietos. Igual eso me habría calmado, o, tal vez, habría terminado por animarme a culminar con mi desgracia tirándome en pleno vuelo, pero todo habría ayudado.

Para ser sincera cuando Héctor me confesó que no podíamos compartir asiento quise matarlo, pero al apreciar el espécimen tan perfecto con el que tendría que hacerlo no pude evitar comérmelo a besos, aunque esa alegría solo duro diez minutos, momento en que el maldito aparato del demonio se puso en funcionamiento.

Siento como un brazo me rodea la cintura, y es en ese instante cuando el chico deja de fijar la vista sobre mí para hacerlo en el idiota de Héctor. Aunque en ese momento sea mi salvador, en cualquier otro me estaría fastidiando, ¿es que no se da cuenta?

Me tiene que molestar, él no sabe que lo necesito y el tío está muy bueno. Aunque, en fin, estoy encantada porque no quiero seguir manteniendo esta conversación. ¡Quién me entiende!

—Me llevo un bonito recuerdo de tus uñas —dice, justo antes de regalarme una mínima sonrisa y comenzar a caminar hacia el lado contrario.

¿De verdad acaba de decir eso? ¿Y Héctor lo escuchó? Estoy perdida.

—¿Qué has hecho, Gema? ¿Le clavaste las uñas a ese adonis?
—Suelta una pequeña risa—. Y no en ese hermoso trasero, ¿verdad? —No puedo evitar fijar la vista en el mismo punto que Héctor. Dios, está más bueno de lo que creía.

—Madre santa, soy idiota. —Me llevo las manos al rostro, completamente avergonzada—. Me odio, me odio muchísimo. Ese tenía el ADN perfecto para ser el padre de mis hijos.

—No te preocupes, podrás clonarlo —suelta sin más. Me giro hacia él, confundida—. Debes tener todo su perfecto ADN bajo tus uñas, tigresa.

Y, tras decir esto suelta una fuerte carcajada.

¡Ah! Lo odio. Le dedico una mirada cargada de sentimientos negativos. A veces me encantaría tener el poder de hacerle explotar el cerebro. ¡Lo haría encantada! Pero después me doy cuenta de que sin él no sería nada y se me pasa el cabreo, como ahora.

—¿Te das cuenta de que dices eso siempre que ves a un chico guapo? —Estalla en una fuerte carcajada.

—Es que es el único requisito que le pongo al futuro padre de mis hijos... —Me muerdo el labio inferior—. Pero luego los conozco un poco mejor y cambio de idea.

—En el fondo eres una romántica —dice en un pequeño susurro.

¿Romántica? ¿Yo? ¡Ja! Si no llega a ser porque aprecio la figura de mi hermano a lo lejos estallaría en una fuerte carcajada, pero sinceramente lo último que quiero es que descubra toda esta maldita farsa antes de comenzar.

—Además, ¿desde cuándo tú quieres tener hijos? Odias a los niños.

—Y ellos a mí. El amor es mutuo. —Tuerzo los labios tras decir esto, con resignación. Cuando mi sobrino Brais nació, yo no tenía más de doce años, se supone que me tenía que querer, ¡por el amor de Dios, soy su tía! Pues me odiaba. Siempre que me acercaba a él lloraba como un auténtico poseso.

Fijo la vista de nuevo en mi hermano más pequeño, quien observa el reloj en su mano izquierda con nerviosismo, y con una mueca de cansancio tatuada en los labios. Le hago un gesto a Héctor para que apresure el paso.

—Dios, habéis tardado siglos —dice Iago tan pronto me ve, acercándose a mí y agarrando mi maleta del carro con prisa—. Ni te imaginas el tiempo que llevo aquí esperándote.

—¡Oh, Iago, qué ilusión me hace verte! —replico con sarcasmo y gesticulando mucho con las manos—. Te eché tantísimo de menos, hermano.

Al momento se para en seco y se gira hacia mí, y después de hacer un pequeño movimiento de cejas deja la maleta en el suelo

para darme un fuerte abrazo.

Bien, tengo que decir que nunca tuve una grandiosa relación con ninguno de mis hermanos. Sí, digo hermanos porque todos son chicos. Y son muchos. Demasiados.

—Bien, ahora prosigamos —dice separándose de mí con brusquedad. No puedo evitar rodar los ojos. Qué bonito es sentirse querido—. Tenemos que llegar a casa antes de que a mamá le dé uno de esos tan recurrentes ataques de ansiedad.

Vuelve a recoger mi maleta del suelo y emprende camino hacia una de las salidas del aeropuerto a toda prisa.

—Mira tú de quien lo fuiste a heredar —me dice Héctor, acercándose todo lo que puede a mí. Le dedico una falsa sonrisa.

Como puedo intento seguir los pasos de mi hermano, quien parece haberse tomado un Red Bull o algo así. Creo que en cualquier momento le saldrán hasta alas.

Me encantaría que los tacones los llevara él, ¡así vería cuanta diversión tiene correr con estos trastos en los pies!

Lanzo un fuerte resoplido cuando aprecio el coche negro de mi padre. Jamás me había alegrado tanto de verlo.

—Tú debes de ser el acompañante de mi hermana —le dice a Héctor, observándolo con un extraño gesto en el rostro. Mi amigo se limita a asentir—. Encantado, soy Iago.

Y, tras decir esto, cierra el maletero y se introduce en el asiento delantero. Héctor me mira un tanto confuso. ¡Que espere a conocer al resto de mi familia! Cuando le decía que yo era la mejor no me creía... ¡Pues ahora que se aguante!

Le hago un gesto para que ocupe el asiento de copiloto, pero niega de forma energética con la cabeza. No puedo evitar soltar una fuerte carcajada... ¡Lo que le espera!

Me subo sin poder ocultar un gesto divertido en el rostro y me pongo en el cinturón de seguridad ante la mirada impaciente de mi hermano, quien, tan pronto lo hago, enciende el vehículo.

Me sorprende gratamente cuando la canción de *Desde que estamos juntos*^[10], de Melendi, comienza a resonar en el vehículo y no puedo evitar canturrearla en voz baja.

A pesar de que me hago la tonta cantando y tarareando, no pierdo de vista a mi hermano y las miraditas amorosas que le dedica

a Héctor a través del espejo retrovisor. Anda ya, ya sé de quién me vienen las ganas por hacer explotar la mente, ¡madre mía! Si las miradas mataran...

Estas vacaciones prometen.



NO ME VAN LAS
PUTAS CABRAS
LOCAS
Gabo

Tengo que reconocer que me encanta volar, me relaja más de lo normal, motivo por el cual me pasé una hora entera durmiendo como un bebé. Me desperté gracias a un ligero codazo de Hugo en las costillas.

Le hago un gesto con la boca, agradeciéndole la sutileza. No sé ni por qué no estoy acostumbrado a esos actos de amor y cariño tan típicos de él. En fin.

Apresuro el paso hacia la salida del aeropuerto justo antes de notar la mano de Hugo aprisionándome el brazo. Me giro hacia él, confundido.

—¿Se puede saber a dónde carajo vas? —me pregunta, fijando la vista sobre mí.

Me gustaría darle una respuesta, pero no lo sé. Me quedo paralizado, pensando, todavía afectado por la pequeña siesta. ¿Qué deberíamos de hacer ahora? Lo observo con confusión.

—¡La maleta! —expone con obviedad.

Claro, la bendita maleta.

Tuerzo los labios a la vez que le doy la razón. ¡Si es que tengo la cabeza en las paviás! O eso sería lo que diría mi padre... Si es que cada día me parezco más a él. Ahora hasta en la barba.

En fin, soy mi padre.

—Oye, ¿y a ti qué te pasó en el brazo? —le pregunto a Hugo, observando la rojez que tiene depositada en él. Al momento aprecio como suelta una pequeña carcajada. ¿Es que acaso he contado algún chiste?

Tendré que apuntármelo. Todo el mundo me dice que tengo un sentido del humor pésimo, tal vez ir preguntando eso a la gente resulte divertido.

«Oye, tú. ¿Qué te pasó en el brazo?» y así con todos. Sería un cachondo perdido.

Lo observo con el ceño fruncido. Al darse cuenta se dispone a negar con la cabeza, quitándole importancia. En fin, si a él le da igual, a mí más.

Sin pensarlo saco el teléfono del bolsillo y le quito el modo avión. Me quedo durante un momento admirando la foto que tengo de fondo de pantalla. No suelo percatarme de ella, supongo que por la costumbre, pero es de mis preferidas.

En ella se puede apreciar a Pol, mi sobrino favorito y único, jugando al Mario en la Nintendo 3DS, mientras que Donato, mi hermoso y juguetón perro de dos años, se acerca a él con una pelota en la boca. Y todo ello ante el hermoso paisaje de la playa coruñesa.

Sin duda aparecen las cuatro cosas más importantes de mi vida: mi sobrino, mi hermoso perro, la playa de Riazor y el mundo de los videojuegos.

Al momento una vibración me saca de mis pensamientos, y me apresuro a abrir el Messenger. Sonrío para mis adentros al releer el mensaje de la tal Gema.

¿De verdad me puede conocer? Tal vez sea una friki más de los videojuegos con la que coincidí en la convención, aunque podría jurar que todos, a excepción de las azafatas «vende todo», éramos hombres. Aunque tampoco es que me haya fijado demasiado, tal vez sería buena idea preguntarle a Hugo que es quien suele estar más al acecho de la presa perfecta.

No puedo evitar soltar una pequeña carcajada al pensarlo. Me giro para observar cómo mi amigo tiene fija la vista en otra zona y ni se percata de mis actos. En fin, mejor.

Sé que no debería de responderle, y que tal vez sería mejor dejarlo pasar, pero realmente no sé en qué pienso cuando mis dedos comienzan a pasear por la pantalla de mi teléfono móvil y le doy a la tecla enviar. Ni me había molestado a pensar en el contenido del mensaje.

Espero durante un rato con la conversación abierta, pero no parece con ganas de responderme. Tal vez ni lo haga.

Veo cómo Hugo se acerca a alguien, no consigo saber quién es. Al menos no hasta que advierto su cabello rubio. No es que me haya fijado demasiado en ella, pero no es frecuente encontrarte con una chica así tan particular.

—Espero volver a verte. —Siempre igual. Niego con la cabeza a la vez que observo de forma incansable la pantalla de mi teléfono móvil, aunque sin fijarme en nada en concreto. De hecho, no tengo abierta ninguna aplicación.

De un momento para otro el tal lago aparece para marcar territorio. Cómo no, típico de novios pegajosos. La culpa también es de Hugo por meterse en terreno caudaloso.

—Me llevo un bonito recuerdo de tus uñas —le dice mi amigo manteniendo esa diminuta sonrisa en los labios.

¿Entonces ese es el motivo de la rojez de su brazo? No me lo puedo creer. Sin dudarlo estallo en una fuerte carcajada. Espero a que regrese a mi lado y que la parejita esté relativamente lejos como para escucharme, para hablar.

—¿De verdad te clavó las uñas? —Hugo asiente en respuesta, un tanto apesadado—. ¡Está como una puta cabra!

—Puede ser, pero también está muy buena —dice, quitándole importancia al hecho de que esté como una maldita regadera. ¿Es que le da igual?—. ¿No te lo parece?

Puede que no tenga un prototipo de chica, de hecho solo una cosa tengo clara: no me van las putas cabras locas y esta, sin duda alguna, lo es.

Pero ni me molesto en negar, simplemente tuerzo los labios.

—Pero ya has visto que... —continúa, dirigiendo la mirada a la pareja de enamorados felices.

—Ah, sí. Lo sé desde que se subieron al avión —respondo por él, quitándole importancia—. Unos putos ñoños que no podían estar separados ni dos minutos.

—Joder, Gabo. Podrías habérmelo dicho —expone Hugo, mirándome con asombro.

¿Está de broma? ¿Cómo pensaba que iba a saber yo que sus intenciones con la mujer demente iban más lejos de la amabilidad?

Ah, sí, porque él solo es amable con las chicas guapas con la noble intención de llevárselas a la cama. En fin, sí, podría habérselo dicho. Culpa mía.

Dibujo un gesto de disculpa en el rostro. Se lo debo.

Casi al momento, por suerte para mí, hace acto de presencia la maleta que habíamos compartido Hugo y yo, y me aproximo a por ella.

Un pequeño pitido en el bolsillo derecho del pantalón me sobresalta y un fuerte escalofrío me recorre entero. Aunque sé que proviene del WhatsApp.

Tuerzo los labios al ver que la remitente es Eva. Con las prisas me había olvidado por completo de responderle el otro mensaje. Dios, ¡qué mal hermano soy!

¿Se puede saber dónde diablos estás?

Lanzo un fuerte resoplido a la vez que me recoloco el pelo detrás de la oreja.

Dios, sin duda necesito cortarlo.

Pienso las palabras durante un momento, pero finalmente me limito a decirle la verdad... Bueno, más o menos

La conferencia fue más
larga de lo esperado.
Acabamos de aterrizar

En fin, puestos a mentir, pues ya les mentimos a todos. Además, me salvará de una pequeña bronca de mi hermana.

Salimos del aeropuerto. Busco con la mirada mi Seat León negro, y no tardo en encontrarlo. Veo como Hugo se acomoda en el asiento

de copiloto todavía en silencio, supongo que guardando el luto necesario por la demente psicópata.

Introduzco la llave y la hago girar, y justo en ese momento la música de *Feo, fuerte y formal*^[11] de Loquillo inunda todo el habitáculo. No puedo evitar sonreír girándome hacia Hugo, sé de sobra que le encanta.

Veó cómo se muerde los labios, debatiéndose interiormente si seguir guardando esa ridícula fachada de niño cabreado por no haberle dicho que la maldita chica tenía un novio celoso o no, pero finalmente esboza una discreta sonrisa.

Arranco en dirección al piso que compartimos en el centro de la ciudad sin dejar de observarlo por el rabillo del ojo. En cualquier momento se le pasará ese ridículo cabreo que tiene encima. ¿En el fondo yo qué culpa tengo? Hizo el ridículo él solito, yo no le mandé.

—«No vine aquí para hacer amigos, pero sabes que siempre puedes contar conmigo» —comienza a canturrear Hugo, a la vez que la canción.

—«Dicen de mí que soy un tanto animal, pero en el fondo soy un sentimental» —terminamos cantando a la vez.

Le dirijo una mirada de soslayo, ¿cómo no le va a gustar la canción si lo retrata a la perfección?

Me mira y sonríe, negando con la cabeza. En cuestión de segundos estalla en una fuerte carcajada, supongo que está pensando en el ridículo tan espantoso que acaba de hacer. Espera a que yo me ría con él, pero solo lo miro y niego.

—En fin, tenía que intentarlo —dice como si fuera la respuesta a todas las incógnitas del universo—. La tía estaba buena.

Y esa es su respuesta para todo. Ahora es mi turno de reírme, aunque lo hago más por él que por la situación. Nunca cambiará.



¡CUÁNTO TE
QUIERO, MAMÁ!
Gema

Hace un frío de los mil demonios. Estoy más que acostumbrada a tener la punta de la nariz congelada, pero es que aún encima llueve a chuzos, como diría mi madre. Tengo el pelo completamente pegado al rostro... ¡Y para esto tantas horas de secador antes de salir de casa!

—Podrías haber aparcado más lejos —farfullo. Por suerte, Iago parece inmerso en sus cosas porque no me hace caso.

—¿Podéis solos con las maletas? —pregunta en cambio, como si le diera exactamente igual tener que salir nadando.

Me limito a asentir. Después veo como mueve los labios para decir algo más, pero ya me da igual, supongo que tendrá que ir a ver a su maravillosa novia, o más bien prometida. Todos mis hermanos tienen sus respectivas parejas, y luego estoy yo, la solterona de la familia.

Suelto un débil bufido mientras comienzo a esquivar los malditos charcos. Lo único que me falta es caer de lleno en uno, torcerme un tobillo y matarme. O tal vez esa sea la solución a todos mis malditos problemas.

Suelto un pequeño bufido a la vez que busco una de esas endiabladas piscinas, porque por su tamaño casi lo podrían ser, y comienzo a saltar encima con energía.

—Eh, fiero. Relájate. —Siento la mano de Héctor rodeándome el brazo y tirando de mí hacia él—. Mira que estás amargada, ¿dónde está la Gema de la cual me enamoré? —me pregunta con un hilo jocoso en la voz. No puedo evitar soltar una pequeña risotada.

«Se quedó lejos de la lluvia, cariño».

—Disfruta de tu primer día, mi amor. Te aseguro que no será el último en el que te preguntarás si deberías ponerte zapatos o salir en barco de casa. —Le dedico una falsa sonrisa, todavía acabamos de llegar y yo ya estoy hasta las narices de este tiempo.

Al momento me llama la atención que tararea una canción. Me suena, pero no sé cuál es. Lo observo con curiosidad. A pesar de que sé que Héctor es casi tan amante como yo de la música en general, no suele ser una persona a la que le apasione cantar, por lo menos no por la calle donde más de una persona —es decir, yo— pueda escucharlo. Según él porque lo hace mal, según mi forma de verlo, porque la vergüenza lo corta. Realmente, yo no me considero una cantante experta ni mucho menos, y eso no me priva en absoluto. Me da igual, soy feliz haciendo el ridículo.

—«Hoy será, será, será, será mi primer día»^[12] —comienza a canturrear, a la vez que baila bajo la lluvia haciendo el payaso. ¿Cómo consigue alegrar hasta el peor de mis momentos?

—«Y mañana también y el resto de mi vida» —cantamos al unísono a la vez que una fuerte risotada se escapa de mis cuerdas vocales.

Vale, lo reconozco. No pude buscarme un mejor compañero de viaje.

El resto del camino continúa con sus bromas, lo cual consigue alegrarme por primera vez estas ridículas vacaciones. En fin, menos mal que finalmente aceptó venir conmigo, gracias a él posiblemente serán hasta divertidas.

Aprecio a lo lejos la casa de mis padres. Lanzo un fuerte resoplido al ver la figura de mi madre esperándonos en el portal del edificio, con cara de malas pulgas. Héctor, al percatarse, me pasa el brazo por el cuello y me da un beso en la cabeza. No puedo evitar girarme hacia él y regalarle una pequeña sonrisa.

—Te quiero —le digo en un susurro. Como respuesta él me dedica una media sonrisa.

Me acerco todo lo despacio que puedo, como si atrasar el problema fuera a solucionarlo todo. Veo como mi madre me observa con el ceño fruncido.

¡Oh, que ilusión! Ya va a empezar con sus tonterías el primer día.

Siento ganas de agarrar el teléfono móvil y pedir un billete de vuelta a Madrid... aunque mejor en tren.

Aun así, la mano de Héctor presionando la mía me da la fuerza necesaria para dar un paso más y enfrentarla. Dibuja una simple sonrisa y, cuando pienso entreabrir los labios para comenzar una falsa conversación de: «¡Oh, mamá! Estás guapísima. Adelgazaste, ¿verdad?», y que ella siguiera con sus reproches de: «¿Pero tú comes? ¡Estás en los huesos!», ella se me adelanta.

—¿Cómo se te ocurre venir con ese calzado? —Qué bien, la primera vez que me ve en un año y lo primero que hace es echarme la bronca—. ¡Te vas a enfermar!

«¡Cuánto te quiero, mamá!»

—En Madrid hacía un día normal de invierno —me defiendo.

Vale que hace frío, y que normalmente se me duermen los pies, pero soy muy fan de los zapatos de tacón y de las bailarinas. Detesto las zapatillas de deporte o las botas, me parecen súper incómodas, y todavía peor si son de agua.

—En fin, sube a cambiarte o te vas a enfermar —culmina la conversación, señalando el ascensor con la cabeza.

Suspiro con resignación, cuánto amor recibe una al llegar a su casa, qué bonito todo.

—¡Oh! ¿Y tú quién eres? —pregunta, fijando la vista en Héctor por primera vez en todo el rato—. No me habías dicho que traías compañía —me reprocha, observándome con el ceño fruncido.

—Soy Héctor, encantado —responde él en mi lugar. Veo como se acerca a mi madre, dándole un beso en cada una de sus mejillas —. Soy...

—Mi novio —me apresuro a responder yo. Vale que habíamos llegado a ese acuerdo, pero viendo a mi familia yo me habría echado para atrás. Rápidamente me acerco a él y me pongo a su lado—. Es mi novio, mamá.

—¿Desde cuándo tienes novio, Gema? —me pregunta con claro gesto de disgusto—. ¿Por qué no me dijiste nada?

—Desde hace seis meses —respondo rápidamente, improvisando—. Y sí te lo dije, mamá. Es solo que no me escuchas.

—¿Seguro? ¿No será que no confiabas en esta relación, no? —pregunta Héctor haciéndose el ofendido.

Vamos, lo que me faltaba. Le dirijo una mirada de «no me toques los ovarios, cariño» y parece captarla porque, rápidamente, cambia el gesto por una diminuta sonrisa. Se acerca a mí y me pasa el brazo por detrás del cuello.

—Es una muy buena chica —dice, dándome un beso en la sien.

Vale, ahora ya lo vuelvo a adorar. Le dedico una tierna sonrisa. En el fondo creo que de estar en el sitio de mi madre me creería toda esta farsa, siempre sentí un cariño demasiado especial por Héctor. Lo adoro, es un hecho.

—Por no avisarme no tuve tiempo a organizar nada —dice mi madre. Realmente parece no haberse enterado de nuestra más que perfecta actuación—. Tendréis que dormir los dos en tu habitación.

Tuerzo los labios. Odio dormir acompañada, nunca me gustó. Me resulta molesto moverme en una cama conjunta, quiero decir, yo doy mil vueltas y las daré igual aunque no duerma sola, básicamente porque yo soy así, pero me resulta incómodo hacerlo.

Aun así, asiento. Lo último que quiero es comenzar llamando la atención. Ya llegaré a algún acuerdo con Héctor. ¿Le molestará dormir en el suelo? También podría hacerlo en la bañera. Lo mejor de ser la única chica de la casa es que tengo un estupendo baño privado.

Sin mucho problema consigo subir mi maleta por las escaleras. ¡Bendito cruasán! Me dio más fuerza que las espinacas a Popeye. Juraría que antes era incapaz de moverla, y ahora me resulta hasta ligera.

—¿Cómo llevas lo de dormir en el suelo? —Suelto tan pronto entramos en la habitación. Al momento me dirige una mirada que no le desearía a nadie. Aunque para ser sincera, sé que me la merezco.

—¿Aún encima que te hago el favor de honrarte con mi presencia? —pregunta, haciéndose el ofendido. No le pega nada. Suelto una fuerte carcajada, pero su rostro continúa muy serio.

—Vale, está bien. Pero ni intentes meterme mano. —Le guiño un ojo tras decir esto.

—Puede que sea yo el que te tenga que decir eso, más bien —me recrimina con guasa.

Se ríe, dejándose caer en la cama. Yo hago lo mismo que él, tirándome hacia atrás.

Esta va a ser la primera vez que comparta habitación con un hombre durante toda la noche, y justo tiene que ser el único que no tiene ningún tipo de interés por mí. Maldita suerte la mía.



MANTENGAMOS
EL MISTERIO,
BONITA
Gabo

Lo primero que capta mi atención tan pronto llegamos a la puerta de casa es el felpudo de *Forza Horizon*. Me giro hacia Hugo pidiéndole explicaciones y como tal solo se limita a encogerse de hombros.

—Te habías ido, ¿no? Pues ahora te aguantas —responde, apartándome de la puerta y quitándome las llaves de la mano.

No puedo evitar una pequeña sonrisa.

—Por favor, ese juego es una basura —repongo, aunque para ser sincero no recuerdo la de años que hace que no me pongo delante de una *Xbox*, básicamente porque no me gusta nada.

Hugo se gira hacia mí al escucharme, haciéndome un gesto obsceno con su mano izquierda, lo que me hace reír.

—Pero si es muchísimo mejor que tu tan adorado *Gran Turismo 6*, le da como mil vueltas —expone. Lo observo perplejo, eso sí que no.

Pienso en responderle cuando, sin previo aviso, aparece el terremoto de la casa, obligándome a dejar la conversación a medias.

«Pero no se quedará así, Hugo. Esto es la guerra».

—Hola, campeón. —Se acerca a mí, para darme la bienvenida. Es algo que hace siempre—. No sabes cuánto te eché de menos.

Me agacho, ofreciéndole caricias detrás de las orejas. Creo que no puede haber perro más bueno y obediente que él.

—No le hagas caso, enano. Si te quisiera te habría llevado con él y bien que te dejó aquí conmigo —dice Hugo, adentrándose en la

cocina. Veo como abre la nevera y agarra algo de ella para después llevárselo a la boca. Nada nuevo.

—No pensaba mover toda su vida sin saber si la relación con Rebeca iba a terminar bien.

—¿Cómo va a terminar bien si tú te encargas de joderlas todas?

Entreabro los labios para responderle cuando un pequeño carraspeo en la puerta capta toda mi atención.

—¿Qué es lo que jodes, Gabriel? —Escucho una voz detrás de mí. No puedo evitar girarme para observar a Eva, mi hermana mayor, mirándome con el ceño fruncido.

Podría darle mil explicaciones a la falsa insinuación de mi amigo, pero creo que hay algo más importante que debería de hacer.

—Madre mía, Eva. ¿Cuándo llegaste? —pregunto, incorporándome rápidamente y acercándome a ella en dos grandes zancadas.

Sin dudarle la abrazo con fuerza.

Eva es mi hermana mayor. No es que seamos muchos, tan solo somos Eva, Silvia y yo, el único chico y el más pequeño. Es la única con una vida formada, esposo e hijo, un trabajo inmejorable como abogada penalista en uno de los mejores bufetes de Barcelona, y tantos ceros en la cuenta corriente que le quitarían el hipo a cualquiera. Tiene la maldita vida perfecta.

Silvia, la mediana, es más como yo o, más bien, es un desecho todavía más desastroso. Tiene dos años menos que Eva, en paro y con poca perspectiva de futuro.

—Esta mañana. Papá me dijo que tenía que cuidar de Donato, y ya sabes lo poco que le gustan los perros. —No puedo evitar torcer los labios al escucharla. En el fondo sé que Donato le encanta, solo se hace el duro.

—Gracias, hermanita —le digo, alborotándole el pelo. Al darse cuenta, Eva se gira y me da un golpe en el hombro con su escasa fuerza.

Al apreciar la situación, mi adorable perro de dos años se acerca a nosotros, dándonos pequeños cabezazos. Eva suelta una carcajada.

—Eres un mimoso tú, como tu dueño —dice, agachándose para ofrecerle las caricias a Donato.

Habría seguido metido en la conversación con Eva sino llega a ser porque algo en mi bolsillo derecho me reclama atención. Saco el móvil sin pensar y me doy cuenta de que se trata de una notificación del Messenger.

A ver si adivino...

Ese es todo su mensaje. La aplicación me dice que sigue escribiendo, así que me limito a esperar tamborileando los dedos en la funda que nos habían regalado por probar uno de los juegos del momento, hace ya unos dos años. Pero me encanta. No la pienso cambiar hasta que se rompa.

Eres médico y te llaman para
que salves vidas y por eso
me tienes que dejar con
la palabra en la boca

¡Y dale! Al final creo que me tendré que poner a estudiar la carrera de medicina. No puedo evitar soltar una sonora carcajada, motivo por el que Donato se aparta de Eva y se gira hacia mí, pero en medio segundo retoma las caricias de mi hermana.

O tal vez... ¿Abogado que defiende
causas perdidas?

Claro, me veo capacitado para ello. Con lo bien que se da hablar en público. Terrible.

Tenías pinta de empollón en clase.

«Vaya, gracias». Escribo y borro casi al momento. ¿En clase?, ¿entonces me conoce... del instituto?, ¿de la universidad?, ¿del colegio de primaria?

Aprecio como Donato le ofrece a mi hermana una de sus pelotas para que se la lance por el pasillo, no puedo evitar sonreír ante la escena.

Aunque también podrías ser
un electricista al que llaman
porque no les funciona la conexión del wifi.

¿Un qué? Meneo la cabeza de un lado a otro. Desvío la atención de la pantalla para ponerla en Eva y Donato y, tras unos segundos, vuelvo a poner la vista sobre sus palabras. Presiono los labios para no estallar en una carcajada.

¿Llamas a un electricista cuando
te falla la conexión?

Cierro la conversación cuando aprecio como Eva se incorpora, dejando a Donato jugando con uno de sus juguetes preferidos: mis

zapatillas. Hace tiempo que asimilé que me toca ir descalzo... o con las zapatillas rotas, eso ya como yo prefiera.

—Vendrás algún día por casa, ¿no? —Tuerzo los labios. Para ser totalmente sincero temía que esa pregunta llegara.

Desde que mis padres volvieron a entablar una ridícula relación amorosa no volví. Nunca. Y de eso ya hace unos cinco años. Este año le prometí a Eva que lo intentaría... ¡pero es que no quiero! Veamos, igual parece una tontería, pero mi madre se fue cuando éramos unos críos, y ahora regresa como si nada. ¿Se cree que todo va a ser champagne y rosas? En mi caso, desde luego que no.

Mi padre sufrió muchísimo, al igual que mis hermanas. Pero ahora eso da igual, se lo perdonamos todo solo porque es mamá, la mujer que nos dio la vida. Está bien, que ellos hagan lo que quieran, pero yo me niego a mantener contacto con ella.

Aun así, me prometí a mí mismo hacerlo por mis hermanas, por mi padre y, sobre todo, por mi sobrino. Él no tiene la culpa de nada.

Asiento con la cabeza, con pesar. Sé que me voy a arrepentir con mi vida. Veo como una sonrisa se va ampliando en su rostro, a la vez que se acerca y me aprisiona con fuerza contra su pecho. A veces la siento como la madre de la que jamás pude disfrutar, y eso que tan solo me lleva cinco años.

—Pues te veo pronto, entonces —dice, sin poder disimular su alegría—. ¡Hasta otro día, Hugo!

Mi compañero de piso se gira hacia ella y le hace un gesto con su mano derecha.

—Dios, tu hermana está buenísima —me dice, acercándose a mí por primera vez desde que habíamos entrado en casa. Aprecio como suelta un pequeño resoplido. Es odioso.

—Me lo dices cada vez que la ves —respondo, con un gesto de hastío en la mirada—. Díselo a ella, o a Marc si tienes cojones, y déjame a mí en paz —alego, separándome de él y metiéndome dentro de mi habitación, aunque no me pasa desapercibido que comienza a canturrear la canción de *La Flaca*^[13] de Jarabe de Palo, como siempre conoció a mi hermana, de camino a su habitación.

Me limito a negar con la cabeza. En fin. Dudo mucho que a Eva le hicieran gracia las miradas obscenas de Hugo si se percatara de ellas. A pesar de que es mayor que ella, un año y dos meses

concretamente, ella lo ve como el amigo de su hermano pequeño. Yo que sé. No entiendo cómo no se da cuenta de que se la come con la mirada. Aun así, daría igual porque Eva está felizmente casada desde hace más de diez años con Marc, que, aunque parece un tipo majo, mejor no intentes observar de forma poco pura a su esposa «por si acaso».

No puedo evitar soltar una pequeña carcajada. El amor nos vuelve tontos.

Saco el teléfono móvil del bolsillo y no puedo evitar torcer los labios al leer la respuesta de la señorita incógnita, alias Gema, o por lo menos es lo que dice su perfil de Facebook.

Obvio, ¿a quién sino?

Mi mente se ve obligada a releer los mensajes anteriores para saber realmente de qué me habla, y cuando me ubico comienzo a negar con la cabeza. ¿Pero quién llama a un electricista para eso?

¿A la compañía telefónica?

No sé, me parece una buena opción

Le respondo con una enorme sonrisa en el rostro.

Al momento me llega un mensaje instándome a responder a su pregunta anterior. ¿De verdad quiere saber si soy médico? No puedo evitar soltar una fuerte carcajada.

«Mantengamos el misterio, bonita». Chasqueo la lengua. Si le digo que, en lugar de salvar vidas, delincuentes o conexiones de Wifi, me dedico a diseñar videojuegos, tal vez se lleve una pequeña decepción.

Me limito a responder un simple «no quiero», porque realmente eso es lo que pasa, no me apetece responderle.

Tal vez suene algo borde, aunque no es para nada mi intención. Me doy cuenta después de enviárselo. Me planteo añadirle algún emoticono, algo típico de ella, pero finalmente me controlo. Yo simplemente no soy así.

Casi al momento me llega la notificación de un nuevo mensaje, y me limito a abrirlo tan rápido como puedo.

Lo acabas de hacer.

Niego y sonrío como un idiota esperando su próxima tontería. Porque si una cosa tengo clara es que no va a decir nada con sentido.

Eres electricista.

Me río y me acaricio la nuca. Pues vale, al parecer a partir de ahora me dedico a salvar conexiones Wifi. Tampoco me parece un mal trabajo, seré todo un superhéroe.



Siento como el corazón me late desbocado por un fuerte ruido en la ventana. Me giro rápidamente hacia Héctor y lo comienzo a menear con brusquedad, pero el tío parece inmune a mis caricias.

¡Maldito dormilón! Seguro que tiene la enfermedad esa del sueño, o tal vez solo quiera ignorarme por completo.

Me levanto con brusquedad de la cama al escuchar un pequeño golpe en la puerta y la abro con más bien poca cautela.

—¡Buenos días!, o tal vez debería de decir tardes —añade, observándome con una reprobación claramente fingida—. ¿Dónde está mi princesa favorita? —Sin pensarlo cambio el gesto, dibujando una pequeña sonrisa en el rostro.

Lo confieso, amo profundamente a mi padre. Creo que es el único en esta familia que me quiere de verdad y que, sin duda, se alegra de que esté aquí. Y en el fondo sé que él es el motivo para que me animara a acudir a esta pantomima de boda.

—Buenos días, papá —respondo, echándome a sus brazos. Lo abrazo con tanta fuerza que siento que lo voy a romper de un momento a otro.

—Os esperamos abajo en cinco minutos para comer en familia. —Me guiña un ojo tras decir esto.

No puedo evitar soltar un fuerte bufido. Sé lo que eso significa, comenzar el día con más bien demasiadas calorías para mi esculpido cuerpo. ¡Maldita dieta grasienta!

A todo esto, ¿cuántas horas habremos dormido? Tal vez habría sido buena idea poner algún despertador o algo. Más que nada para no parecer dos putas marmotas.

—Héctor, despierta —le digo, sentándome de nuevo sobre la cama—. Creo que mamá quiere cebarnos para asarnos para navidad. —Suelto una fuerte carcajada tras decir esto.

Lejos de lo que pensaba Héctor se incorpora con gran velocidad. ¡Será cínico! Es oler o escuchar la palabra «comida», y su cuerpo reacciona con una rapidez brutal. Pues para la próxima ya sé qué hacer cuando quiera que me haga caso en pleno ataque de pánico.

Me miro en el espejo. Con el sueño que tenía el día anterior ni me había molestado en desmaquillarme, por lo que tengo una cara de muerta total. Doy mucho miedo. Además, tan solo me había molestado en robarle una de sus camisetas a Héctor, ya que me había dado pereza deshacer la maleta. ¡Uf, qué tostón!

Aun así, me limito a torcer el gesto y salir de la habitación. A estas alturas ya tienen que conocerme más que de sobra. No me pienso molestar en ponerme mona para mi familia y mi mejor amigo gay, anda qué.

—Madre mía, Gema. Vaya pintas que traes. —Escucho como mi hermano suelta una fuerte carcajada, motivo por el que se gana una buena mirada recriminatoria de mi parte.

Tal vez podría decir yo lo que pienso de él. Siempre con el mismo peinado horrible, y esa forma de vestir más propia de un mendigo. Pero me callo por el bien de la situación.

Me siento delante de un plato enorme de comida casera de mi madre. Genial, más grasa para mis caderas. ¡Verás cómo no me sirva el vestido de la boda!

—Gema, recuerda que hoy cenamos en familia —me dice mi madre con un gesto reprobatorio en la mirada.

Pues claro que lo recuerdo, ¿quién se piensa que soy? Bueno, a ver, hace tres años que no ceno con mis padres el día de Nochebuena, pero eso es porque estaba en Madrid, una vez que estoy aquí... ¿Qué mejores planes puedo tener?

Ahora que lo pienso, tal vez me guste más la idea de tirarme de un décimo piso o la de salir a bailar en bragas bajo la lluvia. Pero es lo que hay.

Termino todo lo rápido que puedo mi plato de comida, ante la mirada reprobatoria de mi madre. Tengo comprobado que por comerlo rápido no engorda menos, de hecho, dicen que es posible

que eso ayude a que mis caderas crezcan todavía más, pero en este momento lo único que quiero es desaparecer de aquí.

—Comes muy poco —protesta mi madre entre dientes, tengo claro que si no lo dice más alto es por simple respeto, y porque Héctor está presente.

Tuerzo los labios en un fingido gesto de agradecimiento antes de inclinarme ligeramente sobre mi supuesto y más que falso novio perfecto.

—Me voy a dar una ducha rápida —le digo en un pequeño susurro.

Héctor asiente, pero sigue engullendo como si no probara bocado en los últimos años. Me alucina lo bien que come, ¡qué diferentes somos!

Antes de poder escapar de la situación, siento como alguien me agarra por el brazo, obligándome a volver a mi sitio inicial. Dibujo una mueca de desagrado. ¿Realmente es necesaria tanta violencia a estas horas de la mañana? Quiero decir, tarde. ¡O yo que sé!

Aprecio que se trata de mi hermano. No tengo ni la más remota idea de lo que me dice, solo soy capaz de fijarme en su corte de pelo y una sonrisa se sitúa en mis labios. Jamás me había fijado que tiene un corte de pelo champiñón.

Presiono un labio contra el otro para controlar la carcajada que amenaza con brotar de mis labios. Tengo que aprender a controlar mis impulsos, Héctor me lo dice muy a menudo.

Tan pronto termina me levanto, dirigiéndole una mirada a Héctor, que ya sabe perfectamente cuales son mis pretensiones, y desaparezco escaleras arriba.

Me apresuro rápidamente hacia la bañera y abro el agua caliente. Sí, sé que dije ducha, pero él me conoce a la perfección. ¿Cómo me voy a dar una simple ducha teniendo una hermosa bañera a mi disposición? Pienso en ir a buscar uno de los pocos geles que había metido en la maleta, pero finalmente me quedo paralizada al observar los que todavía conservo en casa. Sin duda el amor por los olores lo llevo desde la cuna. Paso los dedos por los botecitos y me quedo prendada de uno con olor a plátano. Me trae muchísimos recuerdos de mi pasado. Me encanta.

Compruebo el agua, todavía demasiado fría para mi ya de por sí congelado cuerpo. Necesito más grados, por lo que dejo el pequeño bote al lado de la bañera para cuando esté en las condiciones adecuadas.

Busco el móvil, con la única intención de ambientar el escenario con alguna canción del guaperas de Pablo Alborán —que es lo único que falta para crear una atmósfera perfecta—, pero tan pronto lo agarro me doy cuenta de que tengo un cóctel de notificaciones brutal: Facebook, Messenger, WhatsApp... ¡anda que no estoy solicitada!

Me río clicando sobre una cualquiera y se me abre la aplicación del Facebook. No me llama la atención ya que ayer, justo antes de irme a dormir, decidí gritarle al mundo lo bien que comenzaban mis vacaciones con una foto de mis hermosos zapatos de tacón totalmente encharcados, acompañándolo con el texto: «Qué buen día». Sé que todos pensarán que estoy loca, pero me da igual. Ni en estos momentos hay que perder el glamur.

Quiero que el mundo se entere de que mis vacaciones empiezan siendo una puta mierda. No entiendo a la gente que miente en las redes, que pone que es feliz cuando no lo es. Anda y qué les den, no pretendo que nadie me envidie.

Me fijo en el motivo de la notificación y sonrío por inercia. Se trata de un comentario, de cada más y nada menos que del campeón.

Te hago la competencia

Y, a continuación, añade una foto de sus zapatillas, pasando por un estado tan lamentable como el mío.

Un momento... pero ¿qué cuenta tengo abierta? Mi rostro se descompone por completo, me había olvidado de que no tenía la mía. Bueno, más son las dos, pero esta la considero de una Gema muy antigua, que ya murió hace muchos, muchos años.

Lanzo un fuerte suspiro justo antes de fijarme realmente en el contenido de la imagen y, sin dudarlo, le doy a «me divierte». Creo

que tenemos que reírnos juntos de nuestras desgracias, ¿no?

Sin pensarlo vuelvo a comprobar el agua y, en efecto, está perfecta. Sonríe inconscientemente al sentir los grados del agua sobre mi fría piel. Le quito el tapón al bote y echo la mayor parte del gel en el interior de la bañera. Puro placer.

Mientras se llena lo suficiente vuelvo a mi teléfono móvil y, sin dudarlo, entro en el WhatsApp. Fijo la vista en la conversación de Elisa y le envío un mensaje de que estoy bien, para que al menos esté tranquila. Había olvidado por completo avisar a mi mami número uno.

Sin pensarlo demasiado me introduzco en la bañera y permito que el calor del agua se interne en mi congelado cuerpo. Me sitúo los auriculares del móvil y dejo que *No vaya a ser*^[14], de Pablo Alborán, me captive.

Antes de dejar de forma definitiva el móvil a un lado, entro en la última notificación que me quedaba por comprobar. Se trata de un mensaje del Champiñón. No es importante, claro que no necesita una respuesta inmediata, pero teniendo en cuenta que el aparato me dice que fue enviado hace más de doce horas, creo que ya es hora de darle una respuesta... y eso es lo que hago. Le respondo con alguna chorrada que no viene al cuento antes de bloquear el móvil y dejarme cautivar por la música y por la sensación que me proporciona el agua caliente en mi piel.

Pero mi alegría no dura demasiado. En poco menos de cinco minutos siento un par de golpes en la puerta, y lanzo un pequeño resoplido cargado de frustración.

—Princesa Elsa, necesito entrar a afeitarme —dice Héctor, abriendo ligeramente la puerta.

No puedo evitar soltar una fuerte carcajada al escuchar el calificativo con el que me llama totalmente adecuado, ya que estoy tan congelada como las princesas de Frozen, pero juro que no sabía que él podría conocer esas cosas. ¿Tal vez tiene un lado infantil y rosa que desconozco?

Maldita sea, ¿y por qué lo sé yo? Si yo no soy ni infantil, ni tampoco rosa. Al momento introduzco la cabeza debajo del agua, como intentando centrar mis pensamientos.

Salgo cuando siento otros pequeños golpes en la puerta.

—No seas bobo, pasa —le reprendo desde dentro.

Sinceramente no sé por qué nunca entra. Ni que me importara. En el fondo con tanta espuma no conseguiría ni encontrar mi cuerpo en el agua.

—Casi que no, a ver qué pasa si justo entra tu madre y nos encuentra así. —Aprecio como suelta un pequeño grito—. O peor aún... ¡Tu hermano!

No puedo evitar estallar en una fuerte carcajada. En fin, supongo que mi baño fue más corto de lo que me gustaría.

—Está bien. No protestes y pásame algo de ropa de la maleta —le ruego con una pequeña sonrisa, a la vez que me acomodo la toalla alrededor de mi cuerpo.

Me giro hacia atrás, abriéndole al agua. Clavo la vista en el interior de la bañera y suspiro, embutida en mis propios pensamientos. Podríamos hacer una fiesta de la espuma. Sería divertido. Me aproximo y agarro una poca. Siento como el olor a plátano me perfora las fosas nasales, lo que me hace sonreír.

—Creo que deberías de haber avisado a tu padre de lo que te dijo lago. —Lo escucho desde la habitación, haciéndome salir de mi ensoñación. ¿Es que ese bueno para nada dijo algo de importancia?

Bueno, ya investigaré. Por lo menos tengo a Héctor bien adiestrado, que se entera de todo.

Lejos de interesarme su tema de conversación abro la puerta. Cuando lo veo distraído me acerco a él con un poco de espuma y se la tiro por encima. No espero a que reaccione y me vuelvo a encerrar en el cuarto de baño.

Suelto una fuerte risotada. Juro que comportarme como una niña pequeña es lo que más feliz me hace. Cero preocupaciones, mil diversiones.

Busco rápidamente un cepillo en el armario y me dispongo a intentar amoldar mi cabello.

—Esto, Gema... —balbucea al otro lado.

Si lo conozco como realmente lo hago sé que tiene una revancha preparada para mí. Suelto una pequeña risa. No pienso caer, ¡claro que no! Sigo con mi tarea como si tal cosa.

—¿Prefieres bóxers o slips? —me pregunta desde el otro lado de la puerta.

Es la broma más tonta que se le pudo haber ocurrido en su corta vida. Abro la puerta del baño y, después de mostrarle el dedo de la mala educación —o así es como lo llama mi madre— la vuelvo a cerrar. No estoy para tonterías.

—No, Gema, lo digo en serio —prosigue el muy idiota con su estúpida broma. Abre la puerta del baño y se adentra en ella con dos piezas interiores masculinas mientras me las muestra.

Lo que más gracia me hace es que uno de ellos es de Superman. No puedo evitar estallar en una carcajada.

—Dios, qué friki eres —repongo, comenzando a pasarme el cepillo por el pelo. Veo cómo me observa con el ceño fruncido.

—No son míos, pedazo de idiota —dice, mirándome de malos modos—. Esta ropa está dentro de tu maleta.

Me río, lo hago porque creo que está de broma... pero él me mira entornando una ceja. ¡Venga ya!, ¿habla en serio?

Tiro el cepillo y me adentro de nuevo en la habitación. No tardo en localizar la maleta encima de la cama.

Maldita sea, Héctor dice la verdad. ¿Dónde carajos está mi ropa?
Trajes, camisas, bóxers y cuchillas de afeitar.
¡Catástrofe mundial!



SEÑOR, SÍ, SEÑOR

Gabo

Sábado, y eso solo es sinónimo de dos cosas: *pizzas* y *Fifa*. Es casi la única norma que tenemos en esta casa, además de la de bajar la tapa del váter —algo que me costó más de lo que me gustaría admitir con Hugo, por cierto—.

El *Fifa Ultimate Team* se había convertido en una pieza fundamental de nuestra vida, y este fin de semana no puede ser diferente.

Necesito ganar cada uno de los cuarenta partidos que me esperan en el *Fut Champions* para no bajar del pódium de los cien mejores y, de esta forma, conseguir uno de los pases para uno de los torneos más importantes de *eSports*. Algo por lo que llevo luchando los últimos meses sin descanso.

Lo bueno es que al competir en la primera división en el modo de temporadas online, Hugo y yo tenemos la suerte de conseguir directamente el pase a los torneos semanales sin tener que realizar las competiciones diarias, algo que nos da un poco más de tiempo para vivir y trabajar. Sino posiblemente lo tendríamos complicado.

Los fines de semana son el único día que podemos disfrutar, relajarnos y jugar con total tranquilidad.

Con los cuatro primeros partidos ganados me dirijo a la cocina, aunque antes me acerco hasta la habitación de Hugo, que me queda de camino.

Entreabro la puerta y lo veo discutir con su televisión a grito pelado. No puedo evitar sonreír ante la escena.

—Menudo robo —alega, tirando el mando de malos modos encima de la cama—. ¡Me dejó de funcionar! Le di a la B y el muy idiota de Piqué no despejó. Se quedó mirando como un puto imbécil.

Suelto una fuerte carcajada al escucharlo tan desesperado, ¿me veré de esa misma forma cuando algo me sale mal? Espero que no porque suena demasiado patético.

—Eso te pasa por hacerle el boicot a Sony. Yo no tengo ningún problema con el mando de mi nueva y hermosa Play 4 —le digo con recochineo, echándole la lengua en un gesto infantil.

Estas pullas entre nosotros son frecuentes, y no voy a negar que me encantan. Creo que no sería lo mismo si los dos fuéramos iguales en todo, la vida sería más aburrida.

Se gira hacia mí, y en un rápido movimiento me hace un corte de mangas para nada sutil. Suelto una fuerte risotada justo antes de salir por la puerta de su habitación dirección a mi primer destino: la cocina.

Escucho como Donato suelta pequeños lamentos junto a la puerta de la entrada, algo que suele hacer cada vez que algún conocido se acerca. No es que sea muy sociable, por lo que me incomoda pensar que alguien pueda llegar para perturbar nuestro día de paz y fútbol. Abro la puerta sin esperar a que llamen al timbre y me encuentro de frente con Adán y Javi, dos compañeros del trabajo bastante pesados.

Sonrío con cortesía y pesadez a la vez que les hago un gesto para que entren.

—¿Es qué no tenéis casa? —pregunto, fijando la vista en ambos. Los dos me miran y se ríen sin alegar nada más.

Lo bueno es que esto no ocurre todos los fines de semana, creo que solo vienen cuando sus vidas se tornan demasiado aburridas.

Aunque son bastantes frikis de los videojuegos, como no puede ser de otro modo, nunca fueron unos apasionados del Fifa, por lo que jamás consiguen clasificarse para los torneos semanales, aunque para ser sincero creo que no lo hacen porque no se molestan en competir de forma diaria, posiblemente ni metan el juego en la Play, y después vienen rogándonos a Hugo y a mí que les enseñemos nuestros trucos para llegar a estar entre los cien primeros. Es que no hay trucos: solo constancia y ser demasiado friki, para que nos vamos a engañar.

—¿Traéis comida? —pregunta Hugo saliendo de su habitación.

Creo que su olfato de comedor compulsivo, con una necesidad extrema por acudir a una de esas charlas de famélicos anónimos, lo obliga a salir de su burbuja. Puede más el estómago que el vicio, parece ser.

—Comida china, nos quedaba de paso —responde, encogiéndose de hombros.

Al momento Hugo nos muestra su teléfono móvil.

—Perfecto. Justo acabo de pedir dos *pizzas*, así que tendremos suficiente —comenta, acercándose a nosotros.

Prefiero no alegar nada al respecto, estos tres comen como tres malditos elefantes.

Mientras esperamos a que la comida llegue, los tres comienzan a picotear en los rollitos de primavera y el arroz tres delicias que habían traído los chicos en cantidades industriales. No soy mucho de comida china, claro que cuando no me queda más remedio la puedo comer sin problema, pero prefiero dejársela para ellos que, sin duda, la disfrutan mucho más. Aunque para ser sincero creo que no habría nada que no disfrutaran estos tres.

Aprovecho la espera para bajar a Donato a pasear, cruzando los dedos interiormente para que estos tres comedores compulsivos no terminen las *pizzas* sin acordarse de mi vacío estómago, que está comenzando a crujir.

Como no puede ser de otra manera, el día está tremendamente asqueroso, lloviendo a mares. Por suerte, Donato también parece incómodo y el paseo dura poco, a pesar de que normalmente adora revolcarse en todos los charcos y empaparse hasta las entrañas.

—Hala, ahora a comer —le digo, quitándole la correa y dejándolo correr en dirección a su comedero.

Sin más, saco el móvil del bolsillo, con la única intención de comprobar si alguien se interesó por comunicarse conmigo, pero va a ser que no. Ya que estoy, entro en el Facebook y lo primero que capta mi atención es una fotografía subida por Gema. Al parecer la subió ayer por la noche. Sonríe inconscientemente al apreciar el estado de sus zapatos de tacón, ¿quién en su sano juicio se pondría algo así con los días que están cayendo? Y, sin más, me dispongo a responderle sin pensarlo demasiado. Le hago una foto a mis zapatillas de deporte, esas que me había puesto para bajar a

Donato, que prácticamente puedo decir que están para tirar a la basura.

—¿Quieres un pan chino? —Escucho la voz de Javi desde la cocina. Al apreciar que ninguno de los otros responde me dirijo hacia ellos, negando con la mano derecha. Todo para ellos, aunque el olor de las *pizzas* provoca que un hambre voraz se despierte en mi interior. Si la comida china no es lo mío, la italiana podría jurar que sí.

—Eso os pasa porque no podéis juntar a dos jugadores que no tienen nada que ver en la misma alineación, siempre y cuando estén conectados por las líneas de posición —les explica Hugo, dejando a un lado su trozo de *pizza* y observándolos como si les estuviera dando la lección de su vida.

—Pero son buenos jugadores, y me gasté una pasta en ellos —expone el idiota de Adán, observándolo como si acabara de decir la mayor tontería del mundo.

Será idiota, y luego dice que no consigue ganar porque tiene una mala conexión... Lo que tiene es una malísima conexión con su cerebro.

—Pero no tienen química entre ellos. —Escucho como Hugo continúa con su tonta explicación.

«Da igual lo que les digas, amigo, seguirán haciendo lo que les dé la gana».

—Ni que se fueran a enrollar entre ellos —expone Javi haciéndose el gracioso. Por desgracia creo que lo es, ya que se gana las risas de los otros dos.

No entiendo sus bromas, o tal vez será que yo no soy tan gracioso como ellos. En fin.

Me apresuro a capturar los trozos de *pizza* que Hugo había apartado para mí de la Cuatro Quesos, ya que la suya lleva champiñones y yo... ¡los odio con todas mis fuerzas! No entiendo por qué siempre se empeña en pedir una así. Hubo una época en la que se olvidaba de mi odio enfermizo por ellos y los incluía siempre en los pedidos. Aunque en el fondo creo que lo hacía para que se la dejara toda para él.

—Venga, os enseño ahora mi alineación para que os hagáis una idea —expone Hugo, levantándose de la mesa tan pronto

terminamos todos. Los otros tres se levantan sin decir ni hacer nada.

Tienen que estar de broma. Miro la apariencia de la mesa y después dirijo la mirada a cada uno de ellos. No se van a ir a ningún lado sin recogerlo todo, ¿qué se piensan que es esto? ¿El Hotel Mamá?

—Eh, parad ahí un momento —expongo, levantándome y acercándome a la papelera de la cocina—. ¿Sabéis que es esto? —les pregunto, señalándola.

Al escucharme los tres se quedan paralizados, pero es Hugo el único que se anima a dibujar un gesto extraño en los labios. Tal vez al no utilizarla nunca ya se haya olvidado de que la tenemos, y de lo que es.

—A ver, os voy a dar una pista, se llama papelera. ¿Sabéis para qué sirve?

—¿Para tirar papeles? —responde Adán, soltando una pequeña carcajada.

—Sirve para tirar vuestras mierdas —respondo con pocas ganas—. Acepto que os quedéis todos en casa, ¿pero tenéis que dejar la cocina toda asquerosa? ¿Pero quién os educó? —pregunto con cabreo. Ya me llega con tener que educar a Donato, quien, por cierto, está muchísimo mejor educado que estos trogloditas.

—¡Señor, sí, señor! —sueltan los tres a la vez de sopetón.

Es algo que suelen hacer a menudo cuando me pongo con mis pequeñas exigencias, ¿pero es tanto pedirles que se comporten como personas normales?

Paso de ellos y me largo de la cocina. Me meto dentro de mi habitación antes de ponerme a jugar de nuevo, sabiendo que dentro de un rato tendré que salir a recoger toda la mierda que seguramente habrán dejado por toda la casa.



TE QUEDAS SIN
SEXO ESTA
NOCHE
Gema

Según la RAE, desgracia se define como una putada muy grande. Bueno, tal vez no según la RAE, pero sí según el diccionario de la vida de Gema.

Comienzo a caminar de un lado para otro de la habitación. Héctor me observa sin saber bien qué decir.

—Gema, relájate —repite por sexta vez en un periodo demasiado corto de tiempo.

Tengo ganas de girarme y decirle que es un maldito pesado, que quiero que se vaya de mi habitación y que dé un portazo al salir, de paso, pero no lo hago. ¿Por qué? Pues porque, aunque no quiera aceptarlo, él es el único que me puede ayudar y apoyar en mi desgracia.

—Pensemos con claridad... ¿Dónde puede estar mi maleta?

Necesito una explicación, una buena, a ser posible.

Veo como Héctor se muerde el labio inferior a la vez que observa algún punto del infinito. Quiero pensar que está intentando estrujarse el cerebro igual que yo, ¡o lo mataré! Y no de una forma normal, no, de una muy, muy dolorosa.

—Fuimos a por la maleta y allí había...

—¡Muchas otras maletas, Gema! —exclama, llevándose las manos a la cabeza—. Y también había mucha gente. —Aprecio como se acaricia con cuidado la nuca—. ¿Tú maleta tiene tu nombre, dirección, teléfono... algo?

Ahora soy yo la que me veo obligada a morderme los labios, pero por pura rabia. ¿Por qué nunca pensé que esto pudiera pasar? ¡Se me olvidó por completo firmar la maleta! ¿Quién no hace eso?

¿Quién no piensa en la posibilidad de que extravíen su estúpida maleta en el aeropuerto? Aunque realmente nadie la perdió... ¡Encima fue culpa mía! Pues no, no le puse mi nombre, no se me pasó por la cabeza añadirle una estúpida tarjeta de visita a la maldita maleta ¡porque no pensaba perderla!

Siento ganas de gritárselo para que le quede claro, pero no lo hago. Decido que es más productivo mordirme el labio inferior hasta hacerme sangre. Realmente a quien tendrían que torturar por idiota es a mí.

—Tal vez Clark Kent sí que haya dejado sus datos de contacto.
—Lo observo confusa. ¿Cómo lo ha llamado?

En ese momento siento el impulso de agarrar mi teléfono móvil. Sin pensarlo entro en Facebook, compruebo que tengo un par de notificaciones, supongo que reacciones a la fotografía de mi hermoso comienzo de vacaciones —y eso que todavía no he subido una de como continuó todo. Tal vez podría cederle los derechos a Netflix para que editaran una película... o una serie. Héctor podría escribir el guion. Lo visualizo todo en mi cabeza: *Las vacaciones de mierda*, por Héctor Blanco, basada en la penosa vida de Gema Albán, una idiota que se creía que la vida le podía sonreír—. Meneo la cabeza de un lado a otro, eliminando las estúpidas ideas que me sacuden, ya que en este momento tengo otras preocupaciones más importantes en las que pensar. Con prisa comienzo a teclear el nombre que dijo Héctor y le doy a buscar.

—Esto... ¿cómo se escribe? —pregunto, totalmente absorta en mi búsqueda. A decir verdad, no estoy encontrando nada de utilidad y eso me frustra.

Me llevo la mano que no tengo ocupada a la boca y comienzo a jugar sin mucho sentido con una de mis uñas. Hace un tiempo que tengo la maldita costumbre de destrozarlas cuando estoy nerviosa. Tendré que perderla algún día, supongo. Me imagino que no será tan difícil como dejar de fumar, porque eso me costó tres de mis siete vidas como mínimo.

—¿Cómo se escribe lo que? —pregunta, a la vez que le da la vuelta a la maleta.

—El nombre ese que has dicho... ¿es con K?

Deja lo que está haciendo y me mira con un gesto que no soy capaz de interpretar. Juraría que lo hace con preocupación, pero, de un momento para otro, estalla en una fuerte carcajada.

Me hace sentir un poco idiota, ¿es que todo el mundo sabe cómo se escribe todo? Yo no soy un diccionario andante. Vale que soy periodista, pero no perfecta.

—No le veo la gracia, Héctor —repongo, cruzándome de brazos—. Y como no pares ahora mismo... ¡Te quedas sin sexo esta noche! —No puedo evitar seguir con la broma. Tenía pensado echarle la bronca, pero... ¡Es que yo no soy así!

Y la pequeña riña me recordó a todas esas escenas de las series cómicas sobre matrimonios, lo cual me hace mucha gracia. Qué típico de las mujeres dejar a sus maridos sin sexo. En fin, supongo que estar casado te cambia la vida, pero a mí desde luego me parece un castigo para ambos. Yo cuando me case los castigaré sin fútbol. Eso es.

Veo como Héctor se lleva una mano al rostro, como intentando controlar su estúpida e incontrolada risa tonta y se comienza a aclarar la garganta.

—No me hagas esto, boba —dice, todavía limpiándose las lágrimas—. Clark Kent es Superman, es el nombre del personaje. Lo llamé así por sus calzoncillos, ¿entiendes? —Comienzo a mover la cabeza de arriba para abajo, pero con clara decepción—. Pero explicándote el chiste ya pierde toda la gracia.

—Y qué más da si te reíste igual —repongo, encogiéndome de hombros.

Veo como se le escapa una nueva carcajada, aunque la intenta disimular.

En fin, supongo entonces que los resultados que me salen no son más que fans o páginas relacionadas con eso.

—Eres un friki, ¿sabías? —alego, dando por finalizada mi búsqueda en Facebook.

—Más bien querrás decir que tengo la cultura que a ti te falta —se defiende, observándome con una pequeña sonrisa.

Sin pensarlo se la devuelvo, en el fondo sé que tiene parte de razón, y no me apetece seguir cabreándome por tonterías, y mucho menos con mi ángel de la guarda.

Cruzo los dedos mentalmente para que ese tal Clark Kent haya dejado su maldita tarjeta y así poder recuperar mi maleta, no pido más que eso.

Sin pensarlo tecleo encima de las notificaciones de Facebook y compruebo que, en efecto, son reacciones a la imagen de ayer. Un comentario capta toda mi atención, y no puedo evitar abrirlo.

Es de la asquerosa de Susi, Susana Rodríguez en la red, alias zorra asquerosa. Me niego a abrir su cuenta, pero hasta en la maldita foto en pequeño se le ve perfecta. Siempre fue asquerosamente bella, la muy roñosa.

Qué preciosidad, ¿dónde los compraste?

«Dónde a ti no te importa, zorra», pienso en responderle, pero mejor no darle más importancia. Es una asquerosa que no tiene vida propia. ¡Pues que se la compre!

En vez de decirle nada, poso la vista en el comentario anterior y una pequeña sonrisa brota de mis labios sin querer. No sé ni por qué me pasa, pero me intriga mucho. Incluso consigo alegrarme un poco la tragedia que estoy viviendo.

Sin pensarlo entro en el Messenger y hago el intento de comenzar una nueva conversación, ya que la anterior parece haber muerto con mi mensaje en visto.

—¿Encontraste algo? —le pregunto a Héctor, dejando por un momento el móvil a un lado. Veo como niega con la cabeza con pesar.

Sin pensarlo me dejo caer sobre la cama. ¡Maldita sea mi suerte!

—¿Qué voy a hacer ahora, Héctor? —pregunto, con la cabeza metida en la almohada. Escucho como se acerca a la cama, sentándose a mi lado, y me acaricia la cabeza con ternura—. No tengo ropa, ni tampoco mis planchas o mi maquillaje... —Me incorporo, girándome hacia él—. ¡Por el amor de Dios, no tengo ni mi ropa interior!

—Venga, Gema, no seas dramática —me dice, levantándose a toda velocidad—. Esta habitación fue tuya muchos años, ¿recuerdas? Estoy seguro de que aquí podremos encontrar algo para pasar unos días.

¿Está de broma? ¿Cuándo piensa que viví en esta casa? Me fui a los dieciocho años, tan pronto terminé el bachillerato, y puedo afirmar que me aseguré de llevarme todo el bendito armario. Aunque puede que, tal vez, haya dejado algo.

Veo como abre las puertas del ropero y se queda observándolo, totalmente pensativo. Después de un par de segundos sale con lo que supongo es la única cosa que encontró dentro de él.

—Esto es muy... cuqui —dice, observando la única prenda que sin duda conservo.

Se trata de un pijama de ositos, que por suerte es de invierno, de tonos rosas que juraría me regaló una de mis abuelas al cumplir los diecisiete. Nunca me gustó, siempre me pareció demasiado infantil, y por ello lo había dejado en casa cuando me fui para la universidad.

Sin dudarlo me vuelvo a tirar hacia atrás, abatida. No tengo nada. ¡Nada!

—La buena noticia es que hay aquí unas hermosas braguitas de *La Cenicienta* de cuando tenías... ¿siete años? —pregunta, mostrándome la tan ansiada prenda.

No puedo evitar soltar un fuerte bufido. Qué bien, no tengo ropa interior, y la única prenda con la que puedo contar es un estúpido pijama de ositos...

Genial, Gema, tus vacaciones empiezan de vicio. Sigamos sumando puntos de buena suerte.

—Héctor —lo llamo en voz baja. Al momento siento como posa sus ojos sobre mí—. ¿Qué quería mi hermano?

Aprecio como abre los ojos al escucharme, como si realmente se hubiese olvidado. Mira su reloj a la vez que suelta un fuerte resoplido. Presiento que estamos perdidos.

No sé por qué, pero me hace gracia. Sin dudarlo comienzo a reírme ante la mirada reprobatoria de mi amigo.

—No es gracioso, Gema. Tu padre te va a matar —alega, cruzándose de brazos.

¿Mi padre? ¿Matarme? Se nota que no lo conoce. Creo que es el único de toda la maldita familia que me abrazará y me besará durante horas. Lo adoro. Dibujo una mueca de superioridad que sin duda no tarda en captar.

—Está bien, como sé que tienes el poder de la desconexión, ese que te permite escuchar música celestial mientras los demás hablamos —comienza, con un claro gesto de disgusto en los labios. Tiene razón, pero yo creo que es un don, no algo negativo. Así no me aburro de escuchar las tonterías que me cuentan. Además, la música mola.

No siempre escucho música celestial, otras veces consigo abstraerme pensando en mis problemas o, tal vez, recordando la letra de alguna canción de David Bisbal.

¿Cómo era esta tan bonita, que me ponía los pelos de punta? Ah sí.

«Dame una razón para amar,
dame un atisbo de paz.
Brilla entre la multitud,
despunta en la oscuridad»^[15]

Los pelos como escarpas. ¡Qué pedazo de artista! Comienzo a mover la cabeza hacia los lados al ritmo de la música, lo que le demuestra a Héctor que realmente lo había vuelto a hacer.

¡Ups! Voy a tener que mejorar mi técnica. Le sonrío con inocencia.

—A ver si así me escuchas. Tu padre. Regalo. —Remarca mucho las palabras, lo cual me hace reír. Asiento con la cabeza, haciéndole ver que realmente lo estoy escuchando—. Tu madre. Tu hermano. No. Poder. Ir. A. Buscarlo. ¿Tú comprender ahora?

¡Oh, Dios! ¡No! Me llevo ambas manos a la cabeza. Mi madre no tiene regalo porque mi hermano no lo puede ir a buscar, ¿dijo eso? No, qué va, tuvo que decir que estamos a punto de morir ahogados

en el medio de esta maldita lluvia. Sí, exactamente. Eso sería muchísimo mejor.

¿Mi madre sin regalo? Nos matará a todos.

—No puede ser, Héctor, tuviste que entender mal —le digo esperanzada, con una diminuta sonrisa en los labios.

—A ver, Gema. Tu hermano dijo: «dile a papá que me tengo que ir al trabajo por una emergencia y que tiene que ir a buscar el regalo de mamá. A mí no me va a dar tiempo».

No dijo eso. Me habría enterado. Héctor se está vengando de mí por la espuma. Suelto una pequeña carcajada. ¡Casi me lo creo! El tío miente de vicio.

—Vale, pedazo de idiota —interrumpe de repente mis pensamientos. Me mira con un gesto que juro que da miedo—. Espero que tengas una solución porque están a punto de cerrar todas las tiendas, y tu madre no tiene regalo.

Está bien, esto ya no tiene gracia ninguna. Está hablando en serio, ¿¿mi madre no tiene regalo?! Comienzo a caminar de un lado para otro, intentando buscar una buena excusa, una explicación. Pero no la tengo.

Salgo de la habitación a toda prisa, olvidando que voy ataviada únicamente por la toalla azul que me rodea el cuerpo, y llamo un par de veces a la puerta de mis padres, pero nadie contesta. Perfecto, papá no está en casa y yo estoy perdida.

¿Qué regalo podría querer mi madre? Intento pensar con rapidez. De todas formas, sé que no me dará tiempo a comprarle nada. ¡Maldito sea Papá Noel y todos sus estúpidos renos!

Un pitido en el móvil comienza a ponerme nerviosa, si es que antes no lo estaba. ¡Yo que sé! Empiezo a notar los malditos nervios ahora. Siento como la ansiedad me sube por la espalda y... ¡Dios, me voy a morir!

Al ver mi expresión Héctor se acerca a mi móvil y lo desbloquea ante mi mirada de asombro. Tengo un estúpido patrón, se supone que nadie podría descifrarlo, ¿por qué él lo sabe? ¿Es espía? Tendré que preguntarle, pero en este momento me viene de perlas que sea tan observador.

—Estamos salvados —dice respirando con tranquilidad a la vez que me muestra el teléfono móvil.

¿Cuándo piensas venir a buscar
el regalo de mamá?

Uf, vuelvo a recuperar la respiración poco a poco. El corazón se me comienza a relajar y me río. A Héctor no parece hacerle tanta gracia como a mí, pero me da igual. Ahora solo falta saber dónde diablos tengo que ir a buscarlo y, sobre todo, con qué ropa voy. ¡Todo son problemas!



¿NO VES QUE
ÉSTOY EN MIS
DÍAS?
Gabo

«Bienvenidos a la noche más falsa del año», ese tendría que ser el titular de la noche de hoy, en letras de neón encima de la mesa quedaría realmente bien.

Escucho como Hugo dice algo, pero ya no soy capaz de escucharlo y, para ser sincero, tampoco es que me importe. Ahora mismo mis preocupaciones están puestas en otro punto: mi madre.

Lo último que me apetece es verla. Puede parecer que soy un mal hijo, aunque yo estoy bastante seguro de que la mala madre es ella. Todo eso supongo que depende la percepción de cada uno, solo sé que gracias a todo este problema estoy perdiendo el contacto con mis hermanas, con mi sobrino y hasta con mi padre, y lo odio.

Observo el reloj en mi teléfono móvil. Con las bromas no me queda más de hora y media para estar listo y timbrando en la casa del terror. Lanzo un fuerte resoplido a la vez que me introduzco dentro del cuarto de baño y abro el grifo del agua caliente.

Espero el tiempo prudencial y me introduzco debajo del chorro. Nunca fui una persona que se pasara demasiado tiempo en la ducha, prefiero ser práctico y perder el menor tiempo posible.

La canción *Cuéntame un cuento*^[16], de Celtas Cortos, me sorprende. Dibujo un gesto de desagrado al percatarme de quien me está llamando por teléfono. Creo que ponerle esa canción a Sarmiento —el mentiroso de mi jefe— fue lo mejor que hice en toda mi vida. Le queda que ni pintada.

No quiero ni pensar qué puede querer de mí hoy, veinticuatro de diciembre. Se supone que uno de los pocos días en los que no lo tengo que aguantar en todo el maldito año.

Termino de aclararme el pelo todo lo rápido que puedo y cierro el grifo. Busco la toalla con rapidez.

Cuando al fin me seco las manos y pienso responder, el maldito sonido cesa.

Será idiota el tío, parece que ya lo hace solo por fastidiar.

No puedo evitar soltar un pequeño bufido a la vez que saco del armario la camisa más elegante que tengo. No es que no me guste vestir bien, al contrario, de hecho, suelo ser el blanco de burlas de todos en el trabajo —ya que la mayoría de ellos parecen no saber lo que es una camisa—, pero me fastidia tener que hacerlo porque lo estipula un maldito protocolo.

Abro la ventana y me fijo en las luces destellantes que iluminan toda la calle a la vez que tuerzo el gesto. Creo que soy una de las pocas personas del mundo que detesta la navidad. Nada ni nadie podría alegrarme el día de hoy.

Permito que el frío de la noche me taladre los sesos. Posiblemente sea una de las noches más frías de lo que llevamos de invierno que, por otro lado, no es demasiado. Respiro con tranquilidad, podría jurar que por mucho que me queje, me encanta esa sensación. Adoro sentir el olor a lluvia.

Una pequeña vibración sobre la mesa me obliga a volver a la realidad. Niego con la cabeza a la vez que busco el maldito aparato. Me imagino que la culpable será Eva, que querrá asegurarse de que iré a esa maldita cena.

«Cómo no, hermanita. ¿Acaso tengo otra opción?» Tuerzo los labios a la vez que capturo el aparato entre mis manos y entro rápidamente en la notificación, sin fijarme en nada más.

Como esperaba es de Eva para meterme prisa. Si es que la conozco como si la hubiera parido. ¡Pero si todavía falta una hora entera por delante!

No quiero responderle, para qué. Casi mejor controlo las palabras ya que me espera una larga noche con ella, y no quiero arrepentirme de nada.

Sin darme cuenta de mis actos, entro en el Messenger. No sé ni por qué lo hago. A decir verdad, la dejé en visto y tengo entendido que eso no es plato de buen gusto para nadie. Yo, para ser sincero,

no suelo fijarme en eso, no suele importarme en absoluto que me respondan.

No me gustan tus zapatos

No puedo evitar sonreír al releer su último mensaje. De hecho, no esperaba que me dijera nada. Estallo en una pequeña carcajada al recordar el estado tan deplorable de los suyos. ¿A quién se le ocurre ponerse unos zapatos así un día como hoy? A no ser que quiera pasarse una semana con una buena pulmonía, claro.

Lo único que me deja claro eso es que la tal Gema es una chica muy coqueta. No me gustan nada las chicas así, aunque como ya he dicho mil veces, yo no tengo un prototipo para nada. Pero soy más de las chicas sencillas, que no necesitan maquillaje para sentirse guapas ni tacones para sentirse sensuales o glamurosas.

Al momento comienzo a negar con la cabeza. Debería de dejar de hablar con ella, solo me provoca confusión. Pienso que realmente utiliza esos zapatos para sentirse más adulta, ya que por su rostro parece una cría de como mucho dieciséis años. Creo que me estoy volviendo loco.

Tengo que cortar esta ridícula conversación como sea. Sin dudarlo comienzo a teclear y le escribo un escueto mensaje, dejándole claro que la diferencia de edad me importa más de lo que creía, sobre todo cuando podrían acusarme de infringir alguna ley. En fin, tampoco es que sea abogado para saber si estoy cometiendo un delito o no, es simple sentido común.

Dejo el móvil sobre la cama y vuelvo a fijar la vista en el espejo a la vez que intento repeinar un poco mi loco cabello. No me vendría nada mal pasar por un barbero, le pediré tiempo a los reyes magos. Lo cierto es que echo de menos tener mi pelo bajo control, al igual que toda mi vida. No sé en qué momento comencé a perder el timón de mi mundo, de todo lo que me rodea.

Siento una pequeña vibración, pero ni me molesto en comprobar quién es. Hoy es mi día de dejar a la gente en visto, me siento un

alma diabólica.

—Iago me acaba de enviar un mensaje —dice Hugo, entrando por la puerta de mi habitación como Pedro por su casa.

«Claro que sí, colega, como si estuvieras en la tuya propia».

Así que la vibración viene de ahí. A Iago le gusta demasiado enviarnos mensajes por medio de difusión. De todas formas, supongo que no será por ninguna urgencia así que me limito a torcer los labios. ¿Qué emergencia podría surgir en una productora de videojuegos? Bueno, veamos, hemos tenido algún que otro susto tonto, pero somos tan insignificantes que ni siquiera intentan hackearnos.

Supongo que es bueno, por lo menos no vivimos estresados, pero estaría bien que al menos se molestaran en poner la vista sobre nosotros en algún momento.

—¿Nos quiere desear unas felices fiestas? —pregunto, con una fingida sonrisa en el rostro.

Ya me estoy imaginando el mensajito, con un vídeo típico de esta época del año, con mensajes de amor fingido y ridículo con la canción de *Dulce navidad* de fondo.

Tal vez estaría bien responderle con alguna imagen de estas típicas navideñas, y otro lo haría... en fin, yo no soy así. Tal vez pensaría que me estoy muriendo y es más que nada para no preocuparlos. Por mucho que estemos en navidad, la vida sigue igual. Sigo siendo el tío coñazo que odia las fiestas.

—No, al parecer San Martín tocó donde no debía y borró la mitad del proyecto de Sony —dice como si tal cosa, dejando su móvil sobre la cama, exactamente al lado del mío.

Me quedó estático, comienzo a boquear intentando emitir sonidos. Juro que lo intento, pero de mi garganta no sale ni un simple gruñido. Nada. Me giro hacia él, observándolo con duda, tiene que estar de broma.

Obviamente lo está, sino se estaría tirando de los pelos, que es lo que haría yo en caso de estar seguro de que está diciendo la barbaridad que soltó por su boquita.

Dejo de prestarle atención, ya que Donato se pone a hacer ruidos extraños. Aparece y desaparece de la habitación en cuestión de medio segundo. Me llama la atención la prenda que lleva enredada

en la cabeza: lencería femenina de un color para nada discreto. No consigo apreciar de qué se trata a simple vista, pero tampoco es que eso me importe. Se retuerce y gruñe molesto, intentando capturarlo.

La escena es realmente cómica, tanto que Hugo termina por dejarse caer sobre la cama agarrándose la barriga. Tal vez sea un tanto exagerado, pero bueno.

—Pensé que teníamos una norma —expongo, intentando recomponerme—. Nada de chicas, o por lo menos nada de que yo me entere de que las traes.

—¡Eh! Pero si yo llevo un montón de tiempo a dos velas —alega, limpiándose las lágrimas—. Tal vez sea algún recuerdo que te quisiste traer de Rebeca —dice como si se tratara de la verdad universal.

¡Será pervertido!

Me giro hacia él, con la intención de reprocharle cuando algo capta toda mi atención.

Donato se dirige a toda velocidad a la habitación de mi amigo, y sale de ella con una camiseta de encaje. Lo observo un tanto confuso, ¿es qué Hugo está haciéndose un cambio de sexo a mis espaldas?

Le dirijo una mirada, pero para mi sorpresa está entretenido observando algo en mi teléfono móvil. Nunca me molestó, al contrario, soy de las pocas personas en el mundo que tienen su móvil desbloqueado para que cualquiera pueda acceder a él. Para ser sincero no escondo nada, ¿así qué por qué me tendría que molestar?

—¡Oh, madre mía! —exclamo, llevándome las manos a la cabeza. Al escucharme, Hugo se levanta a toda prisa—. ¿Pero qué diablos tienes montado aquí? —pregunto, mirando para todos lados.

Sin duda parece la habitación del terror. Ropa interior femenina de diversos colores, camisetas y algún que otro tampón, y todo ello procedente de la hermosa maleta negra que tiene sobre la cama. Esa bonita maleta que habíamos compartido para ese más que maravilloso viaje y que, sin duda alguna, habíamos confundido en el aeropuerto. Presiono fuertemente un labio contra el otro.

—¿Tampones? —le pregunto a Hugo, con una discreta sonrisa en los labios—. No sabía que te hicieran falta ya.

No puedo evitar estallar en una fuerte carcajada, aunque en el fondo no tiene gracia ninguna. Maldita la gracia que tiene el asunto.

—Déjame en paz —sentencia Hugo, quitándome la maleta de delante de un manotazo. Madre mía, ese hombre tiene una fuerza sobrehumana. A veces me da miedo—. ¿No ves que estoy en mis días? —dice estallando esta vez él en una carcajada.

Veo como la observa con una meticulosidad muy poco propia de él.

—Mierda, es que esta no es nuestra maleta —dice Hugo, con un tono de voz que parece haber descubierto la pólvora. Está de broma, ¿no? ¿Se acaba de enterar? Y yo que pensaba que esos sujetadores tan bonitos de encaje eran suyos.

No puedo evitar rodar los ojos y morderme la lengua, casi mejor.

Ahora a saber dónde carajo está toda nuestra ropa.

—¡Oh! Mis calzoncillos favoritos —gimotea Hugo—. ¿Qué voy a hacer sin ellos?

—¿Los de Superman? —Veo como asiente con la cabeza—. Pues entonces supongo que a partir de ahora ligarás más —termino, guiñándole un ojo.

En fin, yo no soy quién para hablar. Prefiero no hacer memoria de nada de lo que llevamos en la maleta más que nada por no morirme de la vergüenza. Si nosotros vimos su hermosa ropa interior, sin duda ella tuvo que ver la nuestra.

Tierra, trágame. Espero nunca tener que verle la cara a esa mujer.

—Entonces iremos a ver qué pasó con el proyecto, ¿no? —pregunta como si tal cosa.

Vamos a ver, ¿es que estaba hablando en serio?



CLOTILDE SERIE
C. A PARTIR DE
TREINTA MIL
EUROS
Gema

Intento respirar con tranquilidad. Puedo hacerlo, ¡claro que lo puedo hacer! Nací para triunfar. En general todo se me da bien: soy una buena amiga, una gran conversadora y, sobre todo y no menos importante, una buena preparadora de fiestas. ¿Por qué la conducción no iba a estar hecha para mí? ¡Pamplinas!

Hago girar la llave del coche y, sin más, se apaga dando un pequeño salto. Maldita sea, ¿qué hice mal?, ¿lo rompí?, ¿quemé el motor?

—¿De verdad que sabes conducir? —me pregunta Héctor, observándome desde el asiento de copiloto.

Pues claro que sé conducir, soy una experta conductora y... Vale, mentira, no tengo ni la más remota idea. Con suerte sé por dónde se mete la maldita llave, aunque sí me he visto todas las películas de la saga de *A Todo Gas*, y eso tendría que ser más que suficiente.

Pero ir al trabajo de mi hermano andando sería un fracaso, e ir en Taxi una ruina, por lo que robarle las llaves del coche a mi padre resultaba más práctico.

—Pues claro que sí —respondo, quitándole importancia. Digo yo que no puede ser tan difícil... ¿verdad?—. Es lo que tiene criarse entre hombres, Roi siempre fue un amante de la automoción. ¿Te dije que es mecánico?

Al momento aprecio como abre los ojos y me observa con confusión.

—No, Gema, me dijiste que tu hermano lago, al que vamos a ver ahora, es mecánico. Y me hiciste una estúpida broma de que seguro

que le había dado un paro cardíaco a la batería de un Ferrari, porque tengo la ligera sospecha de que no conoces más marcas de coche.

¡Pues claro que conozco más marcas! Está Ferrari, Audi y... uno muy curioso con un nombre de mujer, juraría que tenía una profesora que se llamaba igual, ¿Clotilde? Oh, no, que nombre más feo para un coche.

«Clotilde Serie C. A partir de treinta mil euros. En su concesionario más cercano»

No puedo evitar soltar una fuerte risotada, ganándome una mirada recriminatoria por parte de Héctor. En fin, creo que en definitiva tengo un problema, me desconcentro demasiado rápido.

—Sabes dónde trabaja tu hermano, ¿verdad? —Al momento me muerdo el labio inferior. Si descartamos el taller de la esquina no tengo muchas más opciones.

—Ya me parecía un trabajo de demasiada responsabilidad para él —digo, intentando estrujarme el cerebro.

Venga, Gema, piensa, piensa. Es tu hermano, ¿qué se le puede dar bien? Supongo que estar tirado en el sofá todo el día, fumando como una chimenea y bebiendo cervezas como un animal.

¡Bingo! Monta chimeneas. Seguro que es eso. O tal vez sea probador oficial de cervezas por todos los bares del país. Madre mía, Héctor tiene razón, tengo un grave problema de desconexión con el mundo.

Casi sin pensarlo vuelvo a intentar encender el coche, y este da un breve salto de nuevo. Maldita sea.

—¿Lo habré roto? Tal vez estoy haciendo explotar el motor —digo esta vez en voz alta. Héctor me observa moviendo la cabeza de un lado para otro.

—A ver, Gema, yo no sé conducir, pero creo que tienes que quitar la marcha o pisar el pie del embrague. Pero vamos, que yo no pienso ir contigo a ningún lado en coche. Soy demasiado joven como para morir —dice, a la vez que abre la puerta y sale del vehículo.

Qué poca paciencia tiene, si con su pequeña explicación ya habría encendido el maldito coche y todo lo demás es pan comido.

—Creo que es arquitecto, juraría que tengo un hermano que estudió edificación —repongo saliendo tras él. Recuerdo haber ido a la graduación de uno de mis hermanos a la facultad de arquitectura, aunque no debería de tener más de doce años—. Mierda, olvídalo. Es Uxío.

Al momento siento como Héctor va aminorando sus pasos, poniéndose a mi altura.

—¿Todos tus hermanos tienen nombres gallegos?

¿A qué viene esa pregunta? ¿No se supone que conseguir descifrar el trabajo del más inútil de mis hermanos era la prioridad total de la conversación? ¿Quién es el que se distrae con facilidad ahora?

—Iago, Roi y Uxío —repongo encogiéndome de hombros, no sé si son gallegos o marroquí, son mis hermanos y punto.

Veo como presiona un labio contra el otro, a la vez que continúa caminando en dirección a quién sabe dónde.

—Voto por que llames a tu hermano y le preguntes dónde trabaja. —¿Vota? ¿Pero esto es una democracia? Pensé que era una dictadura donde Gema Albán era la Jefa de Estado—. O envíale una foto mía de rodillas, rogándole que te traiga él el maldito regalo porque yo... ¡me rindo! —expone, bajando los brazos.

Tiene razón. Es de locos pretender dar vueltas por toda la ciudad hasta que se me encienda la bombilla... ¿verdad?

Busco con más bien poco tacto el móvil dentro del bolso y sin más entro en la conversación de Iago, donde aún aparece su anterior mensaje. En fin, con lo fácil que habría sido perder la dignidad desde el principio.

Papá no está. ¿A dónde lo vamos a buscar exactamente?

Por suerte para ambos, el móvil suena casi al momento.

Veo como Héctor me mira interrogante y no puedo más que soltar un fuerte resoplido. Eso está aquí al lado, no habríamos necesitado el famoso y adorado coche de mi padre para nada... Y sé que me va a matar.

—Esto... —comienzo, buscando las palabras—. Dice que su trabajo está por aquí arriba —digo finalmente, llevándolo en el sentido incorrecto. Parece ser que no recuerdo que voy con la ropa todavía húmeda del día anterior, y no me preocupa acatarrarme.

Se encoge de hombros a la vez que acepta mis indicaciones, parece que se lo cree. Pobre incauto.

—¿Y tú por qué Gema? No lo entiendo —pregunta sin más. Fijo la vista en él, dándole a entender que la que no lo entiende soy yo, y parece captarlo porque rápidamente prosigue—. Me refiero a por qué te pusieron Gema a ti, tu nombre.

La verdad es que esa es una buena pregunta y, como tal, tiene una buena respuesta detrás.

—Porque a mi madre se le antojó —respondo, girándome hacia él con gesto serio.

La verdad es que la historia la tiene, aunque tal vez no sea tan buena ni tan interesante como la quise vender. Lo bueno de ser periodista es que se me da de vicio disfrazar una noticia de mierda en un auténtico notición.

Veo como se encoge de hombros a la vez que observa el caminar de sus pies sobre los charcos. ¿Es que no piensa insistir?

—¡Que no, de verdad, no insistas! —alego, con un divertido gesto en el rostro. Héctor me mira como si estuviera loca, realmente creo que puede tener razón, pero me da igual—. En fin, te lo diré, pero porque eres un pesado. Cuando yo nací mi madre era muy devota de Santa Gema, le rogaba tener una hija ya que los tres embarazos anteriores habían salido niños, y por eso cuando nací me puso Gema.

Héctor asiente con la cabeza, pero no dice nada más. Continúa caminando, observando sus pies con bastante curiosidad, ¿que tendrán de especial? Me planteo unirme a él, pero finalmente me decanto por otra opción mucho más interesante.

Desbloqueo el móvil y sin pensarlo entro en el Messenger. Más por despejar la cabeza que otra cosa.

Releo su último mensaje y comienzo a mover los dedos por la pantalla sin pensar demasiado en lo que va a salir de ahí. Está excesivamente pesado con el tema de la edad. Sé que mentalmente todo el mundo me dice que soy una cría, y normalmente no me preocupa... ¡pero ahora sí! Y no sé por qué.

Definitivamente eres idiota.

Le doy a la tecla enviar. Sé que lo hago más cabreada por los sucesos que están comenzando a acribillar mi vida que por su mensaje. Al darme cuenta de lo que había dicho lo acompaño de un emoticono con los ojos entornados, ese que parece que te quiere pegar una buena colleja. Tal vez le parezca más una broma que un hecho, aunque realmente no sé ni con qué intención lo dije.

Maldita sea, maldita lluvia y maldito clima que me pone de mala leche. Siento como el agua se me va calando más y más y solo siento ganas de llorar.

Su respuesta no se hace esperar, y sin duda me roba una amplia sonrisa.

¡Oye! Más respeto a tus mayores.

—¿Tu casa no está ahí al otro lado de esta calle? —Escucho la voz de Héctor, lo cual me obliga a bloquear el móvil, dejándolo en visto.

Me hago la loca mirando hacia todos lados.

¿Por qué no puedo tener un amigo tonto? No creo que sea tanto pedir. Solo uno que no sepa sumar dos más dos, solo eso.

—Qué más da eso ahora. Lo importante es que es aquí — expongo con obviedad, apreciando una pequeña placa que dice «Northwest Games».

Héctor me hace un gesto para que pase. Por su rostro sé que se niega a entrar, y tampoco lo puedo obligar. Al fin y al cabo, mi hermano no se comportó como un caballero con él en ningún momento.

Llamo al timbre y en menos de medio minuto escucho un pequeño sonido que me notifica que debo entrar. En el fondo hasta a mí me preocupa la reacción de Iago, ya que no suele ser muy cariñoso en líneas generales.

Entro y aprecio como nadie parece estar a la vista. Está todo bastante apagado así que me niego a adéntrame... ¡si quiere algo que salga él a buscarme!

Para distraerme desbloqueo de nuevo el móvil y comienzo a teclear todo lo rápido que puedo.

Escucho bien, gracias

Y lo acompaño con el emoticono de un guiño.

Tengo que reconocer que amo poner emoticonos en las conversaciones. Puede parecer una tontería, pero me encanta que los demás sepan cómo me siento a cada momento, además de que creo que ayuda a evitar malos entendidos, a mí por lo menos me ayudó en muchas ocasiones.

—Hasta que llegas —me dice Iago, saliendo a toda prisa y con cara de pocos amigos de un pequeño despacho—. Este es el regalo de mamá, ya sabes qué es lo que puede pasar si lo pierdes.

Lo observo con el ceño fruncido, ¿habla en serio? Todavía recuerdo el año en que nos dejó sin las uvas de Nochevieja porque papá le había regalado una aspiradora, hecho que consideraba

terriblemente sexista aunque ella estuviera babeando por el maldito aparato durante meses.

En el fondo es un buen recuerdo, ya que nos enclaustramos todos en mi habitación, con doce gominolas mientras escuchábamos las campanadas por la radio. Todos menos mi madre, claro, que ella sí que se comió las uvas ante el televisor.

Asiento con la cabeza a la vez que guardo el pequeño paquete dentro del bolso. Por su tamaño supongo que se tratará de unos pendientes o tal vez un anillo, vamos, que gustar le gustará fijo.

—Se supone que trabajas como... —comienzo, intentando entrar en la cabina de forma disimulada. Él se aparta a regañadientes y me deja observar su interior.

Alucino en verde, amarillo y rojo cuando veo su interior. Un montón de pantallas encendidas, dando señales de colores que no podría entender jamás, y alguna que otra con una variación de números curiosa. ¡Ya recuerdo!, es informático. Sonrío orgullosa de mi deducción y me giro hacia él, que me mira con el ceño fruncido.

—Lo que se supone es que no puedes entrar aquí, Gema —me regaña. Resopla antes de girarse para mirar a su alrededor—. Trabajo como desarrollador de videojuegos, no puedo decir mucho más porque, la verdad, dudo que lo entendieras.

Se encoge de hombros como si no me acabara de llamar tonta. Lo miro entornando una ceja, retándolo, pero parece darle igual.

—Tengo que trabajar. Chao. —Me empuja hacia la puerta y, tan pronto salgo de la cabina donde se supone que trabaja, me cierra la puerta en las narices.

Madre mía, deben de tener un juego en pleno desangre.

—¿Qué es lo que pasó aquí? —pregunta alguien, abriendo la puerta de la calle con brusquedad. Entra como un torbellino, tanto que termino perdiendo el equilibrio y cayendo al suelo.

El culpable ni se gira hacia mí, como si le importaran cinco pepinos y dos tomates haber sido el culpable de que me rompa una pierna.

Levanto la mirada y me fijo en que uno de los que acaban de entrar es el chico del avión, el buenorro jugador de baloncesto, o bombero, o... Oh, Dios, yo qué sé. Está demasiado bueno y me

colapsa la mente. Lo observo de arriba abajo desde el suelo, aunque lo único que quiero es que no me vea.

En este momento recuerdo la canción de la letra *Invisible*^[17], de Malú. Al final va a tener razón Héctor de que me paso la vida pensando en canciones, pero siendo sincera yo también quiero ser invisible, también quiero tener el poder de desaparecer.

—¿Estás bien? —Escucho una voz, aunque todavía sin quitar la vista del tiparrón. Me agarro a su mano, y tras asentir con la cabeza salgo de ese maldito lugar.



TE DOY UN EURO
POR TUS
PENSAMIENTOS

Gabo

No creo en el destino, ¿por qué debía de hacerlo? Pero podría jurar que la maldita loca del avión acaba de salir por la puerta sin agradecerme el gesto que acabo de tener con ella. Una auténtica maleducada.

—Era ella, ¿no? —le pregunto a Hugo, quien pasea la mirada de un lado a otro del despacho. Se gira hacia mí y me observa sin saber qué decir.

—Ella... ¿quién? ¿De qué me hablas? —me pregunta observándome como si estuviera mal de la cabeza. Me limito a quitarle importancia con un breve movimiento de labios que parece captar, ya que se introduce dentro del despacho sin preguntar nada más. Casi mejor.

Creo que me estoy empezando a volver loco. Será la falta de sueño. Niego con la cabeza. Lo único que me falta ya es empezar a ver cabras locas por todos lados.

—¿Qué es lo que ha pasado? —Escucho la voz de Hugo desde el interior. Se aproxima a uno de los ordenadores y comienza a ojear algo.

Me llama la atención la penumbra en la que estamos, y los pocos que somos. ¿Por una cosa que ocurre nadie viene al rescate? ¿Solo somos tres los idiotas que aceptamos?

—¿Dónde estabais? Pensé que no veníais ya —pregunta Iago, girándose hacia mí de repente. Me limito a negar con la cabeza y hacerle un gesto para que nos cuente qué cojones pasó para vernos en esta situación.

Fijo rápidamente la vista en San Martín, quien pasea la mirada de un lado a otro de una de las pantallas, con gesto nervioso.

—¿Qué iba a pasar? Sarmiento le encargó al idiota este que terminara de darle los últimos toques, porque ya sabes que es el «experto» —Hace la muestra de las comillas con los dedos—. Y, como no podía ser de otra manera, la lio a lo grande.

Suelta un fuerte bufido a la vez que se gira, observando el progreso de la barra de recuperación en la pantalla.

—Cada vez que intento entrar en el programa me banean, ni cinco segundos tengo para controlarlo —espeta con cabreo.

—¿Y ahora qué podemos hacer? —pregunto, desconociendo totalmente las pretensiones de Iago.

El chico se gira hacia mí, fijando la mirada en el infinito. Se acaricia la cabeza antes de dibujar una mueca un tanto extraña en el rostro.

—No lo sé. Crucemos los dedos para que esto recupere solo, aunque tengo mis serias dudas.

Yo también, para qué nos vamos a engañar. No es la primera vez que sufrimos una pérdida total o parcial de uno de los videojuegos, porque la seguridad que tenemos es básicamente mala. Muy mala. Estamos hartos de decirlo y repetirlo una y otra vez, y nunca conseguimos gran cosa, pero esta vez el tema es complejo. La semana que viene tenemos la presentación de nuestro videojuego con mayúsculas. Supuestamente Sarmiento estuvo intentando negociar con Sony para la cesión de créditos, por lo que sin él... no tenemos nada.

—Tenemos que averiguar si la pérdida es irreversible —me dice Hugo, al fin y al cabo, él está más acostumbrado que yo a tratar estos temas, por lo que me limito a asentir.

Me hace un gesto para que me acerque a la vez que agarra una de las sillas y la pone a su lado.

—Necesito que me digas el orden de los capítulos, ¿los recuerdas? —me pregunta, fijando la vista sobre mí.

¿Está de broma? Esa es una de mis muchas virtudes, que soy incapaz de olvidar nada de relevancia, mi cerebro es como un pequeño disco duro, aunque a corto plazo. Pero servirá.

Al momento me hago con un papel y comienzo a escribir todo lo rápido que puedo las escenas principales del videojuego, a la vez que aprecio como Hugo intenta recuperar la mayor parte.

—Genial —me dice cuando le entrego el papel, lo pone delante del teclado y comienza a buscar no sé bien lo que. A decir verdad, ese no es mi trabajo, por lo que realmente no tengo muy claro en qué les podría ayudar.

Sin pensarlo me llevo una mano al rostro y no puedo evitar que un pequeño bostezo brote de mí. Hugo se percata y me observa con sobre protección.

—Puedes irte si quieres. —Fijo la vista sobre él a la vez que niego con la cabeza. No pienso irme mientras no esté todo solucionado, y espero que en mi casa lo entiendan. Aunque en el fondo... me da un poco igual que no lo hagan.

Creo que lee perfectamente mis intenciones ya que finalmente asiente y vuelve a su trabajo.

—Me iré a tomar un café —digo al fin, saliendo hacia una pequeña sala que tenemos con un par de cafeteras.

Me gusta el café, pero a pesar de todo no me apetece, así que me limito a dejarme caer en una de las sillas con una botella de agua entre las manos. La abro y le doy un pequeño trago.

Sin pensarlo saco el móvil del bolsillo, y me percato de que tengo una notificación. No me gusta para nada el juego tonto que tenemos, pero por algún motivo mis instintos no me permiten ser yo el que termine con la conversación, quiero que sea ella.

Durante un rato pensé que la cosa se iba a terminar con mi escueto y más que borde: «pues vale» como respuesta a una tontería suya, pero mis intentos fueron fallidos, así que ahora me toca apechugar hasta que la conversación se extinga por ella misma.

Ahora el tema de conversación es su edad. Para ser sincero es un tema que no sabía cómo sacar, preguntarle directamente: ¿oye, eres mayor de edad? Me parecía demasiado brusco, por lo que estoy satisfecho con el rumbo que fue tomando nuestra tonta conversación.

Cuanto más me empeño en decirle que es muy joven, ella más insiste en que no. No puedo evitar sonreír, es una chica la mar de

curiosa.

O te conservas muy bien

Respondo, intentando sonsacarle una vez más el fatídico número. Realmente no sé ni por qué me importa, pero me interesa.

Sobre todo, porque por sus fotos no parece muy mayor, y por su perfil no puedo deducir nada.

Su respuesta me roba una buena carcajada involuntaria.

Como el atún

Acompañado de un nuevo emoticono, uno que no había puesto hasta ahora, que simula partirse de risa.

«No es de buena educación reírse de tus propios chistes, bonita» me veo tentado a responder, sobre todo si son tan malos como este.

En vez de esto tecleo sobre los emoticonos, y veo que me sale un panel en blanco, ¿será que yo no los puedo enviar? Tal vez vaya con la edad, te registras y cuando cumples más de dieciocho años, según la fecha que pones en Facebook, estos te desaparecen.

Tiene su lógica.

—Te doy un euro por tus pensamientos. —Escucho la voz de San Martín a mis espaldas. Me giro violentamente, observando la figura del chico apoyada en el marco de la puerta.

Me limito a torcer los labios. Sinceramente me veo tan reflejado en él que me da hasta miedo. No podría jamás culparlo de nada, el pobre solo está comenzando en este complejo mundo, y tuvo la suerte de caer en el único sitio donde la seguridad y el control son una basura.

—Sería dinero perdido, mis pensamientos no valen nada — respondo, quitándole importancia—. ¿Café?

Veo como asiente con la cabeza. Sin dudarlo me levanto y enciendo la maldita Nespresso. No tengo maldita idea de cómo funciona. Yo soy de la vieja escuela, nada como un café italiano recién hecho.

—¿Cuál quieres? ¿Intenso, expreso, lungo, descafeinado...? —comienzo, pasando la vista por cada una de las cápsulas que tengo ante mí. Para ser sincero no tengo ni la más remota idea de que diferencia uno de otro. De hecho, el encargado de hacer el café siempre es Hugo.

—Me da igual, que esté bien cargado y punto —expone, dejando caer la cabeza sobre la mesa.

Tuerzo el gesto justo antes de añadir una cápsula de café intenso en la cafetera. No tengo ni idea, pero por el nombre suena a lo que realmente busca.

—No sé cómo os aclaráis con esta cafetera —me animo a decir finalmente, buscando incansablemente el botón de encendido. Para algunas cosas parezco un poco corto, lo reconozco.

—Supongo que pasando de siglo —dice soltando una pequeña carcajada.

—¡Eh! Qué solo te llevo cuatro años —alego, observándolo con un gesto de fingido cabreo en el rostro.

Al momento suelta una pequeña risa. Me alegra hacerlo sonreír.

—Sé qué piensas que soy un puto desastre —se lamenta, levantando la cabeza y mirando hacia mí.

Sin pensarlo niego con la cabeza. Cuando comencé cometí grandísimos errores, pero siempre tuve la suerte de tener a Hugo cerca de mí. Él me apoyó y salí adelante, no seré yo quien le dé la espalda al pobre chico.

—Jamás pensaría eso —digo, girándome hacia él—. ¿Azúcar? —Veo como asiente con ansiedad, por lo que me acerco a él con la taza de porcelana blanca, con el logotipo de la empresa, y un azucarillo, y lo dejo ante él.

—He estropeado todo vuestro trabajo de meses —dice con pesar.

—¿Desapareció desde el mercado? —pregunto, llevándome el vaso de agua a los labios. Al momento aprecio como niega con la cabeza.

—Desde el castillo Nazán —responde con temor.

No puedo más que dibujar una mueca de horror en el rostro, disfrazada después con un breve «Ah». ¿Meses, dice? Hizo desaparecer nuestro trabajo de los últimos dos años. ¡Dos años! Intento respirar con tranquilidad, de nada serviría alterarme ahora.

Pienso en un nuevo tema de conversación, pero no soy nada bueno hablando con gente con la que mi contacto es nulo. No sé ni qué le gusta ni qué odia, además de los videojuegos. Lanzo un fuerte resoplido, esperando que sea él quien saque tema.

—Iago me odia —dice al fin.

—No te odia, es un tanto exigente —respondo, encogiéndome de hombros—. Pero es un gran profesional, aprenderás mucho de él. —Me dedica una sonrisa cargada de agradecimiento. En el fondo me da ternura este chico.

Sin más desbloqueo el móvil, más por no sacar un tema de conversación que otra cosa, y me percató de que sigo en la misma aplicación, con la plantilla en blanco.

—De casualidad no sabrás como se ponen los emoticonos estos en las conversaciones de Facebook, ¿no? —pregunto, un tanto esperanzado. Al momento siento como su mirada me taladra por completo. Creo que si el pobre tenía una pequeña esperanza de que no fuera un carca, eso se acaba de desvanecer.

Veo como asiente con obviedad.

—¿Podrías ponerle el más serio que encuentres? O alguno que le diga que está mal de la cabeza, algo así... —le ruego, pasándole el móvil.

Veo como asiente y en cuestión de medio segundo me devuelve el móvil.

—Muchas gracias —digo, apreciando como eligió un muñequito perfecto para lo que yo quería retratar.

Pongo la vista en la conversación para descubrir que lo leyó en el acto. Sonrío por inercia y me quedo a la espera de su reacción.

Porque el atún está en conserva, digo

Me matiza, respondiendo a mi emoticono siniestro con gran rapidez, como si no me hubiese quedado claro, lo cual me provoca una fuerte carcajada que ya no puedo ni disimular.

Ya, esa cara no es porque no lo entendiera.
Es que cuentas unos chistes muy malos

Respondo todo lo rápido que puedo. Tras eso salgo del Messenger y abro el Facebook, con la única intención de comprobar una vez más las estadísticas de *Lenda da Vida*, ya es algo que hago por costumbre.

Según abro la aplicación aprecio como se me abre un video y comienza a resonar, bajo el volumen todo lo rápido que puedo, aunque se escucha perfectamente que se trata de *Adiós, papá*.
[18] ¡Un clásico! Casi al momento aprecio como San Martín tuerce los labios.

—Qué canción más antigua —responde, llevándose la taza a los labios. En ese momento siento ganas de tirarle el café por encima. Un temazo con todas las letras.

Vale, puede que sí necesite pasar de siglo.

—Pues bien, lo dejamos por hoy. —Escucho la voz de Hugo y me giro hacia él—. No, no está arreglado, pero tenemos que dejarlo por lo menos ocho horas buscando la información, así que aquí no pintamos nada.

—¿Nos vemos después? Quedamos todos para tomar algo en el Bico, a eso de las doce —dice Iago, guardando algo dentro de una bolsa.

Pienso negarme, lo último que me apetece hoy es quedarme despierto hasta las tantas, cuando veo como Hugo entreabre los labios para responder él. Espero que capte mi mirada asesina.

—Claro, allí estaremos —responde en cambio.

¿Allí estaremos? Allí estará él, yo me niego. Iago se larga sin más. Clavo la vista en Raúl, quien está medio encogido en la silla. Me acerco a él y le presiono el hombro en un gesto amistoso.

—No te agobies —le digo. Él eleva la vista y me sonrío de medio lado—. Es normal que esté enfadado, pero se le pasará.

—Eso, chaval. Iago es así —dictamina Hugo, encogiéndose de hombros—. Pero no pasa nada, lo vamos a arreglar.

Raúl sonrío con algo más de emoción ante las palabras de mi amigo y asiente con la cabeza. Acto seguido se incorpora, se bebe la totalidad de su vaso de café y se incorpora.

—Gracias, chicos —musita, acercándose a abrazarnos. Yo me retuerzo, pero al sentir el pellizco de Hugo en la cintura intento relajarme. Me tiene muy fichado—. ¡Nos vemos!

Se despide con la mano antes de salir.

—¿Me invitas a cenar con la buenorra de tu hermana? —me pregunta Hugo tan pronto nos quedamos solos, pasándome un brazo por detrás del cuello.

Me limito a chasquear la lengua a la vez que asiento. Supongo que me vendrá bien tener compañía.



VA UN BARCO DE VELA Y SE APAGA

Gema

Bajo las escaleras a duras penas. Ya no es solo verme obligada a ponerme un pijama de ositos para cenar en Nochebuena, no. ¡Es que encima tengo que llevar unas bragas de mi madre! Pienso negar esto hasta las últimas consecuencias.

—Vamos, Gema. No es para tanto —murmura Héctor muy cerca de mí, lo que me obliga a dar un pequeño respingo.

—Claro que no, para ti no es para tanto ni para nada. Con tu pantalón vaquero con el que se te aprecia tu culo prieto... pero ¿yo qué? —Siento ganas de volver para la habitación. Héctor se da cuenta, así que me agarra por el brazo y comienza a tirar de mí.

Suelto un pequeño bufido antes de entrar en la cocina. Aprecio la figura de mi madre, quien también parece haberse querido poner demasiado guapa para la ocasión. En fin, soy la única mal arreglada de la familia, ya lo voy asumiendo.

—Gema, ¿se puede saber qué haces así vestida? Tenemos visita —dice mi madre, mirándome con gesto reprobatorio.

—Es que me siento fatal, mamá. —Me llevo una mano al rostro, fingiendo molestia.

Si mi madre fuera una madre normal, como el noventa y nueve por ciento de las madres del mundo, ante estas palabras se preocuparía, me daría un beso en la frente, me ofrecería un vaso de leche caliente con una cucharada de miel y me obligaría a cocerme en la cama, entre mantas de veinte kilos por lo menos. Pero la mía no es así. Veo como me observa con el ceño fruncido.

—¡Te lo dije! No puedes ir por la calle como una fulana. Tienes que taparte que estamos en invierno... y eres una chica decente —

me dice en un pequeño susurro, a la vez que pone la mirada en Héctor. No puedo evitar rodar los ojos.

No sé por qué nada de esto me extraña.

Al momento mi vista se fija en una pareja junto a la puerta. Se trata de mi hermano Iago con su supuesta novia. Una hermosa mujer de metro ochenta por lo menos, o igual desde mi punto de vista de enana la veo más alta de lo que es, yo que sé, y el cabello tan rojo como el fuego, tan roja como estoy yo ahora mismo, pero de la envidia en todos los sentidos.

—Hija, ¿no piensas darme un beso? —Escucho la voz de mi padre y no puedo evitar girarme hacia él con una radiante sonrisa.

¿He dicho ya que no hay nadie en el mundo al que quiera tanto como a él? Y la verdad también pienso que es el único en esta bendita familia que me aprecia, además de mi abuela.

Me acerco a él y le doy un abrazo de esos de oso. Paradójico teniendo en cuenta que estoy plagada de osos por todos lados hoy.

De verdad, da gusto cuando una se siente querida. Resulta un tanto incómodo que te cuestionen por todo.

«Gracias, mamá».

En algún momento terminamos sentados a la mesa. Las presentaciones no se hacen esperar, aunque al parecer los únicos que no conocemos a la famosa chica somos Héctor y yo.

La muchacha es monísima. Tiene un gusto espectacular para la ropa. Tengo que confesar que creo que en más de un momento me quedo prendida de su vestido, tremendamente elegante a la par que casual. No soy una experta en vestuario más allá de lo que me gusta o no, pero os prometo que parece de pasarela de moda; mientras que yo estoy sentada frente a ella, con una coleta alta y un pijama de ositos del año de la polka. Venga ya.

—¿Dónde os conocisteis? —pregunta la diosa pelirroja, que no tengo idea de cómo se llama. Sé que lo comentaron en algún momento, pero creo que la envidia me estaba taponando los oídos.

—En la universidad —respondo con total sinceridad, a la vez que me llevo un trozo de pan a la boca.

No se me da nada bien mentir, así que me decido por ser sincera en todo lo que pueda. La única mentira será lo que ocurre de

puertas para dentro de nuestro dormitorio que, como es obvio, no es nada.

—¿A qué te dedicas? —pregunto, totalmente segura de que su respuesta será algo así como: «soy modelo de Calvin Klein». Veo como simula una sonrisa, un tanto forzada supongo.

—Bueno, realmente soy actriz, aunque últimamente estoy intentando mejorar mi canto para ampliar horizontes.

Oh, vaya, si encima la chica cantará como los ángeles.

Mastico como puedo la envidia que siento en este preciso momento antes de asentir con una pequeña sonrisa en los labios.

—Es una gran artista —dice mi hermano, con la voz repleta de orgullo.

No me extraña. No cualquiera puede decir que tiene una novia con esas curvas.

Las tardes enteras jugando al Cluedo y, más recientemente, y de una forma más moderna, al Criminal Case en mi teléfono móvil, me han enseñado una cosa: nada es lo que parece. Así que supongo que tendré que tener la vista sobre ella. Tal vez se quiera quedar con la fortuna de los Albán.

Sin querer suelto una pequeña risotada ante la tontería que me viene a la mente. Tengo que empezar a vivir un poco más con los pies en la tierra y dejar los juegos y las películas para otros. No son para mí.

Veo como mi madre se levanta y en poco más de un segundo regresa con sobres de regalos. Por si no lo he dicho ya, odio las navidades, aunque no sabría decir exactamente por qué. Realmente cada vez son más muermo ya que mis hermanos se van independizando poco a poco, y por algún motivo no vienen por casa para nada. En fin, los comprendo, yo creo que tampoco lo haría. De hecho, no lo hago, este es un año totalmente excepcional y a no tener en cuenta.

Me ofrece uno de ellos. No necesito abrirlo para saber lo que contiene, todos los años me regala lo mismo.

Finjo una sonrisa, rasgo el papel y me decido a hacer el papel de mi vida. Abro la boca como una estúpida y grito un: «¡Oh, vaya!» totalmente fingido. No me pasa desapercibido el hecho de que

Héctor se lleve una mano a la boca, estoy segura de que el capullo está deseando largarse para partirse de risa a mi costa.

Dos pares de calcetines y unas hermosas medias tupidas. Genial, este año por lo menos los calcetines son de adultos, aunque tengo que reconocer que me hice fan de los de Bob Esponja y, más anteriormente, de los de David el Gnomo. Muy fan. A Héctor le encantan. Supongo que le gustan porque no me acuesto con él, sino estoy bastante segura de que serían un corta rollos en toda regla para todo hombre con un poquito de sentido común.

Después de alegar que Papá Noel se tendría que haber perdido en mi transcurso entre Madrid y Coruña, preguntándose a dónde diablos me llevaba los múltiples regalos que había pedido con todo mi cariño para toda mi familia, me dispongo a desconectar.

Saco el móvil del bolsillo del pijama —porque sí, molón no será, pero bolsillos tiene... ¡y bien amplios, por cierto!— y entro en el Facebook casi sin pensarlo.

Abro las notificaciones y me llama la atención algo que no había visto hasta ahora, seguramente porque las tonterías de la famosa y odiada Susi lo habían colapsado: una invitación de Gabriel para jugar a no sé qué historia. Qué extraño.

Sin pensarlo clico encima. No soy excesivamente fan de los juegos, exceptuando los de asesinatos y el Candy Crush, obviamente. Soy una campeona que va por el nivel cincuenta y dos, ¡alucina!

Me sorprendo al darme cuenta de que es un juego con una apariencia un tanto infantil, pero, sin pensarlo, le doy a iniciar. Siento como Héctor me pasa un brazo por detrás del cuello, deduzco que para guardar las apariencias, y acerca su cabeza a la mía.

—¿Qué haces? —me pregunta con extrañeza. Me giro hacia él con una sonrisa tímida.

—Ampliando mis horizontes, cariño —le digo sin más, utilizando las mismas palabras que la novia de Iago. Cada una a su nivel, claro.

Después de pasarme más de diez minutos peleando con el juego, del que, por supuesto, no entendí ni la mitad, salgo y bloqueo el móvil.

Casi al segundo una pequeña vibración me provoca un fuerte vuelco en el estómago, producto del susto. Me apresuro a poner el patrón sin pensarlo para descubrir que es un nuevo mensaje del champiñón. Qué extraño, hasta ahora parecía que la única interesada en hablar era yo.

Al final va a ser que le caigo hasta bien.

¿Te enfadaste?

Jamás. Creo que yo no podría enfadarme con nadie nunca, pero me limito a responderle de la forma más cortante que se me ocurre, con tres puntos suspensivos para darle misterio y emoción a la conversación. Qué sepa que no soy tan facilona, hombre.

Bloqueo el móvil ante la mirada asesina de mi madre. No quiero ganarme una reprimenda, y menos en plena Nochebuena.

Casi al momento siento como el maldito aparato comienza a vibrar y no una, sino dos veces. Sin pensarlo presiono un labio contra el otro, intentando ocultar la sonrisa que amenaza con surcar mi rostro. No sé ni por qué me resulta gracioso hablar con él, tal vez porque nuestras conversaciones son tan insustanciales que me parecen divertidas.

Tan pronto siento como mi madre se enfrasca en una aburrida conversación con la perfecta novia de mi hermano, desbloqueo el móvil y fijo la vista en la pantalla. No tengo que entrar en el Messenger ya que no había cerrado la aplicación.

Bueno, venga. Tómallo como una disculpa

Va un barco de vela y se apaga

Sin poder contenerlo, estallo en una fuerte carcajada. Al momento siento las miradas de todos los presentes puestas sobre mí. Maldita sea, lo peor es que gracia no tiene ninguna, es excesivamente malo.

—Gema, por favor. Estamos en familia.

Me limito a presionar un labio contra el otro a la vez que asiento con una pequeña sonrisa.

—¿Qué vais a hacer esta noche? —pregunta mi hermano, observándonos a Héctor y a mí.

Me quedo paralizada sin saber qué decir, me explico: ¿mi hermano interesado en mí? Eso es nuevo. Su novia cada vez me cae mejor, se ve que lo está cambiando. Tal vez lo está obligando a transformarse en ser humano.

—Vamos a disfrutar en familia —responde mi madre por mí.

Claro, cómo no. Se levanta rápidamente y enciende la televisión. Todos sabemos lo que viene, bueno, todos los Albán. Les dedicamos sonrisas de compasión a los dos nuevos miembros de la familia, ajenos a lo que les viene encima. Pobre mi Héctor.

—Dos canciones y nos escaqueamos —me dice Iago con una sonrisa en los labios.

Lo dicho, este no es mi hermano, es un ser adorable con su rostro y su nombre, pero nada más.

—Pues ahora vas a tener que demostrar tus dotes artísticas, Sofía —dice de repente mi madre. Bien, ya sé cómo se llama la fabulosa novia de mi hermano, un problema menos.

Enciende el karaoke y saca los endiablados micrófonos.

Podría decir que no quiero, pero... ¡Qué va! Me encanta, es la única faceta de mi madre que me gusta.

Aunque su única intención es dejar mal a la hermosa pelirroja, otra cosa que me apasiona también. Ojalá demostrara que hace algo mal, aunque lo dudo.

Pone la primera canción que le sale, que resulta ser *Soñaré*^[19], de La Oreja de Van Gogh. Me encanta esa canción, me trae muchísimos recuerdos. Me levanto como si tuviera un muelle en el trasero, acoplándome uno de los micrófonos.

Al poco tiempo la modelo de Calvin Klein se pone a mi lado y comenzamos a cantar al unísono.

Juro que no entiendo qué vio en mi hermano, ahora puedo decir que no le llega ni a la suela de los zapatos.

Es guapa, canta bien y encima parece simpática... sin duda tengo que empezar a investigarla, seguro que se quiere quedar con nuestra fortuna. ¿Tendré alguna tía moribunda multimillonaria?



¿SE OS FUGÓ
SUPER MARIO?
Gabo

Siento como me tiembla todo el cuerpo y las manos me sudan sin control. Hugo me hace un gesto con la cabeza, notificándome lo que ya sé, pero es que no quiero. Me da miedo no, terror, tener que llamar al timbre.

Lanzo un fuerte resoplido y, cuando al fin me animo a hacerlo, aprecio como el aparato suena, provocándome una nueva taquicardia. Me giro hacia Hugo quien, con un movimiento de manos me notifica que fue totalmente sin querer. Pedazo de mentiroso.

—Anda, mira tú. Ya creíamos que no nos ibas a otorgar con tu hermosa presencia —me dice Eva, acercándose a mí y dándome dos besos—. Hola, Hugo. Pensé que irías a cenar con tus padres —le dice con tranquilidad a la vez que se acerca a él, ofreciéndole el mismo saludo que había efectuado conmigo momentos antes.

Siento el impulso de agarrarla para impedírselo, sé que el idiota de mi compañero de piso fantaseará con ese momento durante mucho tiempo, y eso me produce un fuerte sarpullido. En serio, se me revuelve el estómago solo de pensarlo.

—Es que todo se complicó en el trabajo —dice como si tal cosa, como si no se hubiese imaginado mil cosas con su roce—. Y ya no me daba tiempo a irme, ¿os molesto?

—¡Por favor! Claro que no. Tenemos comida para un pueblo entero —bromea, invitándonos a entrar.

Realmente sé que es cierto. A mi hermana siempre le gustó cocinar como si fuéramos una manada de elefantes.

Vaya, creo que acabo de descubrir el motivo por el que Hugo se muere por ella. Harían una pareja cojonuda: ella cocinaría, él

comería. Vivirían felices y repletos de comida grasienta por el resto de sus días. Fin.

—Mirad a quién tenemos por aquí —me anuncia con ímpetu. Al momento aprecio como Pol, mi adorado sobrino de siete años, se levanta y se tira sobre mí. Sin dudarlo lo elevo del suelo y comienzo a darle vueltas por el aire—. Con cuidado, Gabriel, que está comiendo —me dice en voz baja. Capto al momento su mensaje y lo dejo en el suelo.

—¿Qué tal todo, campeón? Estás enorme ya —le digo, acariciándole la cabeza con cariño.

—Pues claro que sí. Ya soy mayor —responde, poniéndose de puntillas.

No puedo evitar soltar una pequeña carcajada.

—¿Y a los demás no nos saludas? —Escucho su voz al otro lado de la mesa y no puedo evitar buscarla con la mirada.

Cómo no, después de más de diez años y no conseguí olvidarme de su voz. Presiono un labio contra otro con fuerza, siento ganas de mandarla al carajo, pero me prometí a mí mismo que tendría fuerza suficiente como para aguantar de esto y mucho más, así que me limito a asentir.

—Claro que sí, solo estaba saludando a mi miembro favorito de la familia —digo, volviendo a alborotarle el pelo a Pol. Escucho como el niño protesta entre risas a la vez que vuelve a su sitio en la mesa, entre sus padres—. Lamento haber llegado tarde, hemos tenido una emergencia en el trabajo.

—¿Se os fugó Super Mario? —pregunta Silvia, mi otra hermana, con una sonrisa socarrona en el rostro.

Al momento fijo la vista sobre ella y no puedo más que sonreír. Aunque mi relación con ella no sea tan cercana como la que tengo con Eva, la aprecio muchísimo también, y sé que a ella le pasa un poco lo mismo conmigo a pesar de todo.

—Qué graciosa —le digo, acercándome a ella. Veo como se levanta y cuando llego a su altura me abraza con cariño, depositándome un pequeño beso en la mejilla derecha.

—Me alegra que finalmente hayas venido —me dice en un pequeño susurro.

Tan pronto como se separa de mí aprecio como fija sus ojos verdes sobre Hugo, mientras que una pequeña sonrisa se va formando en su rostro.

—Esto... él es Hugo —digo, sintiéndome un poco idiota, ya que no es difícil captar la tensión que se crea en el ambiente.

Silvia se acerca a él y le da un beso en cada una de sus mejillas, a la vez que roza su mano con sensualidad.

Por el amor de Dios, ¿esto es en serio? Tan pronto se separan me fijo en el rostro de Hugo, que me mira con serenidad.

Vale, tal vez mi hermana debería de tomarse las cosas con más calma, pero me alegra saber que Hugo no pretende romperle el corazón también a ella. En el fondo, aunque no tengamos una relación muy cercana, como ya dije la aprecio y no me gustaría que le hiciera sufrir. De hecho, creo que lo mataría si así fuera.

No recuerdo a Silvia nunca coqueteando con nadie, siempre fue la más relajada de mis hermanas en ese aspecto, así que tal vez todo solo mi impresión.

—¿Es tu novio? —pregunta mi madre desde el otro lado de la mesa.

Mi madre, qué extraño suena todo. Poso los ojos sobre ella, pero momentáneamente los desvío, percatándome del rostro compungido de mi padre. Sé de sobra cómo se siente al respecto y me fastidia. Precisamente por eso creo que acepté acudir a esta pantomima.

—No, es Hugo —lo presento ante todos—. Un amigo.

—Así les llaman ahora. —Escucho como le dice a mi padre en un pequeño susurro.

Perfecto, solo acabo de llegar y ya me acaba de poner de mala uva. Esta noche promete.



—Me volviste a ganar —se lamenta Pol, haciendo un pequeño puchero. Me acerco a él, pasando el brazo por detrás de su cuello, y lo aproximo a mí, con cariño.

Juro que no quiero ganarle, pero es realmente malo. Lo entiendo, tiene siete años, y yo ya llevo muchos más de esos solo jugando al Fifa, pero no consigo que comprenda ni cómo se utilizan los controles del mando.

Estoy seguro de que, con el paso de los años, me terminará dando una paliza él a mí.

—Eres un abusón —me acusa Eva, dándome una pequeña colleja.

Me dispongo a defenderme, pero cuando voy a abrir la boca, mi padre hace acto de presencia en la cocina y mantengo las palabras dentro de mí. Para qué darle más vueltas.

—Otro partido robado —alega. Me giro hacia él de malos modos. Lo último que quiero es machacar a mi sobrino, de hecho intento por todos los medios que me gane. La culpa también es suya por escoger siempre al Real Madrid, el peor equipo de la historia.

Cuando estoy a punto de abrir la boca para justificarme advierto como mi padre lee de forma incansable una noticia del periódico

—¿Y ya va cuántos?

Deja caer el Marca sobre la mesa del centro casi a la vez que se tira en el sofá.

—Tendrás tú queja —protesto, echándome hacia atrás—. Vente a Riazor un par de partidos a ver qué opinas.

Al parecer el madridismo es un mal común en mi familia. Todos, a excepción de Marc, el padre de Pol, llevan sangre blanca por las venas. Mi cuñado, como no podría ser de otra forma siendo catalán, es culé.

Y yo soy la oveja negra de la familia y, en el fondo, me encanta. Aunque siempre llevo las de perder en los debates deportivos.

—¿Vamos a ver los *dibus*, *abu*? —Pol se incorpora del sofá, olvidando por primera vez la paliza que le acabo de dar al Fifa. Se acerca a mi padre y comienza a sobarle el brazo. Le tiene la medida tomada.

No puedo más que sonreír. Mi padre siempre fue un hombre duro con sus hijos, no lo recuerdo sonreír en muchas ocasiones, salvo

por nuestras primeras comuniones y en la boda de Eva, claro. Pero con Pol se le cae la baba de una forma increíble.

—Deberías de preguntarle a mamá si te deja ir a ver la tele — dice, girándose hacia Eva. Sé que si no llega a estar delante se lo lleva en brazos al fin del mundo.

—Está bien, pero si no te quedas hasta tarde —expone, con gesto severo. Otra más que nunca le dedica sonrisas a su hijo, pero, en el fondo, se le derrite el corazón con él a cada momento—. ¡Pero cómo no me hagas caso...! —comienza, mirándolo con el dedo índice en alto.

A decir verdad, a pesar del rostro sereno y tranquilo de Eva durante las veinticuatro horas del día, hasta a mí me daría miedo si me mirara de esa forma. Sin duda me dormiría temprano y hasta me comería todo lo verde que me echara en el plato.

Pol asiente, un tanto intimidado justo antes de salir con su abuelo casi a las carreras. Lo entiendo, yo también querría irme lejos de ella si me mirara así.

—No me gusta que se parezca tanto a ti —comenta mi hermana, sentándose en el lugar que poco tiempo antes ocupaba Pol.

—Vaya, gracias. —Me giro hacia ella y le dedico una falsa sonrisa—. Yo a ti también te quiero. Y mucho, además.

No puedo evitar soltar una pequeña carcajada.

—No, lo digo en serio, Gabriel. Se parece más a ti de lo que crees. Este año nos pidió un montón de videojuegos por Navidad. —Tuerce el gesto después de decir esto y yo no puedo evitar sonreír.

Pues claro que sí, como tiene que ser. Seguro que mi hermana lo quería llenar de libros educativos, pero no deja de ser un niño de siete años. No digo que no tenga que leer, claro que sí, pero también se merece disfrutar un poco, digo yo.

—No me gusta que se pase tantas horas delante de la Play, pero teniéndote a ti no me va a quedar mucho más remedio —alega, cruzándose de brazos.

Vaya, entonces es posible que no le guste mi regalo de Papá Noel.

De un momento para otro el silencio se adueña de la sala. No puedo decir que me resulte incómodo, simplemente creo que cada uno tenemos nuestros problemas en mente, aunque me imagino por

dónde van los tiros de Eva, por lo que prefiero no ahondar en su cabeza.

Me limito a sacar mi teléfono móvil y comenzar a teclear en él. Abro la aplicación del Facebook y entro en las estadísticas de *Lenda da Vida*. Es algo que suelo hacer por norma cada vez que me meto a navegar por las aplicaciones sin sentido.

Lo primero que capta mi atención es que hay diez personas nuevas jugando, siendo una de ellas Gema. Sonrío de forma inconsciente, aunque pronto cambio mi expresión. Lo último que quiero es que mi hermana me pregunte a que se debe esa sonrisa de idiota.

Sin más me percató de que tengo una notificación del Messenger. Después de que no me respondiera al último mensaje, que por otro lado pienso que no tenía nada que responder ya que había sido bastante cortante, le envíe otro preguntándole si se había molestado conmigo. No sé ni por qué me importa si realmente lo único que quiero es romper el contacto de una vez por todas y tener la última palabra.

Me llama la atención que se ríe de mi tonto intento de conseguir que me perdone con el chiste más malo que se me pasó por la cabeza, y no puedo más que sonreír yo también.

¿Te hizo gracia? Vaya, sí que tienes el sentido del humor atrofiado...

Respondo casi sin pensar.

Al percatarme de que tengo la mirada de Eva sobre mi cogote, bloqueo el móvil sin más.

—No le hagas caso a mamá. Ya sabes cómo es —me dice. Sabía que en el algún momento terminaría sacando ese maldito tema. Lo último que quiero es hablar sobre ella, me saca de quicio solo pensar en esa mujer.

Lanzo un fuerte resoplido, pero no digo nada, para qué.

—En el fondo solo quiere que seas feliz.

Chisto la lengua y me echo el pelo hacia atrás. Definitivamente tengo que cortarlo.

—Mira, me da igual porque de todas las tonterías que dijo ninguna es verdad —suelto con cansancio—, pero si fuera cierto, hermanita, estaría destrozado.

Veo como presiona un labio contra el otro. Realmente no estoy seguro de que ella no piense que lo que dijo la loca de mi madre pueda ser verdad.

—No es verdad, Eva. Si lo fuera no tendría ningún problema en decirlo.

—Lo sé, y también sé que confías en mí.

Exactamente, creo que sería la primera en saberlo. Me acerco a ella y le paso un brazo por detrás de la espalda, abrazándola con cariño.

—Entonces supongo que puedo decir que saltaron chispas entre Hugo y Silvia, ¿no? —dice con un deje cómico. No puedo evitar resoplar, aunque casi al momento transformo el gesto en una pequeña sonrisa.

—Pensé que había sido solo mi impresión... Pero sin duda, sí. —Suelto una pequeña carcajada.

Al momento, los susodichos aparecen por la puerta de la sala. Hugo porta los abrigos de ambos mientras que mi hermana lo observa con una sonrisa muy poco propia de ella.

—Bella dama, tenemos que irnos. —Escucho como se dirige hacia mí. Asiento con la cabeza a la vez que me acerco a Eva para darle dos besos.

—Despídeme de todos, por favor —le pido—. Bueno, de casi todos.

Veo como tuerce el gesto. Sé que me entiende, aunque no quiera reconocerlo.

Me despido rápidamente de Silvia con un pequeño movimiento de cabeza, ya que ella no parece muy por la labor de apartar la vista de Hugo ni por un segundo, justo antes de salir de la casa.

—Tu madre está loca, me avasalló a preguntas —me dice tan pronto salimos por la puerta principal—. Está segura de que estamos juntos, y dice que es cosa del diablo. Que te va a traer agua bendita para curarte este mal.

No puedo evitar soltar una pequeña carcajada. En el fondo ya no me puede parecer mal.

—Le voy a enviar un mensaje a Iago —dice como si nada, comenzando a teclear.

Niego con la cabeza, no pienso ir a ningún lado.

—Olvídalo. Me encuentro fatal. Sales solo —miento. Las ganas que tengo de salir a ningún lado son inexistentes, además juraría que Donato necesita salir a pasear un rato, llámame loco.

—«Lo mal que estoy y lo poco que me quejo»^[20] —canturrea la canción en El Kanka para burlarse de mí mientras sigue tecleando —. Te jodes, vamos todos. Si no quieres estar más de media hora ya es tu problema pero ir, vas... por mis santos cojones que vas.

Rebufo antes de asentir con una seca cabezada.

Tal vez me vendría mejor poder ir a alguna cafetería a tomarme un buen café bien cargado para soportar la noche.

Saco el móvil de mi bolsillo derecho sin pensar, aunque no es la primera vez que me pasa. Ya se me hace tan normal sentirlo vibrar que lo saco sin realmente darme cuenta.

Bonito intento. Pues no te perdono

Al momento se me dibuja un gesto un tanto extraño en el rostro pero que cambia tan pronto aprecio que sigue escribiendo.

Nahhh, es broma. Me caes bien.
Cuentas unos chistes penosos

No puedo evitar soltar una fuerte carcajada. Al momento Hugo aminora el paso, fijando la vista sobre mí. Al leer su intención me apresuro a responder un simple

Con los que te ríes

Pienso bloquear el móvil y dar por terminada la conversación, sobre todo hasta no tener ojos cotillas cerca, cuando me aparece en la pantalla su último mensaje:

¡Venga ya! ¡Me reía de ti!

Sonrío antes de guardar el móvil en el bolsillo, extrañamente feliz.



Qué divertido es pasar una navidad en familia. Mi madre protesta, mi padre aguanta. Mi hermano mira de un lado a otro, tal como si estuviera buscando la mejor salida para huir a toda leche. Por su lado, Héctor sonríe con toda la falsedad que puede, fingiendo que está en la mejor fiesta de su vida; y la actual novia de mi hermano —futura esposa, al parecer— simplemente está. Con eso basta para alumbrarnos el camino, porque la jodida es muy, pero que muy, guapa.

—Mamá, nosotros nos tenemos que ir qué quedamos para dar una vuelta —dice lago, dedicándome una mirada de complicidad.

Al momento me observo de arriba abajo. No puede estar hablando en serio. Me hace un gesto para que me mueva, y antes de que pueda negarme Héctor comienza a tirar de mí escaleras arriba casi como si fuera un saco de cemento. No tenía ni idea de que el capullo tuviera tanta fuerza. Es que da igual lo mucho que me resista, ¡me terminaría arrastrando igualmente! De todas formas, tampoco es algo que pueda asegurar, ya que no pongo impedimento alguno. En el fondo estoy encantada de que me aparte de la velada tan interesante que hay en la planta baja de mi casa, nótese el sarcasmo.

—No tengo ropa —protesto en voz baja, a la vez que me intento zafar de él.

Héctor me observa contrariado. ¿De verdad no se da cuenta de las cosas? No tengo nada decente que ponerme, ¿piensa que voy a salir de casa en pijama?

—Hoy te pones guapa y nos vamos de fiesta con tu hermano, no hay más que hablar —dice tajante—. Además yo también quiero

salir y conocer a alguien por ahí, que el viaje nos sirva para algo, ¿no? —Me dedica una sonrisa ladeada.

—¿Desde cuándo tú quieres conocer a gente? —pregunto, frunciendo el ceño.

Al momento me arrepiento. Al final va a ser verdad que necesito procesar las cosas antes de soltarlas por la boca. Observo cómo se encoge antes de dedicarme una sonrisa de cordialidad.

—Héctor, yo... —me intento justificar torpemente.

—Lo sé —me corta—. Date una ducha muy rápida que me dedicaré a buscarte ropa para que estés divina para esta noche, nena.

Lo dudo. Ya me estoy imaginando el atuendo que me buscará, y sé que me negaré bajo cualquier circunstancia, pero después de haber metido el pie en el barro, y de haberlo revuelto en él con ganas, no me queda otra que aceptar. Por lo menos a corto plazo.

Lejos de lo que me apetece en este momento me veo obligada a darme una ducha rápida... pero de las de verdad. Nada de baños relajantes con espuma.

Me ato el pelo en una coleta alta y salgo en cuestión de minutos. Increíble en mí.

—¿Qué es eso? —pregunto al observar una de las camisas de Héctor encima de la cama.

Él me mira con una radiante sonrisa en los labios, tal como si hubiese descubierto la pólvora.

—La solución a todos tus problemas, bombón.

Vale, leo perfectamente sus intenciones y... no. Me niego a ponerme una de sus camisas. ¡Pareceré un maldito payaso! Si eso que también me dejé uno de sus pantalones y ya le pido unos zapatos a mi padre talla cuarenta y seis, y así estaría ideal. Tipo *Krusty*. ¡Qué guapa!

Creo que comprende perfectamente mis pensamientos, porque rápidamente se acerca a la camisa y me la intenta colocar por delante.

—Te la vas a poner, sí —me dice con una media sonrisa que no admite opción a reproche.

¿De verdad me va a obligar? ¡Ja! A ver cómo lo consigue.

Al momento comienzo a corretear por toda la habitación, seguida muy de cerca todo el rato por él. Obviamente me termina capturando y me tira sobre la cama.

—Confía en mí, *porfiii* —pide exagerando mucho la expresión—. Soy el amigo gay, ¿no?

—Pues sí, pero eres el amigo gay sin gusto para la moda. — Dibujo un gesto un tanto repulsivo que consigue robarle una carcajada.

Al final me termina convenciendo de que es la única opción, y tengo que reconocer que el capullo tiene razón y no me veo tan horriblemente mal con ella. Gracias a uno de sus cinturones —y a que usa una talla similar a la mía— parece que me queda como un vestido. En el fondo me gusta. Y mira tú por dónde, por primera vez le encuentro utilidad al regalo de navidad típico de mi madre. Me pongo las medias todo lo rápido que puedo, para esquivar un poco más el resfriado más que seguro, y lo acompaño todo con la chaqueta de la tarde. No es nada glamurosa, pero servirá.

Lo malo son los pies. Que no me queda mucho más remedio que ir con unas zapatillas *Vans* negras de Héctor que me quedan un pelín grandes. Solo tres tallas, una insignificancia. En fin, parece que voy a salir nadando, pero es lo que hay. Mejor eso que los zapatos empapados.

—Qué insulsa voy —digo, observándome en el espejo.

La verdad no soy una persona que adore los adornos. No me gusta ir excesivamente recargada, pero sí es verdad que suelo ponerme algo: o unos pendientes o tal vez un colgante, pero sin nada me siento como vacía.

Héctor me dedica una media sonrisa antes de desaparecer. Conociéndolo tal vez me aparezca con el rosario de nacarina de mi Primera Comunión. Está como una verdadera regadera. ¡Y después se atreve a hablar de mí!

Pero no, para mi sorpresa aparece con un colgante un tanto extraño que no consigo descifrar. Se trata de una especie de logo de tonos verdosos. No soy muy amante del verde, pero al no llevar nada de color creo que me quedará perfecto. Sonrío satisfecha con su elección.

—¿Y esto? —pregunto, observándolo atentamente.

—Supongo que ahora es tuyo —sentencia, con seguridad—. Estaba en la maleta de Clark Kent, así que...

Sonríó con superioridad, por lo menos me trae algo bueno el cambio de maleta.



Este sitio es una auténtica maravilla, tanto que tengo miedo de que no me dejen entrar por llevar zapatillas en los pies.

A pesar de todo, no me ponen ningún problema. Supongo que el hecho de llevar un pedazo de escote ayuda a que no se fijen en mis pies. Y por mí encantada, oye.

Iago y Sofía se separan, alegando que van a por una copa, aunque sinceramente no me preocupa lo que hagan. ¡Ahora ya estoy en el paraíso! Por mí como si se van a hacer cochinas al cuarto de baño.

Me llama la atención la canción que suena, no la conozco ya que no soy especialmente fan de este tipo de música, pero... ¡Bah! Cualquier canción que me invite a bailar me encanta.

Sin pensarlo comienzo a mover las caderas al sonido de la canción a la vez que siento un par de miradas puestas en mi trasero. Sin dudarlo me acerco a Héctor y comienzo a bailar con él. Escucho como suelta una pequeña carcajada, sé que le encanta bailar, aunque lo que no le gusta tanto es que nos miren de ese modo.

—No me lo puedo creer. —Suelto una pequeña carcajada al percatarme de la presencia del tipo alto al que le había dejado clavadas las uñas. Me llama la atención que está rodeado de otros chicos, aunque el único que se gana mi mirada es él.

Sin más, comienzo a encogerme. Juro que no sé qué me pasa, pero me muero de la vergüenza. Héctor se percata de mi comportamiento e intenta seguir mi vista con la mirada. Sé que lo encontré cuando hace un gesto de aprobación con sus labios.

Veamos, el tipo está muy bueno, mucho. Pero me muero de la vergüenza, y más con estas pintas.

Niego con la cabeza ante la indirecta de Héctor. Me niego a acercarme a él, me quiero morir solo de pensarlo.

A duras penas me escabullo entre la gente y me acerco a la barra. Comienzo a observar hacia todos lados. Este sitio sí que parece tener mucha más clase que el cuchitril al que me llevó el tal Luis quien, por cierto, parece haber desaparecido del mapa.

Sin pensarlo busco mi teléfono móvil en el pequeño bolso y entro en el WhatsApp. Todavía me sale su conversación sin respuesta. Odio que me hagan eso, por eso disfruto haciéndolo. Soy cruel, mucho. No puedo evitar soltar una pequeña carcajada.

Sin darme cuenta entro en el Messenger y me fijo en la conversación con el Champiñón. Me muerdo el labio inferior. Tal vez hablarle no sea buena opción, pero, a decir verdad, quiero hacerme la tonta para que el chicarrón no me vea, así que comienzo a teclear sin mucho sentido un mensaje de esos que den inicio a una conversación de besugo entre ambos, de esas que tanto me gusta tener con él.

La verdad ni pienso lo que escribo, y no es hasta que pulso la tecla «enviar» cuando me doy cuenta. Abro los ojos y maldigo mi poca cordura en momento así. ¿Por qué? ¡¿Por qué diablos no pienso antes de hacer las cosas?!

Desesperada pulso encima de su mensaje y le doy a la papelera, para descubrir que, por algún motivo —diría que ligado a la falta de cobertura aquí dentro—, el maldito Messenger solo me permite eliminar el mensaje para mí. ¡Maldita sea! Aun así lo hago, casi que prefiero no verlo o terminaré obsesionándome cada vez que entre y vea que la dichosa metedura de pata no tiene respuesta.

«Gema, eres idiota». Me quiero golpear interiormente.

Al momento siento como alguien ocupa un lugar a mi lado e inconscientemente me alejo un poco. Estoy bastante acostumbrada a eso, supongo que me preguntará si me puede invitar a una copa o algo así, y como que paso. No estoy en el día ideal para ligar con nadie.

Pero tan pronto fijo la vista sobre él me doy cuenta de que no, ni se ha molestado en mirarme. ¡Será grosero! Me veo tentada a

decirle un par de cosas, pero ¿qué le diría?: «Oye, tú, ¿no te parece que me merezco por lo menos un guiño? ¿O un piropo de obrero?» En fin, si en el fondo lo entiendo, tengo unas pintas curiosas.

Sin más intento recomponerme a la vez que elevo la mano para que la camarera me haga caso de una maldita vez. Siento que llevo esperando para pedir la asquerosa copa por lo menos diez horas. Miro hacia atrás y aprecio como el tiparrón está sentado en una mesa cerca de la puerta. Perfecto, si todo sale como lo tengo planeado no tendrá opción de verme en toda la noche. ¡Bien! Algo que parece que sale como debe de ser.

En cosa de medio minuto, aunque parecen horas, la chica se acerca mi zona. Tengo que decir que, en comparación con esta, la camarera del bar cutre de Madrid estaba muy tapada. Siento el impulso de decirle que se tape un poquito, ¡esto es un local muy chic! O por lo menos lo parece.

Se acerca al chico que está a mi lado y le comienza a coquetear. ¡Será fresca! Además de que yo estaba mucho antes. No, eso sí que no.

—Oye, no te cueles —le digo, haciendo que el chico se gire hacia mí y me observe un tanto curioso.

Al momento se le dibuja una mueca, entiendo que de disculpa, en los labios, pero en cosa de segundos su gesto se va mudando.

—Perdone usted, princesa —me dice sarcástico—. ¿Quiere una cerveza o una copita de champán?

La imbécil de la camarera nos observa con curiosidad. ¿No tiene nada mejor que hacer? Al momento el idiota que tengo delante de mí se gira hacia ella, y con una pequeña sonrisa le dice:

—Carolina, dos cervezas, por favor.

¡¿Perdón?! ¿Realmente se cree que acaba de ligar conmigo? ¡Será imbécil! No puedo evitar soltar una fuerte carcajada. ¡Qué ni lo sueñe!

—Olvídalo, no pienso tomarme contigo ni un maldito vaso de agua.

Al momento el que estalla en una fuerte carcajada es él.

—¿Quién te hizo pensar que la cerveza era para ti, muñequita? —me pregunta, acercándose más a mí de lo que debería.

Menudo idiota. Siento el impulso de alejarme de él y pegarle una buena bofetada. ¡Qué se vaya a reír de otra! Pero cuando pienso en hacerlo me percató de que la chica ya regresó con las malditas cervezas. Él las agarra y sale sin decir nada más.

No puedo evitar soltar un fuerte bufido a la vez que vuelvo a la barra. Tenía pensado pedir una maldita cerveza sin alcohol a pesar de que me saben a pis. Pero va a ser que no.

—Un *gintonic*, por favor —le pido a la camarera tonta, quien todavía parece satisfecha por el desplante del idiota este.

Pero me las va a pagar, claro que sí.

☾...
**CONFIRMADO:
ESTA COMO UNA
PUTA CABRA
LOCA.**
Gabo

No me lo puedo creer. Lo último que me esperaba era encontrarme con la tarada del avión aquí, otra vez. ¿Qué habré hecho yo en otra vida?

—Gracias —me dice Hugo tan pronto me acerco a la mesa con las cervezas. Le respondo con un simple gesto con los labios—. Les estaba contando lo de la convención del otro día, fue espectacular.

Me limito a asentir con la cabeza a la vez que me dejo caer en el sitio del sofá más lejano a ellos. Lo último que me apetece ahora mismo es escuchar a un emocionado Hugo contar cada una de nuestras experiencias. Además de que tiene la estúpida manía de preguntar cada dos por tres: «¿a qué sí?» y me tendré que pasar todo el rato asintiendo. ¿Por qué iba a mentirles? Pues a mí que me deje tranquilo con mi cerveza.

Sin pensar busco con la mirada la cabellera rubia de la cabra loca, y la observo bailando con el tal lago. Cómo no. No me molesta, si yo tuviera pareja también me gustaría compartir el tiempo con ella, pero por algún motivo me incomoda. Tal vez fue la reacción de «me voy a morir por estar lejos de ti una estúpida hora» lo que realmente me chirría. El mundo no se termina por eso.

Le doy un fuerte trago a mi cerveza antes de dejarla sobre la mesa. No sé por qué sigo fijando mi vista en la dichosa pareja. Me llama poderosamente la atención la forma que tiene de bailar, moviendo las caderas como si se acabara el mundo, captando la atención de todos los babosos que tiene a su alrededor.

No puedo evitar esbozar una amplia sonrisa. Veo como eleva las manos al aire y se pone a bailar como si de una diva se tratase.

Confirmado: está como una puta cabra loca.

Niego con la cabeza a la vez que me acerco a la mesa y capturo la botella de cerveza para llevármela de nuevo a los labios y darle un fuerte trago.

Sin más busco mi teléfono móvil en el bolsillo de mi pantalón y me sorprende al darme cuenta de que tengo un mensaje de Messenger.

La conversación se había quedado en un punto muerto, por eso no me esperaba ningún mensaje. Lo abro sin pensarlo y no puedo evitar dibujar una mueca de asombro en el rostro.

Hola, champiñón

Leo una y otra vez. ¿Champiñón? ¿Qué clase de mote es ese? Me habría esperado casi cualquier cosa antes que eso.

—¿Con quién hablas? —Escucho la voz de Hugo pegada a mí, motivo por el que me revuelvo incómodo. ¿Qué hace aquí? Intento apartar el móvil, pero sé que ya es tarde.

Me giro hacia él y me percato de que me observa con curiosidad.

—Nada. Es una tontería —me justifico, bloqueando el aparato—. ¿Ya les contaste todo? —pregunto, intentando desviar la conversación.

Hugo parece que no se da cuenta de mis intenciones, o tal vez tenga ganas de volver a comenzar a hablar como un loco, porque asiente con energía a la vez que comienza a abrir y cerrar los labios para decir sabe Dios qué. En el fondo me da igual. De todas formas, yo estaba allí con él, ¿qué me va a contar que yo no sepa?

—Voy a por otra cerveza, ¿quieres algo? —Lo escucho decir. Al momento fijo la vista en la botella que tengo en la mano derecha, la acerco a los labios y le doy un fuerte trago. Tan pronto termino se la muestro en señal de asentimiento.

Tal vez no debería, sobre todo porque no estoy para nada acostumbrado. Como mucho una cuando salgo un día puntual, pero

nunca más que eso.

Sin saber por qué fijo la vista en Hugo, que parece entretenido en la barra, por lo que busco de nuevo mi teléfono móvil y vuelvo a releer el mensaje de Gema. Sonrío inconscientemente, esta chica me provoca mucha ternura, tanta que por muy cabreado, dolido o molesto que esté, solo puedo sonreír.

No sé en qué pienso cuando le comienzo a responder a su saludo sin darle demasiadas vueltas.

Espero durante un momento con el móvil en la mano, hasta que aprecio la figura de Hugo acercarse a mí a toda velocidad, o más bien tan rápido como la gente se lo permite.

—Ni te imaginas a quién me acabo de encontrar —me dice, a la vez que me ofrece una de las botellas de cerveza.

Maldita sea, ya tuvo que verla. Sé que soy un mal amigo, y para ser sincero no sé ni por qué no le dije que la había visto. Supongo que para protegerlo de una loca, en el fondo me tendría que dar las gracias.

Sin esperar su respuesta le doy un trago largo a mi cerveza. Hugo me observa con un gesto gracioso en la mirada.

—Vaya, o lees la mente o ya la viste —dice, con una pequeña sonrisa—. No te agobies, hay muchos peces en el mar.

¿A qué diablos viene eso? Al momento me giro hacia él, entornando la mirada. Vale, de la tarada no habla porque obviamente me tira de ambos pies lo que haga. Solo es una loca, por Dios.

—Ah, ¿no la viste? —Niego con la cabeza con obviedad—. Está Rebeca con un chico en la barra. Estaban bastante acaramelados, la verdad.

No puedo evitar soltar un pequeño bufido. Para ser realista me da igual, no debería, pero no me importa lo más mínimo. Tal vez que esté con otro chico en tan poco tiempo me resulta un tanto incómodo, debido a que incluso estuvimos viviendo juntos, pero es problema suyo y de nadie más. Yo no puedo meterme en su vida.

Tal vez si yo hubiese encontrado a alguien tampoco me habría importado guardarle luto a nuestra relación más que fallida.

Casi al momento aprecio como la pareja de enamorados bailarines se encuentra mucho más cerca de nuestra mesa que

antes, puede haber sido simple casualidad, producto del baile, pero algo me hace creer que no tiene nada que ver con eso.

Está claro que la conversación en la barra no pasó desapercibida para ella. Parece estar demasiado acostumbrada a captar la atención de todos, pero no, yo no soy así.

Sonríó al percatarme de que me intenta taladrar con la mirada, sin duda mis suposiciones son ciertas. Lo único que pretende es provocarme por haber pasado de ella momentos antes. No lo entiendo, ¿intenta ligar con otros mientras baila con el guapísimo de su novio?

Con un rápido movimiento saco el móvil del bolsillo y comienzo a pasar la vista por las diferentes aplicaciones que tengo instaladas, pasando por la del correo hasta las de los diferentes juegos. No entro en ninguna, realmente mis sentidos están puestos todos en la maldita pareja que tengo delante, aunque no quiera aceptarlo.

Casi al momento aprecio como se comienza a acercar a donde estamos sentados. Siento como el corazón me comienza a golpear con una fuerza sobrehumana. Realmente no sé ni por qué me importa, o me molesta. Pero continúo con mi tonto intento por parecer entretenido en mi mundo de Yupi.

Pero lejos de lo que esperaba, la chica loca se acerca a mi compañero, sentándose en un hueco casi inexistente entre Hugo y yo.

—Hola, guapetón —le dice, asegurándose de que yo la escucho. Estoy más que seguro de que lo único que quiere es molestarme por el desplante de antes. No puedo evitar soltar una pequeña risa tonta a la vez que niego con la cabeza—. ¿Te acuerdas de mí?

—¿Cómo no iba a hacerlo? —Escucho la voz de Hugo, aunque se lo dice en un pequeño susurro. No sé ni por qué estoy atento a su maldita conversación. No me importa, no me interesa nada.

Acerco de nuevo la botella a los labios y le doy un pequeño sorbo, más para que parezca que lo que está a punto de suceder a mi lado me da igual que porque me interese la maldita cerveza.

Una canción que no conozco ni me interesa, la verdad, comienza a resonar por todo el local, y en ese momento aprecio como la chica se levanta y comienza a tirar de Hugo. Se mueve con movimientos muy precisos y una elegancia innata.

La verdad es que la imagen es curiosa y, sin duda, se roba las miradas de muchos. Mi amigo, de dos metros de altura, moviéndose como un pato mareado, mientras que ella, de metro cincuenta y poco, se menea con una maestría total. Son totalmente incompatibles.

Aun así, lo intentan, la chica baila con una soltura alucinante. Podría jurar que me recuerda a alguien, aunque no sabría decir a quién.

Me llama la atención que uno de los que observan la situación es el tal lago, me entran ganas de preguntarle si realmente está bien de la cabeza. Le molesta que su novia comparta avión con unos desconocidos y no que baile de esa forma con otro. No me pienso meter en la relación de nadie, pero es cuanto menos curioso.

Me giro, olvidándome por completo de la situación. Busco mi teléfono móvil de nuevo y comienzo a navegar por las aplicaciones sin mucho sentido. Casi me siento tentado a abrir uno de los juegos solo para dejar de mirarlos, lo cual me está comenzando a incomodar.

Me levanto rápidamente y me acerco a la barra, pidiéndole a Carolina otra cerveza, que no tarda en ofrecerme.

—¿Noche dura? —me pregunta con una sonrisa coqueta en los labios.

Hace años que la conozco, es una de las primas de Hugo, siempre pensé que por eso nos daba un trato especial cuando veníamos. Nunca tarda en atendernos y en ofrecernos la mejor de sus sonrisas, pero hace unos meses que pienso que sus intenciones conmigo van más allá de la simple amabilidad.

Me limito a devolverle la sonrisa a la vez que niego con la cabeza.

—Si quieres en dos horas salgo, podríamos ir a dar una vuelta por algún lado —me dice, fijando sus ojos azules sobre los míos, tanto que siento como puede ahondar dentro de mí.

Al momento siento como los aparta, fijándolos en la otra punta de la barra.

—Si al final te animas, ya sabes dónde encontrarme. —Culmina con un pequeño guiño justo antes de alejarse.

—¿Ligando con la camarera para que te atienda con preferencia?
—Escucho una voz muy cerca de mí. Sé que es ella, y no puedo más que sonreír, estaba más que seguro de que su intención era únicamente esa: molestarme por haberla dejado en evidencia.

—Tengo encantos suficientes como para no tener que intentarlo
—le respondo, girándome hacia ella.

Como ya me imaginaba está tan cerca de mí que da miedo. Creo que si no llega a ser por la poca luz del local podría apreciar cada una de las imperfecciones de su rostro. Porque estoy seguro de que tiene que tener muchísimos defectos.

Dibujo una media sonrisa casi sin pensar al percatarme de que intenta coquetear conmigo. No me pasa desapercibido el hecho de que no aparta la mirada de mí, fijándose en cada uno de mis movimientos.

No sé en qué momento acerca su mano a la mía, apoderándose de mi cerveza, para después llevársela a los labios.

Niego con la cabeza, si realmente está intentando ligar conmigo es realmente mala en esto. ¡Y pensará que se le da bien!

No tengo ni idea que cuál es la canción que comienza a resonar, la verdad no soy amigo de este tipo de música. Sin más se acerca a mí y comienza a moverse al ritmo de la melodía.

Puedo decir que me gusta muchísimo bailar, pero que, sin duda, no es lo mío. No tengo oído musical de ningún tipo, por lo que agradezco que sea ella quien lleve todo el ritmo de la canción.

De un momento para otro siento como se comienza a acercar a mí más de lo permitido, siento como su aliento se fusiona con el mío y por algún motivo eso no me incomoda, al contrario.

Un momento, ya sé a quién me recuerda. ¡A Campanilla! Como dos gotas de agua. Ambas rubias, pequeñas y esa forma de moverse... ¡tal para cual!

Clavo mi mirada en sus ojos, tan azules como el cielo, lo que me provoca un pequeño vuelco en el estómago, hasta que algo capta toda mi atención. Me separo de ella con brusquedad a la vez que una pequeña carcajada sale de mis cuerdas vocales.

—No me lo puedo creer —murmuro, rompiendo por completo la magia del momento—. ¿Eres tú?



¿QUÉ MÁS
SÉCRETOS ME
PUEDES
MOSTRAR?

Gema

—¿Soy yo... quién? —pregunto, claramente molesta.

Obviamente no tenía pensado besarlo, solo molestarlo. Pero me incomoda darme cuenta de que no logré mi cometido: realmente mi acercamiento le importó dos trompetas, o tal vez incluso menos.

Veo como entreabre los labios, supongo que para emitir sonidos, pero no tengo ni la más remota idea de lo que dice, aunque tampoco es que me importe demasiado.

Me dirá: «eres la dueña de mis pensamientos» o, tal vez, «la princesa de mi cuento». Si todo eso ya me lo sé de memoria, no es el primero que me lo dice. Lo que no sé es por qué se molestó en romper el momento para decirme semejante tontería.

No consigo comprender nada de lo que me dice, por lo que me limito a observarlo sin más. Realmente no sé si es causa de la música que está demasiado alta, o ya es cosa mía.

Pero me pierdo en el movimiento de sus labios y en su mirada.

En ese momento me dejo llevar por la música. Realmente me da igual toda la tontería que tenga que decirme. Lo único que quiero es bailar, adoro esta canción.

Y, sin más, lo hago ante la mirada absorta de él. Me acerco hacia él con movimientos sensuales y comienzo a moverme alrededor de su cuerpo. Durante un momento se hace el duro, pero sé que no aguantará mucho, y razón no me falta.

En menos de una estrofa aprecio como comienza a moverse, aunque con movimientos muy lentos, pausados. Intensifico el baile, y pronto comienza a seguirme el ritmo.

No es que sea un gran bailarín, sin duda tuve el placer de bailar con otros mucho mejores, pero no es malo, por lo menos no del todo. Se mueve con agilidad siguiendo mis pasos, lo cual ya es de agradecer.

Cuando la canción comienza su declive comienzo a separarme de él. Presa de la adrenalina del momento fijo la vista en sus ojos destellantes, y aprecio como siente exactamente la misma conexión que yo.

Pongo la vista en sus labios, que se curvan en una pequeña sonrisa. Por algún motivo yo no puedo hacerlo, no puedo sonreír ni mover ni un solo músculo de mi cuerpo. Me siento tan patética como no me había sentido nunca antes.

—Ya no tienes secretos para mí —me dice en un pequeño susurro, realmente cerca de mis labios. Un fuerte escalofrío recorre toda mi espina dorsal cuando poso mis ojos en los suyos.

No tienen nada de especial, pero en cambio me cautivan. Me envían a otro universo en cosa de medio segundo, y no sé ni por qué. No le encuentro sentido a esa reacción tan ridícula. Es algo que nunca me pasa.

Nunca pierdo la conciencia de mis actos, siempre hago las cosas porque quiero hacerlas, pero en este caso no sé bien lo que hago, ni por quién diablos me estoy dejando guiar, ya que yo misma no soy consciente de mis movimientos.

—¿Estás seguro? —le pregunto con coquetería, fijando la mirada en sus labios. Veo como dibuja una media sonrisa.

—Después de ver tu ropa interior, ¿qué más secretos me puedes mostrar? —susurra sobre mis labios. No sé ni por qué lo escucho, ya que la música está demasiado alta, pero lo hago.

Fijo la mirada en él. No entiendo que es ese jueguito de mi ropa interior, pero de un momento para otro me separo de él.

¿Habrás visto la braga-faja de mi madre? De ser así creo que me moriré de la vergüenza. Sin duda alguna haberle hecho caso a Héctor había sido un grandísimo error. Según él con las medias no se podía ni llegar a intuir. ¡Mentiroso!

Me giro, buscando con la mirada a mi idiota novio de pega, y no tardo en encontrarlo hablando con un chico de forma bastante cercana. Bueno, puede que a él le haya venido mejor que a mí la estúpida salida. No puedo culparlo, está muy bueno, y dudo que haya algún tío —homosexual y heterosexual, para qué engañarnos — en todo el planeta Tierra que no lo note. Solo deseo que no esté casado o tendrá que ir cortando cabezas por ahí.

Suelto un pequeño bufido. Siento el impulso de girarme hacia él, por lo menos para apreciar su rostro una vez más, pero me niego a darle esa satisfacción. Tengo claro qué es lo que pretende.

Pero cuando pienso adentrarme entre la multitud siento como me agarra del brazo, obligándome a girarme hacia él. Lejos de lo que esperaba me observa perplejo, como sin comprender mi actitud.

Bueno, tal vez al final sin querer haya conseguido mi propósito. Me limito a dibujar una media sonrisa, más para que él no se percate de mi molestia que otra cosa.

—¿No quieres recuperarla? —me pregunta, acercándose a mí. ¿Perdón? ¿Se supone que me quitó la ropa interior? ¿Es que es mago? Lo observo perpleja y él me devuelve el gesto—. Tu maleta, digo.

¿Mi maleta? ¿Qué diablos sabe él de ese tema?

—¿Cómo sabes que perdí la maleta? —le pregunto confusa—. ¡Me la robaste! —expongo con obviedad tras sopesar todas las posibilidades. Realmente esa es la única que me llega a la mente, así que es la única que sopeso.

Claro, mira tú, él que se hacía el duro. Aunque no sé en qué momento. Tal vez sea un maldito acosador. Molesta, me separo de él, poniendo distancia entre nosotros con la mano. Juro que voy a gritar, aunque no creo que sirva de mucho aquí dentro.

Miro hacia un lado y otro, para percatarme de que nadie se fija en nosotros. Ni Héctor, que parece demasiado metido en una ridícula conversación con un buenorro. Lo entiendo, pero ahora mismo lo necesito aquí conmigo.

—Pero ¿qué te pasa? —me pregunta, intentando acercarse a mí otra vez.

Sin pensarlo lo aparto de nuevo a la vez que comienzo a abrirme paso entre la gente. No quiero tenerlo cerca.

Necesito aire puro, y supongo que fuera de ese local si pego un grito alguien me auxiliará.

Suelto un resoplido cuando siento el frío calarme los huesos. Con las prisas ni me había preocupado por coger una pulmonía. Comienzo a tiritar de un momento a otro.

—¿Qué diablos haces? —me pregunta, agarrándome por el brazo.

Sin más comienzo a gritar como una posesa. Ni lo pienso. Aunque creo que no articulo ninguna palabra decente. De un momento para otro siento como su mano me impide seguir con mis vagos intentos.

—Dios, sí que estás loca —me dice.

¿Loca yo? Pues yo no voy por ahí robando maletas, ni acoso a la gente. Me intento zafar de su agarre, pero él me lo impide.

—Venga, te suelto si me prometes que no vas a gritar, y que vamos a poder hablar como dos adultos que somos.

Me limito a asentir, aunque no pienso hacerle caso. Según me suelte pienso gritar de nuevo. Se gira hacia mí, posando sus ojos sobre los míos.

Me suelta con cuidado. Intento gritar, pero no soy capaz ni de hacerlo. No entiendo qué diablos me pasa con sus ojos, me quitan las fuerzas para todo. Me limito a cruzarme de brazos, con gesto infantil.

—¿De qué me conoces? —le pregunto después de unos segundos de silencio.

Él me observa con el ceño fruncido.

—A ti, de nada —me dice, con un gesto extraño—. Pero tu lencería le queda muy bien a mi perro, que la pasea por casa con mucho glamur. —Suelta una carcajada tras decir esto.

Perdona, ¿qué? Me aparto de él con brusquedad. Sé que no estoy borracha, puede que un poco con el puntillo, pero nada más, estoy demasiado acostumbrada a beber. Tal vez sea culpa de la música que me quemó alguna neurona, así que le hago un gesto para que repita la que acaba de decir, y cruzo los dedos para que no tenga nada que ver con la tontería que yo acabo de escuchar.

—Sí, exactamente eso —dice, como si no hubiese dicho una locura momentos antes.

Suelta una fuerte risotada de idiota. Normalmente cuando le cuentas un chiste a alguien esperas que se ría, no reírte tú.

Es la primera vez que ocasiono esto en alguien, por lo que la impresión es malísima.

—¿Quién es tu perro? Igual me lo ligué en algún pub —le digo con el gesto contrariado. Juro que no entiendo a qué mierda se está refiriendo.

Veo como comienza a serenarse. Se limpia las lágrimas que habían comenzado a caer de sus ojos a causa de la risa. Dios, es que cuenta unos chistes tan buenos... No me extraña nada que se ligue a la camarera así —modo sarcasmo activado de nuevo, por supuesto—.

—Voy a suponer que no me escuchaste antes cuando te lo dije ahí dentro —me dice intentando parecer diplomático.

«Pues no, cariño, si llego a escuchar que me decías que tu perro utiliza mi ropa interior no había ni intentado acercarme a ti. ¡Eso da mucho miedo!»

—Nuestras maletas se intercambiaron en el aeropuerto. Yo tengo tu ropa y supongo que tú tendrás la mía.

Veo como baja la mirada y se acaricia la nuca con cuidado. Vaya, ahora ya todo empieza a tener un poco de sentido.

Sonrío con superioridad.

—¡Entonces eres tú! —exclamo sumando dos más dos—. ¡Tú eres Clark Kent!

Me percató de que comprendió mis palabras cuando eleva las cejas y se limita a asentir. No puedo evitar soltar una fuerte carcajada.

—¿Acaso llevo una nota en la frente que dice: «soy la chica de la lencería sexy»? —pregunto con gracia, señalando hacia la zona en cuestión con guasa—. ¿O tal vez es que viste mi preciosa ropa interior ahora y te diste cuenta que era mía?

Sé que esa no es la respuesta, ya que la ropa interior de mi madre se asoma, pero no quiero dejar de intimidarlo. Veo como niega con la cabeza, como si estuviera diciendo una tontería. Realmente sé que lo estoy haciendo, pero me intriga saber por qué sabe que yo tengo su dichosa maleta.

—Ese colgante —me dice como si nada, mostrando el collar que me había ofrecido Héctor un momento antes en casa—. Es la insignia de la convención a la que fuimos Hugo y yo en Madrid —dice como si nada.

En ese momento me fijo realmente en el logo. En él se puede apreciar perfectamente un muñeco un tanto extraño, al lado de un dispositivo móvil.

—¿Convención? —Lo miro y veo como asiente—. ¿Cómics?

Consigo reprimir una carcajada. No sé ni por qué me hace gracia, realmente no me parece un friki.

Veo como presiona un labio contra otro a la vez que niega.

—Videojuegos —responde en cambio.

Bueno, eso cambia la cosa un poco, aunque no demasiado. No puedo evitar estallar en una fuerte carcajada. ¿Un *gamer*?

—Vaya, y yo que pensé que no te ligabas a la camarera por tu humor tan malo, pero en el fondo parece que es porque eres un friki.

Pienso que se molestará por mis palabras, pero lejos de lo que esperaba me observa con una sonrisa.

—Te das cuenta de que yo tengo en mi poder tu ropa y puedo no devolvértela, ¿verdad? —pregunta, apoyándose contra una pared con un gesto de superioridad.

Maldita sea, tiene razón. Odio que la gente tenga razón, siempre que no sea yo, claro está.

Yo adoro tenerla, pero no sé por qué casi nunca la tengo. Es frustrante.

—La quiero, la quiero —digo bajando la cabeza. Sobre todo porque en esa dichosa maleta tengo la ropa que voy a llevar la boda de Iago, y lo último que me apetece es tener que pasarme lo que queda de semana buscando el vestido ideal, sobre todo cuando ya lo encontré.

Busco con la mirada un pequeño bulto en su pantalón que no tardo en localizar, a la vez que dibujo una pequeña sonrisa en el rostro. Introduzco la mano en su bolsillo y me apodero de su teléfono móvil.

Aprecio como me observa un tanto confuso, pero no dice nada.

Intento desbloquearlo y me sorprende al darme cuenta de que no tiene ningún patrón ni código. ¿Pero quién no protege su teléfono

móvil? Desde luego este chico muy listo no es.

Sin más comienzo a teclear mi número de teléfono en él. Tan pronto termino se lo ofrezco.

—Ese es mi número. Envíame algo mañana y te daré tu maleta... con tus bonitos slips incluidos —le digo, con una sonrisa pícaro en el rostro.



PARECE UN
MALDITO CLUB
DE ALTERNE

Gabo

Siento una fuerte punzada en la cabeza, lo cual me demuestra que sigo vivo. Realmente estaba comenzando a tener mis serias dudas de ello.

Escucho una música a lo lejos, que poco a poco parece que se va a acercando más y más. Podría jurar que se trata de música celestial si no llego a percibir el tono de voz rasposa de Melendi.

Genial, Hugo también está vivo. Buenas noticias. Pero eso no se queda ahí, sino que cada vez siento como la maldita canción se me va metiendo más en la cabeza, tanto que me la llega a taladrar por completo.

Abro los ojos como puedo y me percato de que algo me está ofreciendo una luz cegadora desde la mesita, tanta que parece un maldito club de alterne. Dudo que sean horas para que algo ofrezca esa luz, sobre todo después de una noche tan corta como esta.

Me incorporo un poco para comprobar que se trata de un móvil y, a juzgar por la canción de *Tocado y hundido*^[21], está claro que no es mío.

Hago un gesto de dolor con los labios. ¿Se puede saber por qué tengo yo el móvil de Hugo? Tal vez nos dimos el cambiazco ayer por la noche en medio de la borrachera, porque por el dolor de cabeza que tengo está claro que un par de cafés no tomamos. Joder, estoy demasiado poco acostumbrado a beber. Tendría que empezar a salir más, o tal vez dejar de beber cuando salga. Yo que sé, es demasiado temprano cómo para pensar.

Enciendo como puedo la luz a tientas y busco rápidamente el maldito aparato que tiene la pantalla encendida. Al momento me llama la atención que el que se encuentra detrás de la línea es Iago.

Sin dudarlo me apresuro a responder, sobre todo porque quiero que esa maldita canción se extinga. Me está rompiendo la cabeza.

—Buenos días —respondo de mala gana.

—¿Gabo? —Me limito a hacer un sonido gutural para darle a entender que sí, que soy yo—. No pienso preguntar por qué tienes tú el móvil de Hugo porque tengo demasiada prisa como para eso —expone. Menos mal, porque tampoco sabría darle una explicación—. Necesito que le digas que el programa terminó de buscar errores y lo quiero aquí en menos de lo que digo «ahora».

Me limito a decirle que ahora mismo lo aviso justo antes de colgar. Tampoco es que me apetezca mucho hablar con él. De hecho, creo que hasta estoy comenzando a echar de menos la voz rasposa de Melendi.

En cosa de medio segundo siento como algo se tira encima de mi cama y no puedo más que sonreír.

—Eh, buenos días —le digo en voz baja. Veo como se acerca y comienza a lamerme una de mis manos. Es algo que suele hacer todos los días, no es nada extraño en él.

Intento sonreír, pero el dolor de cabeza no me deja más que hacer una pequeña mueca. Busco rápidamente el reloj para comprobar que, en efecto, son las ocho de la mañana.

Lanzo un fuerte resoplido, solo a mí se me ocurre hacerle caso a Hugo, seguirle el rollo. Terminar así era lo mejor que me podía pasar.

Me levanto a duras penas, puede que para mí sea un día especial, pero no lo es para Donato que, sin duda, me está requiriendo su paseo matutino.

Entro en la habitación de Hugo sin preocuparme por el ruido que pueda hacer. Qué se fastidie, igual que yo me fastidié momentos antes gracias a la preciosa canción que tiene de tono de llamada.

Creo recordar que algún día le pregunté el motivo de la canción y su respuesta había sido algo relacionado con alguna chica, o tal vez me quiso decir que se sentía chica, o que quería cambiar de sexo y

ser una chica. ¡Yo que sé! Es temprano, y la verdad tampoco le hice mucho caso en su momento.

—Dormilón, ¡ago te requiere —le digo, fijando la vista en su mesita. En efecto, por algún motivo extraño que no pienso ni investigar, habíamos intercambiado los móviles. Me apropio rápidamente del mío a la vez que le dejo el suyo en su lugar.

Escucho como balbucea algo. Le prendo la luz para que no pueda volver a dormirse justo antes de irme.

Detrás de mí sale Donato, quien parece haber encontrado de nuevo otra prenda de su agrado. Esta vez negra.

Sin querer sonrío como un idiota al verlo y al recordar la curiosa conversación con la chica medio loca del avión. Bueno, añadido el medio porque en el fondo me cayó un poco bien, pero loca está... de remate.

Sigo en medio de mis cavilaciones cuando abro la cámara del móvil y le hago una foto en su lucha por sacarse la prenda femenina de la cabeza. No es solo que esté gracioso, sino que encima estoy seguro de que eso la molestará. ¡Cómo para no hacerlo!

—Venga, campeón. Me cambio y nos vamos a la calle —digo, aunque claramente sin pensar. Al observarme de arriba abajo me doy cuenta de que sigo vestido.

En fin, creo que lo de salir no es lo mío.

Claramente tengo que darme una ducha, pero eso ya queda para la vuelta, porque Donato no creo que esté de acuerdo en esperarme mientras lo hago.

Sin darle más vueltas a las cosas busco la correa de mi adorado perro y lo incito a salir.

Al poner un pie en la calle me doy cuenta de que el frío me taladra entero. Tal vez debería de haberme puesto alguna chaqueta de abrigo o algo así. Lanzo un fuerte resoplido que se convierte rápidamente de una enorme nube de vapor.

¿Frío? Para nada. Estamos la mar de agustito aquí en el norte, como diría mi padre. Siempre le encantó el clima más frío de Galicia en invierno, aunque ninguno de sus hijos heredamos su amor por él. Tampoco voy a negar que me gusta mi tierra, pero con unos pocos grados más, y algo menos de lluvia, aumentaría un poco más mi amor por ella.

—¿Gabriel? —Escucho una voz detrás de mí que me obliga a girarme. A día de hoy nadie me llama así, tan solo Eva—. Madre mía, ¿te acuerdas de mí? —me pregunta, comenzando a acercarse.

Me encantaría decirle que sí, pero entre el gorro, la bufanda y el pedazo abrigo que lleva, solo puedo decir que se parece bastante a Kate Walker, de *Syberia*, en ciertas escenas del videojuego.

Al momento aprecio como Donato le comienza a gruñir, cosa que no suele hacer con normalidad. Tiro despacio de la correa para relajarlo, y parece que funciona ya que deja de prestar atención a la famosa chica para pasar a olfatear la hierba de nuevo.

—Coincidimos hace cosa de dos años en una reunión de exalumnos.

Tuerzo el gesto al escucharla. Hasta este momento mi mente, increíblemente sabia, había borrado ese hecho desastroso al que había accedido por culpa de Eva. Así es, casi todas las desgracias de mi vida comienzan con su nombre. Y, como no podía ser de otro modo, esta también. Me medio obligó a acudir, alegando que necesitaba, según ella, «volver a tener contacto con viejos amigos». Hacía tan poco que había roto mi relación con Nuria que me fue imposible negarme. Era eso o apuntarme a una de esas páginas web de citas online. Por suerte no me vi obligado a estar demasiado tiempo, pero parece ser que la chica se acuerda de mí a pesar de todo.

Me limito a asentir con una sonrisa en el rostro claramente fingida. Mi maravillosa sonrisa *quitabragas*, como la había bautizado Hugo.

—Soy Susana Rodríguez, coincidimos juntos en segundo de bachillerato —me dice como si tal cosa.

Pues la verdad es que no me fijé en ti, bonita, ni en ti ni en nadie. En segundo de bachillerato solo me interesaba una cosa: aprobar con la máxima nota posible para acceder a la única carrera que me gustaba. Y así fue.

Aun así, asiento con la cabeza, como si realmente tuviera clarísimo quién es.

—¿Vendrás a la reunión de este año? —me pregunta, fijando la vista sobre mí.

Pues no, no voy a ir.

Intento pensar rápidamente una buena excusa. Por suerte Donato se le acerca y la comienza a olfatear a ella ahora. Al parecer ya no la odia con su vida como minutos antes sí hacía.

«Gracias, amigo» pienso, dedicándole una sonrisa. Gracias a él tengo unos segundos más para pensar un buen motivo para no tener que acudir a ese espanto.

Tal vez algo así como: «¡no me apetece!» en letras grandes y con admiraciones sirva para que se den cuenta, o puede que algo más elaborado como: «esas reuniones son un puto coñazo. Búscate a otro incauto».

Cuando veo que pone su vista de nuevo sobre mí, me doy cuenta de que mi tiempo se agotó.

—Estoy intentando cuadrar fechas —digo como si nada—. Estoy bastante ocupado últimamente.

Me sorprende el gesto que dibuja en su rostro, como dolido. Por un momento me siento mal, pero casi al segundo recuerdo que no sé quién es, y que tiene que importarle más bien poco que yo vaya o no, ya que no me conoce, y se me pasa.

—Vaya, solo faltáis Gema y tú por asegurar —dice con tristeza—. Espero que puedas venir, sería bonito reencontrarnos todos.

Me atraganto al escucharla, tanto que comienzo a toser. Meneo la cabeza de un lado a otro intentando recomponerme y carraspeo para asegurarme de que la voz me salga con naturalidad.

—¿Gema? —pregunto, por primera vez interesado en la conversación.

¿Dijo Gema? ¿Gema mi Gema? Dios, no es mía, sino que es... bueno, eso. ¡Esa Gema!

—Sí, Gema Albán, ¿la recuerdas? —Hago un gesto extraño con los labios a la vez que asiento, no sé ni por qué lo hago.

Realmente no, no la recuerdo. La recuerdo tanto como a la tal Susana. Pero ahora mismo me importa bastante lo que tenga que decir de ella, y no sé ni por qué.

Mi mente comienza a buscar una respuesta a algo que no la tiene. Intento localizarla, intento descifrar quien es... ¡pero me resulta imposible!, estoy seguro de no conocer a nadie como ella. Segurísimo.

—Resulta que estaba desaparecida y estos días revivió de nuevo —dice, encogiéndose de hombros—. Espero que podáis venir ambos a la fiesta... Sobre todo tú —dice, acercándose más de lo que me gustaría.

Al momento saca una tarjeta del bolso y me la ofrece. Yo sigo en estado de *shock*, comportándome como un lelo.

—Este es mi número, llámame si ves que te apetece quedar algún día.

Me limito a asentir a la vez que me apodero de la tarjeta. Espero a que desaparezca para leerla en su totalidad.

Según ella es Secretaria de Administración, pero por mí como si trabaja vendiendo bolsos de imitación en el top manta. Hago una bolita con la tarjeta y la tiro en la primera papelera que encuentro.

Mi cabeza vuela a otro punto, y recuerdo el día en que Gema me dijo que le parecía un empollón en clase, con lo cual no hay duda de que compartimos horas y horas en el instituto, supongo.

Sin pensarlo saco el móvil del bolsillo, y me sorprende al darme cuenta de que tengo un mensaje en el WhatsApp. No es que me parezca raro, sino que supongo que tendría que haberme enterado.

Es de Hugo.

Está todo OK

Perfecto, por lo menos una buena noticia. Supongo que el destino a veces nos trata bien. Solo que no sé por qué nos quiere jugar esas malas pasadas. Si llegamos a perder el trabajo de años creo que nos moriríamos todos.

Al momento paso la vista por mis contactos y no tardo en dar con ella, la que había grabado como «Campanilla». Ni me molestó en intentar recordar su nombre, no lo haría de todas formas. Rápidamente le añado la imagen de Donato con su tanga en la cabeza sin escribir nada más.



Necesito fumar. Hoy hace dos años, tres meses, dos semanas y cuatro días que no lo hago... ¡Pero lo necesito! Busco rápidamente por toda la cocina la maldita cajetilla de mi hermano, pero no la encuentro por ningún lado.

Presa de la angustia abro la nevera y comienzo a buscar dentro de ella algo que me ayude a calmar los estúpidos nervios. Hay demasiada comida cargada de grasa, ¿es que en esta casa no pueden comprar unas malditas tortitas de maíz? Están ricas y, además, son perfectas para momentos de ansiedad extrema.

Chasqueo la lengua a la vez que me apodero de uno de los pocos trozos de tarta de almendra que todavía queda del día anterior.

«Dios, Gema, deja de comer» me digo a mí misma, a la vez que observo el pedazo de tarta casi terminado. No tengo perdón, esto me costará una buena dosis de gimnasio, ¡y lo odio!

Tiro lo poco que todavía me queda en la basura y comienzo a buscar con la mirada de nuevo mi primer propósito: la cajetilla de cigarros de mi estúpido hermano.

Chasqueo la lengua, tal vez esté en su habitación.

Sin dudarle comienzo a subir las escaleras con desesperación, con la única idea en mente de llevarme uno de esos adorados cigarrillos a los labios, sentir la nicotina recorrerme el cuerpo y los nervios desvanecerse de mí.

«Gema, relájate» recuerdo la voz de Héctor. Él siempre lo soluciona todo así, con un estúpido relájate, o un «vamos a pensar

las cosas», aunque también le gusta decirme: «vamos a hacer una lista de los pros y los contras», de hecho, aún me extraña que no me lo haya dicho. Es un exagerado.

También le gusta bastante poner canciones de YouTube y Spotify que saben que me vuelven loca, de esas que hacen que se te pase el mal rollo en cosa de segundos. La música es la mejor terapia, de eso no hay duda.

—¿Se puede saber qué haces? —Me giro violentamente al escuchar la voz de mi supuesto y más que falso novio.

Chisto despacio, para obligarlo a bajar la voz, ¿es qué quiere que todos se den cuenta que estoy a punto de quebrar una de las mayores y más importantes normas de mi hermano? Me matará si sabe que intento entrar en su rincón de los secretos, en su templo sagrado, en su...

—No vas a destrozar todo lo que llevas por un calentón ridículo —sentencia, acercándose a mí a toda velocidad.

Ninini.

Meneo la cabeza de un lado a otro haciéndole burla, Héctor se da cuenta, pero pasa de mí, mirándome con gesto autoritario.

Termino bajando los brazos en señal de rendición. No entiendo cómo es que siempre sabe todo lo que pienso, ¿seré tan evidente? Justo antes de poder preguntarle cuánto me cobraría por una sesión de videncia aprecio como me agarra del brazo, y en ese momento sé que estoy perdida. Por mucha fuerza que haga, el idiota de Héctor siempre tiene más. Siempre.

—Estaba rica la tarta, ¿verdad? —murmura entre risas señalándome el rostro.

Me siento como una niña a la que pillan haciendo la mayor de las travesuras.

—Estoy harta de todo —digo, haciendo un pequeño mohín con los labios.

No pongo problemas y comienzo a caminar hacia mi habitación con calma.

—Lo sé, pero eso no solucionará nada. Serás una chica con un pijama de ositos, unas bragas de su madre y el pelo sucio con un cigarrillo en los labios. La vida seguirá igual —dice como si nada, como si sus palabras no estuvieran cargadas de veneno.

Y lo peor de toda esta historia es que... es verdad. ¿Por qué me molesta? Llevar las bragas de mi madre ya es lo último, pero es que no me quedó mucha más opción. Era eso o ponerme las de La Cenicienta de cuando tenía siete años, y no era viable por cuestión de dimensiones, vaya.

—A todo esto... ¿por qué tienes el pelo sucio? —Me observa curioso.

—No está sucio, o al menos no exactamente —digo, llevándome una mano al protagonista de la conversación. No puede estar más enredado, ¡Dios!—. Es la maldita humedad, Héctor, y encima no tengo las estúpidas planchas para alisarlo y dejarlo decente. ¡La vida es una mierda!

Me dejo caer sobre la cama, hundiendo la cabeza en la almohada. Tal vez lo mejor que me podría pasar ahora mismo sería morir asfixiada en mi antigua habitación. Mejor morir que seguir viviendo sin dignidad. O sin ropa y utensilios de belleza, lo cual es lo mismo.

—No, tú eres una exagerada. —Siento como se hunde el colchón a mi lado—. Te vas a poner monísima y...

—¿Haremos el amor durante toda la noche? —pregunto, levantando la cabeza por primera vez y fijando la vista sobre él.

Veo como estalla en una fuerte carcajada. Está bien, bromeaba, pero si hubiese dicho que sí creo que habría aceptado. Estoy demasiado necesitada.

—No te creas que no me ponen tus ositos, ¿eh? —dice, mirándome con una sonrisa ladeada—. Pero no. Simplemente pienso llevarte mañana de compras.

Él sí que sabe cómo alegrarle la vida a una mujer. Esas son exactamente las palabras mágicas: «Vamos de compras», que se olvide de obligarme a relajarme o a pensar con claridad, lo realmente interesante es poder vivir la vida dentro de un centro comercial. Si pudiera, os juro que lo haría.

Sonríó como una idiota, olvidándome por completo de todo lo demás.

—No olvides que tenemos que buscarte un nuevo vestido para la boda de tu hermano —dice como si tal cosa, obligándome

mentalmente a recuperar parte de lo que había ocurrido la noche anterior.

Me muerdo el labio inferior. Tal vez el cansancio y, muy posiblemente el alcohol, habían provocado que olvidara por completo comentarle algo de gran relevancia a Héctor.

—Esto... —comienzo, pensando que tal vez sea mejor mantener el misterio en nuestra relación. Está claro que no me apetece ir en busca del vestido ideal cuando ese ya lo encontré, pero ir de compras sí que figura entre los planes que me apetecen para cualquier día del año—. Los planes de ir de compras son inamovibles, ¿no? —Lo miro con una diminuta sonrisa. Veo como me observa con curiosidad—. Quiero decir, diga lo que diga... no vas a cambiar de idea, ¿a qué no?

—Confiesa. —Me observa con un gesto serio que no recuerdo haberle visto jamás.

Trago saliva con temor, pero finalmente asiento.

—Apareció mi maleta —admito, bajando la mirada—. Resulta que ayer en la fiesta conocí a un chico que me dijo que la tiene él, o su perro, o algo así —expongo, intentando hacer memoria.

—¿El tipo buenorro con el que bailaste? —me pregunta, con un gesto de diversión en el rostro.

—No, el otro —digo como si nada. Veo como intenta hacer memoria—. El más bajito de los dos, tal vez no me hayas visto con él.

Al momento aprecio como mueve la cabeza de arriba para abajo.

—Sí, me refería a ese, aunque ninguno de los dos está nada mal. —Suelta una pequeña risa tras decir esto.

¿Que el friki está bueno? Se ve que perdió la cabeza.

—¿Entonces ya está arreglado? —pregunta con impaciencia.

—Más o menos —me limito a responder.

Realmente no sabría decir si está arreglado o no, ya que lo último que recuerdo es haberle dado mi número de teléfono para llegar al acuerdo de vernos, pero tampoco estoy muy segura de que termine haciéndolo. Tal vez no quiera recuperar sus calzoncillos de superhéroe.

Al momento me percató de que Héctor me dice algo más antes de desaparecer dentro del baño, con un neceser en las manos.

¡Qué coñazo eso de tener que afeitarse cada día! No lo envidio en absoluto.

Busco rápidamente el móvil y no tardo en encontrarlo. Al hacerlo me percató de que tengo veinte mil mensajes de a saber cuántas conversaciones, es algo frecuente y por ello ni me extraño.

Entro en el WhatsApp y lo primero que capta mi atención es un mensaje de Elisa.

¿Qué tal por ahí?

Tuerzo el gesto. Si yo te contara...

Me limito a responderle con un simple emoticono simulando el ok, no tengo muchas ganas de hablar. Ni me molesto en preguntarle qué tal ella con el buenorro de Daniel. Tengo tanto sueño que siento que la sangre no me llega al cerebro con normalidad, aunque tampoco es que esté segura de que normalmente me llegue.

Los demás son mensajes de diferentes grupos a los que estoy agregada, en la mayoría se limitan a desearnos unas felices fiestas y los demás mensajes me niego a leerlos. Ni respondo.

Pero uno consigue desviar mi atención. Es de un número desconocido.

Al entrar me encuentro con una imagen de un hermoso perro con uno de mis tangas en la cabeza. No puedo evitar estallar en una fuerte carcajada.

Oye, tengo que admitir que le queda mejor que a mí.

Me apresuro a responder.

Al momento añado el número en la agenda, más que nada para tenerlo localizado hasta que mi maleta regrese a mí.

Intento hacer memoria, pero juraría que no recuerdo su nombre, aunque su rostro no consigo quitármelo de la cabeza. Sobre todo, sus ojos. Al momento siento un pequeño escalofrío. Maldita sea, seguro que ya me resfrié.

Lamentablemente me veo en la obligación de guardar su número como «Clark Kent». Al hacerlo estallo en una fuerte carcajada que capta la atención de Héctor. Me resulta gracioso imaginármelo con esos slips puestos. No me lo imagino. ¡No le pegan nada!

Espero un tiempo prudencial con su conversación abierta, que con mis pocas ganas de vivir se reducen a más bien pocos segundos, y abro la aplicación del Messenger.

En ese momento la música de David Otero, y su *Sal a la calle*^[22] capta mi atención. Sé que viene del baño y que, muy posiblemente, esté añadida a la lista de Spotify rotulada «Bajones de Gema». Sonrío, estoy segura de que no puedo tener un compañero de vida mejor. Lo adoro.

Intento controlar mis ganas de mover el esqueleto al ritmo de la canción, algo que no pensé que pasaría hace cosa de diez minutos, y vuelvo a poner la vista en mi teléfono móvil. Sé que el champiñón me respondió, pero temo profundamente su respuesta, sobre todo porque soy consciente de que metí la pata hasta el fondo con ese saludo.

Con lo borde que es me imagino una respuesta tipo: «¿Champiñón? ¿A qué diablos viene eso?» Aunque hay que recordar que también tiene un pésimo humor, así que tal vez puede haberme respondido algo como: «¿Champiñones? ¿Pedimos una pizza?» Aunque no, a decir verdad eso sería gracioso, no le pega.

Sin pensarlo mucho más abro su conversación para encontrarme yo con la sorpresa.

Hola, calabaza.



¿HACEMOS UNA
CREMA
DE VERDURAS
JUNTOS?
Gabo

El día veintisiete es la presentación oficial de los proyectos anuales de la productora, y todavía no tenemos el diseño completo del que sabemos que va a ser nuestro gran bombazo. Y sí, solo faltan dos días.

En teoría estaba todo listo, por lo menos hasta que los mandamases nos obligaron a eliminar todo lo que teníamos diseñado hasta el momento por resultar una idea demasiado utilizada, un maldito cliché.

Pero ¿qué podemos hacer si nos piden a una heroína femenina? Por lo menos yo en lo primero que pienso es en Lara Croft en *Tomb Raider* o Shelly Harrison en *Bombshell*, por lo que la descripción tanto física como psicológica lo centramos básicamente en nuestro ideal, con lo que nos gustaría disfrutar a nosotros en nuestra consola. Pero no, según ellos quieren una chica diferente, especial. No tan perfecta.

Quieren que gane al malo, porque nadie en su sano juicio se compraría un videojuego al que no pueda ganar, siguiendo una trama coherente, pero que no sea perfecta, que cometa errores a puntapiés. También quieren cambiar el ideal de belleza, y que no tenga esa seguridad que desprende la mismísima Cloe en *Uncharted*, sino algo así como Elena, más tierna, pero que consiga ganar sin ayuda del príncipe salvador.

Intento exprimirme la cabeza una vez más, con el lápiz entre las manos, a la vez que le doy un trago largo a la taza de café que

tengo sobre la mesa. Creo que voy a necesitar mucho de esto para conseguir centrar mis ideas.

—¿Qué hago, Donato? —le pregunto con la esperanza de que mi pequeño amigo de cuatro patas resuelva todas mis dudas.

Lejos de hacerlo comienza a corretear hacia la habitación, regresando a los dos minutos con algo entre los dientes. Me giro hacia él a la vez que una pequeña sonrisa se va dibujando en mi rostro.

Es gracioso que le gusten las prendas femeninas de la rubita insoportable, lo que no lo es tanto es que ni Hugo ni yo hayamos cerrado la dichosa maleta. Sin más le saco la camiseta de entre los dientes y la tiro a la cesta de la ropa sucia, justo antes de apresurarme a la habitación de Hugo para hacer lo que deberíamos de haber hecho desde el minuto uno.

Al regresar, le acaricio la cabeza con cuidado. Aprecio como se acuesta a mi lado, algo poco frecuente en él, ya que dormir parece ser lo único que no le gusta hacer. Bueno, solo consigo que lo haga cuando lo canso corriendo de un lado para otro sin parar, pero ese no es el caso, desde luego.

Lo observo detenidamente. Por un momento siento que quiere decirme algo, pero finalmente me giro de nuevo, observando el papel totalmente en blanco.

Escucho como lanza pequeños lamentos y lloros a la vez que intenta capturar mi zapatilla. Sin poner mucho impedimento permito que me la quite y la comienza a morder con voracidad. Este ya sí que vuelve a ser el Donato de siempre.

«¿Cómo quieres ser, Néznamá?»

Suelto un fuerte resoplido, el cansancio me está matando las pocas neuronas que me pueden quedar después de las cervezas de ayer.

El móvil no para de vibrar. Lleva así un largo rato. Rebufo echándome hacia atrás y lo saco del bolsillo. Son todos mensajes del grupo del trabajo, los muy petardos no paran de enviar tonterías. Clico en los tres puntos y le doy a silenciar grupo por un año. Ya les quitaré el silencio cuando comiencen a hablar de cosas interesantes.

Sigo bajando la vista por el panel de notificaciones y me sorprendo al ver que la rubita me respondió. Me río al leer su respuesta, pensé que se molestaría al ver la foto de Donato... tal vez tenga más sentido del humor del que creo.

Entro en su conversación y lo primero que capta mi atención es que ahora la chica aparece con una imagen de perfil. No sé por qué, pero la abro sin pensarlo. En ella se aprecia la chica del avión, con su cabello de oro cayendo sobre su rostro de forma que simula ser sensual, supongo, y unas gafas de sol que le tapan medio rostro. Sonrío, se nota que es una chica muy particular.

Sin más una idea va surgiendo en mi cabeza. Fijo la vista en Donato y sonrío. Por algún motivo siempre me da la solución a mis problemas, aunque yo parezca que no quiero verlos. Dejo el móvil a un lado y me pongo a dibujar rápidamente un triste boceto.

Creo que es la primera vez que muevo el lápiz con tanta rapidez. Dibujo a una chica bastante más baja de lo normal, sobre todo para convertirse en una heroína, el cabello rubio y ligeramente rizado, ojos claros y rostro angelical.

Observo el boceto y no puedo evitar felicitarme interiormente. Sin duda es el mejor trabajo que hice en años. En la descripción me apresuro a escribir como realmente me la imagino: ingenua, con dotes para desesperar a todo aquel con el que encuentra delante, graciosa, patosa y tremendamente sexi.

Dejo la libreta a un lado a la vez que suelto un resoplido. ¿Puede ser posible que ya tenga el trabajo terminado? ¿Y gracias a ella? Bueno, mi hermana siempre dice que todo sucede por algún motivo, supongo que ella apareció en mi vida para ayudarme con la inspiración perdida.

Desbloqueo el móvil y me percató de que todavía tengo su imagen de perfil abierta en la pantalla, pero esta vez otra cosa capta mi atención: su estado.

Te olvidaste de mi nombre y mi canción. No buscaste en ninguna dirección^[23]

Al momento, sin pensarlo, entro en su conversación, releyendo su mensaje otra vez, pero esta vez con otra idea en mente.

¿Te gusta Huecco? No te pega nada

Envío rápidamente.

Sin pensarlo salgo de la aplicación y busco la lista de contactos, con la única intención de cambiar su nombre. A partir de hoy para mí será Néznamá, o por lo menos la musa en la que me inspiro para su creación.

Espero el tiempo prudencial, y al ver que no responde salgo de su conversación y entro en el Messenger. Sonrío al leer la respuesta de Gema ante mi saludo, siempre me sorprende con una ocurrencia mayor.

¿Hacemos una crema
de verduras juntos?

Tengo que reconocer que soy fan, muy fan de las tonterías que dice. No sé ni cómo se le pueden ocurrir. Tal vez también sería bueno que añadiera una pequeña dosis de Gema en la nueva heroína de *Northwest Games*.

Yo contigo hago lo que quieras

Le respondo sin pensar. No pasa ni un segundo y ya me arrepiento de habérselo dicho. ¿Cómo puedo eliminarlo? Maldita

sea, ¿se podrá?

Aprecio como Donato se acerca a mí con una pelota. Lo último que quiero es ponerme a jugar con él en este momento, pero se la tiro para que se entretenga durante un rato, tiempo que tengo para pensar cómo carajo volver el tiempo atrás al estilo *La máquina del tiempo* o el videojuego *Lenda da vida*. Recuerdo perfectamente cómo inventé el maldito reloj que conseguía que Rubén pasara de una época a otra. Ahora la cuestión es dónde podré encontrar ese maldito trasto. Esa parte olvidé inventarla.

Comienzo a dar vueltas de un lado a otro de la habitación con nerviosismo. Lo peor es que ni siquiera sé por qué le he dicho eso, no la conozco de nada, y yo no me comporto así por regla general.

Esto es un maldito desastre, ya no tengo filtro, digo cosas sin sentido y sin razón. No suele importarme mucho lo que piensen los demás, para ser sincero me da exactamente igual lo que crean. Hasta ahora. Por algún motivo me preocupa más de lo que debería lo que Gema pueda llegar a creer de mí. Seguramente ahora pensará que soy un insolente que solo quiere ligar con ella, pero no es cierto. ¡Claro que no lo es!

Un pequeño sonido proveniente del móvil me pone los nervios de punta. Me acerco a él con temor, como si pudiera explotar de un momento a otro.

Me relajo al descubrir que se trata de una notificación del WhatsApp. Sonrío, y suelto todo el aire que parecía llevar acumulado en los pulmones.

¿Y qué música me pega más?

Pregunta. Por un momento me quedo pensando. ¿Qué música le pega? Puede que algo así como Enrique Iglesias con su *bailando*. No conozco demasiadas canciones del estilo, y sé que cualquier canción que nombre estaría más que pasada de moda, así que me voy por lo seguro.

Tal vez algo más propicio para
bailar a tu manera

Supongo que le hará gracia mi respuesta, sobre todo cuando me llegan un montón de emoticonos enseñando la lengua. Otra más que adora utilizarlos. Supongo que puedo añadir a la descripción su infantilismo.

¿Puedes quedar esta tarde?

Leo su mensaje una y otra vez. No pienso quedar con ella, estoy seguro de que tendré alguna opción mejor que esa, como por ejemplo pedirle a Hugo que le lleve la maleta.

Me limito a responder con un breve «Sí». Ya buscaré alguna forma de librarme.

Al momento me percató de la hora. Supongo que Hugo tiene que estar a punto de llegar, así que me apresuro a comenzar a hacer la comida. No soy un gran cocinero, pero me defiendo lo justo y necesario.

Comienzo a picar las patatas con prisa cuando sin previo aviso un sonido me saca de lugar. Observo mi teléfono móvil con temor, sé que es muy posible que sea un simple WhatsApp, pero temo que sea una notificación del Messenger.

Con la confusión del momento dejo caer el cuchillo donde no debo. No puedo evitar soltar un pequeño grito de horror, no por el dolor, sino por la sangre que estoy seguro terminará brotando de un momento para otro.

Me acerco a toda prisa al baño, abro el grifo y meto el dedo debajo del agua, dejando que esta se lleve toda la sangre que parece querer salir.

Con prisa busco el alcohol, con tanta suerte que se le cae la tapa y sin querer lo vierto todo por el baño. Maldita suerte la mía.

—¿Gabo? —Escucho la voz de Hugo desde la entrada. Me limito a hacer un pequeño sonido gutural, y se acerca a la puerta del baño.

Supongo que la situación le resulta cómica, ya que me observa con los brazos cruzados y una media sonrisa en los labios.

—¿Puedo saber qué pasó aquí? —Suelto un fuerte bufido a la vez que niego con la cabeza.

—Esto pasa —digo, apartando la mano de debajo del chorro. Se acerca rápidamente a mí, observando como de la herida comienza a brotar sangre. No lo veo, pero creo que lo siento.

—¿De verdad? ¿Todo por una heridita de nada? —Suelta una fuerte carcajada después de decir eso—. Te habrán salido las tripas por ahí, ¿no?

Se ríe de mis desdichas, ¡será desgraciado! Me giro hacia él con el gesto muy serio, tanto que termina por dejar la risa a un lado, observándome como si estuviera loco.

—Venga, campeón, ven que te pongo una tirita en esa herida —se burla—. Si ves que no te cura te llevo por urgencias a que te pongan puntos.

Ja, ja. Qué divertido. Es una herida por la que brota sangre, no hay más que hablar. Da igual si es muy profunda o no.

Siempre lo dije, soy un maldito blandengue.

—Necesito que quedes con la chica del avión —le digo, colocándome rápidamente la tirita sobre la herida antes de lo que haga Hugo. Ver la sangre me está comenzando a marear.

—¿Por qué? ¿Por la heridita? —me pregunta con recochineo. A veces es odioso.

—No, no es por heridita, machote —repongo, de mala gana—. Simplemente no me apetece presentarme yo allí. No quiero. Esa mujer está loca.

Busco la fregona y el cubo, no quiero que Donato se acerque al baño y sin querer termine bebiéndose todo el alcohol que me cayó por el suelo.

—Pues no te va a quedar más remedio. —Aprecio como se encoge de hombros a la vez que pronuncia las palabras más endiabladas que escuché nunca—. No me mires así, iría encantado, pero en una hora regreso al trabajo, ¿lo haces tú por mí? —Me guiña un ojo con superioridad.

—¿Pero no estaba todo arreglado? —Aprecio como chasquea la lengua.

—Pues sí, sabemos que todo es recuperable, pero no se hace solo.

Maldita sea, pues lo último que me apetece es verla otra vez.

Fijo la vista en la pantalla una vez más, releyendo su mensaje.

Los Cantones. Junto a los cines

No llegues tarde



SUENA A HUECO TU DISCURSO EN MI CABEZA

Gema

Hace demasiado tiempo que no sé realmente lo que es estar nerviosa. Bueno, más bien desde esta mañana. ¿Pero por qué debería de estarlo por una maldita cita de cambio de maleta?

Miro hacia todos lados a la vez que muevo los dedos al ritmo de la música que suena a través de los auriculares conectados al móvil. No es que sea impaciente, pero me molesta que me hagan esperar. A pesar de todo podría jurar que es temprano, ¡pero debería de haber llegado ya! Otra prueba de que de caballero no tiene nada el fulano este.

Encima tengo que esperar por él yo sola. Sentí ganas de matar a Héctor cuando me dijo que él había hecho sus propios planes. ¡Qué egoísta! Yo soy su novia de pega, tiene que cumplir todos mis estúpidos caprichos. Pero no, resulta que le pareció más importante dedicar la tarde a escribir una estúpida novela.

En fin, tengo que reconocer que es un gran amigo, pero odio que no esté a mi lado ahora mismo.

Sin pensarlo saco el móvil de mi bolsillo derecho y me fijo en que no tengo ningún mensaje. Creo que, si va a llegar tarde, sería bueno que me avisara. Aunque todavía faltan más de diez minutos para la hora pactada. Madre mía, ¿desde cuándo soy tan puntual? El clima me está cambiando, o tal vez el aburrimiento y que Héctor haya desaparecido de mi vista. No tenía nada mejor que hacer.

Entro en la conversación de Elisa y me dispongo a enviarle un mensaje.

¿Cuándo venís?

Te echo de menos

Y es verdad, la echo de menos como no pensé que podría echarla, sobre todo ahora mismo. Ella sí que es una buena amiga, ¡jamás me dejaría sola en una situación así!

A Héctor no le coló nada, ni mis tontos intentos por darle pena ni la amenaza de que tal vez se tratara de un asesino en serie. Pobre de mí.

Me responde casi al momento, pero casi preferiría que no lo hiciera. Odio que no me respondan lo que quiero, ¿por qué la vida no puede ser más sencilla? Elisa tendría que decir: «date la vuelta, estoy detrás de ti». Eso es lo que me haría feliz.

Yo que sé. Daniel tiene un
montón de trabajo

Puf. Maldito Daniel. Menos mal que su culo compensa por todo lo demás.

Está bien, esperaré a que tengas
un rato para tu mejor amiga

No sé ni por qué le intento dar pena a ella. De todas formas, sé que no puede hacer nada más. No me quedará más remedio que esperar.

Yo también te echo de menos

Sonrío, para qué voy a negarlo. ¡Soy una chica muy sentimental! *Nah*, para nada. Debe de ser por la Navidad, que, según dicen, nos pone a todos un pelín sensiblonos. Pensé que yo era la excepción, pero se ve que no. Soy una más.

Salgo de la aplicación y entro en el Messenger, lo que ya se había convertido en una pequeña rutina estos días, y me llama la atención que tengo dos mensajes del Champiñón. Con las prisas se me había olvidado por completo entrar a comprobar los mensajes.

El primero consigue sacarme una sonrisa. Juro que me lo comería entero. Hasta este momento siempre se había comportado como un borde bastante insoportable, la verdad, pero está claro que tiene sus momentos.

Pienso qué responderle cuando el segundo capta todo mi campo de visión y los corazoncitos desaparecen de mis ojos.

¿Conoces a una tal Susana
Rodríguez?

No puede ser. ¿Por qué tiene que estar en todo, esa zorra? Bueno, solo faltaría que encima tenga algo con Gabriel. ¡Y ya la mato!

Comienzo a hacer aspavientos con las manos, no sé ni por qué lo hago, pero me cabrea que esa asquerosa esté en todos lados. ¡Qué me deje en paz de una maldita vez!

Claro. De ella si te acuerdas, capullo.

Envío con cabreo. Me dice que no sabe quién soy yo, pero sí la nauseabunda de *Susi*. No me lo puedo creer.

Su respuesta por suerte no se hace esperar.

Para nada. Me abordó esta mañana
por la calle, y me habló de ti.
Por eso preguntaba

¿Le hablo de mí? ¿Pero quién se cree? Espero que por lo menos no le haya dicho nada malo o tendré que buscarla para arrancarle esos pelos desteñidos que tiene. Roñosa.

La odio

Respondo sin pensarlo. No sé por qué intento buscar en él un confidente. De hecho, es posible que me mande a paseo, y me diga: «pues yo no lo entiendo, la chica es bien mona».

Bueno, a mí me da igual ella.
Solo quería saber... ¿coincidimos
en clase en bachillerato tú y yo?

Sonríó totalmente satisfecha con su respuesta. Me alegra que le dé igual, aunque no sé por qué. ¡Qué le den morcilla! La odio, la odio, la odio. Siento ganas de patalear, de darle patadas a todo lo que me encuentre por delante. Pero en cambio me limito a presionar un labio contra otro.

Sí, coincidimos en segundo.

Que sepas que me está matando
que no te acuerdes de mí.

Suelto una pequeña carcajada después de decir esto.

Para ser sincera, no me parece mal. Me parece raro, pero en el fondo al tal Gabriel siempre le gustó ir un poco a su bola. Lo recuerdo con un chico, creo que se llamaba Juan, aunque no estoy para nada segura. En cambio, sí que lo estoy de que él se llamaba Gabriel, cosas inexplicables.

Recuerdo que se pasaba cada uno de los recreos encerrado en la biblioteca, no sé qué podía hacer allí dentro. Tantos libros tendrían que marearlo.

Espero el tiempo prudencial y como veo que no responde, bloqueo el móvil y lo devuelvo al bolsillo. Cierro los ojos y permito que la música que brota por los auriculares me embauque por completo.

—«Ya lo analicé, en tu cabeza algo no va bien. No hay quien te entienda»^[24] —canturreo en voz baja.

Al momento siento como alguien me quita uno de los auriculares. Emito un pequeño quejido, ¿quién se cree?

—¡Oye! —protesto, girándome repentinamente hacia el culpable —. Un poco más de respeto, estaba escuchando a Conchita.

Me cruzo de brazos, fingiendo cabreo.

—Solo quería que supieras que esa letra te pega a ti que ni pintada. También creo que en tu cabeza algo patina.

Me guiña un ojo a la vez que dibuja una media sonrisa en los labios. En fin.

—Terminemos con esto cuanto antes —dice entre dientes. Igual se cree que a mí me hace ilusión estar aquí, no te fastidia.

Quiero responderle, mandarle a la porra, porque si se piensa que me muero por compartir el espacio con él está muy equivocado...
¡Mucho!

—Eres... eres... —Veo como se incorpora para fijar su vista sobre mí.

Perfecto, ahora me mira. Con esa mirada no puedo rebatir nada, pero ¿por qué? Solo son unos estúpidos ojos castaños. Me pierden los ojos castaños, tengo que reconocerlo, pero hay muchos... Podría enamorarme de todos los ojos que veo por la calle, pero no es así. De alguna forma consigue cautivarme, el muy sinvergüenza. Lo peor es que lo sabe, claro que lo sabe, solo hay que ver cómo se comporta. Sabe que me vuelvo tonta con su mirada.

—¿Qué soy, princesita? —pregunta, intentando tentar a mi fuerza de voluntad.

¡Un idiota! Eso eres, y muy insufrible, y además... ¡Ah!

—¿Sabes qué? Dame mi maleta y lárgate.

—¿Cuál es el problema que tienes conmigo? —pregunta, acercándose a mí más de lo que me gustaría.

No quiero que se acerque. Detesto respirar su mismo aroma y, sobre todo, odio apreciar su maldito perfume.

Me está revolviendo el estómago.

Podrían comercializarlo, ya me imagino el eslogan: «Eau de matamoscas. De venta en los mejores centros comerciales».

—Yo lo sé —dice él, haciéndose el listillo. No puedo evitar chasquear la lengua. ¿Lo sabe? Él no sabe nada, absolutamente nada—. Estás molesta porque no intenté ligar contigo ayer. —¿Cómo dices? —Suelto una fuerte carcajada. Debe de estar de broma—. Primero, tendrías que hacer cola para ligar conmigo, y segundo...

Mierda, pensé que podría decir dos cosas. Me quedo paralizada observando su sonrisa socarrona. No va a ganar, como que me llamo Gema que el insufrible no gana. Esta vez no.

—«Suen a hueco tu discurso en mi cabeza» —canturreo un trozo de la canción de Conchita que escuchaba momentos antes como respuesta a su pregunta. Ese es el punto más importante de la conversación, que no me importa absolutamente nada de lo que diga.

Veo como esboza una mínima sonrisa, pero no dice nada. ¡Batalla ganada! Gema 1 - Clark 0.

«Fastídate, guapo».

—Está bien, de todas formas me da lo mismo —masculla, empujando un poco la maleta que tiene tras él—. Como me imagino que no querrás los tangas babeados por mi hermoso perro, no los he incluido.

Asiento con la cabeza, con una media sonrisa en los labios.

—Te los quieres quedar —afirmo, con un movimiento tajante. No lo pregunto porque lo tengo claro. Me comienzo a acercar a él. Esta vez soy yo la que tiene la sartén por el mango y lo pienso aprovechar—. ¿Es para no echarme de menos?

No puedo evitar fijar la vista en sus labios, que se ensanchan en una carcajada. ¡Venga ya! Sabe que tengo razón.

—Claro, es exactamente eso —reconoce, entornando los ojos. Al segundo aprecio como saca la cartera de su bolsillo y me ofrece un billete de cinco euros. Lo observo con el ceño fruncido—. Bueno, por lo visto tendrás que comprarte ropa interior nueva, y viendo tu forma de vestir supongo que será de mercadillo, ¿me equivoco?

Venga ya, ¿de mercadillo? ¡Esto es una maldita broma! Vio mi lencería, ¿y me dice que es de mercadillo? Siento ganas de exprimirle la cabeza.

—Si quieres te demuestro ahora mismo cuanto de mercadillo es mi ropa interior, capullo —le digo en cambio, aguantando la compostura. No sé ni cómo soy capaz de soportar tanta presión. ¡El tío es insufrible!

De hecho, espero que su respuesta sea un «no, gracias», porque como me diga «venga, vamos» habrá ganado la partida. No pienso enseñarle la ropa interior que llevo o me moriré de la vergüenza aquí mismo. Y lo peor es que es muy posible que esta sí que sea de mercadillo, y me habré ganado la fama muy injustamente. ¡Maldita vida!

Para mi tranquilidad veo como suelta una pequeña risa a la vez que niega.

—Pues que te vaya bien, querido. Gracias por la maleta.

Concluyo justo antes de dar media vuelta. Comienzo a caminar hacia el lado opuesto, entre la gente. Lo cierto es que le dije de quedar aquí porque en ningún momento me imaginé que sería más sencillo quedar dentro del estadio de Riazor, justo antes de un partido contra el Real Madrid. Madre mía, ¡qué barbaridad de gente!

Intento caminar con mucho glamur, pero las zapatillas de mi querido amigo no me permiten hacer gran cosa... ¡Menos mal que hoy os recupero, zapatos míos! Sonrío con emoción al percatarme de que por fin podré volver a ser una mujer.

Sin previo aviso algo capta toda mi atención, o más bien alguien. ¡No puede ser! Esa es... ¿Susí? La miro, la remiro y la vuelvo a mirar como quinientas veces. Joder, está mucho más mona de lo que recordaba y, sobre todo, de lo que le deseé durante los últimos años. ¿Dónde están los quince kilos que le faltan?, ¿y los granos? Siento su mirada sobre mí, o tal vez no precisamente sobre mí ya que aquí somos unas veinticinco mil personas por lo menos, qué puta locura, pero sí sobre la zona en la que me encuentro, así que agacho la cabeza y me hago la loca.

Sin pensarlo me giro hacia atrás. Para mi sorpresa el chico de la maleta, mi adorado Clark Kent, todavía permanece ahí paralizado, juraría que mirando hacia mí.

Lanzo un fuerte resoplido antes de comenzar a caminar de nuevo hacia él.

☹️
DEFINITIVAMENTE
ESTOY
PERDIENDO LA
CABEZA
Gabo

Maldito Hugo, ¿es que no piensa dejarme en paz en ningún momento? Observo rápidamente la pantalla de mi smartphone y releo el mensaje que me acaba de llegar al WhatsApp.

Entretenla un rato

Acompañado de un ridículo emoticono con las manos unidas. ¿Es que se va a poner a rezar o algo por el estilo?

Chasqueo la lengua. Pienso decirle que no, ¡que se olvide! Me niego a seguir compartiendo el aire con esa demente. Estoy comenzando a escribir cuando otro mensaje capta mi atención.

Limpiaré el baño durante
un mes. Lo juro

Buf. No, claro que no. Aunque igual sería una buena forma de que aprendiera de una maldita vez cómo se agarra una fregona.

De todas formas, ya está todo hecho, ya no tengo forma de volver el tiempo atrás. Fijo la vista en ella y, de un momento a otro, siento sus ojos puestos sobre mí.

Intento hacerme el tonto, girando la vista hacia el lado opuesto, pero sé que no he conseguido gran cosa cuando aprecio como se le dibuja una media sonrisa en el rostro. Maldita sea, tengo que empezar a controlarme de una forma u otra, porque lo que me está pasando no es normal.

Al momento aprecio como se acerca hacia mí. Supongo que para recriminarme algo más, ya me da igual. Me limito a esperar a que llegue a mi altura. Cuando pienso que va a protestar por algún tema, me sorprende agarrándome con ambas manos y me hace girar sobre mí mismo.

—¿En qué te puedo servir? —le pregunto divertido. Aprecio como ella intenta comprobar algo por encima de mi hombro, aunque para ello tiene que ponerse de puntillas.

Supongo que si fuera un poquito más alta este hecho me habría pasado desapercibido, pero así es cuanto menos gracioso.

—Estaba pensando... —comienza, dejando de lado su modo espía y centrando la vista en mí. La observo con curiosidad.

—¿Pensando? ¿De verdad? No me parecías de las que piensan.

Aprecio como presiona un labio contra otro, como intentando controlar las palabras que sin duda me quiere dedicar. Supongo que lucha contra su propia conciencia, y logra ganar, ya que finalmente me dedica una simple sonrisa.

—Lo que te decía —prosigue como si tal cosa—. Pensaba que con esos míseros cinco euros que me querías dar para comprar mi preciosa y carísima lencería —repite entre dientes—, podrías invitarme a una cerveza, ¿no? Digo, para algo me arreglé. No me apetece volver para casa así como así.

¿Arreglar? No puedo evitar soltar una fuerte carcajada, que sin duda le molesta. Me llama la atención que siga intentando controlar sus impulsos, que sin duda le piden a gritos que me pegue un buen guantazo, aunque muy en el fondo sé que me lo merezco.

—¿Entonces qué? —pregunta con impaciencia.

Me limito a hacer un gesto con los labios. Me vendrá muy bien que Hugo me deba un favor. Sus intenciones las desconozco, pero

para ser sincero me dan exactamente igual.

Aprecio como comienza a abrirse paso entre la muchedumbre, más de la que pensé que pudiera haber un día como hoy. Realmente creía que estaríamos totalmente solos. Se ve que a la gente le gusta venir al cine el día de navidad. Primera noticia que tengo.

Se introduce dentro de uno de los locales que, a pesar de estar bastante lleno, no se compara ni de lejos con la cantidad de gente que hay fuera. Se acerca a una de las mesas libres y se deja caer con mucho glamur. La observo atentamente, no sé bien ni por qué. Tal vez con la esperanza de que pierda la clase en algún momento y poder comprobar que es humana.

El sitio es espectacular, sobre todo por las hermosas vistas del puerto que nos regala. Me siento frente a ella y me giro hacia la ventana, deleitándome con la panorámica, que sin duda me interesa mucho más que ella.

—Una cerveza, por favor. —Me giro de nuevo al escucharla, poniendo toda mi atención en la sonrisa vomitiva que le dedica al camarero.

Tengo que confesarlo, odio a las chicas así. No creo que ninguna tenga la necesidad de coquetear a todas horas, no lo veo mal, pero... no, no me gusta.

Le hago un gesto para que me ponga lo mismo a mí, aunque mi primera intención era pedirme una Coca-Cola, pero siento que necesitaré algo un pelín más fuerte para soportarla durante este rato.

Me llama la atención que saca su teléfono móvil y comienza a teclear en él, como si la conversación que pudiéramos tener entre los dos le importara más bien poco. Tras observar sus movimientos durante unos escasos segundos, hago lo mismo.

Sin dudarlo fijo la vista en la pantalla, al parecer todavía no había salido de la conversación de Hugo. Presiono rápidamente sobre la ubicación y se la envió sin añadir nada más. Al momento me responde con un directo: «Te quiero, tío» que ignoro con gran agilidad. Espero sinceramente que no tarde demasiado en llegar.

Abro el Messenger y descubro el mensaje de Gema. Siento un pequeño revoloteo en mi interior, y ni siquiera sé por qué me

importa.

No sé si debería. De hecho estoy seguro de estar metiendo el pie bien en el barro, pero ahora mismo tampoco es que me importe demasiado.

Tal vez me acordaría de ti
si me pasas una foto. En la que
tienes apenas se te reconoce.

¿Lo hará? Lo dudo.

Espero pacientemente con el móvil entre las manos, y digo paciente, aunque realmente me esté subiendo por las paredes. ¿Quién estaría tranquilo en una situación así? Con campanilla delante de mí, mordisqueándose la uña de su meñique a la vez que sonrío de forma poco discreta frente a su teléfono móvil; y esperando la respuesta de Gema al otro lado de la línea.

No es el momento. Es navidad.

Me río al leer su respuesta. Me llevo una mano a los labios para que nadie más se percate de mi sonrisa de idiota antes de proceder a responderle.

Por eso, sería un precioso
regalo navideño.

Presiono los labios y espero. Espero y desespero. Sé que leyó mi mensaje porque la aplicación me lo notifica. Los nervios comienzan a subirme a la garganta. ¿Lo hará?, ¿estará buscando una foto?

Estarás con tu familia y... no
querrás que ellos vean la foto
que estaría encantada de enviarte

Y, tras esto, un icono de un guiño.
Sin más comienzo a sentir un fuerte revoloteo en mi interior.

No estoy con mi familia

Respondo sin más.

Le acabo de dar pista libre. Definitivamente estoy perdiendo la cabeza.

Comienzo a mirar nervioso hacia todos lados, como si me preocupara el hecho de que alguien pudiera haber llegado a leer mi conversación con esa chica. ¿Por qué me preocupa? ¿Por qué me avergüenza? Dios, es terrible. Me estoy convirtiendo en todo eso que siempre juré no ser. Aunque por lo menos ya sé que la chica tiene la misma edad que yo, algo es algo. No me podrán acusar de pederasta.

¿Y qué haces?

¿Que qué hago? Levando la vista, fijándola de nuevo en la chica rubia que tengo ante mí. Realmente no sé por qué motivo quería que la invitara a una cerveza si me está ignorando con premeditación y alevosía.

Supongo que decirle algo así como «estoy tomando una cerveza con una chica guapísima» no ayudaría. ¿Aunque a qué tendría que ayudar? Espera, ¿de verdad creo que es guapísima?

Sin más fijo la vista en ella, apreciando como se muerde el labio inferior mientras simula una discreta sonrisa. Bueno, puede que no sea fea, pero guapísima tampoco es. Se nota que lleva kilos de maquillaje encima... o tal vez no. ¡Yo que sé!

—¿Tengo monos en la cara? —pregunta, mirándome con un gesto divertido.

¿Por qué siempre me tienen que pillar haciendo lo que no debo? Sobre todo ella... Ya es la segunda vez en la media hora que llevamos juntos. La pobre se va a creer cosas que no son.

—Me estaba fijando en que se te arruga mucho el ceño cuando piensas. Debe de ser que vives con mucho estrés —respondo, casi sin pensarlo.

Al momento aprecio como su rostro se va cambiando. Juro que siento que de un momento a otro va a efectuar una transformación, más propia de un Pokemon, pero finalmente se contiene. Dibuja una mueca divertida a la vez que se muerde el labio inferior.

Se aparta con bastante clase, dejándole paso al camarero quien, con poco disimulo, le deja un papel delante con su número de teléfono. ¿Pero qué?

—¿Qué se supone que acaba de pasar? —pregunto, observando la situación perplejo.

Al momento aprecio como la chica dobla el papel en cuatro y lo guarda dentro de su bolso.

—Oh, no te preocupes. Tú teléfono ya lo tengo —me dice con un discreto guiño.

No, si no quiero su teléfono. De hecho, ahora mismo lo voy a borrar de mi agenda. ¿Para qué diablos querría comunicarme con ella? Pero el detalle de que intente coquetearle delante de mí me parece cuanto menos detestable... Se supone que está conmigo,

¿qué pasa si es mi novia? Bufo e intento pensar en otra cosa. Ese tipo de gente me revienta, deberían de aprender a respetar.

Desbloqueo de nuevo el móvil, y lo primero que me aparece es la conversación de Gema. Me apresuro a responder un simple «nada» justo antes de enviárselo, y salgo a toda velocidad.

¿En el fondo qué es lo que hago? Nada, perder el tiempo.

—¿Entonces te parece raro que me guste Huecco? —pregunta con voz tranquila, como si realmente le interesara mantener algún tipo de conversación conmigo.

Para ser sincero paso de ella, pero todo lo que estoy viendo me ayudará profundamente en mi investigación para la creación del personaje del videojuego que va a revolucionar el mundo moderno.

Sonrío, con esa sonrisa con la que dicen que conseguiría prácticamente cualquier cosa.

—Jamás lo habría dicho. Me pareces otro tipo de chica.

—Bueno, también me gustan otros cantantes, y otras canciones. —Aprecio como se queda pensando, y de un momento a otro una sonrisa alumbra todo su rostro—. Incluso te podría dedicar una si tú quieres, una que se ajusta totalmente a ti, a tu forma de ser.

Ante esto no puedo más que reírme, conociéndola no tengo ni la menor duda de que me dedicará una poco educada de El Canto del loco, por ejemplo.

Tuerzo los labios, dándole pista libre para sorprenderme cuando, sin previo aviso, se levanta y se sube encima de la mesa ante la mirada atenta de todos los presentes.

¿Qué cojones pretende? Intento pararla, pero ya es tarde. En cosa de segundos agarra la botella de cerveza, a modo de micrófono, supongo, y comienza a entonar la canción.

—«Cada noche repites que soy tu superhéroe. Sin capa, como te lo digo. Soy tu Jack Sparrow, soy el elegido»^[25] —comienza a entonar con bastante arte, tengo que admitirlo, a la vez que mueve el cuerpo al ritmo de la canción.

Todos los viejos babosos se acercan a mirarla, sobre todo cierta zona de su anatomía que la chica mueve sin ningún pudor.

—«Yo soy Lorenzo Lamas, soy el rey de las camas. Soy tu fiel caballero de la mesa cuadrada».

Tierra, trágame. Pero trágame ya, y no me devuelvas hasta que la raza humana no se haya extinguido.

Sin pensarlo me tiro hacia atrás, fingiendo no hacer caso a la actuación de la rubia, quien continúa entonando la canción con mucha clase.

—«No lo dudes más. Soy tu superhéroe».

Culmina con la canción, dirigiéndome una mirada un tanto intimidatoria. No me lo puedo creer, esta mujer es de otro planeta.

Cuando la da por terminada, sin más, se deja caer en la silla y le da un pequeño trago a su cerveza.

—¿Puedo preguntar qué fue eso?

—¿Lo qué? —pregunta sin más, como si realmente no tuviera ni la más remota idea de que le hablo.

Esta mujer me da miedo, mucho miedo.

—Tu actuación, o más bien podría decir *tu locura* —digo, enfatizando mucho las últimas palabras.

—¿No te gustó? Pensé que te sentirías identificado. —Se encoge de hombros tras decir esto—. Eres mi Clark Kent y mi superhéroe, el salvador de maletas —dice de forma exagerada, como si se tratara de un mal título para una nueva película de Marvel.

Comienzo a abrir los labios para responder cuando alguien me rompe el momento:

—Lamento la tardanza. —Escuchar la voz de Hugo me produce un hilo de tranquilidad dentro de mí, y no sé ni por qué.

Veo como campanilla lo mira de arriba abajo sin tapujos.

Perfecto, pues ya me puedo ir.

Me levanto, con la tonta idea de despedirme y dejar a la parejita aquí haciéndose carantoñas, cuando una imagen conocida aparece por la puerta: Carolina, la prima de Hugo.

Tiene que ser una mala coincidencia. ¡Obvio que lo es! Me giro hacia él, haciéndole notar mi molestia y veo que lo capta porque se encoge de hombros.

—Le gustas.

Ruedo los ojos antes de dirigirle una mirada con toda la mala leche que puedo a mi exmejor amigo.

Genial, qué noche tan prometedora.



¡POR EL AMOR A LA PIZZA CINCO QUESOS!

Gema

Miro la escena un tanto alucinada. El tío bueno del avión y la camarera «enseña todo», que parece que viene un tanto más tapada hoy... ¿Es una especie de cita doble?

Sin duda me quedo con el tiarrón. Que a Superman se lo folle un pez, si quiere.

—Qué casualidad que os haya encontrado aquí —dice el buenazo, dedicándole un guiño al chico que tengo frente a mí.

Intento controlar la risa que amenaza con brotar de mis labios. ¿Así que todo había sido una pequeña encerrona? Pues posiblemente la mejor de mi vida. No pienso poner problema en compartir espacio con él. No, señor.

—¿Por qué no os unís a nuestro plan, entonces? —pregunto, haciéndome la tonta. Le muestro la cerveza que tengo sobre la mesa a la vez que aprecio como se sienta a mi lado.

¡Sí! Ahora solo falta que comience a acortar un poco la distancia y...

—Me muero de hambre —confiesa, mirando hacia todos lados.

«Y yo, te comería a ti entero, de arriba abajo». Lo observo sin pudor a la vez que se revuelve en el asiento contiguo al mío. Veo como Clark hace un gesto con los labios que no puedo interpretar, aunque para ser sincera me da exactamente igual.

—Pues dudo que aquí tengan algo de comer —le dice en cambio.

—Pero aquí a la entrada hay una pizzería, ¿vamos?

¡¿Pizza?! ¿Es qué se ha vuelto loco? Esas mierdas están cargadas de calorías vacías. Ese queso grasiento, esa masa tan... Oh, Dios, ¡quiero una *pizza*! Sin más me levanto, como si tuviera un muelle en el trasero. Acercó la botella de cerveza a los labios y, de un solo trago, me terminé todo el contenido. Ahora mismo necesito esa *pizza* tanto como respirar.

—Si es que es la mujer ideal.

Escucho como intenta decir en un pequeño susurro, pero yo ya estoy en otra galaxia. En una repleta de queso, tomate y grasa.

Salimos del bar —por suerte el buenorro se ofrece voluntario número uno para pasear mi maleta— y nos acercamos a un pequeño *stand*. El olor a masa y a queso derretido me perfora las fosas nasales en cuestión de segundos y no puedo evitar soltar un pequeño gemido. Aunque por suerte creo que nadie más se percata de ello.

—¿Cómo te gusta la *pizza*? —Me encojo de hombros ante la pregunta del buenazo. No la suelo comer muy a menudo precisamente por el motivo por el que la quiero ahora: por su grasa.

—Con queso, seguro —respondo, encogiéndome de hombros.

—Yo quiero una vegetal —dice la idiota de la camarera, a la cual no le conozco el nombre, por cierto. Creo recordar que Clark la llamó de alguna forma en la discoteca anoche... ¿Zorra Asquerosa, tal vez? Le pega.

Clavo la vista sobre la *pizza* que quiere, y no puedo más que torcer los labios. Supuestamente está compuesta por pimiento rojo asado, pimiento verde, aceitunas, mozzarella y champiñones.

«Y Champiñones» se repite una y otra vez en mi cabeza. Maldita sea, ¡deja de pensar en él, Gema!

Para despistarme pongo la vista sobre una de mis pizzas favoritas en mi época universitaria: la cuatro quesos, aunque ahora parece ser que añadieron uno más. Supuestamente es una pizza cinco quesos con una salsa especial de la casa. Se me comienza a hacer la boca agua.

—Quiero esta —digo, señalando de forma poco elegante la imagen en el folleto. Ante mi comportamiento veo como la pija idiota se estremece.

—Estás loca, vas a engordar veinte kilos —responde con repulsión.

«¿Y a ti que te importa si yo engordo o dejo de engordar?» me siento tentada a preguntar, pero algo dentro de mí me pide que no lo haga, que me controle.

¡Por el amor a la pizza cinco quesos!

Aspiro y espiro con ansiedad

Sin saber muy bien por qué, fijo la vista en su acompañante quien, inevitablemente, rueda los ojos. No tengo muy claro qué hace con ella, pero estoy comenzando a pensar que lo único que le atrae es que le sirva copas gratis medio en bragas, porque otra cosa la tía no tiene. Está medio hueca.

—¿Hugo, tú cual quieres? —Escucho la voz de Clark.

Así que Hugo... le pega el nombre. Es nombre de tío bueno. Aunque si se llamara Manolo o Teodoro me habría gustado lo mismo. Ese culo lo perdona todo.



—Odio los champiñones —dice Clark, mirando con repulsión la pizza que le había pedido Hugo finalmente.

Champiñones, maldita sea. ¿Es qué todo me tiene que recordar a él?

Suelto un pequeño bufido a la vez que dejo un pedazo de mi deliciosa *pizza* para buscar mi teléfono móvil.

Sin más entro en la conversación con el champiñón para descubrir que, en efecto, no me dijo nada más.

Siento como una angustia comienza a recorrerme de cabeza a pies y, sin más, me dispongo a mover los dedos por la pantalla sin sentido.

No consigo entenderlo, a veces tan simpático y otras tan idiota y cortante. Debe de ser bipolar o algo así.

¿Pero a ti qué te pasa?

Le pregunto sin más. Para qué andarme por las ramas. Realmente no sé ni por qué me molesta.

¿Será que Susi te comió el cerebro?

Sin duda, esa siempre apareciendo en mi vida para fastidiármela por completo. Juro que me daría igual si no llega a ser porque detesto que cada cosa que ocurra a mi alrededor me recuerde a él.

—¡Deja los malditos champiñones! —le digo a la idiota de Zorra Asquerosa, que parece entretenida jugando con uno de ellos.

Al escucharme, Hugo me pasa un brazo por los hombros, supongo que intentando relajarme, pero siento que ya nada puede hacerlo. Todo el mundo parece estar conspirando en mi contra.

Observo el móvil y aprecio como no me responde, aunque tengo que decir a su favor que ni siquiera aparece conectado.

—¿Tomamos una copa? —pregunta el buenorro, que ahora sé que se llama Hugo, dándole el último bocado a su trozo de pizza.

Hago el amago de responder, ya que estoy más que segura de que la pregunta va dirigida hacia mí, cuando la idiota de la camarera se me adelanta.

—Pero algo suave, que no acostumbro a beber y me emborracho rápido. —Esto último lo dice mirando de forma coqueta a Clark.

Clavo mi vista en él, y no puedo evitar sonreír. Sin duda lo último que quiere es soportarla. Por otro lado, normal: la tía es un muermo total. Además de resultar cansina.

—Yo quiero una cerveza —digo, encogiéndome de hombros.

No quiero terminar por los suelos, y tal vez sea la mejor forma de lograrlo. Veo como Clark dice exactamente lo mismo que yo.

—Copión —repongo entre dientes, motivo por el que esboza una discreta sonrisa.

Nos levantamos, dejando las cajas en la respectiva papelera, y nos aproximamos a uno de los bares más cercanos: el que está en el lado opuesto al de antes.

Mejor, de todas formas con ese camarero ya ligué. Sonrío, recordando el papel que tengo dentro mi cartera guardado con mucho mimo. Tal vez mañana le envíe un mensaje.

Tan pronto entramos nos hacemos con una mesa sin mucha dificultad, a pesar de que todo eso parece el primer día de rebajas en Zara. Hugo le hace un gesto al camarero para que se acerque y este no tarda en hacerle caso. Escucho como le pide tres cervezas y un San Francisco.

Sin más observo la carta de cócteles y lo busco con la mirada: naranja, limón, piña, melocotón, azúcar y granadina. Muy bien, ¿y el alcohol? ¿Qué es un cóctel sin una pequeña dosis de ron, tequila o vodka? Esta chica es idiota perdida.

Me tiro hacia atrás, intentando pensar qué podría hacer cualquier tío del mundo con una mojigata así, cuando mi mente comienza a trazar un plan. Me siento como en esas películas de dibujos en que se te enciende una bombilla, y una pequeña risa diabólica se me escapa sin querer. Menos mal que la música de Juan Magán lo opaca.

¡Dios, me encanta esta canción! Antes de levantarme escucho la voz de Héctor en mi mente diciéndome «Gema, céntrate» y eso hago... o lo intento.

—Voy al baño —les digo, aunque realmente no espero respuesta alguna de ellos.

Me levanto y me meto dentro de los cubículos, por si acaso a alguno se le da por seguir mis movimientos. Tal vez la chiquilla desconfíe de mí... aunque no tendría motivo, ¡soy un ángel caído del cielo!

Tan pronto entro hago el camino a la inversa, intentando pasar desapercibida entre la gente. La verdad no sé ni cómo conseguimos

mesa con la de personas que hay aquí dentro. Es una verdadera locura.

Busco rápidamente al camarero de antes —que por cierto, no está nada mal—, y tan pronto lo localizo intento llamar su atención.

—Perdona que te moleste —le digo, poniendo un gesto sexy en los labios.

Veo como el chico me dedica una sonrisa, de esas que te dejan claro que no le molestas, no, sino que estaría encantado de compartir contigo más que una simple conversación.

—Soy la chica del San Francisco. —Le hago un gesto con la cabeza para que reconozca la mesa, y veo como asiente.

¿Colará que soy la mojigata que pide ese cóctel? Supongo que sí, ya que no hace ninguna mueca al respecto.

—Quería saber si podría cambiarlo. Es que mi hermano no me deja beber, se vuelve loco si sabe que su hermanita de veintiocho años consume alcohol —digo, comenzando a acercarme todavía más a él.

El chico me observa con curiosidad, realmente no estoy segura de que esté escuchando lo que le digo, así que me distancio de nuevo de él. Mi idea es que su atención esté sobre mis palabras, no sobre mi escote.

—Quería saber si le podías añadir un poco de absenta y, a cambio, te doy mi número de teléfono.

El tío está bueno, así que sería como matar dos pájaros de un tiro. Veo como asiente justo antes de separarse de mí. Agarra la botella de absenta y echa una buena cantidad dentro del vaso.

«Gema, eres maravillosa» me elogio mentalmente. Dudo que haya otra como yo en el mundo.



SUFRIR UNA
SOBREDOSIS DE...
¿VITAMINA C?
Gabo

Mataré a Hugo, ahora es oficial. No me basta que se pase un mes limpiando el baño, no. ¡Me debe hacerlo por el resto de mi vida!

Que tía más coñazo. Realmente solo conozco a Carolina de lo justo: básicamente porque es la prima de Hugo y la camarera de uno de los locales más famosos de Coruña, pero nada más. Nunca me sentí ni un poco atraído por ella. No es el tipo de chica que me gusta, y eso creo que Hugo lo sabe, y es por eso que no entiendo su obsesión por juntarme con ella.

—Mañana echan el capítulo final, tal vez podrías ponerte al día y lo vemos juntos —me dice. Y es en ese momento cuando vuelvo a aterrizar.

¿Quiere que vea lo qué? Y lo peor... ¿quiere que lo hagamos juntos? Me dispongo a entreabrir los labios para responder, pero se me adelanta. Como cada rato, cada maldito rato. Qué tía más pesada.

—Es divertida, y también tiene un lado de misterio. Es perfecta, mañana se sabrá quién es el... —vuelvo a desconectar de la conversación.

Fingiendo interés saco el móvil del bolsillo a la vez que asiento con la cabeza cada cuatro palabras, y parece que funciona porque no me recrimina nada.

Entro en varias aplicaciones, y dejo para el final el Messenger. Realmente no esperaba tener nada, y los mensajes de Gema recriminándome no sé muy bien qué, me parecen cuanto menos extraños.

¿Estás celosa?

Respondo sin más, con una pequeña sonrisa.

En ese momento me doy cuenta de que por un segundo olvidé asentir con la cabeza, ya que Carolina vuelve a tener sus ojos sobre mí y me mira interrogante.

—Sí, perdona. Estaba respondiéndole un mensaje a mi hermana —miento. No suelo hacerlo, pero... esta tía me da exactamente igual.

Dibuja un gesto de ternura que no consigo comprender: ¿la gente no suele responderles los mensajes a sus hermanos? Yo, por lo menos, si Eva o Silvia me envían algo les respondo, no creo que sea un gesto de amor, sino de respeto y de ser persona. En fin.

Miro y remiro la pantalla del móvil, pero Gema no está conectada. Siento unos nervios incontrolables en la boca del estómago, que suben y bajan sin más. No sé ni por qué me importa todo, pero es así.

Como para obligarme a dejar el móvil a un lado aparece el camarero. Aprecio como clava la vista en la campanilla loca. ¿Otra vez?, ¿pero qué diablos tiene esta chica?, ¿es un puto imán? ¡Pero si yo no le veo nada! Es una chica más, aunque un poco loca para mi gusto. Pero ni es tan guapa, ni tanta cosa.

Le deja delante el vaso de San Francisco, y las cervezas en el medio con tres vasos.

Al momento Hugo se apropia de una de las cervezas y yo de otra, apartando la copa. Esas finuras para otros, gracias.

Campanilla sigue con poco disimulo los movimientos del camarero y, después de unos segundos, le pasa el vaso del cóctel a Carolina, haciéndose con una de las cervezas, ignorando también la famosa copa.

Mi compañera se lo agradece con un pequeño gesto, que yo sinceramente no veo muy amable, aunque tampoco puedo estar muy seguro ya que no deja de hablarme de no sé qué historias. Me da exactamente igual.

—Bebe, bebe —le dice Campanilla, mirándola con una pequeña sonrisa un tanto preocupante en los labios.

Mi acompañante se limita a responderle a la sonrisa a la vez que le da un pequeño trago.

—Guau, está fuerte. —Se ríe de forma disimulada tras decir esto.

¿Fuerte? ¿Un San Francisco? ¿Qué es exactamente lo fuerte? ¿La piña o la granadina? ¡Ah, ya sé! Se pasaron con el azúcar. Sin más busco a la rubia loca y veo como esa sonrisa todavía está presente en su rostro.

No me lo puedo creer, ¿la quiere emborrachar? Es más lista de lo que pensaba, creo que la juzgué demasiado rápido.

Bien, espero que esto no se salga de madre, pero...

—Brindemos —suelto de sopetón.

Carolina me mira con picardía a la vez que acerca el vaso de su cóctel adulterado por una pequeña loca, y lo pega a mi botellín de cerveza. Casi al momento se une la otra parejita con sus dos consumiciones.

—Venga, brindemos por repetir esto más a menudo —dice Hugo.

Sí, hombre, lo que me faltaba. Pero sonrío, sonrío como si estuviera totalmente de acuerdo con las palabras envenenadas de mi amigo. Ya se lo haré pagar.

Carolina asiente y le da un pequeño trago a su vaso. Veo como campanilla dibuja un gesto de desagrado, siento que va a abrir los labios para decir algo, pero esta vez soy yo el que me adelanto a sus pretensiones.

—Venga, todo de golpe. Da buena suerte —digo en general. Hugo hace un gesto con las cejas y se termina la cerveza de un solo trago.

La rubita me observa retándome, ya que ella la tiene todavía entera, y yo simplemente me limito a encogerme de hombros. Me termino la mía y la dejo sobre la mesa.

Fijo la vista en Carolina, quien se debate entre quedar bien conmigo o sufrir una sobredosis de... ¿vitamina C? Pero finalmente, al percatarse de que hasta la pequeñaja cumple, termina cediendo. Se bebe la totalidad y deja el vaso sobre la mesa con pesadez.

—Creo que se pasaron con la naranja —suelta sin más, echándose hacia atrás.

Sí, va a ser eso. Intento controlar una pequeña risa, y sin más fijo la vista en la chica que tengo frente a mí, quien no disimula ni un poquito. Sonríe con amplitud a la vez que busca algo en su bolso. ¡Qué mujer!

Aprecio como tuerce los labios al leer algo en su móvil y se dispone a responder. Pero en cuestión de segundos algo capta su atención, supongo que es la canción que resuena. No sé qué tiene esta mujer con la música que provoca que cambie su estado de ánimo en cuestión de segundos.

Se levanta y comienza a mover las caderas al ritmo de una canción reggaetonera de Enrique Iglesias. No la conozco, ¡y ni ganas, oye!

Pero ella parece que sí. Le hace un gesto a Hugo para que se levante también, y él, como parece embelesado con ella, le hace caso. Se levanta y comienza a mover las caderas con torpeza.

Aprecio como Carolina pretende lo mismo por mi parte, así que, sin más, y antes de darle opción a que lo intente, saco el móvil y me percató de que tengo una notificación. De un momento a otro siento de nuevo los nervios golpearme en el estómago con fuerza. Ya me da igual disimular ante la chica.

Entro en el Messenger sin más.

¿Celosa? ¿Y por qué debería estarlo?

Leo una y otra vez. Eso es cierto... ¿Por qué debería estar celosa? Pienso una respuesta ingeniosa, o por lo menos es lo que intento.

Porque tal vez piensas que ella
es más guapa que tú

Respondo sin pensarlo demasiado. Tan pronto dejo el móvil aprecio como la parejita ya regresa. Hugo le hace un gesto al camarero y en menos de dos minutos les deja otra cerveza delante a cada uno.

—Es incansable —me dice moviendo los labios, pero lo entiendo perfectamente. Asiento de forma lenta: incansable y loca.

Una pequeña vibración me asusta. Fijo la vista en el móvil. Un nuevo mensaje de Gema.

Jajajaja NO.

Y, a continuación, me adjunta una foto. Por algún motivo el móvil no me la descarga automáticamente. Maldita sea, no tengo internet.

Con los nervios a flor de piel me disculpo con Carolina, quien parece comenzar a estar más contenta de lo debido. Como todo salga mal, Campanilla me las pagará, pero espero que caiga borracha y duerma la mona durante horas.

Me levanto y salgo del local. Observo el móvil una vez más, tengo datos móviles suficientes como para recibir mensajes, pero no fotos o cualquier otro archivo multimedia.

¡Maldita sea! Bajo las escaleras y salgo a la calle.

¡Joder! Hace un frío de mil demonios, pero me da igual. Suspiro con tranquilidad al apreciar que los datos regresaron a mi viejo móvil, pero al entrar en la conversación vuelven los repentinos nervios. No sé realmente por qué me pasa, pero que me envíe una foto supone un paso muy importante, puede que gracias a eso consiga recordarla, o tal vez simplemente me lleve una enorme decepción.

Es posible que me haya mentido y que realmente tenga quince años.

Mierda. No había pensado en eso. Suspiro, dudando si entrar en la aplicación o no cuando una vibración me sorprende. Suelto un pequeño grito, ganándome la mirada recriminatoria de una pareja de chicas que parecen estar queriendo pasar frío, o tal vez el vicio las

haga inmunes a una buena gripe. Veo como se llevan el cigarrillo a los labios y sueltan el humo por la boca, contaminando el aire.

No puedo juzgarlas, a mí los nervios y las ansias por verla me hacen estar aquí, a menos de dos grados posiblemente, y encima sin chaqueta.

«Qué listo eres, Gabo».

Al momento abro el mensaje, que es de Campanilla.

Desaparecido, tu chica está insoportable

Tendrá morro. ¡Si es por su culpa! Paso de responderle y suelto un pequeño resoplido, tal vez sea eso lo que me obliga a infundirme de valor. Nada pierdo entrando en su conversación.

En este caso la imagen ya aparece descargada, y lo que veo me roba una pequeña sonrisa, dejando, por primera vez en todo el rato, los nervios a un lado.



TAMPOCO QUIERO
COLGARME
MEDALLITAS
INNECESARIAS

Gema

Releo el mensaje de auxilio que le había enviado a Clark una vez más, mientras la idiota pechugona me habla de algún tema que me importa dos pimientos de Padrón.

Desaparecido,
tu chica está insoportable

Con el móvil en la mano, a punto de bloquearlo, una notificación capta mi atención. El internet que hay aquí dentro es básicamente muy malo, por lo que no me sorprende al ver que los mensajes son de hace más de diez minutos.

Bufo, pero finalmente termino sonriendo al leer la reacción del champiñón a la hermosa fotaza que le envié. Realmente no sé ni por qué la guardaba todavía, pero al entrar en los mensajes antiguos no tardé en encontrar esa foto adulterada de la idiota de Susi, que le había compartido a Jorge —mi mejor y único amigo por aquel entonces—, muchos años atrás. En su época me lo pasaba pipa haciendo modificaciones con Photoshop, y editar su imagen de bruja fue mi mayor diversión.

Me río al abrir la foto una vez más: ¡qué guapa que está con esa nariz enorme, con la verruga y con esa cara de idiota! Esto último no

es mérito mío, sino de sus padres. Tampoco quiero colgarme medallitas innecesarias.

Es exactamente como la recuerdo.

Aunque tengo que decir que
ahora está algo desmejorada.
Esa verruga le daba un
aspecto atractivo

Me río al leer su mensaje. ¡La verruga convirtió esa imagen en la mejor obra de arte de mi vida! Soy una artista de cabeza a pies. ¡Oh, yeah!

Oh, ¿así que perdió esa verruga de bruja?

Me río esperando su respuesta. Al ver que no llega vuelvo a mover los dedos por la pantalla una vez más.

¿Y qué más cosas cambiaron?

¿Tú sigues siendo un champiñón o ya no?

Espero durante unos segundos y, cuando pienso salir, su respuesta capta toda mi atención. Sonrío al apreciar su desconcierto. ¡Realmente no sabe que lo llamo Champiñón! Toda mi vida lo conocí como tal. Me río antes de comenzar a mover los dedos por la pantalla.

Tenías un corte de pelo muy divertido.

Parecías un champiñón

Me río al imaginarme su expresión en este momento, y también me hace gracia recordar su rostro: ¡qué mono era!

Siento como un rubor se me deposita en las mejillas. Vale, lo acepto, siempre me sentí algo atraída por ese chico misterioso. No sé realmente cuál fue el motivo, pero... ¡Tengo que dejar de beber! Dejo el botellín de cerveza sobre la mesa con brusquedad, ganándome así una mirada un tanto extraña de Zorra Asquerosa.

¡No parecía un champiñón!

Era lo que se llevaba
por aquel entonces...

Podría decirse que era un
pelo a lo Howard Wolowitz.

Me río al leer la comparativa con el personaje de The Big Bang Theory. Lo cierto es que podría decirse que sí, aunque él era mucho más mono. Le respondo con un emoticono que me encanta, uno que parece estar pensando, y su respuesta no se hace esperar:

¿No sabes quién es?
¿No ves la tele?

Suelto una pequeña carcajada al leerlo. Sé que tengo que estar dando la nota, pero me da igual:

No, soy más intelectual.
Solo leo libros.

Sobre todo, libros académicos

Me parto de risa durante unos segundos, tiempo que tarda en entrar en dejarme en visto, así como si mi chiste no fuera de lo más gracioso. ¡Será grosero! Como castigo a su falta de educación salgo del Messenger y entro en el WhatsApp. Fijo la vista sobre el mensaje de Clark y me hiere la sangre al ver que me sale el doble *check azul*, ¡lo leyó! ¿Por qué me ignora? ¿Es que hoy es el día de ignorar a Gema?

Entro y salgo una y otra vez hasta que, en un momento, me sale como «*Escribiendo...*». Bufo, y solo deseo que aparezca más temprano que rápido y se la lleve lejos de aquí: tal vez a echarle un polvo en algún motel cutre. ¡Me da igual! Pero que se la lleve ya.

Jódete, guapa.

Tú la emborrachaste, tú la aguantas

¿Cómo? Paso la vista por el mensaje una y otra vez. ¿Lo sabía?
¿Y lo permitió? Pues la culpa es de ambos, ¡ja!

Suelto una pequeña carcajada antes de comenzar a mover los dedos por la pantalla.

Tú bien que la querías borracha.
Por eso no me lo impediste.

—Los tíos son todos unos idiotas —me dice la camarera pechugona. ¡Aggg!

«No somos colegas, cariño. No, no quiero ser tu puto confidente. Déjame en paz».

Bloqueo el móvil y le hago un gesto de desinterés, pero sé que no funciona cuando veo que se acerca de nuevo a mí y tira de mi brazo, intentando obligarme a separarme del buenazo de Hugo. Este, que parece divertido por algo, me hace un gesto permitiéndome bailar con ella. ¡Pero yo no quiero!

Maldita sea, ¿de quién fue la idea de emborracharla? Ah, sí... ¡mía!

Idiota, mil veces idiota. La idea era que cayera borracha y me dejara en paz, y a su vez hacerle un pequeño favor a Clark, que no se merece nada... ¡será desagradecido!

—Venga, te invito a otra aguachirri de esas que te gustan a ti —le digo, tentando un poco más a la suerte. Suelta una fuerte carcajada insoportable que me deja noqueada.

Bueno, tal vez una no fuera suficiente. Me acerco a la barra y pido rápidamente otro San Francisco adulterado—acompañado de un guiño para que mi camarero favorito me entienda—, y una cerveza. El camarero me dedica una sonrisa, y me recuerda con un insinuante movimiento de cejas que no cumplí con mi parte. Le sonrío y, tan pronto se acerca con los pedidos, me apropió del boli que tiene detrás de la oreja, agarro una servilleta y le apunto lo que tanto anhela: mi número de teléfono.

Por algún extraño motivo, miento. Es la primera vez en mi vida que no doy mi número real. Sigo un estúpido patrón: primero pares salteados, después impares correlativos, para terminar con el comienzo de mi número real. No adivinaría jamás mi número de teléfono. ¡Ja!

En el fondo no sé porque lo hago: el tío está bueno, muy bueno, pero... ¡Yo que sé! Tal vez sea que el alcohol me está comenzando

a nublar la vista, o que tal vez tiene pinta de ser un tipo soso como el tal Luis, del cual no volví a saber nunca nada más, por cierto.

Suelto una pequeña carcajada, motivo por el cual el camarero me mira un tanto extrañado. Pero tan pronto su vista se dirige a mis pechos sé que estoy salvada. Sonríe y desaparece. ¡Si es que todos son iguales!

Agarro el San Francisco y la cerveza y me acerco a la conocida por mí como Zorra Asquerosa, tal vez debería de preguntarle su nombre, pero... Zorra le queda demasiado bien, y Asquerosa es un apellido que se está perdiendo. ¡Deberían rebautizarla!

Me disculpo con Hugo al acercarme a la mesa y darme cuenta de que me olvidé de él, pero niega quitándole importancia y me muestra su cerveza. Se ve que se busca la vida él solito: eso me mola. Sonríe con picardía y le dejo el cóctel adulterado a la bobalicona.

Se ríe y lo agarra con fiereza, bajándose la mitad de un trago.

¡Fiera! ¡Relájate!

Pero no se lo impido. Me siento al lado de Hugo y me pongo a mover los hombros de forma insinuante. Le hago un gesto para que me saque a bailar, pero sé que no va a hacerlo mientras Clark no regrese, y la idiota de la Zorra esté acompañada.

Rebusco el móvil en el bolso, con la única idea en mente de mandarlo a la mismísima mierda, cuando sin más veo que aparece por la puerta.

¡Aleluya! Siento incluso ganas de hacerle la ola cuando se acerca a la mesa. Fija la vista en la pechugona —aunque rápidamente me doy cuenta de que esa parte de su anatomía le da exactamente igual— y después dirige su mirada hacia mí de forma recriminatoria.

«¡Pero si te hago un favor! Así será todavía más facilona, si eso es posible. ¡De nada!» Le devuelvo la sonrisa a la vez que me llevo el botellín a los labios y le doy un pequeño trago.

Busco el móvil y entro en el Messenger. Leo lo último que le envié a Gabriel y me decepciono al ver que no respondió: ¡Ahh! Esto es de locos. Siento una impotencia terrible, no quiero que las conversaciones con él se terminen. Y recordar su gesto infantil tantos años atrás, hace que todavía tenga más ganas de hablar con él y, por algún extraño motivo, comérmelo a besos.

Bloqueo el móvil cuando veo como la zorrita se levanta como si tuviera un muelle en el trasero, y comienza a moverlo de un lado a otro con rapidez, intentando captar la atención de Clark. Este la observa totalmente molesto y, sin más, dirige la vista hacia nosotros. Hugo se ríe y yo... ¡Me meo de risa! La situación es graciosísima.

Me levanto y le hago un gesto a mi hombretón para que me siga. ¡Qué hombre, madre mía del amor hermoso! No tengo ni idea de qué canción es, pero me da igual. Desde hoy será mi favorita. Comienzo a moverme alrededor de él y este intenta seguirme el ritmo.

«Bueno, espero que seas mejor en otros ámbitos, bombón». Le guiño un ojo, como si pudiera leerme la mente, y prosigo con mi cometido de provocarlo hasta límites insospechados, cuando siento una mano apoyada en mi hombro. Me giro, esperando que sea alguien que se quiere unir a nuestro baile, cuando los asombrosos ojos castaños de Clark, esos que me dejan sin respiración, se posan sobre los míos. Veo como mueve los labios, pero no logro comprender lo que dice hasta que me obliga a pegarme a él.

Dirijo una mini mirada a Hugo, pero este no parece para nada molesto: al contrario. Se acerca a la barra para pedir, supongo, una nueva cerveza, momento que aprovecho para escucharlo.

—¿Qué quieres? —protesto. Me dirige una mirada intimidatoria.

—Líbrame de esta o te juro que Hugo se entera de que intentaste emborrachar a su santa prima —me dice en un pequeño susurro.

—Esa de santa tiene lo que yo —protesto en voz baja. Clark me mira esperando una respuesta y yo solo puedo revolverme en el sitio, molesta.

Lo último que quiero es bailar con él teniendo al buenorro de Hugo ahí, tan dispuesto para mí. Estoy segura de que, si me lo curro un poco, termino con él en alguna habitación, cuarto de baño o qué más da dónde. Llevo demasiado tiempo sin darme un capricho y lo necesito como respirar.

Aspiro con ansiedad antes de presionar un labio contra el otro. Juro que a partir de mañana comienzo a dar clases de cómo controlar a mi yo interior. Esta vez había jugado en mi contra ser la Gema divertida, la que lo quiere gobernar todo.

Comienzo a acercarme a la pareja y, en un primer momento, muevo las caderas delante de la pechugona borracha. Veo como sonrío y se pone a mover el cuerpo fijando la vista en Clark. No sé qué canción es, pero la odiaré toda la vida —y sí, por desgracia es la misma que minutos antes se había convertido en mi favorita—. Comenzamos a movernos al ritmo, y los dos chicos nos observan totalmente pasmados: en el rostro de Clark aprecio un gesto de superioridad, mientras que el de Hugo me notifica que tomé la decisión correcta, tal vez todavía sigo caminando en dirección al cuarto de baño con él.

Siento como Zorra Asquerosa me pone una mano en la cintura y, como si me hubiese dado una pequeña descarga eléctrica, me separo de ella. Veamos, no me importa bailar con quien sea, pero no quiero contacto con ella: ¡no la soporto! Se mueve de una forma que me da vergüenza ajena, y parecemos dos desesperadas. Y yo... paso.

Me acerco a los chicos y me pongo a bailar entre ellos, aprovechando el momento de desconcierto. La borracha hace lo mismo y, cuando siento la mirada de Clark sé que no tengo otra solución.

Me acerco a él y comienzo a moverme con toda la maestría que fui adquiriendo con los años. Comienza una nueva canción, y por algún motivo la letra es la que capta toda mi atención: la conozco, la conozco perfectamente, y hasta este momento jamás había comprendido su significado.

«Amor yo estoy conectada.
Hoy quiero respirar tu voz hasta la madrugada
Imaginar que entre tú y yo no hay una pantalla
Que pida que erices mi piel con solo rozarla
¡Ay! me muero de ganas»^[26]

No es un gran bailarín, pero... ¡le gana de calle a su amigo!
Sonrío, intentando parecer segura conmigo misma, aunque por

dentro todo se me esté revolviendo. No sé si es la letra, que la posibilidad de sexo desenfrenado en el baño se esté difuminado o tal vez, y solo tal vez, que la mirada de Clark me esté desnudando.

—«Te mando un privado, chateas conmigo, lo que daría por un vis a vis. Da igual la distancia, no importa la hora» —canturreo cerca de su oído. Parece estar totalmente ajeno a mi canción, y posiblemente yo sea la única que siente millones de mariposas recorrerme de cabeza a pies.

No sé qué me ocurre, no sé qué diablos hago, pero sin más me separo de él. Me quedo paralizada durante unos segundos, observando las pequeñas motitas que decoran sus hermosos ojos. No sé ni cómo soy capaz de apreciarlas con la poca luz que hay, pero captan mi atención por completo.

Suspiro y, en menos de un segundo, me separo de él, y corro como una loca hacia el cuarto de baño. Cierro la puerta con brusquedad y me apoyo en la puerta.

Esos ojos, esa mirada, ese gesto me dicen mucho más de lo que pienso admitir. Y lo peor de todo es que sé que todos esos sentimientos no me los está produciendo él.

Entro en el WhatsApp y, sin más, abro la conversación de Elisa. Sé que no son horas, pero en el fondo me da igual. Comienzo a mover los dedos por la pantalla con rapidez:

SOS! Te necesito, es urgente.
Llámame tan pronto puedas.

Tal vez sea el alcohol, o que estoy mal de la cabeza como bien me dicen todos siempre, pero rápidamente salgo del WhatsApp y entro en el Messenger. Dudo, dudo y dudo, pero finalmente se lo envío.

Segura de que metí el pie en el barro salgo del baño con la cabeza bien alta.



Te lo demostraré todo
en la reunión de exalumnos.

Leo y releo su mensaje. Me dejo caer en el sofá, bajo la atenta mirada de Carolina, quien parece realmente molesta conmigo.

No me importa lo más mínimo, pero sé que me ganaré una buena reprimenda por parte de Hugo, aunque... ¡él es el único culpable! Nadie le mandó traerla, le falta un tornillo... o dos, o tres. Y a Carolina otros tantos, se nota que son familia.

Suspiro, llevándome una mano a la cabeza y echándome por consiguiente el pelo hacia atrás. Tenía claro que no iba a ir a esa maldita reunión, y todavía estoy seguro de ello... ¡Paso! No quiero verles la cara a todos esos idiotas, pero... ¿cómo le digo que no?

Tampoco quiero que suene como un: «no quiero verte» porque, en cierto modo, algo dentro de mí me pide a gritos que acepte. Quiero verla, pero la reunión no es una opción.

Suspiro, mirando la pantalla una y otra vez y pensando una buena excusa, cuando siento que alguien se sienta a mi lado. No me giro, seguro de que se tratará de Carolina... ¡qué tía más pelmazo, joder! Pero de un momento a otro se apropia de mi móvil, me giro para recriminarle cuando me percató de que no es Carolina, sino Hugo. Puede que sean familia, pero son totalmente opuestos. Se nota que estoy medio abstraído. Suelto una pequeña risa

involuntaria al darme cuenta de mi error, pero cesa rápidamente cuando me percato de que Hugo observa entretenido la pantalla de mi móvil con el ceño fruncido.

—¿Gema? —pregunta, dirigiéndome la mirada por primera vez.

Trago con nerviosismo. Había decidido no hablarle de ella porque... bueno, básicamente porque no sabía ni qué decirle. Asiento.

—Es una excompañera de instituto. —Aprecio como respira con tranquilidad cuando le digo eso.

¿Es qué conoce a otra Gema? Porque yo, por lo menos, no, no es que sea un nombre muy común.

Me acerco a él, intentando quitarle el móvil, pero se escabulle con rapidez, entrando en su perfil. Se acerca a mí, pero manteniendo el móvil con la distancia necesaria para que no se lo agarre, y comienza a navegar por las imágenes que tiene publicadas.

Veo como sonrío, pero no alega nada.

—Es mona —dice sin más—, pero no sube muchas fotos actuales.

Me encojo de hombros. Lo sé. Puede que no haya vuelto a entrar en su perfil, pero cuando tenía mis dudas sobre su edad había revisado el noventa por ciento de sus fotos, y no, en efecto, si realmente tiene mi edad... ninguna es actual.

—¿Te gusta? —me pregunta, con la mirada todavía fija en la pantalla del móvil, supongo que para darme cierta confianza. Lo agradezco, no soy mucho de hablar de sentimientos, y él lo sabe.

Aun así, no puedo responderle: ¿realmente me gusta? Supongo que si me gustara estaría dispuesto a acudir a esa reunión de mierda solo por verla, por disfrutar de un rato junto a ella, tal vez por poder abrazarla y acunarla entre mis brazos, por besarla y...

Oh, Dios. ¡Me gusta! Me llevo ambas manos al rostro y me froto los ojos con violencia. No puede gustarme, ¡no la conozco!

—Te gusta, te gusta —responde Hugo por mí, clavando sus ojos sobre mi gesto. Dios, tengo que ser un puto poema. Presiono los labios y niego, pero ya es tarde. Hugo me observa victorioso.

Me da miedo aceptarlo, lo admito. Es un paso importante, tampoco es que esté seguro de que sea verdad. Tal vez solo esté intrigado por ella: por saber quién es y poco más.

—Ya me darás las gracias —me dice, dejando el móvil sobre mi regazo y saliendo en dirección a la barra.

¿Las gracias por qué? Me incorporo y veo como se acerca a Carolina, quien baila de forma poco decente con un chico. Me hace gracia la situación y, si no llega a ser por el veneno que sé que arrastran las palabras de Hugo, me reiría.

Con toda la rapidez que mi estado me lo permite desbloqueo el móvil y clavo la vista en el motivo por el que Hugo dice que le tengo que dar las gracias. ¡Será mamón! Le respondió por mí, y encima algo que yo jamás habría dicho.

Por supuesto.
Me muero de ganas de verte

No, no, no. Tengo que borrar ese puto mensaje.

Sin más entro en Google y pongo en el buscador «eliminar mensajes messenger facebook» seguro que encuentro algo. Entro en la primera página y... ¡Bingo! Se puede hacer, aunque tampoco estoy seguro de si solo lo elimino para mí, o para todos, pero pienso probarlo desde ya.

Entro en la aplicación y, cuando estoy siguiendo los pocos pasos requeridos, un nudo se me deposita en el estómago.

Siento como el corazón me late al ritmo de: me contestó, me contestó, me contestó, y esas palabras cada vez pasan más rápido. No quiero leerlo... ¡No! Bloqueo el móvil y lo dejo sobre la mesa.

Me levanto y me acerco a la barra, intentando borrar de mi mente en el lío en el que me acaba de meter Hugo. Le pido una cerveza al camarero y tan pronto me la entrega le doy un fuerte trago. Necesito olvidarme de todo de una maldita vez.

—Deberías de tener cuidado. —Escucho una voz muy cerca de mí. Me giro y me encuentro a la rubita mirarme con gesto victorioso —. Esta vez lo encontré yo, pero... ¿qué pasa si otro se apropia de él?

Me sonrío con coquetería, con esa que le funciona con todos. «Conmigo ni lo intentes, guapa». Aun así, para chulo, yo. Le respondo con mi sonrisa quita bragas y sé que se percata de que sigo el mismo camino que ella cuando me hace ese movimiento de pestañas tan típico. ¡Anda qué! Me río con disimulo antes de llevarme la cerveza a la boca.

—¿Puedo? —pregunta, apropiándose violentamente de ella y dándole un trago.

Claro que sí, no esperes a que te responda, si total...

—La idiota de tu noviecita está vomitando en el baño —me dice como si tal cosa.

—Por tu culpa —alego, quitándole la botella de las manos. Veo como suelta un quejido, pero no me lo impide—. Si tú no la emborracharas no habría pasado nada.

—Quería facilitarte la situación —expone, acercándose todavía más a mí. Admito que me molesta su cercanía, pero la prefiero mil veces a la de Carolina—, se supone que es una chica fácil, pero... igual con unas copas de más te permite antes meterte entre sus piernas. Ya me entiendes. —Eleva las cejas de forma insinuante y no puedo evitar soltar una carcajada.

Claro que la entiendo. Con lo poco directa que es lo entendería hasta un crío de cinco años.

—Créeme, no tengo ningún tipo de interés en meterme entre sus piernas —enfático mucho las últimas palabras. Aprecio como se encoge de hombros antes de acercarse a la barra y levantar la mano.

No sé cuántas cervezas llevará, y tampoco soy su padre como para controlarla, pero considero que debería de dejar de beber antes de caer redonda en el suelo.

—Supongo que eres gay —dice sin más, justo antes de que el camarero se acerque y, con coquetería, le pida otra cerveza.

¿Que soy qué? Me río ante su comentario y parece darse cuenta, ya que se gira y clava sus ojos en los míos.

—No pasa nada, yo soy una ultra defensora de que cada uno se acueste con quien le dé la real gana —expone, tal como si estuviéramos en una manifestación del día del orgullo gay—. Héctor, mi mejor amigo, es gay. Es el hombre más dulce y bueno que

conozco, lo hace todo por mí. ¡Te lo podría presentar! —Se gira hacia el camarero apoderándose de su cerveza. Me percató que se lleva la mano al bolso, pero, antes de que saque el dinero, el chico le hace un gesto con la mano.

Mejor no hago ningún comentario al respecto, todo es demasiado surrealista con esta chica. Sonrío, por lo menos sus atributos le sirven para algo.

—Yo también estoy a favor de todo eso, pero no es mi caso. — Me llevo la cerveza a los labios y le doy un trago. Veo como observa mis movimientos.

—¡No te lo niegues! Eso es peor. Héctor también lo hizo durante algunos años, por desgracia antes de conocernos... —dice, pensativa—. En fin, él hizo sus pruebas con chicas, pero no le gustaba. No terminaba de cerrarle todo, no era feliz.

—¿Y ahora lo es? —pregunto, no sé ni por qué. No conozco al tal Héctor, y estoy bastante seguro de mi sexualidad. Veo como ella se lleva la cerveza a los labios y le da un pequeño trago antes de responderme.

—Es el hombre más feliz del mundo. A veces solo necesitamos centrarnos, dar con esa pieza que nos complementa —dice con voz soñadora. Siento como mi cabeza comienza a dar vueltas a sus palabras, de tal modo que casi ni la escucho—. Todavía no encontró a su otro yo, pero será un tío tan guapo como él. Tal vez con esos ojazos que él tiene y...

Desbloqueo el móvil, aún a expensas de quedar como un maleducado por no escucharla, y clavo la vista en la respuesta de Gema. Ni siquiera había salido de la conversación. Dudo durante un momento, poniendo la mirada sobre la rubita, que no para de hablar y hablar, moviendo mucho las manos. ¿Habrá leído el mensaje? La verdad lo dudo, tal vez no me habría dado la chapa con eso de la homosexualidad, y tal vez sí con los peligros de internet. Me imagino que habría cambiado su monólogo sobre la libertad sexual por algo más del tipo: «Sabes que en internet la gente engaña, ¿verdad? Puede tratarse de un camionero de cincuenta años y ciento setenta kilos...». *Nah*, la verdad no la veía dándome una charla moralista en ese aspecto.

Extrañamente yo también
tengo ganas de verte.

Siento como millones de mariposas me recorren de cabeza a pies. ¡Quiere verme! Sin pensarlo me acerco a la enana y la agarro en volandas. No sé ni por qué lo hago, y ella tampoco. Tan pronto me fijo en su rostro me percato de que me mira entre confusa y divertida. Pero yo no puedo dejar de sonreír como un puto idiota.

—Me alegra saber que te ayudé a salir del armario —bromea. Sé que lo hace porque una pequeña risa se dibuja en la comisura de sus labios.

Sin pensarlo le planto un beso en la mejilla antes de dejarla en el suelo. No sé ni por qué lo hago, pero... Ay, ¡qué más da! Soy feliz y todo lo que pasa a mi alrededor me da igual.

Tal vez ella tenga razón, y lo mejor es dejarse llevar. Buscar a esa pieza que me complementa y... ¿por qué no darle una oportunidad a esta tontería que estoy comenzando a sentir?

Siempre fui un estúpido enamorado, pero esto ya roza la locura.

Sin esperas salgo del bar, necesito aire fresco. Bajo las escaleras con prisa y dejo que el frío de la noche me perfore las ideas.

¿Es una buena idea? Ya da igual, lo voy a hacer: ¡La voy a ver!

Entro con prisa en el evento que me habían enviado días antes y me fijo en la fecha y el lugar: veintiocho de diciembre, a las veinte horas. Y casualmente en el local que está justo al lado del viejo instituto.

Para eso todavía faltan tres días. Suspiro derrotado, ojalá pudiera verla ahora mismo, abrazarla y sentir su aroma. Creo que me estoy volviendo loco de remate.

—Oye, Chas, me voy a llevar a Caro a casa. —Me giro al escuchar la voz de Hugo. Nunca, jamás, me llama por mi apellido, lo que me notifica que algo no va del todo bien.

Lo miro, escrutándolo con la mirada, pero al momento me guiña un ojo.

—Pasaste de ella, es mi prima y... tiene que parecer que te odio —susurra. Me río ante su ocurrencia, pero termino asintiendo.

—Descansa —le digo a Carolina, acercándome a ella y dándole dos besos. Sin previo aviso gira el rostro, plantándome un beso en los labios y, tan pronto me separo de ella, suelta una carcajada.

Dios, qué malito es el alcohol cuando no se sabe beber. Bueno, y cuando se sabe también, hay que ser realistas.

—¿Chas? —Me giro violentamente al escuchar mi apellido de nuevo, e interrogo a la enana, que me mira con un gesto divertido en los ojos—, ¿qué clase de nombre es ese?

Se ríe de forma descarada. ¿Qué es exactamente lo que le hace gracia? Tal vez sus voces interiores le acaben de contar un chiste o algo así.

—Es mi apellido —respondo, dándole un nuevo trago a la cerveza—, y no entiendo qué tiene de gracioso.

Veo como se acerca a mí de forma insinuante. ¡Ah, no! Tal vez malinterpretó mi beso de antes, ¡pero si fue totalmente casto y puro! En la mejilla, al más puro estilo amigo homosexual. Mueve las manos y comienza a gesticular con los labios. ¿Qué piensa hacer?

—«Cuando crees que me ves, cruzo la pared —canturrea, pero lo hace tan alto como para que todos los que están a nuestro alrededor fijen la vista en nosotros. Oh, no, ¿otra vez? Me llevo las manos a la cara de forma teatral, pero no sirve para pararla—, hago Chas y aparezco a tu lado»^[27].

Vale, ya hizo la bromita con mi apellido. Miro al cielo con desesperación. No es la primera vez que me cantan la canción para hacer la burla, pero no me pasaba desde el colegio. Me agarra la cerveza y le da un fuerte trago. Se separa de mí y, con rapidez, impide que agarre el botellín.

—Vale, qué graciosa eres. Ahora deja ya de beber —expongo, intentando hacerme con la cerveza, pero ella me lo impide. Está claro que como siga así, esta terminará peor que Carolina.

—Tengo sed. —Me mira con determinación, como si yo estuviera mal de la cabeza por decirle semejante cosa—. No quiero que te enfades, es que tienes un apellido bastante raro. —Cambia repentinamente de tema. Sin más suelta una fuerte carcajada. Aprovecho el momento de confusión para apoderarme del botellín y tirarlo en la papelera tal cual como está. Mejor que tenga la tentación lejos.

Se cruza de brazos y me mira de una forma curiosa. No sé realmente lo que pretende, pero siento como si me quisiera rebanar el cerebro.

—¿Y tu nombre cuál es? —pregunta finalmente, relajando el gesto.

Vale, al parecer nunca nos llegamos a presentar oficialmente. Pensaba que igual me había dicho su nombre y yo, por el alcohol o el poco interés que tengo en ella, ni me había percatado.

—Gabo, me llamo Gabo —digo sin más. Veo como tuerce los labios—. ¿Qué ocurre ahora?

—Que tu nombre es todavía más feo que tu apellido. ¿Es que tus padres no te querían? —Estalla en una carcajada monumental.

Repito: qué malo es el alcohol.

—Vale, ¿y tú cómo te llamas? —pregunto, ya para terminar de formalizar el momento. Veo como me dirige una mirada un tanto extraña justo antes de comenzar a caminar en dirección al puerto.

Se muerde el labio inferior y, en cosa de medio segundo, comienza a correr.

—«Quieres ir tras de mí, pobrecito de ti. No me puedes atrapar» —canta de nuevo.

¡Agggg! Esta mujer consigue sacar lo peor de mí. Me llevo una mano al rostro antes de emprender camino hacia ella, decidido a dejarla en su casa de una vez por todas.



¿Puedes venir a buscarme a la plaza de Pontevedra?

Releo una y otra vez el WhatsApp que le envíe a Héctor hace aproximadamente unos diez minutos, ¿por qué se supone que todavía no aparece? Suelto un fuerte bufido a la vez que me dejo caer en la acera, con la espalda pegada a la pared.

—Hola, guapa. ¿Necesitas ayuda? —Levanto la mirada para encontrarme con una enorme mancha negra. Le sonrío a la vez que niego con la cabeza.

Puede que esté bueno, pero también es posible que sea un adefesio. Yo que sé si no soy capaz de apreciar ni el color de su cabello. Madre mía, tendría que haber dejado de beber antes.

«Deberías de dejar de beber» recuerdo la voz del idiota de Clark. Sí, sé que me dijo su nombre real, pero... ¡Clark le queda mejor! Para mí siempre será el dueño de los slips de superhéroe.

—*Dibiriis di dijjir di bibir* —suelto de sopetón en voz alta.

El chico, que antes parecía una mancha borrosa, se acerca cada vez más a mí. Se agacha y me observa con curiosidad.

—¿Te gustaría que te invitara a una copa? —Elevo la vista hacia él.

En ese momento percibo el color de sus ojos y un fuerte torbellino me sacude de cabeza a pies.

Presiono un labio contra el otro y, cuando voy a aceptar, sin previo aviso siento una fuerte arcada.

—¡Arg! ¡Qué asco! —pronuncia a voz de grito. Se levanta a toda prisa y desaparece maldiciendo o yo qué sé qué.

Maldito idiota. Primero me conquista con sus hermosos ojos castaños y su succulento plan de una copa más, y ahora huye despavorido.

Al momento siento como una mano me eleva en el aire. Me giro y me percato de que se trata de Héctor.

—Tú sabes que no soy de aquí, ¿verdad? Me dices «ven a buscarme a saber Dios dónde» como si yo realmente me conociera esto como la palma de mi mano. Me costó un quintal encontrar un maldito taxi y ahora... —Sé que continúa hablando porque aprecio como mueve los labios para pronunciar palabras, pero me da exactamente igual lo que tenga que decirme.

Escucho a lo lejos una melodía que ni reconozco, y sin más comienzo a mover las caderas al ritmo de la canción, ante la mirada reprobatoria de Héctor. Qué más da, ¡la vida son dos días!

—No seas muermazo —le digo, invitándolo a bailar conmigo.

—Eres increíble, Gema.

«Lo sé, bombón». Le hago ojitos sin dudarlo, motivo por el que consigo robarle una pequeña sonrisa.

—¿No habías quedado con el tiarrón de los slips de Superman?
—Asiento con un movimiento lento—. ¿Y por qué estás sola? —pregunta, mirando hacia todos lados.

—Porque le dije que vivía en ese edificio de ahí. —Suelto una fuerte carcajada tras decir esto. Siento como Héctor me taladra con la mirada a la vez que menea la cabeza de un lado para otro—. ¡Y el muy idiota se lo creyó! No quería dejarme sola, pero lo engañé.

Sonríó con superioridad. Gema 2 - 0 Clark, y seguimos sumando. ¡Olé por mí!

Oh, oh. ¿Y mi maleta? Maldita sea, ¿me la volvió a robar? No me lo puedo creer. Comienzo a mirar hacia todos lados presa de la desesperación. El muy imbécil quiere volver a quedar conmigo, y pensó que sería divertido robarme la maleta otra vez.

Pero no, esta vez pienso ir a la cita con un cuchillo bien afilado para cortarle sus hermosos huevitos. Ya verá lo gracioso que es

todo.

Pero cuando estoy planeando los pasos de mi próximo crimen, aprecio como Héctor se agacha y agarra mi vieja maleta con una de sus manos. Ups.

—Encontré un sitio estupendo para escribir. —Lo escucho, pero realmente no llego a procesar lo que dice. Me limito a asentir con la cabeza de forma sistemática a la vez que mis pies intentan seguir los suyos con pesadez.

Me siento como en otra galaxia, como si estuviera volando muy lejos de la tierra.

Desbloqueo con poco cuidado el aparato que tengo en la mano derecha y paso la vista por las conversaciones del WhatsApp. Sin más una capta toda mi atención y entro en ella sin más.

Te engañé

Le envió sin dudarlo.

Suelto una fuerte risotada, motivo por el cual me gano una mirada recriminatoria por parte de Héctor. Madre mía, mira que es muermazo.

—¿Me estás escuchando?

—Por supuesto... —comienzo, esbozando una pequeña sonrisa.

«Por supuesto que no», esa sería la frase completa. Pero bah, la sinceridad queda para otro día. No son horas para comenzar a sincerarnos unos con otros.

Espero pacientemente con el móvil entre las manos a la vez que intento con todas mis fuerzas que los pies no me jueguen una mala pasada. No me había dado cuenta hasta ahora de lo complicado que es caminar. Debería de existir una carrera de esto, un máster, tal vez.

Sin más siento una pequeña vibración en mi mano derecha, y sin pensarlo lo desbloqueo de nuevo.

Lo intentaste

Responde. ¿Cómo? ¿Es que lo sabe? ¿Y me dejó sola? Venga ya, vaya tío. Deja sola a una mujer como yo, con mis curvas y esa sensualidad que me caracteriza, siendo el blanco perfecto para depredadores sexuales. Comienzo a escribir, pero por suerte antes de enviarlo lo releo. Supongo que en este tiempo juntos no habremos inventado un nuevo idioma para comunicarnos.

Lpidka judmnd juyaj

No lo entendería nadie. Creo. Maldito auto corrector, ¿para qué lo quiero si no me salva de las situaciones? Lo voy a eliminar.

Entro en el menú y comienzo a navegar por las aplicaciones sin sentido. Después de dos minutos me doy por vencida.

¡Pero no se libra! Mañana lo elimino.

Sin más vuelvo a la conversación. Con las bromas no me había dado cuenta de que me había llegado un nuevo mensaje.

Estuve controlando hasta
que tu novio llegó

¿Novio? ¿Héctor? Me río de forma descarada.

—¿Se puede saber qué carajo te pasa? —me pregunta mi supuesto novio. Como respuesta simplemente me limito a encogerme de hombros, y a simular un gesto inocente en el rostro.

Fijo la vista en la pantalla y dejo que mis dedos se muevan con total libertad. La verdad es que no me piden permiso para comenzar

a escribir palabras sin sentido. Qué más da, ahora mismo me da igual.

Uy, sí. Mi novio gay

En cualquier otro momento intentaría jugar con él, pero en el fondo hay dos cosas que me impiden hacerlo: que el tío no me gusta y que estoy demasiado borracha como para jugar. Realmente creo que sí que son horas de sincerarse con la gente.

Además, no quiero que el buenazo de Hugo piense que estoy ocupada. Estoy libre, como un taxi con luz verde. Libre como el viento.

«Libre como un niño cuando vuela su cometa, como el garabato que se cuele en tu libreta^[28]»

Exactamente igual. ¡Estoy totalmente disponible!

Me fijo en que lee mi mensaje, porque me aparece el *doble check* azul, pero no responde.

¡Ja! Ahora sí que acabo de ganar la batalla y, muy posiblemente, la guerra.

—¿Qué hiciste hoy? —le pregunto a Héctor, intentando volver a retomar la compostura.

Como respuesta me gana una mirada cargada de malas intenciones. Creo que intentar hacer explotar la cabeza es contagioso. Juro que soy capaz de leer sus macabras ideas en forma de bocadillos, al más puro estilo de los cómics.

—¡Escribir! —me responde de malos modos.

Vale, es muy posible que ya me lo haya contado, pero... ¡Yo que sé! No me interesaba, ni ahora demasiado tampoco.

Al parecer se pasa todo el tiempo hablando sin parar hasta que por fin llegamos a la puerta de mi casa.

—Sálvame de esta —le ruego. Lo último que necesito es que a la adorable de mi madre se le dé por preguntarme de dónde vengo y, lo que es todavía peor, por qué tengo los ojos tan rojos.

Creo que a pesar del tiempo no admite que ya no soy una cría de quince años. Y que tomarse un par de cervezas de vez en cuando no es nada malo, por supuesto.

Por suerte, Héctor se inventa una excusa que hasta yo me habría tragado, y me deja pista libre para subir a mi habitación.

Me dejo caer sobre la cama. Siento como todo me da vueltas. Busco el móvil y compruebo que no tengo nada.

Sin más, recuerdo que tengo el número de teléfono del cachondo del bar. Me siento tentada a buscarlo en mi bolso, pero la pereza me puede. Mañana será otro día.

En cambio, lo que sí hago es entrar en el Messenger. Releo los últimos mensajes del *Champi* y sonrío justo antes de quedarme profundamente dormida.



¿Pero ese qué estruendo es? Resoplo justo antes de meter la cabeza debajo de la almohada. Juro que como no termine este ruido infernal, bajo a pegar cuatro gritos.

¿Es que esta es una casa de locos?

Al momento escucho como alguien abre la puerta de la habitación. Espero por su bien que sea Héctor, y porque sé que no lo puedo echar... ¡porque si no lo haría!

Solo quiero dormir, ¡dormir! Presiono la almohada con fuerza contra mi cabeza, intentando amortizar el sonido del... ¿aspirador?, ¿taladro?, ¿exprimidor? Odio a mi madre, a mi padre, o cualquiera de mis hermanos. ¡Los odio a todos!

Al momento siento una mano sobre mi espalda. Gruño. Siento ganas de gritar que se vayan de mi habitación a la de ¡ya! Tal vez incluso sean mis endiablados sobrinos.

Me contengo como puedo, intentando mantener la mente en blanco: nubes, ovejitas, ovejitas saltando sobre las nubes. Sonrío

antes de sentir como el sueño me vuelve a capturar una vez más. Me da igual el ruido, y hasta los despertadores andantes: yo duermo y punto.

—Buenos días, bella durmiente —dice el estúpido despertador.

Estoy tan enfadada que ni me halaga que me llamen «bella».

—Pero ¿qué diablos pasa en esta casa? —pregunto, apartando la almohada e incorporándome con más bien poco estilo. Solo quiero cagarme en todo lo cagable. Pero la sonrisa sincera y el pelo castaño de Elisa me sorprenden. Siento que es como un sueño—. ¿Eli? —pregunto, aunque más por si mi vista de dormida me falla que por otra cosa.

—Pues claro que soy yo, dormilona. —Suelta una pequeña carcajada tras decir esto—. Mucha fiesta ayer, ¿no?

Me limito a chasquear la lengua, aunque realmente podría decir que sí... ¡Fiestón hasta las tantas de la mañana! Lo peor de todo es que fue con el Superman de los cojones, ya que el buenorro decidió irse con la barbie insoportable. Al final me salió mal mi plan de emborracharla y borrarla del mapa. En fin, no todo puede salir como se planea.

—¿Pero tú no estabas ocupadísima con tu vida de trabajadora compulsiva? —Como respuesta a mi pregunta se ríe.

—Me enviaste un mensaje de auxilio, ¿recuerdas? —Sonrío y me abalanzo sobre ella... ¡Si es que es la mejor amiga del mundo mundial!

—Eh, que yo también quiero. —Escucho desde la puerta. Me giro para encontrarme a Daniel, con una enorme sonrisa en los labios.

—Oh, mi parejita favorita —expongo, poniendo morritos—. Dios, tengo taaaaaanto que contaros.

Ambos se ríen ante mi expresión.

—No seas boba, ¡nos vimos hace dos días, como quien dice! —exclama sonriente. Yo la miro entornando los ojos, sentándome correctamente sobre la cama.

Sin más me siento totalmente despejada, como si llevara horas despierta y con una buena dosis de cafeína en el cuerpo. No hay nada mejor que las visitas sorpresa, y más si son tan deseadas como esta.

—Pues en esos «dos días» me pasaron millones de cosas, petarda —digo, con total sinceridad—: perdí mi maleta, tuve que usar la ropa interior de mi madre, ositos por ahí y por allá, conocí al champiñón, me quedé sin planchas para el pelo... —digo a toda prisa. No me doy cuenta de lo rápido que hablo hasta que Eli me hace un gesto con su mano derecha.

Muchas veces me tiene dicho que cuando me emociono hablo por los codos. Nunca la creí hasta que al idiota de Héctor se le dio por apoyar su ridícula moción denominada: «Blablablá. Más y más pamplinas». Estuvieron a punto de abrir una firma y todo para que me lo llegara a tomar en serio, ¡como si yo me tomara algo en serio!

Daniel se ríe, creo que él es la primera vez que ve esta cara de mi persona, pero... ¡es la cara más divertida! La más molona, la más guay: Gema en estado puro.

—Pienso que para desayunar es mejor un café —dice Elisa sin más. Intento buscarle la explicación a sus palabras, aunque... ¡Sí, quiero ese maravilloso café! Creo que se da cuenta de mi expresión porque continúa—: Los champiñones si quieres los compramos para comer —explica entre risas.

¿Pero qué dice? Intento recapitular las cosas que pudieron salir de mi boca hasta que llego a la razón de su confusión.

—¡Que no, so boba! —suelto de sopetón, levantándome de la cama como si tuviera un muelle en el trasero. En ese momento veo como Daniel hace un gesto gracioso con la mano y sale de la habitación. Le dirijo una mirada extraña hasta que Elisa me saca de mis dudas observándome de arriba abajo.

¿Todo eso porque se me ven las bragas? Será soso, ¿entonces no quiere hacer un trío? En fin.

—Lo que te decía —continúo. Elisa me observa impaciente, lo noto en su mirada. Tal vez esté deseosa de probar el café de mi madre... Veremos qué piensa cuando le dé un trago y se dé cuenta de que es peor que el veneno para ratas—: retomé mi relación de amistad con el champiñón, ¿te acuerdas?

—Por favor, Gema. ¡Se llama Tomás! —expone con obviedad. Sonrío, pero más de orgullo que otra cosa: ¡por fin la puedo corregir yo a ella!—. Y no entiendo por qué diablos quieres volver a hablar con ese idiota si...

Tomás fue un antiguo compañero de trabajo nuestro, al que echamos de una patadita en el trasero cuando nos la jugó, hace ya más de un año. El chico era increíblemente parecido a mi Champi, o más bien tenían un corte de pelo similar, y esas gafas que... en fin, que solía conocerlo como champiñón, o como Gabriel.

—Jamás querría retomar amistad con ese gilipollas —la corregí con rapidez—. Es, ya sabes... el otro champi.

Hago un gesto con la cabeza, haciéndome la interesante y, de un momento para otro, su rostro cambia. Parece que acaba de caerse de un guindo. «Sí, cariño: ¡Tengo razón! Apúntalo en el calendario».

Sonrío. No sé ni por qué lo hago, pero no disimulo que soy feliz... muy feliz.

—¿El famoso Gabriel? —Asiento con la cabeza con ansiedad y una sensación extraña en el pecho.

¡Sí, sí, sí! El famoso Gabriel es ahora *mi pequeño champiñón*. Bueno, tal vez eso no, pero... ¡Yo que sé!

En menos de cinco minutos, y a toda leche, según ella, le relato todo a Eli. Le explico cómo, cuándo y por qué retomé el contacto con él. Aunque casi podría decir comencé, ya que hasta ahora nunca habíamos hablado.

—Deberías de verlo —me dice sin más, como si fuera lo más obvio del mundo—. Venga ya, Gema. ¡Me acabas de dejar más que claro que te mueres por conocerlo!

¿Será cierto? Yo creo que no, simplemente me causa curiosidad.

—No lo sé. —Dudo. No tengo nada claro que sea buena idea, pero lo cierto es que me apetece. Me intriga bastante descubrir qué son esas malditas mariposas que me revolotean en el estómago cuando leo un mensaje suyo.

Me agarra el móvil y, en cuestión de segundos, hace aquello que temí hacer yo todos estos días: entra en su perfil. Pasea por las imágenes y tuerce los labios al darse cuenta de que no tiene ninguna foto interesante. Solo me enseña una en la que sale de lejos con una chica, no tengo ni idea de quién es, pero se me revuelven las tripas, y siento ganas de decirle que es mío a voz de grito.

Madre mía, ¿qué me está pasando? ¡Yo no soy así! No soy celosa, ni muchísimo menos posesiva. Vale, esto ya empieza a

preocuparme y voy a tener que mirármelo.

—Tal vez sea rechoncho, calvo y un viejo verde —me dice Eli con toda la maldad del mundo.

Sonrío, a ella no le funcionará eso: yo por lo menos lo conozco, aunque haga siglos que no lo veo.

—No quieras devolvérmelo, capulla —expongo entre risas, recordando la conversación que habíamos tenido Eli y yo cuando no sabíamos que Daniel y Edward eran la misma persona—. Gabriel es un chico súper tierno y mono y... Tienes razón, tengo que verlo ya.

Le agarro el móvil, y sin meditarlo ni un momento, le envío un mensaje: es ahora o nunca. Necesito verlo ya o me volveré loca de remate.



¿AHORA ERES
MI MADRE?
Gabo

Un pequeño hilo de luz se cuelga por la ventana, dándome por completo en los ojos, lo que me provoca un fuerte pinchazo en la cabeza.

¿Pero qué hora es? A duras penas consigo estirar el brazo y capturo el aparato entre mis manos. Arqueo los ojos y, como puedo, aprecio que una de las agujas, la más pequeña, está en el número diez, y el resto me da igual.

Me tiro hacia atrás con los ojos cerrados, intentando que ese maldito dolor de cabeza desaparezca.

Espera, espera: ¿las diez? Me levanto rápidamente de la cama y observo el despertador como si éste se hubiera vuelto loco de remate.

¿De qué día? Piensa, Gabo: ¿qué día es hoy?

Busco mi teléfono móvil con poco cuidado y entro en el calendario. Lanzo un fuerte suspiro al darme cuenta de que, en efecto, estoy jodido.

Me acerco al armario y me dispongo a ponerme lo primero que encuentro, ni conjuntado ni hostias. Solo me importa salir de casa en menos de un parpadeo.

Abro la puerta de la habitación y me encuentro a Donato jugando con uno de esos huesos de goma que tanto le gustan.

Saco rápidamente el móvil, con la única intención de enviarle un mensaje a Eva por WhatsApp, rogándole que venga a sacar a mi adorado perro a su paseo mañanero, ya que el tiempo que tengo ahora es inexistente.

Aunque me parece extraño que Donato no me despertara, suele ser mi despertador más eficaz.

—Buenos días, dormilón —me dice Hugo desde la cocina, saludándome con su café matutino.

Bloqueo el móvil y fijo mi vista en él, observándolo totalmente perplejo.

—¿Tú sabes qué hora es? —respondo en cambio. Veo como se encoge de hombros, como si le diera exactamente igual.

—Curré ayer, hoy libro —dice como si nada, llevándose la taza a los labios.

«Genial, Hugo. ¡Pero yo no!»

—¿Y no pensaste qué tal vez sería buena idea despertarme a mí?

Hace un gesto con los labios que no llego a comprender.

—No soy tu madre, Gabo. Tengo cosas más importantes que hacer —responde, bajando la vista al periódico que tiene encima de la mesa.

No me lo puedo creer. ¡Incluso bajó a comprar el maldito periódico! Y, en cambio, no tuvo ni medio segundo para despertarme. Será idiota.

Ahora comprendo porque Donato no me despertó: resulta que a mi querido compañero se le dio por madrugar por primera vez en la vida. ¡Y tuvo que ser justo el único día en que yo no despierto!

—Oye, ¿te vas sin desayunar? —pregunta, dejando el periódico, que según él es su plan importante del día, a un lado.

—¿En serio? ¿Ahora eres mi madre? —pregunto, saliendo por la puerta dando un portazo.

«Vale, Gabo. No pasa nada. Solo llegas una hora y algo tarde al trabajo por primera vez en tu vida... ¡Pero no pasa nada! No eres el primero al que le pasa».

Por suerte vivo a cinco minutos corriendo como si se me fuera la vida en ello. No lo sabía hasta ahora mismo, por cierto.

Siento que se me va a salir el corazón por la boca cuando llego a la puerta de la empresa. Me permito respirar durante un par de segundos para no llegar arriba pareciendo un idiota, y entro.

—Pensé que librabas —me dice Iago tan pronto me ve, observándome como si nada.

Siempre me gustó la buena costumbre de no saludarnos. Supongo que un «buenos días» o un «hola» nunca están de más,

pero aquí siempre brillan por su ausencia. Y la verdad ya me fui acostumbrando a eso.

—¿Y Sarmiento? —pregunto, observando para todos lados, dejándome llevar por los malos modales que nos rodean. En fin, qué más da. Yo soy el primero que no me molesté en darle los buenos días a Hugo está mañana, así que...

En ese momento lago cambia el gesto.

—Está reunido con la junta, para lo del nuevo proyecto.

¿Justo ahora? Siento un fuerte nudo en la garganta. Lo que me faltaba. Justo el primer día en que no llego a mi hora, aunque en cierto modo es lógico, mañana es la estúpida presentación.

—Pinta mal, Gabo —me dice como si nada, como si le diera exactamente igual.

Se acerca y me aprieta el hombro para darme ánimos, supongo, aunque no sé bien por qué... Puede que yo sea el diseñador, pero que la junta no acepte el proyecto nos afecta a todos. Más que nada porque hasta ahora somos una de las mejores productoras de la zona, pero si no presentamos el proyecto posiblemente bajaremos muchos puestos. Y es lo que menos necesitamos ahora mismo.

Me dejo caer en la silla de Hugo, porque la mía está demasiado cerca del despacho de Sarmiento como para atreverme. Lo cierto es que no quiero escuchar nada de lo que tengan que decir en la maldita junta.

Dicen que es de tontos preferir vivir en la ignorancia, pero yo lo prefiero. Llamadme tonto o lo que queráis.

Saco el móvil del bolsillo, y me percató de que todavía tengo la conversación de Eva abierta con el mensaje que pensaba enviarle. Por suerte no me había dado tiempo a hacerlo, así que me apresuro a eliminarlo antes de salir de ella, y me percató de que tengo una notificación del Messenger.

Esos nervios que durante todo el día anterior se aparecían en mí cada vez que me hablaba, parecen no querer hacer acto de presencia.

Quiero verte ya. ¿Esta tarde?

Dime que sí, porfa.

¿Hoy? Es de locos. Niego con la cabeza con energía, aunque inconscientemente sonrío. Rápidamente consigo abstraerme por completo del mundo, algo que solo consigue ella.

¿Tan pronto?

Fijo la vista en la pantalla. No soy capaz de mirar hacia otro punto diferente. Siento los nervios subir y bajar por mi estómago una y otra vez. Maldita sea, ¿por qué no está conectada?

Como si el karma estuviera totalmente en mi contra, San Martín se acerca a mí para comentarme algo del nuevo proyecto de la empresa. Se emociona hablándome sobre sus impresiones y lo que le encantaría que apareciera. Desconecto total de lo que dice y me limito a asentir.

Sin temor a parecer un maleducado desbloqueo el móvil, pero al ver que todavía no lo leyó vuelvo la vista sobre él. Asiento y tuerzo los labios, me muerdo el pulgar y suspiro una y otra vez.

Quiero verla, ¿por qué le digo que es pronto?

Entro en la aplicación y, antes de esperar su respuesta, comienzo a pasar los dedos por la pantalla.

Olvídalo, yo también quiero verte.
Dime hora y lugar y allí estaré

Por algún motivo me aparece el mensaje como leído tan pronto se lo envió. Suspiro y siento un miedo atroz a su respuesta. No sé ni por qué, si fue ella quien me propuso esa locura.

¿Conoces el Bar Atlántico?

Le respondo con un simple «Sí». Nunca fui, pero pasé por delante millones de veces en mis paseos largos con Donato. Es un sitio espectacular, con una vistas impresionantes. Creo que sin duda es una muy buena elección.

¿A las ocho?

Siento un pequeño cosquilleo en el estómago. Genial, si respondo que sí, la cita ya es oficial... ¡Oficial! Suspiro y, antes de poder escribir nada, la puerta de Sarmiento se abre. Observo la conversación y, tan rápido como puedo, escribo un escuetísimo «Ok». Espero que no se moleste, pero no tengo tiempo a nada más.

—Chas, ¿podría pasar a mi despacho? —pregunta, fijando la vista sobre mí.

Miro hacia atrás como buscando a quien llama mi insoportable jefe directo, y no sé ni por qué lo hago.

Hago un gesto con los labios antes de levantarme y entrar en su despacho.

Cierra la puerta antes de acercarse a la mesa, arrastrando los pies.

—Como ya sabe, mañana tenemos la presentación oficial del prototipo de videojuego —dice, recreándose en las palabras, alargándolas, sabiendo perfectamente que tengo los nervios en la boca del estómago. ¡Será cabrón!

Saca un cigarrillo de su chaqueta y lo enciende sin más. Lo observo sin comprender sus movimientos. Al percatarse de mi mirada al muy idiota solo se le ocurre ofrecerme uno, ¿es qué está enfermo?

—Creí que no nos permitían fumar —respondo. Puede que sea mi jefe, pero es un idiota, y yo no soy de los que se callan las cosas.

—Bueno, estamos entre amigos, ¿no? —me dice, con una risa tontísima que me pone enfermo—. Veamos, Gabi, puedo llamarte Gabi, ¿no?

—Preferiría que no, gracias —respondo sin más.

—Pues bien, Gabi, resulta que los miembros de la junta se quedaron muy decepcionados con el primer prototipo de Néznamá.

—Lo sé —mascullo entre dientes. ¿Tiene que repetirme una y otra vez la misma historia?

—Se esperaban alguien fresco, divertido, dinámico... Y con sus curvas y sensualidad, por supuesto. Una mujer como debe ser —completa, acercándose a mí y observándome interrogante.

Intento controlar mis impulsos de pegarle un puñetazo en la mandíbula porque, me guste o no, es mi jefe, y sé lo que ocurriría si lo hago.

—Y tu nuevo prototipo se parece bastante a lo que quieren, o queremos —completa, intentando hacerse el importante cuando todos sabemos que no es nada más que un idiota.

Intento controlar la risa que amenaza por salir de mis labios precisamente por el mismo motivo de antes: es mi maldito jefe.

—Solo tendrías que hacerle un par de retoques tontos y...

—No pienso cambiar nada —respondo tajante. Ni una mísera coma de su descripción, ni un solo pelo de su rubio recogido. Nada.

—Gabi, no estás en disposición de...

—Primero, no me llamo Gabi —respondo de malos modos, incorporándome por primera vez y mirándolo con gesto reprobatorio—. Y segundo, Néznamá es eso. Si os gusta, bien; si no, lo siento.

Me hago hueco para salir, cuando recuerdo algo. Me giro violentamente y me acerco a su mesa, apropiándome del contenido de las carpetas que tiene encima de la mesa.

Lo único bueno de mi contrato es que no pueden apropiarse de mis proyectos sin mi consentimiento.

—Está bien, Gabi. Lo haremos a tu manera —me dice tras un fuerte suspiro.

Entreabro los labios para protestar de nuevo por el mote, pero finalmente termino torciendo el gesto y aceptando con la cabeza.

Está bien ganar de vez en cuando, ya casi había olvidado lo que se siente.

—Mañana a las ocho de la tarde harás la presentación. Más te vale no llegar tarde.

¿La presentación? ¿Yo? Siento como todo mi mundo se tambalea, y lo peor es que puedo ver en sus ojos que el muy cabrón se alegra. Se alegra de hacerme pasar un mal rato. Sonríe con malicia antes de cerrar la puerta.

—¿Lo lograste? —me pregunta Iago, totalmente asombrado.

Asiento con pesadez, realmente todavía estoy que no me creo nada. ¿Se supone que hoy es mi maldito día de suerte?

Tan pronto terminan de felicitarme me apropio del teléfono móvil y me fijo en el mensaje de Gema:

Como sé que no me conoces,
te cuento que voy a llevar esto.

Me adjunta una foto del Toad rojo de Súper Mario y no puedo más que sonreír.

Lo bauticé como pequeño Champi.

Sonríó encantado. Definitivamente hoy es mi día de suerte.



¿Para idiotas? Yo más bien diría que es para gilipollas.

El amor es un sentimiento hermoso que te hace sentir... Blablablá, palabrería barata. El amor es un asco. Siempre pensé eso.

Siempre lo supe. Yo nunca creí en esa ridiculez del amor a primera vista, ni en el amor por catálogo. ¿Qué es eso de enamorarte viendo una estúpida foto en una web de contactos? Tampoco es que creyera en el amor cibernético, o en el estúpido amor platónico. En fin, el amor para mí era un cuento chino.

Siempre me pareció un cuento para niños inventado por tontos y dirigido a los bobos. Y ahora estoy aquí, esperando como una idiota en un estúpido bar a que aparezca él.

Siento como me tiemblan las piernas y el corazón me late desbocado. Sin duda esta no soy yo.

Recuerdo mentalmente las palabras de Elisa antes de salir: «Todo saldrá bien». ¡Y una porra! Nada puede salir bien, el mundo está tocando su fin. Ella es la romántica, la que está viviendo su estúpido cuento de amor. No yo.

Castañeo los dientes a la vez que miro para todos lados.

Nervios, nervios incontrolables que me estrujan el estómago una y otra vez. Siento ganas de reír, llorar y a la vez pegarle un puñetazo a alguien en todos los dientes.

Es la primera vez en mucho tiempo que siento esa ansiedad machacarme viva. Normalmente soy yo la que controlo mi vida, pero hoy es ella la que me está controlando.

—¿Qué desea? —Suelto un pequeño grito al escuchar una voz detrás de mí. Me llevo una mano al pecho y el chico me sonrío con coquetería.

«Olvídate, nene. Ya tengo dueño».

Sonrío con cordialidad mientras le pido que me traiga una tila.

¡¿Una tila?! ¿De verdad le acabo de pedir eso? Elevo la mano, con la intención de pedirle que anule ese brebaje intolerable y me lo cambie por una cerveza bien fresquita, o tal vez por un mojito, que me pondría más el puntito necesario para reírme sola, cuando algo capta toda mi atención.

No me lo puedo creer. ¿Pero qué hace aquí?

Intento encogerme en la mesa. No quiero que me vea, no quiero, no, no, no. ¡Qué se vaya!

Siento el impulso de ponerme a rezar o tal vez pedirle al universo un favor. Al bendito karma que, al parecer, me odia para estar haciéndome esto.

Se sienta en una mesa junto a la puerta, y yo intento encogerme todavía más en la silla. Si me ve me muero.

Estiro rápidamente la carta de los cócteles, y uno capta al momento toda mi atención. ¿En qué momento pensé que pedir una infusión era buena idea? Seré idiota.

Pero su risa de víbora me obliga a poner de nuevo todos los sentidos sobre ella: Puta Susi.

Observo por encima de la carta como la muy cínica se retoca el lápiz labial. «Ni te molestes, hagas lo que hagas siempre parecerás una zorra». Me produce arcadas estar en el mismo local que ella.

Dirijo la vista a mi *pequeño champi*, y comienzo a jugar con él con la mano derecha, tal como si fuera una niña tonta. Lo único que quiero es dejar de prestar atención a la imbécil que está sentada junto a la puerta.

Madre mía: ¡Gabriel! ¿Qué pasará cuando la vea? Ellos se conocen y... Mierda. Abortar plan, Gema. ¡Abórtalo ya!

Busco rápidamente el teléfono móvil en el bolso y entro en el Messenger. Releo su último mensaje antes de suspirar: quiero verlo, pero no quiero que sea aquí, y muchísimo menos ahora. No con ella presente.

Comienzo a pasar los dedos por la pantalla con rapidez:

¡Hola!
Dime, porfa, que estás conectado

Envío a toda pastilla.

Castaño los dedos sobre la mesa con nerviosismo. Vuelvo a poner la vista en la pantalla y, al momento, en la idiota. Como me jode que sea ella, precisamente ella, la causante de esto.

Champiini, háblame, porfa

Va a pensar que estoy desesperada... ¡pero es que lo estoy!

La puerta se abre una vez más y, del mismo modo en que había actuado las otras veces, pongo la vista en ella con rapidez. El corazón latiéndome a mil por hora, pero no sé si sentirme cabreada o aliviada al darme cuenta de que no se trata de Gabriel, aunque la persona que se esconde detrás de esa puerta no me resulta desconocida tampoco.

El camarero me obliga a desviar mi campo de visión. Le dirijo una sonrisa de cortesía totalmente forzada antes de agarrar la jarra de la infusión.

«¡Mierda, mierda! ¡Cómo quema, joder!»

Me reservo el quejido porque, de exteriorizarlo, todo el mundo se giraría hacia mí, y... mejor no pensarlo.

Manu, el idiota de mi exnovio, pasea la mirada por el local. Me encojo en la silla. ¡Cómo me vea me muero! De un momento a otro se acerca a la mesa de Susi y se sienta frente a ella. Maldita sea mi suerte.

¿Así que el asqueroso de mi exnovio se quedó con la zorra de mi exmejor amiga, con la cual me engañó? ¿Siguen juntos después de diez años?

No, no, no puede ser. Quiero huir, desaparecer. Nunca debí haber propuesto quedar aquí. Por el amor de Dios, ¡esto es de locos!

Maldito destino, maldita vida, maldita Susi. ¡Maldita mi suerte!

A estas alturas la muy zorra debía tener ladillas, cinco hijos o pesar unos trescientos veinticinco kilos. ¡Lo deseé con todas mis fuerzas! Maldito karma, solo existes para quien quieres, ¿no? ¿Qué habré hecho en otra vida para que me ignores por completo?

De todas formas, seguro que están mal, tal vez él le haya puesto los cuernos con su mejor amiga... Esa historia me suena, y dicen que las historias se repiten. ¿O es que ahora se convirtió en un santo de repente?

Me fijo en ellos y veo como el idiota de Manu se arrodilla frente a ella. Perfecto, ahora es cuando le confiesa que se acostó con su secretaria y que esta, a su vez, le contagió gonorrea. Al salir de aquí se irán a hacer esas malditas pruebas y resultará que los dos están infectados. ¡Aleluya! Gracias, universo, por hacerme este regalo.

En fin, soy mala. ¿Cómo no voy a tener al karma en contra? ¡Pero estos dos no se merecen ser felices! ¡Me niego!

Una fuerte risa por parte de Susi me vuelve a poner repentinamente en alerta. Mueve la cabeza de arriba abajo mientras que el imbécil de mi exnovio la estruja contra él, plantándole un beso en todos los morros.

Me quedo estática. La boca se me abre y se me cierra sin dar crédito. Me pellizco para asegurarme de que no es una maldita pesadilla... ¡joder, no!

Siento el impulso de acercarme a él y decirle que por lo menos podía tener un poco más de imaginación y haberse buscado otro sitio. ¡Este era nuestro maldito lugar! Puede que un poco menos bonito, menos chic... ¡pero aquí nos dimos nuestro primer beso! Ahora me dará asco por el resto de mi vida. Tanto asco como me están dando ellos ahora mismo.

Sin pensar bien lo que hago, me llevo la taza a los labios y le doy un trago que termina por quemarme la lengua por completo. ¡Maldita sea! Me incorporo con rapidez y me meto dentro del cuarto de baño.

Me llevo las manos a la cabeza. ¡Me va a explotar! Veo como se abre la puerta y, conociendo mi suerte, nadie me puede asegurar que detrás de ella no se encuentre *Susi*, así que me meto dentro de un cubículo y cierro la puerta. ¡Aquí estoy a salvo de víboras!

Siento como los nervios, lejos de desaparecer, están todavía más presentes que antes. Busco el móvil y no tardo en localizarlo dentro del bolso. Entro en el Messenger y suelto un fuerte suspiro al darme cuenta de que no está conectado, y solo faltan cinco minutos para la hora pactada: la cagué.

Hago un nuevo intento, a ver si en alguna de estas el móvil le vibra y se da cuenta. Cruzo los dedos para que no piense que perdí un tornillo.

Salgo de la aplicación y marco el número de Elisa, ella es la voz de la experiencia. Estoy segura de que me ayudará.

—¿Qué tal va todo? —Suspiro y me dejo caer sobre la tapa del wáter.

—Estoy metida dentro de uno de los cubículos del baño — respondo con pocas ganas. Saco un espejo del bolso y observo con repulsión mi reflejo: doy miedo. Mucho miedo.

No sé si es cosa de los nervios, de qué tal vez el maquillaje es una mierda, o que la situación sacó lo peor de mí, pero parezco medio muerta.

—Pues casi prefiero que me llames cuando salgas. —Suelta una carcajada, y me siento obligada a reír con ella—. ¿Qué tal es?

—Todavía no lo sé. —Siento de nuevo millones de sensaciones dentro de mí.

Maldita sea, ¿por qué tuve que dejar de fumar? Este sería un buen momento para hacerlo.

Busco rápidamente con la mirada mi lápiz labial y me retoco todo lo rápido que puedo. Además, intento limpiarme el negro de los ojos, producto del lápiz corrido.

—¿Hago lo correcto? —le pregunto, por décimo quinta vez.

Sé que Elisa jamás me dirá que no. Por algún motivo ahora vuelve a creer en princesas, cuentos de hadas y nubes de amor. ¡Ag!, es asquerosa.

—Sal de ahí, Gema —me reprocha—, y céntrate por una vez en la vida.

Siento ganas de abofetearla. ¿Quién se cree para hablarme así? Pero no puedo porque solo es una voz al otro lado de una línea telefónica, y además... sé que tiene razón. ¡Cómo odio que los demás tengan razón!

Me despido, asegurándole que me portaré como una persona adulta, e introduzco de nuevo el móvil en mi bolso. Lanzo un fuerte resoplido justo antes de emprender camino hacia la mesa cuando, para mi sorpresa, ya está ocupada por un hombre de mediana edad.

Lo observo con curiosidad, como sopesando la posibilidad de que pueda ser *mi Champiñón*, con una vejez excesivamente mala: descartado, ese hombre parece mi padre.

Chisto y maldigo por lo bajo: primero porque no hay más mesas, y segundo porque no había terminado de ingerir el estúpido brebaje.

Por suerte me había llevado todas mis pertenencias, excepto... busco con rapidez a mi pequeño champi y no lo encuentro.

¡Nooooo! ¿Dónde estás, pequeño? ¿Quién te ha raptado? Me agacho y rebusco por el suelo. El hombre, que hasta ese momento parecía entretenido con los crucigramas del periódico, me observa con curiosidad, como si estuviera loca. Busco con la mirada por todos lados: hay demasiada gente, cualquiera pudo apropiarse de mi enano.

Tiro la cabeza hacia atrás, agotada, y es ahí cuando lo veo: las manos finas y delicadas de Susi lo sostienen, fingiendo amor por él. ¡Él es mío, ladrona! Gruño, bufo, protesto y maldigo, pero por suerte nadie parece interesado en mí.

Me acerco a la barra, arrastrando los pies, y me pido un mojito bien cargado. Espero que eso me haga olvidar la vida de mierda que me ha tocado vivir.



No me lo puedo creer. De un momento a otro siento como mi corazón se parte en pedazos muy pequeños, y las ganas de llorar se abren camino. No por ella, sino por la chica con la que compartía mensajes: uno tras otro, sentimientos, y tantas cosas. Ahora mismo ya no sé qué creer, ni en qué pensar.

Me alejo todo lo rápido que puedo, impidiendo que me vea. Recuerdo su rostro, su sonrisa cargada de falsedad mientras sostenía al que denominó pequeño *champi* entre sus manos. Increíble, esa es mi Gema. Gema nunca existió, es una maldita farsa.

No tengo idea de cuánto tiempo paso caminando bajo la luz de la luna. Maldigo interiormente. Busco el móvil y releo una vez más los mensajes de «Gema». ¿De qué querría hablar conmigo? ¿De su novio?

Por un momento siento el impulso de responderle, pero finalmente me contengo. ¡Qué le den morcillas!, o más bien champiñones, que se ve que le gustan.

Me dejo caer en uno de los bancos del paseo cuando una panda de niños me sorprende. Me giro y reconozco perfectamente a Brais, uno de los sobrinos de Iago, que va dando tumbos de un lado para otro. Se acerca a mí, hipando y sonriente, como si fuéramos amigos de toda la vida.

—Hola, colega —me suelta sin más. Me pasa el brazo por detrás del cuello. Este de dos cervezas no está así.

Sus amigos parecen ir en las mismas condiciones, y mi vista localiza rápidamente un par de botellas más dentro de una bolsa. Lo miro con gesto reprobatorio.

—¿Se puede saber qué haces? —pregunto, agarrándole la bolsa a uno de ellos de malos modos.

Sé que quiere replicar, de hecho, abre los labios y se intenta enfrentar a mí, pero el alcohol que lleva en vena no le permite mantenerse en pie.

«Ya me agradeceréis mañana, chavales».

—Nada, solo nos divertimos —me dice Brais entre risas.

No tengo ni idea de cuántos años puede tener este niño, pero yo no le echo más de doce... o como mucho trece. Le dirijo una mirada que siento que, a pesar del alcohol, percibe.

—Somos colegas, ¿no? —me pregunta tembloroso—. Mi tío no tiene por qué enterarse.

Asiento a duras penas, intentando controlar las ganas que tengo de darle un buen guantazo.

—Tu tío no se entera de nada si ahora mismo te vas a dormir la mona —le digo. Veo como asiente con la cabeza, algo más serio que antes—. Y esto me lo quedo —alego, haciendo mención a la bolsa, y percibiendo las intenciones del grandullón, que sin duda pensaba recuperar su botín.

Sus dos amigos me dirigen una mirada poco amistosa, pero me importa más bien poco. Anda que me van a amedrentar a mí dos *criajos* que no saben ni beber.

Tan pronto desaparecen intento inhalar con toda mi fuerza, como si todo ese tiempo hubiera estado aguantando la respiración. Me acerco a la barandilla del paseo y me permito observar el infinito, hasta que algo capta toda mi atención, o más bien alguien. Y esta vez no son niños borrachos haciendo el idiota.

Observo el movimiento de su pelo, producto del aire que se está comenzando a levantar. Presiona con fuerza sus rodillas contra su pecho. La observo durante unos minutos, esperando algún movimiento, o que tal vez me quede demostrado que es una muestra de mi tonto subconsciente.

La recuerdo como una chica cargada de energía, por lo que tengo claro que el hecho de que esté tan tranquila, mirando al infinito, no es revelador de nada bueno. Comienzo a caminar con calma, intentando no alterarla. Pero en ningún momento se gira

hacia mí, a pesar de que estoy más que seguro que tuvo que haberme escuchado.

—¿Me estás acosando? —pregunto sin más, aunque realmente confieso que ver una cara conocida me alegra.

Como respuesta escucho como suelta un pequeño resoplido. Sinceramente pensé que provocaría una de sus típicas carcajadas, pero no fue así. Me acerco a ella, dejándome caer a su lado.

—¿Qué te pasa? —le pregunto en un pequeño susurro.

Realmente no sé por qué me preocupo por sus problemas cuando me acabo de dar cuenta de que la persona por la que me estaba volviendo loco como un puto adolescente era una simple mentira.

Al recordarlo los nervios se vuelven a depositar en mi interior. Encojo los puños con fuerza, pero el fuerte resoplido de campanilla me saca de mis pensamientos por completo.

—La vida, que es muy puta —dice sin más, como si esa fuera una verdad universal.

Aunque puede que lo sea. Y hoy no puedo estar más de acuerdo con ella.

—¿Un tío? —pregunto. Ya sé que supuestamente el tal lago, que en cierto modo ya no sé ni si se llama lago, no es su novio. También sé que la tontería que tiene con Hugo no va a ningún lado, así que... ¿Habrá un tercer tío revoloteando en su mente de loca?

Veo como se encoge de hombros ante mi pregunta. Se me pasa por la cabeza meterme con ella, pero pienso que no es el momento. Simplemente me limito a mirar al infinito sin decir ni alegar nada más.

—¿Y tú? —Se gira por primera vez hacia mí y puedo apreciar en primera plana sus ojos, y eso me provoca un escalofrío involuntario. Siento ganas de estrujarla entre mis brazos—. ¿Qué haces aquí?

Al igual que ella suelto un pequeño suspiro. No pienso contarle mis problemas, eso es algo que tengo más que claro. Y muchísimo menos confesarle lo que me acaba de pasar por una estafadora.

—Ya entiendo —dice sin más. Chasqueo la lengua, sé que no entiende nada, pero la dejo hablar—. Es por la camarera de cuarta.

—¿Por Carolina? —pregunto, conociendo la respuesta. Me recreo en el gesto compungido de la enana, no sé por qué, pero

disfruto viendo como le disgusta pensar o hablar de ella. No sé qué problemas tendrán entre ellas, y sinceramente me dan igual. Es gracioso—. ¿Por qué la pregunta?

—No sé, el otro día parecías entretenido con ella —suelta con repulsión.

—Oh, ¿es que estás celosa? —En ese momento la carcajada vuelve a sus labios, y no puedo evitar sonreír ante el hecho.

Me gusta provocar eso en ella, me encanta ese juego tonto que tenemos entre nosotros. Y no sé ni siquiera por qué.

—Te aseguro que si estuviera celosa sería de ti. Antes me acuesto con ella. —Tras decir esto se levanta, quitándose los zapatos, y comienza a caminar por la empapada arena.

Observo sus movimientos con atención, pero no me percató de ellos hasta que clavo la mirada en sus pies.

—Deberíamos de ir a otro lado.

Por algún motivo el hecho de que esté descalza me está comenzando a preocupar, el frío que cae sobre la ciudad es excesivo, y estoy seguro de que en caso de seguir mucho tiempo así podría llegar a pillarse un buen resfriado.

Al momento se gira, fija sus ojos en los míos, y esa sonrisa que se va dibujando en la comisura de sus labios no me gusta en absoluto.

Pienso negar, pero no me da tiempo. Comienza a hablar con rapidez.

—¡Más quisieras tú! ¿Eso tiene alcohol? —pregunta, clavando la vista sobre la botella de vodka que se aprecia dentro de la bolsa. Asiento con obvedad. ¿Cómo no va a tenerlo?—. ¡Genial! —expone, tirándose sobre ella con rapidez.

Abre la botella con gran agilidad y le da un fuerte trago, para después poner una mueca de disgusto en el rostro. Y, sin más, me la ofrece. Pienso, dudo, pero finalmente hago lo propio. De todas formas, para eso sirve el alcohol, ¿no? Para curar el dolor.

Siento que el vodka me quema el interior. Lanzo un fuerte suspiro y tiro la cabeza hacia atrás. En ese pequeño despiste aprecio como me quita la botella y se separa algo de mí, llevándosela a los labios. Desconecto por completo de la situación durante lo que parecen

unos segundos, aunque bien podría haber sido una hora, con los ojos cerrados, intentando asimilar las cosas... lo sucedido.

Sin más una vibración capta toda mi atención, y los nervios se me depositan en la boca del estómago. Al darme cuenta de que es un mensaje de Gema esa tensión se hace todavía más palpable.

Cabronazo

Todo se reduce a eso. Estoy seguro de que habrá pensado que la dejé tirada, pero ¿qué podía hacer? Ya no es solo que me haya engañado, diciéndome que es quien no es... ¡Es que encima tiene pareja! Dejé que me enamorara de ella como un puto gilipollas para romperme el corazón en mil pedazos.

Idiota, más que idiota.

—Chas, ¿se puede saber qué haces ahí? —me pregunta. Aprecio como se deja caer en la arena y se lleva la botella a los labios una vez más.

—Oye, tú sabes cómo llamarme... ¿Por qué yo no sé tu nombre? —pregunto, acercándome a ella, y dejándome caer a su lado.

El frío de la arena comienza a traspasarme todo el cuerpo. Ella se limita a sonreír.

—¿Quieres saber mi nombre? —Me encojo de hombros como respuesta. Me da igual, pero si vamos a pasar este mal momento juntos, por lo menos me gustaría saber cómo llamarla—. Te lo diré... ¡si me coges! —suelta de sopetón, se levanta y comienza a correr por la arena.

¿Otra vez con la misma escenita?

Esta mujer es como mínimo de otro planeta: ¿Cómo se pone a correr en plena playa a las tantas de la noche, bajo la luz de la luna? Es peligroso... ¿Es que esta mujer no sabe diferenciar entre lo normal y lo raro? ¿Le atrae el peligro?

Chisto un par de veces a la vez que intento agudizar la vista. No tengo ni la más remota idea de dónde diablos se metió la loca. Desde luego si por su nombre es, no pienso buscarla.

Me cruzo de brazos y me limito a esperar, que regrese cuando quiera. Pienso en sacar el móvil y comenzar a navegar por las aplicaciones sin sentido, por lo menos para no recordar una y otra vez los besos de esa idiota mentirosa con su supuesto novio, cuando escucho un pequeño grito proveniente de una zona escondida de la playa.

«Maldita sea, Gabo. ¿Cómo se te pasa por la cabeza dejar a la loca sola?» Encima me percató, por los zapatos que dejó apoyados en una roca, que se fue sin ellos... ¡perfecto! Como para que se corte o se rompa un dedo.

Y, quién sabe, tal vez hasta haya alguien en la playa, aprovechando la oscuridad que brinda el momento.

Dios, ¿por qué me pongo en lo peor siempre?

Me levanto y comienzo a caminar por todos lados, preso de la angustia, cuando siento un pequeño golpe en el hombro. Al girarme me encuentro con ella de frente. Totalmente dispuesto a recriminarle su actitud de niña pequeña, siento como se aleja un poco de mí y, de un momento a otro, rompe a llorar.

Se deja caer en la arena, presiona con fuerza las rodillas contra su pecho y escucho como suelta pequeños lamentos. ¡Así no puedo recriminarle nada! Maldito sea mi corazón de pollo.

—¿Qué es lo que pasa? —pregunto, acercándome a ella.

Me dejo caer a su lado, sintiendo la humedad traspasarme entero. Estoy seguro de que saldremos con una buena pulmonía, pero tampoco pienso decírselo ahora. Ya se dará cuenta mañana cuando no pueda salir de la cama a causa de la fiebre.

—No valgo nada —dice al fin, sorbiéndose la nariz. Eleva la mirada y, tras localizar la botella de Vodka, le da un fuerte trago—. El amor es una puta mierda, ¿sabes?

Asiento, creo que si vamos a comenzar una guerra contra esa mierda que otros llaman «amor», soy el compinche adecuado. Sobre todo hoy.

—Yo siempre lo supe, sobre todo porque todos los hombres sois unos gilipollas. Con perdón —añade, mirándome con una expresión que no logro definir.

Yo simplemente le quito importancia con la mano. En el fondo sé que tiene razón, no nació ayer y sé perfectamente cómo funciona el

mundo: no me voy a sentir molesto por eso.

—Pero esta vez es diferente, yo... —Se lleva las manos al rostro, intentando evitar que aprecie sus lágrimas.

Suspiro, siento en el impulso de estrujarla entre mis brazos y demostrarle que no todos somos tan gilipollas como ella cree. ¿Qué le habrán hecho para que se sienta así? Por mi mente comienzan a navegar locas y absurdas ideas, hasta tal punto que siento como la sangre me golpea con fuerza en la cabeza y me impide pensar: mataré a ese idiota.

Entreabro los labios para preguntar, para intentar sonsacar información: tal vez su nombre, su número de teléfono o cualquier dato que me sirva para patearle el trasero, cuando ella se me adelanta:

—Realmente pensé que el champiñón era diferente —susurra.

¿Qué? ¿¡Cómo!?

Toda esa seguridad que tenía minutos antes parece desaparecer, y solo consigo desplomarme sobre la arena.

Sigue hablando, seguramente poniéndome verde, pero ya no consigo escuchar nada: la loca del avión es Gema... *mi* Gema.



Puede que la luz no sea la mejor, pero juraría que perdió todo el color. Tal vez pensaba que toda esta historia era por Hugo, pero... ¡ni que nos juráramos amor eterno! O tal vez el buenazo se esperó cosas que no son. La verdad es que está para chuparse los dedos, pero no sería más que un rollete de una noche. Lo sé, y estoy casi segura de que él también.

Veo como le quita importancia con un pequeño movimiento de cabeza, así que decido hacerle caso. Tal vez todo sean impresiones mías y de mi loca imaginación, que tampoco es que esté pasando por su mejor momento.

Abro y cierro la boca sin control, creo que necesitaba profundamente sincerarme con alguien, y en más de una ocasión me vi tentada a enviarle un mensaje a Elisa o a Héctor, pero no me pareció justo. Tengo que admitir que soy demasiado dependiente, y ellos también tienen sus planes: Héctor me consta que estará escribiendo la novela de su vida, mientras que Elisa tenía planeada una cenita romántica con su amor.

—Aunque me lo niegue, el champi siempre estuvo presente en mi cabeza —repito otra vez, dándole un trago a la botella de vodka—. No puedo decir que estuviera enamorada de él, pero... ¿y si era así?

Espero pacientemente a que diga algo. Siento que hace horas que no abre la boca.

—¡Ah! Vas a pensar que soy una egocéntrica —repongo, imaginando por dónde van los tiros—, cuéntame tú qué te ocurre.

—¿A mí? Nada —dice con rapidez—. Yo estoy bien.

No es que sea una persona de esas que perciben los problemas, o el mal rollo, pero en este caso no tengo dudas de que es así: Clark

se está comportando raro. Y a mí... Me da igual. Ya se le pasará.

—La zorra de Susi apareció en el bar —prosigo. Siento que no tengo filtro, lo suelto todo tan pronto me llega a la mente.

No sé si puedo culpar al alcohol, o tal vez sea solo que necesito soltar toda la mierda que tengo en la cabeza en este momento.

—Resulta que todavía está enrollada con mi ex, ¿sabes? Alucina. Le cuento toda la historia de mi pasado, y aprecio como hace pequeños movimientos de cejas y la mandíbula se le tensa al escucharme.

—¿Te engañaron y siguen juntos? —pregunta. Por primera vez parece haber conectado en la conversación.

Asiento con la cabeza con determinación, y con bastante cabreo. Creo que puedo apreciar un gesto parecido en sus ojos, lo cual agradezco. Siento que acabo de encontrar a un buen confidente.

—No es solo eso... ¡Se van a casar! —Me llevo una mano al rostro.

Quiero gritar, patalear y llorar durante horas. Veo como Clark eleva la vista hacia mí y, tras meditarlo durante unos minutos, entreabre los labios.

Realmente no entiendo por qué duda tanto, ¿será que él no siente la misma conexión que yo? ¡Yo no puedo dejar de hablar! Maldito alcohol.

—Pues no les va muy bien... —dice finalmente, dubitativo.

Lo observo durante un momento, intentando comprender el sentido de sus palabras. Sé que capta mi mensaje cuando entreabre los labios para explicarse mejor:

—Hace unos días me la encontré, e intentó ligar conmigo —dice con guasa. Se ríe de forma descarada y me contagia su alegría al momento.

—¿La conoces? —Asiente. Dudo que estemos hablando de la misma Susi, ¿será que no hay Susanas por el mundo! Aunque no creo que todas sean igual de zorras.

—Sí, es la misma de la que tú me hablas —repone, tal como si me hubiese leído la mente.

Me relata por encima la situación, y no puedo más que reír. ¡Por supuesto que es ella! Solo necesito escuchar el tono de voz que utiliza para imitarla para darme cuenta... ¿será patética! Se va a

casar con el idiota de mi ex y le tira los tejos a todo aquel que se cruza por la calle.

—El mundo es un pañuelo —expongo, totalmente asombrada por la casualidad.

Vale que en el fondo esto no es más que un pueblo grande, sobre todo si lo comparamos con Madrid, pero ¿cómo para que se conozcan? Me parece excesivo.

—Y que lo digas —murmura, volviendo a su posición de «no pienso decir ni una palabra más». Qué tío más raro.

Al momento siento una pequeña vibración y un escalofrío me recorre entera: ¡El champiñón! Es él seguro. Siento un torbellino de sentimientos que no logro definir. ¿Realmente pude haberme enamorado de él?

Al apreciar que se trata de un mensaje de WhatsApp, y la decepción me inunda, me doy cuenta de la respuesta: estoy loca por él. Pero sé que será un capricho. Me pillé de un recuerdo, de ese niño simpático que por algún motivo se me fue colando en la cabeza, tanto como para compararlo con uno de mis compañeros de trabajo y acordarme de él a diario; y, por otro lado, de esa persona que se esconde detrás de la pantalla. El maldito amor a primer pantallazo que tanto criticaba, y lo peor es que podría jurar que fue un simple flechazo, un flechazo virtual muy imprudente, cabe añadir.

Es de Elisa. Resoplo antes de abrirlo:

¿Cómo va todo?

Dirijo una mirada a la playa en su conjunto antes de coger fuerzas para responder:

Una puta mierda

Pienso en mentir, pero ¿para qué? Ganar no gano nada.

¿Viejo, calvo y rechoncho?

Me río yo sola de su mensaje. Me encantaría decirle: es un callo malayo. ¡Pero no puedo porque no se presentó!

Ojalá

Es lo único que respondo. Conociendo a Eli sé que comprenderá el sentido de mi mensaje o, en caso de no entenderlo, sabrá ponerse en mi situación. No tarda ni medio segundo en responder:

Comparte tu ubicación.
Vamos a por ti

Sonrío. Me encanta cuando se pone en plan «mamá Elisa». Sin duda será una madre inmejorable. ¡Oh! ¿Cuándo querrán tener hijos? Espero que a una de las niñas le pongan Gema, sería tan graciosa con sus trencitas rubitas, porque tendría que ser rubia como tu tita, por supuesto.

Al momento siento la mirada de Clark sobre mí, interrogante. Niego con la cabeza a la vez que me apresuro a hacer lo que me pidió Elisa. Le comparto la ubicación y, en menos de un segundo, me notifica que llegarán lo antes posible.

Permanecemos un buen rato en silencio, pero no es de esos silencios incómodos, por lo menos no para mí. Me agrada disfrutar de su compañía silenciosa, aunque sea un muermazo. Eso no lo pienso negar jamás.

—¿Bailamos? —pregunto sin más, incorporándome con rapidez.

Como respuesta me gano una mirada un tanto extraña. ¿Pero es qué este hombre no tiene ni una pizca de sangre?

—¿Con qué música? —pregunta con gesto cansado—. ¿Con la que resuena dentro de tu cabeza?

—Ja, ja, ja. Qué gracioso eres —expongo, buscando el móvil con rapidez. Tan rápido como los dedos me lo permiten entro en la lista de reproducción del Spotify que tengo para los días de bajón.

Sé que todo el mundo tiene una lista con canciones tostón, moñas y suicidas para llorar a moco tendido, pero yo... ¡quiero marcha! Sobre todo, cuando estoy algo depre. Sin pensarlo dejo que suene la primera, mi incorporación más reciente: *La cintura*, de Álvaro Soler.^[29]

Admito que me encanta ese chico. Es monísimo y sus canciones me ponen de buen humor en cuestión de segundos. Pongo el volumen a tope y dejo el móvil encima del bolso, de modo que no se llene de arena.

Me muevo al ritmo de la canción. Canturreándola a voz de grito. Me río como si todas las preocupaciones desaparecieran de mí.

Soy feliz. La música consigue que todo lo que me daña desaparezca de mi mente. Muchos dicen que estoy loca, pero... ¡qué les den por saco! Ya les gustará unirse a mi locura musical.

Sin dudarle me acerco a él y lo agarro del brazo. Bufa y protesta como mil veces en medio segundo, antes de hacerme caso. Me río cuando veo que conseguí mi propósito: ¡siempre lo hago! *Oh, yeah*.

Me muevo con sensualidad alrededor de su cuerpo. Me siento como si estuviéramos totalmente compenetrados.

—«Cuando bailo contigo, tu cuerpo me da calor» —canto sin sentir la letra. Me encanta cuando estoy disfrutando tanto de la música, del momento, que la letra pasa a un segundo plano—. «Besito a besito, mi fruta de la pasión».

Me río, se ríe. Clavo mi mirada en la suya y me permito embaucarme con el brillo de sus ojos, esos ojos que me provocan

tantas descargas por segundo. Tal vez en otro momento habría intentado terminar revolcada en la arena con él, tengo que admitir que no está nada mal, pero...

Presiono los labios, dispuesta a dejarme llevar por algún instinto primario que no logro ni reconocer, cuando la canción termina. Veo como baja la mirada y se separa de mí, tal como si estuviera leyendo mis estúpidos e idiotas pensamientos.

—Eres una chica increíble —suelta sin más, dejándose caer la arena de nuevo. Sonríe al escuchar la forma en la que me define.

Me miro las uñas con gesto coqueto y le dedico una sonrisa ladeada de «cuéntame algo que no sepa, cariño».

Agarro el móvil y busco una nueva canción en él. Ninguna me parece ideal para la situación, pero finalmente dejo que continúe con la lista. La siguiente no la conozco, supongo que la habrá añadido Héctor. Admito que me gusta. Comienzo a mover los hombros al ritmo de la música a la vez que busco la botella de vodka y le doy un trago.

—¿De qué la conoces? —pregunto sin más, tras un largo silencio. Él fija su vista en mí, interrogante—. A la zorrita de Susi, me refiero.

Sé que me va a mentir cuando aprecio como se muerde el labio inferior y mira hacia arriba. Según mi amiga Paula, que estudió psicología, cuando alguien mira hacia el lado derecho es que intenta acceder a la parte creativa de su cerebro. Hecho que pude comprobar con Héctor en más de una ocasión, ya que es algo que repite constantemente cuando una escena se le atranca.

—Somos viejos conocidos —responde finalmente. Tengo que confesar que, si no llego a percatarme de su gesto, me lo habría creído.

Pienso sonsacar más información. Estoy segura de que la muy zorra también se acostó con él. ¡Venga ya! Ni que fuera tanta cosa. ¡Si es hasta fea!

—¿Viejos conocidos que jugaron sin ropa interior? —pregunto, dejándome caer en la arena.

Comienza a toser con fuerza, como si se atragantara con su propia saliva.

—¡Por supuesto que no! —exclama, tal como si fuera obvio—. Yo no sé con quienes acostumbras a tratar, pero yo no soy de esos.

Vale, vale. Relajemos el ambiente de nuevo.

Dejo que el silencio nos invada, mientras que la música brota de mi *Smartphone*. No tengo duda alguna de que el mejor invento del universo es la música.

Me dejo llevar por ella y sonrío cuando una canción de Pablo Alborán resuena. En fin, voy a tener que editar la lista de canciones para momentos de bajón, pero ahora mismo me alegra. Es preciosa.

—Sé que me mentiste —digo sin más, tan pronto la canción toca su fin.

Al momento siento sus ojos puestos sobre mí, y sin saber por qué un fuerte torbellino me recorre entera. Me hago la despistada mirando al infinito como si me diera todo igual. ¡Ja!

—Simplemente quiero que lo sepas —señalo con despreocupación—. Puedes decirme la verdad o no, tampoco es que me importe. Pero me parecía un dato de relevancia que supieras que no soy tan tonta como tú te crees.

Siento como se revuelve con incomodidad, aunque en ningún momento me giro para observarlo. No quiero que piense que me siento intimidada por la situación: ¡Eso jamás!

—Esto... —comienza. Se gira un poco hacia mí, obligándome por primera vez a hacer lo mismo: lo último que necesito es parecer una puta maleducada—. Tienes razón.

«Lo sé, cariño». Sé que tengo razón y la falta de costumbre hace que me ilusione una barbaridad. ¡Otro día para apuntar en el calendario!

—Tengo que confesarte algo, pero quiero que te lo tomes todo con tranquilidad, ¿vale?

Lo observo con el ceño fruncido. Primero: ¿Cuándo no me tomo yo algo con tranquilidad? Y segundo, ¿por qué se supone que me tuvo que mentir con el tema de Susi? No entiendo nada.

Veo como intenta buscar las palabras y aprovecho para clavar la vista en su rostro durante unos segundos: realmente es muy mono, tiene unos ojos y un gesto que me parecen realmente atractivos. Tal vez sea que el buenazo lo eclipsa cuando está delante. Clark es

mucho más pequeñito en todos los sentidos, y pasa más desapercibido.

Me pilla escaneándolo. ¡Ups! Quiero morirme, aunque pronto disimulo sonriendo. Me hago la tonta y parece que le cuela ya que me sonrío de igual forma.

Dios, pedazo sonrisa que tiene.

Céntrate, Gema. ¡Y deja de beber ya!



¿ME PODRÍA
ACOSTUMBRAR
ALGÚN DÍA?
Gabo

Tengo que ser sincero con ella y, cuanto antes lo haga, mejor.

Me muerdo el labio inferior, intentando encontrar las palabras adecuadas para la ocasión.

Siento como me sudan las manos sin control. Me las limpio al pantalón en un rápido movimiento para no parecer un estúpido idiota. Siento ganas de gritar, pero estoy seguro de que la asustaría o... tal vez incluso se uniera a mis gritos desesperados, sobre todo cuando sepa la verdad.

Siento como algo dentro de mí se va ahogando a cada paso, mientras que miles de palabras aparecen en mi mente, aunque ninguna con sentido. ¿Cómo se puede decir algo así? Tal vez sería bueno presentarme sin más, con un simple: «Encantado, soy Gabriel». Aunque yo en ningún momento me oculté, y ella sabe mi nombre. ¿Qué tal si lo sabe todo desde el principio?

Elevo la vista y la pillo observándome sin pudor alguno. Sonrío y, sin querer, consigo que la mitad de los nervios que tenía depositados en la garganta se desvanezcan.

Sinceramente no veo posible que esos ojos puedan estar ocultándome algo.

Trago saliva y, sin darle más vueltas, entreabro los labios para hablar.

—E-esto... —balbuceo. Dios, parezco un puto gilipollas.

De nuevo las manos me tiemblan y sudan a partes iguales. Si es que esto no es humano.

—Tienes que saber algo.

Sin más estiro el brazo y me apropio de una de sus manos. Necesito decírselo todo y que esté tranquila cuando lo haga. Tal vez se ría de mí y me suelte un: «inocente, inocente» acompañado de una risa, pero no quiero arriesgarme a soltarlo todo de golpe y que ella realmente no lo sepa. Tal vez sea idiota, pero prefiero no arriesgarme.

Eleva la mirada y puedo sentir millones de mariposas revoloteando por mi interior. Es increíble como mis sentimientos hacia ella cambian por completo la forma de verla. Ahora siento que es Gema, mi Gema. Y todo lo demás me da igual. Incluso que sea una puta loca.

De un momento para otro, siento como aparta la mirada y, en cuestión de segundos, también se libra de mi agarre.

La observo con curiosidad y algo molesto, cuando me percató de que fija la vista en un punto al otro lado del paseo, y me giro rápidamente, preocupado.

Veó como se incorpora y, medio segundo después, hago yo lo propio.

—¿Por qué diablos no respondes al móvil? —pregunta una voz femenina, acercándose a nosotros a toda velocidad—. Llevamos media hora dando vueltas por la zona.

Joder, vaya momento para aparecer. No sé quién es, pero tampoco me importa.

Me llevo las manos al pelo con frustración. ¡Ya lo tenía todo bajo control! Vale, puede que no, pero ya no me quedaba más remedio que confesarle la verdad. Estaba hecho.

—Es que... —murmura Gema, comenzando a acariciarse el pelo con poco cuidado—. Perdón, me había olvidado de vosotros —expone con sinceridad.

Sonrío, me encanta esta mujer y el poco filtro que tiene a la hora que soltar las cosas.

—¿Pero estás bien? —pregunta un chico que viene tras ella. Observa a Gema con preocupación, detalle que me hace creer que tal vez sea su hermano.

Inconscientemente me empiezo a encoger. No me quiero ni imaginar lo que tiene que estar pensando de nosotros, a estas horas y solos en medio de una playa desierta.

Soy hombre muerto.

—Perfectamente —responde sonriente—. Os presento a... — comienza. Se gira hacia mí, como para pedirme ayuda.

—Gabo —respondo por ella.

Al momento siento la vista de ambos. Aprecio como la chica me mira de arriba abajo, aunque no de la misma forma que Gema, casi podría decir que me sonrío. Él, en cambio, me escanea de otra forma el rostro.

—Encantado —digo, antes de morirme de los nervios.

—Oh, claro. —La chica se acerca a mí, y justo antes de darme dos besos aclara—: Yo soy Elisa.

Tan pronto se separa siento como me dedica una pequeña sonrisa y se gira hacia Gema para ofrecerle un pequeño guiño. Sonrío ante el gesto.

—Yo soy Daniel —se presenta finalmente él. Extiende su mano derecha para sellar la presentación. Trago saliva. Se supone que esto ocurre después de un par de meses, ¿no? Y nosotros solo nos mensajamos durante unos días y... ¡No hay nada más entre nosotros!

Madre mía, ¿qué le diré cuando me pregunte cuáles son mis pretensiones con ella? Porque eso llegaré, claro que sí. Y yo ahora lo único que pretendo es llegar vivo a casa.

—¿Tenéis planes o queréis venir a tomar algo? —pregunta la chica, que ahora sé que se llama Elisa.

Al momento fijo la vista sobre Gema, quiero decir que no. ¡Por supuesto que no quiero! Pero no me apetece quedar como un cagado, aunque lo sea. Con que ella diga: «no, lo siento. Tenemos planes», bastará.

—¡Vamos! —espeta, dando pequeños saltitos.

Buf, no me alcanza con Hugo que ella tiene que ser igual. ¿Es que no les llegan realmente mis pensamientos por onda expansiva? Pues mira que lo intento.

En un abrir y cerrar de ojos se coloca los zapatos en los pies, a pesar de estar llenos de arena —parece ser que le da exactamente igual—, y nos aproximamos a uno de los bares más cercanos.

—Este sitio es una pasada —expone Gema, muy sonriente, mirando hacia todos lados.

Tengo que darle la razón: nunca había entrado, pero el sitio es espectacular. Y al parecer no lo sabemos solo nosotros, ya que está lleno hasta los topes. ¡Yuju!

Nos agenciamos una mesa cerca de la entrada y, tan pronto Daniel se comienza a sacar la chaqueta, dejando marcado de esa forma el sitio, las chicas se justifican diciendo que necesitan ir al baño, las dos juntas... cómo no.

—Qué típico —dice Daniel—. Irán para cuchichear. —Ríe. Yo no sé realmente si reír o llorar. ¿Qué sería más acorde a la situación?

Trago saliva y asiento. Putos nervios.

El camarero se acerca a nosotros para pasarnos revista. Daniel se apresura a pedir una Coca-Cola Zero fría, y yo me decanto por una cerveza. Realmente si no me meto algo con alcohol creo que moriré. Y supongo que no quedaría de buen gusto pedir algo más fuerte viendo lo saludable que parece ser él.

—Eres de aquí, supongo —dice para romper el hielo después de un buen rato de silencio. Asiento, aunque realmente juro que no sé ni qué decir.

Por suerte el camarero aparece con nuestro pedido y dos platitos: uno con patatas y otro con la cuenta.

—¿Sois hermanos? —me animo a preguntar al fin, tan pronto el camarero desaparece—. Gema y tú, digo.

Deja el vaso sobre la mesa y fija la mirada en mí para, a los pocos segundos —que a mí me parecen eternos—, estallar en una pequeña risa.

—¿Por qué? ¿Nos parecemos? —pregunta, extrañado. Me encojo de hombros. Yo que sé, si soy malísimo para los parecidos—. Para nada, soy el novio de Elisa. Elisa es su mejor amiga —aclara.

Asiento.

—La quieres mucho —expongo abiertamente. Me observa como si no entendiera mis palabras. Parece ser que hoy me expreso fatal—. A Gema, digo.

Asiente con la cabeza, sin decir nada. Presiona los labios y finalmente comienza a entreabrirlos.

—Es una buena chica —dice sin más, pensativo—. No quiero que te lo tomes a mal, es solo que es muy ingenua —expone,

encogiéndose de hombros—. A ver, es lista, y sabe perfectamente lo que hace, pero según Elisa esto no es un simple rollete, y yo no seré su hermano, pero voy a estar ahí para protegerla de lo que haga falta.

Trago saliva. Lo que yo decía, este ya se montó un castillo donde yo solo veo arena. No lo culpo, pero nada que ver.

—Bueno, esto... —comienzo, llevándome una mano a la nuca. Me observa de una forma que no me gusta en absoluto—. Gema y yo solo somos amigos... bueno, realmente no sé ni si eso somos —admito.

Me espero lo peor, casi puedo imaginarme su puño en mi mandíbula cuando, sin previo aviso, sonrío.

—Yo pasé por lo mismo que tú hace un año —reconoce, pensativo—. Y estoy pillado hasta las trancas, ¿sabes?

Asiento. En el poco tiempo que estuvimos los cuatro juntos pude apreciar perfectamente el amor que se profesan. Sobre todo, se nota que es algo mutuo, y eso es lo que hace que sea tan especial.

—Estoy puesto en vuestra situación —me dice, sonriente, dándole un trago a su vaso de Coca-Cola—. Elisa me lo contó. Necesitarás un tiempo para reaccionar, pero lo que no puedes olvidar es lo que realmente sientes ahí. —Señala directamente en el lado izquierdo de mi pecho—. Gema es una chica especial, puede acojonarte la fuerza y energía que tiene porque... a mí me acojonó cuando la conocí. —Ríe—, pero créeme que te tocó la lotería con ella.

—¿Estás al tanto de lo qué? —pregunto, ya que realmente siento que no puedo estar más perdido.

Tal vez todos sepan de nuestra situación, y yo sea el único idiota.

—Eres Gabriel, ¿no? El chico al que conoció por Facebook.

Asiento. Realmente no estoy seguro de estar siendo cien por cien sincero, ya que en teoría nos conocemos del instituto, pero me imagino que Gema no irá conociendo a muchos chicos que se llamen como yo por Facebook. Supongo, vamos.

—Pero creo que Gema todavía no lo sabe... —reconozco. Observo su gesto, esperando que me demuestre que estoy equivocado, pero no mueve ni un solo músculo. Tal vez todo sean

simples alucinaciones más—. Nos conocimos hace algunos días y yo...

—No tardes en decírselo —me recomienda.

Por su mirada sé que no me está amenazando, pero sus palabras me dicen «si no lo haces tú, lo haré yo». Aun así, creo que puedo confiar en él.

Asiento, totalmente seguro de que tiene la razón en todo lo que dice.

No podemos continuar con nuestra conversación, ya que las chicas se acercan con rapidez a nuestra mesa.

—Este sitio es una maravilla —dice Gema otra vez, moviendo los hombros al ritmo de la música—. ¡Los baños son como los de un puto palacio!

Elisa sonrío ante sus palabras y ocupa el sitio vacío al lado de su novio. Con mucha clase se cruza de piernas y Daniel le pasa el brazo por detrás de la espalda. Se acerca y la besa en la cabeza con mucho cariño.

—Son adorables —dice Gema, obligándome a salir de mis pensamientos. Me giro hacia ella y sonrío. No sé ni qué hago—. Quiero un cóctel —indica, rompiendo la magia del momento.

Agarra la carta y comienza a ojearla con rapidez.

—Contrólate un poquito, ¿vale? —murmura Elisa.

Se nota que es la madura de la pareja de amigas. Sonrío, y al momento me percató de que Daniel también lo hace. Tal vez no fue tan discreta como querría serlo. Gema chasquea la lengua, pero asiento. Levanta la mano y en menos de medio minuto un camarero se acerca a ella.

Siento los nervios y los celos recorrerme de arriba abajo, pero no puedo explicar realmente el motivo. Este camarero es nuevo, pero esta chica tiene un don para atraerlos a todos, y no quiero que eso pase.

—Un Mai Tai, por favor, y...

Dirige rápidamente su mirada a Elisa, quien le pide algo sin alcohol. No consigo escuchar lo qué, pero el comentario de «eres un puto muermazo» de Gema no me deja lugar a dudas.

Son una pareja muy sana. Pues me parece genial. Yo tampoco soy de beber demasiado, lo tengo que reconocer.

Me agrada darme cuenta de que no intenta ligar con él. Aunque todavía queda el segundo asalto: cuando traiga las copas.

Me quedo mirando al infinito, sin saber qué hacer o decir. Me llevo la cerveza a los labios y le doy un sorbo, más por hacer algo que por otra cosa, hasta que Gema me sobresalta:

—¡Bisbal! —grita. Se levanta de sopetón, como un torbellino. Tanto que casi me atraganto con la cerveza.

Daniel y Elisa se ríen abiertamente, creo que ya están más acostumbrados que yo a su comportamiento.

¿Me podría acostumbrar algún día? Realmente lo dudo.

En cuestión de segundos me agarra por la manga de la camisa y me obliga a levantarme con ella.

Me niego, protesto y maldigo, pero nada parece frenarla. Me giro hacia la pareja, pidiendo auxilio, pero ambos se encogen de hombros y se ríen. Serán malvados.

—¡Amo esta canción! —grita en mi oído.

¿Realmente habrá alguna canción en el mundo que no le guste?

Me obliga a pegarme a ella y comienza a bailar con desgarre.

—«A partir de hoy le vendaré los ojos a mi corazón. No quiero que te mire y vuelva a enamorarse, y aunque duela extrañarte»^[30]
—canta muy cerca de mi oído, produciéndome directamente un fuerte torbellino dentro de mí. Se mueve con gran maestría, nada nuevo en ella: es una Diosa total.

¿Por qué hasta ahora solo me parecía una loca obsesionada con su físico? Puede que lo siga siendo, pero ahora es... ahora es mi Gema. No puedo verla de igual forma.

Poso la vista en sus ojos, que aprecio como tienen controlados todos mis movimientos. Sonrío, tal vez no sea el único que piense tonterías.

—Antes querías decirme algo —murmura, muy cerca de mi oreja.

Siento una pequeña descarga eléctrica que creo que consigo disimular, o eso espero. Trago saliva, es el momento.

Se acerca a mí más de lo que ya estaba momentos antes, y me mira. Fija sus ojos en los míos y, antes de que me dé cuenta, está controlando mis labios con parsimonia.

—¿Es esto lo que me querías decir?

Sé lo que va a hacer, y lo peor de todo es que no pienso pararla. Pienso permitir que me bese, o todavía peor: deseo que lo haga.

Se pone ligeramente de puntillas y, en cuestión de segundos, junta sus labios con los míos en un tierno beso.

Sé que no está hecha para mí, y no hay nada en el mundo que odie más que perder el tiempo con la persona incorrecta, pero no puedo evitar seguirle el ritmo. Tal vez sea un error, pero sin duda se convertirá en uno de los errores más bonitos de mi vida.



Me duele la cabeza de una forma sobrehumana. Decidido, tengo que pedir cita para ir a una de esas reuniones de alcohólicos anónimos. Porque digo yo que se tendrá que pedir hora o algo. Yo que sé, pero tampoco me voy a presentar ahí diciendo: «Hola, me llamo Gema y soy alcohólica» ahí por todo el morro, aunque igual funcionan así. Tendré que mirarlo.

—Buenos días por la mañana.

Abro un ojo, y después el otro. ¿Esa mancha borrosa se supone que es Héctor? Me aclaro la vista, la agudizo todo lo que puedo y... ¡Oh, milagro! Ya veo un tío buenorro. Sonrío.

—Buenos días, guapetón —espeto, llevándome una mano a la cabeza, con la intención de atenuar el dolor—. ¿Qué tal ayer? Cuando llegué ya estabas planchado.

Suelta una pequeña risa que me taladra la cabeza. ¿De verdad es necesario?

—Lógico, eran las tres de la mañana. —Ríe de nuevo. ¡Por una vez en la vida bien podía echarse a llorar! Seguro que era menos ruidoso—. Por lo que sé, te trajeron Elisa y Daniel, que esta mañana me enviaron un mensaje preguntándome si seguías viva.

Chisto la lengua, pero finalmente asiento. Aunque mis intenciones eran otras, al final se vieron truncadas.

Con una rapidez que ni yo misma consigo comprender, me tiro sobre la cama y me apropio de mi teléfono móvil. Siento que lo hago con mucho glamur, pero la mirada de Héctor me demuestra que debo parecer una foca intentando capturar a una presa.

Entro en el Messenger y suelto un fuerte suspiro al darme cuenta de que no, en efecto no tengo nada: ¡Será desgraciado!

Fijo la vista en Héctor, y siento que se da cuenta de mi mirada de desilusión, ya que prosigue con su monólogo:

—Respondiendo a tu pregunta: ayer bien, escribí en todo el día seiscientos veintidós palabras, y de seguir así terminaré la novela el treinta de noviembre del año dos mil veinticinco. No me lo invento, me lo dice una aplicación que tengo descargada. Es la monda para dar ánimos, la cabrona. —Bufa.

No puedo evitar reírme, a pesar de que no debo. Amo a Héctor y a su afán por hacerme reír siempre. ¡Es adorable!

—¿Y tú? Sabes que quiero todos los detalles.

Resoplo y me dejo caer de nuevo sobre la cama. En menos de cinco minutos le cuento toda mi experiencia, omitiendo un pequeño detalle que me avergüenza más de la cuenta.

—No me lo puedo creer —dice, llevándose las manos al rostro—. Entonces Gabriel te dejó tirada, y tú terminaste enrollándote con uno de los buenorros del avión. —Se lleva una mano a la barbilla, pensativo—. ¡Lo que es la vida!

Muy puta, la vida es muy puta. Paso de contarle realmente cómo salieron las cosas porque la vergüenza me puede.

—¡Ah! Y no te lo pierdas. Sabes quién es Susi, ¿no? Mi exmejor amiga y actual zorra —Asiente en respuesta—. ¡Se casa!

Su rostro se descompone por completo. Pero todavía peor cuando le cuento que es con el gilipollas de mi ex.

Dios, amo estos momentos amigos cotillas. No sé qué haría sin él.

Después de un largo rato de confesiones y risas, bajamos a desayunar. Mi madre me interroga con la mirada, quiere saber por qué motivo Héctor estaba ayer en casa temprano y yo no... Lógico, creo que la mentira se fue al traste hace ya unos cuantos días. Tal vez según llegamos.

Por suerte el timbre me da cierta ventaja. Veo como mi hermano se levanta a abrir la puerta, y cuando la figura de Elisa y la escultural imagen de Daniel se asoman, sonrío.

—Buenos días, pareja. —Mi madre se incorpora para saludarlos, mucho más sonriente de lo habitual—. Elisa, estás preciosa.

Siento como mi amiga se sonroja, sobre todo cuando mi madre pronuncia las palabras por las que cualquiera la mataría:

—¿A qué está guapísima, Daniel?

Buf, para ahorcarla, en serio. Me hago un pequeño ovillo en la silla y bajo la mirada.

Tendré que pedirle disculpas a Elisa por el comportamiento de mi madre. Tantos años y todavía sigue con sus viejas costumbres. Otro motivo por el cual tengo claro que nunca se creyó mi relación con Héctor: jamás hizo eso.

Veo como mi padre la comienza a apresurar. Supuestamente tienen que ir a buscar sus trajes para la boda: ¡a buenas horas! A ver si voy a tener que regañarles yo por dejarlo todo para el último día.

Aceleran sus cafés y, en menos de cinco minutos, están saliendo por la puerta principal. «¡Hasta luego, Lucas!»

—Esta noche es mi despedida de soltero —suelta Iago de sopetón, supongo que seguro de que mis padres ya estarán entrando en la zona de señora de El Corte Inglés, o por lo menos yo lo estoy. Viendo las prisas que llevaban me extrañaría que no hubieran comprado ya.

Uy, ¿será que no quiere que mi madre sepa que se va a dar un banquete antes de la boda? Qué perverso mi hermano. Debe de ser el primero que se va a ver a tías como Dios las trajo al mundo días antes de casarse. ¡Já!

—¿Y quieres un pin? —pregunto.

¿Es que acaso nos está invitando? No es lo mío ver tías en pelotas, pero...

—Ja, ja. Qué graciosa eres —responde, mirándome de malos modos—. Quería preguntaros si queréis venir —completa, mirando hacia los chicos.

—¿A nosotras también? —pregunto, haciéndome la graciosa.

Aprecio como Elisa se muerde el labio inferior para aguantar la risa.

—Único que queráis bailar en bolas, no —responde.

Vale, lo pillo. Y creo que paso.

—Uy, ¿quieres ver a tu hermana «en bolas»? —pregunto, enfatizando mucho la expresión que había utilizado él—. Iago, tienes un problema.

Niego con la cabeza a la vez que agarro a Elisa de la manga de la chaqueta, con la única idea de dejarlos para que arreglen su quedada de esta noche.

Tan pronto entramos en la habitación, Eli me saca el tema tabú. ¡Es que no tarda ni medio segundo, la muy pesada! Y yo que casi lo tenía olvidado.

—Ay, Gema. ¡Es monísimo! —suelta sin más, tan pronto cierro la puerta.

Creo que llevaba con ganas de decírmelo desde ayer.

—Pues te lo cambio por Daniel. —Dibujó una falsa sonrisa en los labios—. Ya no es tan mono, ¿verdad? —añado, al apreciar su gesto.

—Claro que lo es, pero tú eres demasiado idiota —expone, como si fuera obvio—. Además, parece un gran chico, ¿cuál es el problema?

Exactamente, Gema. ¿Cuál es el problema? Me avergüenza reconocerlo en voz alta. El problema es que... no me gustan sus besos.

Es la primera vez que no siento nada, absolutamente nada con un beso. Creo que si lo digo en voz alta todo comienza a cobrar sentido, se hace real y...

—No besa bien —admito al fin.

Elisa me observa con un gesto extraño y, antes de permitirme decir nada más, estalla en una carcajada.

—¡Lo digo en serio! Lo besé y fue como... si no sintiera nada. No se inmutó. Estoy segura de que su soldadito ni se enteró de que estábamos conectados.

Se ríe, tanto como si le estuviera contando el mejor chiste de su vida. ¡Venga ya! Esto es serio.

—Vamos a ver, Gema. ¿Lo besaste solo como una prueba? —Tuerzo los labios. Sé la respuesta, pero...

—Puede ser. —Tanteo el terreno, veo como tuerce el gesto—. Vale, sí. Lo hice como una prueba. Ese chico tiene algo que me atrae, pero no termina de cerrarme, y quería saber si realmente podría ser que... ya sabes —admito al fin. A Elisa no le puedo mentir.

—Entonces no tengo nada más que decir. —Se cruza de brazos y me mira con gesto reprobatorio. ¿Ahora qué ocurre? No estoy comprendiendo nada. Sé que se da cuenta cuando prosigue—: Veamos, cariño. No puedes probar lo que sientes por alguien de esa forma.

—¿Cómo qué no? Lo vi hace poco en una peli. Cuando no tienes claros tus sentimientos, lo mejor es pasar a la llamada «prueba del beso». Si sientes mariposas en el estómago, es que estáis hechos el uno para el otro, y si no...

—Vale, vale. Para ahí —me corta—. ¿Cuántas veces sentiste mariposas en el estómago a lo largo de tu vida con un beso?

Puf, millones. Un buen beso te puede producir millones de sensaciones dentro. Un hormigueo en el estómago y una explosión en otra zona que no pienso comentar, ya que Elisa es bastante puritana e igual huye de la habitación.

Por su gesto sé que sabe cuál es mi respuesta.

—¿Y cuántas veces encontraste al amor de tu vida?

Vaaaale, ya voy pillando por dónde va. ¿Entonces será que cuando te enamoras, cuando sientes algo de esa magnitud, no hay sensaciones especiales? ¿Desaparece la pasión? Espera, ¿estoy dando por hecho que estoy enamorada? Sí, creo que lo estoy, pero no de él.

Tal vez sea ese el problema.

—A ver, Gema. Esto no es una ciencia. No vas a descubrir si quieres a alguien solo por una tontería así —expone—. Si tú no tienes claros tus sentimientos, imagínate como estará él. Es obvio que no era el momento de dar el paso, tal vez lo apresuraste demasiado y...

—¿Tengo que hacer otra prueba?

Juro que no estoy comprendiendo nada de lo que me dice. ¿Apresuré lo qué? Alucino. Elisa y yo hablamos idiomas diferentes.

Veo como chista y niega con la cabeza.

—No, lo que tienes que hacer es dejar que todo fluya. Yo no puedo saber lo que hay entre vosotros, pero lo que sí sé es que te miraba igual que Daniel me mira a mí.

Sí, claro. Pero estoy bastante segura de que ella siente ya no mariposas, sino lobos feroces devorando su interior cada vez que

Daniel la besa.

—En su día tú me pediste que no fuera idiota —prosigue—. Ahora es mi turno: Te pido. No, te exijo, que pienses con la cabeza y te comportes como una persona normal.

Sé que tiene razón, pero no es tan sencillo. Tampoco es que esté segura de qué me ocurre con él. Es una atracción diferente a la que siento por cualquier otro. Es verdad que es mono, pero algo me empujó a besarlo. Tal vez su mirada o yo que sé... No comprendo nada.

—Pero ¿qué hacemos con el tema de los besos? ¿Le tengo que enseñar de cero?

Bufa y se lleva ambas manos al rostro. Esto no es una tontería, ¡es muy serio!

¿Y si nunca aprende a besar?

—Tenemos que hacer algo con tu hermano —dice Héctor, entrando como un huracán—. Piensa que voy a ir a ver a tías en pelotas. ¡Yo! —Señala su pecho con brusquedad, tal como si fuera una locura tan solo la idea de planteárselo.

Me río ante su gesto.

—Pues ya que estás, líbrame a mí también, Gemita —suelta Daniel, sentándose sobre la cama. Me pasa el brazo por la espalda y acerca su cabeza a la mía, con cariño.

Sonrío, quién me iba a decir a mí hace unos meses que tendría a dos tíos buenazos dentro de mi habitación, y que ninguno de ellos me haría burbujear nada en mi interior: uno mi mejor amigo gay, y otro el novio de mi mejor amiga, que para mí como si fuera gay. A los novios de las amigas ni se les mira. Aunque el culo de Daniel es imposible no mirarlo, todo hay que decirlo.

—Está bien —expongo al fin. Suelto un pequeño resoplido—. Hablaré con Iago.

Héctor se acerca y me estampa un beso en la mejilla. Daniel hace exactamente lo mismo, aunque con menos efusividad. Sonrío.

—Os invito a comer por ahí —propone Héctor. Veo como Elisa y Daniel aceptan gustosos. Primero, aún no es hora de comer, y segundo...

Me llevo una mano a la cabeza, para intentar apaciguar un poco el dolor. A cada paso me revienta más y más.

—Yo no pienso ir a ningún lado —sentencio.

Me tiro sobre la cama y me tapo la cabeza con una de las mantas. ¡No quiero saber nada del mundo! Se acabó la Gema alegre, la que sonrío y todo le da igual. En el fondo este dolor de cabeza está terminando conmigo.

Héctor deja de intentar pelear, y se lo agradezco. Me da un beso en la frente y me dice que me da dos horas. Que en dos horas vendrá a por mí sí o sí. Bufo, no quiero saber nada, absolutamente nada de nadie. Ni en dos horas ni en veinte.

Espero a que salgan de mi habitación para buscar el móvil, y con poca paciencia entro en el Messenger. Se va a enterar, este va a saber quién es Gema Albán. ¡Se va a arrepentir de haberme dejado tirada!

¿No piensas volver a hablarme?

¡Eres un idiota!

Venga ya. No tiene motivo para haberme dejado tirada. ¡No lo tiene! Ni que fuera un orco. Por el amor de Dios, no soy tan fea.

Miro el móvil una y otra vez: nada. Bufo. Dejo caer la cabeza en la almohada y, tras dar cuatro vueltas en la cama, todo comienza a tener menos importancia.



Me despierto sobresaltada por un pitido. No sé ni qué hora puede ser. Madre mía. ¡Siento que pasaron siglos!

Busco el móvil con rapidez y veo que, en efecto, me quedé profundamente dormida.

El pitido está provocado por un mensaje de Héctor. Suspiro antes de abrirlo:

Descansa. Por la tarde hablamos.

Sonrío. Sin duda vino y apreció el estado en el que me encontraba, y prefirió dejarme tranquila.

Pienso en responderle, pero otra notificación nubla mi mente, y todo eso pasa a un segundo plano.

Todo tiene una explicación

Hace tres horas, tres malditas horas del mensaje. ¿Por qué diablos me había quedado dormida? Tendría que haber estado despierta para ponerle los puntos sobre las íes a este idiota.

Dámela

Respondo de mala gana. Quiero esa puta explicación. Quiero que me diga qué diablos pasa por su cabeza. Estoy hasta las narices de esperar.

—¡Gema, tienes visita! —me grita mi madre desde abajo.

Bufo, protesto, maldigo. No quiero bajar. ¡Necesito hablar con el puñetero Champi de una maldita vez! Quién sea me las pagará, claro que lo hará.

Arrastro los pies. Ni me molesto en vestirme como es debido, realmente me da igual quién sea. Como mucho será algún tocapelotas. ¡Pero si no tengo ni amigos aquí!

¿Y si es la zorrilla de Susi para convencerme de que vaya a la estúpida reunión? Genial, y yo con estos pelos de loca. ¡Perfecto! Siento el impulso de volver a peinarme, a ponerme monísima, pero en el fondo me da igual. ¡Qué le den morcilla!

Bajo las escaleras con pocas ganas y, cuando me encuentro con los ojos que me dejan sin respiración, me quedo estática.

—Yo os dejo solos. —Escucho como dice mi madre. Me dedica una mirada que no logro interpretar.

—¿Qué haces aquí? —pregunto, observándolo totalmente asombrada.

Primero: ¿Cómo sabe dónde vivo? Y segundo: ¿Qué cojones pinta en mi casa? Nada me cierra. No comprendo absolutamente nada.

Veo como presiona los labios con fuerza. Genial, creo que malinterpretó todo lo ocurrido. Me explico: lo besé, sí. Pero sin ningún tipo de intención. Es más, ¡ni siquiera me gustó! Lo hice porque... yo qué sé, porque tiene un ángel que me atrae en cierto modo.

—Soy yo —espeta sin más.

Me quedo estática y, segundos más tarde, rompo en una carcajada. Ya sé que es él, ¿se cree que soy idiota o algo por el estilo?

—Ya te veo.

Se lleva una mano al pelo y lo alborota sin cuidado. No tardo en percibir la desesperación en su mirada.

—No es eso, Gema. —Se acerca a mí a pasos lentos—. Yo soy él, ¿entiendes?

Me encojo de hombros. Si tengo que ser sincera no: no entiendo una puta mierda. Creo que habla el mismo idioma inventado que Elisa. ¡Vaya dos!

—Querías la explicación y aquí la tienes: Yo soy Gabriel.

Presiona los labios, y yo siento que pierdo toda noción de la realidad. Creo que mis piernas se convirtieron en simple gelatina y, de un momento a otro, se derretirán y caeré rendida al suelo.

No puede ser. ¡Tiene que ser una estúpida mentira!

¿Cómo dijo que se llamaba? Se está quedando conmigo... ¡Claro, eso es! Comienzo a caminar de un lado a otro, intentando hacer memoria. Dijo que era Chas... Mierda, ¡no miente!

Chas, Chaspiñón, Champiñón. ¡Joder, como no me di cuenta antes! El mote poco tenía que ver con su corte de pelo, sino con su apellido. ¿Por qué no me acordé?

—Gabriel, eres tú —afirmo.

Al momento aprecio como fija sus ojos en los míos, y ese torbellino me vuelve a sacudir entera. ¿Qué tienen sus ojos para alterarme de esa manera? ¿Por qué consigue activar todo mi sistema nervioso en cuestión de segundos?

—Prefiero que me llamen Gabo —dice, tal como si nos estuviéramos presentando por primera vez.

Joder, claro. ¡Maldita la manía de ponerse mote indescifrables!

No me lo puedo creer, ¿es él y me dejó hablar sola como una puta loca? ¡No, no, no! Le confesé mis sentimientos más oscuros hacia él. ¡Le dije que me había enamorado de él de forma virtual!, y que hace años me sentía atraída por ese chico desconocido y tímido.

¡No puede ser!



¡ME TERMINARÉ
VOLVIENDO
LOCO!
Gabo

Nervios. Odio profundamente hablar en público, me da exactamente igual en qué contexto y cuánta gente me esté observando. Como si son tan solo diez personas las que me escuchan. ¡Maldita sea, incluso dos! Sufro, siento sudores fríos y un fuerte hormigueo me recorre por todo el cuerpo.

Me inundan unas ganas terribles de llorar, pero termino controlándolas por no parecer un idiota, básicamente.

Comienzo a caminar de un lado a otro del habitáculo: una, dos, tres, cuatro vueltas. ¡Me terminaré volviendo loco!

Sin pensarlo me acerco a la máquina del agua y saco una botella bien fría, para después pasarla por la frente. Creo que tengo hasta fiebre.

—¿Cómo estás, exagerado? —pregunta Hugo.

Siento ganas de machacarlo, pero recuerdo que los nervios no me hacen más grande, sino todo lo contrario, así que finalmente relajo los hombros.

—Divinamente —respondo con sarcasmo.

Tengo que aprender a controlar los nervios. Tal vez exista algún tipo de tratamiento para eso.

«Nota mental: buscar en internet al llegar a casa».

—Mucha suerte, Gabo —me dice Iago. Me aprieta el hombro y sonrío, o por lo menos lo intento—. Va a ir de puta madre, ya verás.

Claro que sí. Va a ir genial. Sobre todo cuando el ponente soy yo. Tendremos suerte si no nos echan a patadas.

Siento una vibración en el bolsillo y lanzo un fuerte suspiro. Supongo que será de San Martín. Por algún motivo, le había

parecido divertido enviarme tonterías durante toda la mañana. No me había dado cuenta de lo plasta que es hasta ahora. Lo aprecio, pero... ¿no podría hacer buenas migas con Iago? Y ya que él soporta sus mensajes idiotas.

Pero me sorprende al apreciar que la notificación no es del WhatsApp, sino del Messenger. Sin más siento una fuerte angustia, y los nervios crecen dentro de mí. No puede ser, no puede ser ella.

Definitivamente sí, es suyo:

¿No piensas volver a hablarme?

¡Eres un idiota!

En efecto: soy un idiota.

Me llevo las manos al rostro intentando mitigar el grito que sale de mis cuerdas vocales.

Comienzo a mover los dedos por la pantalla, escribo y borro. No puedo confesarle las cosas por mensaje. Finalmente me limito a responderle un:

Todo tiene una explicación

La tiene y se la daré, pero no ahora. Ahora no puedo.

Doy vueltas de un lado a otro, mirando para todos lados. En menos de cuatro horas tendremos que salir para el pabellón habilitado para la presentación anual de los proyectos, y todavía no me sé el puto discurso de memoria. Por propia experiencia, sé que estará repleto de gente. Más de la que debería. Tanta como para mis nervios se multipliquen por mil.

Observo el móvil, entro en el Messenger y me percató de que no tengo nada.

Siento ganas de gritar. Ella no se lo merece. Juro que tan pronto termine esto seré sincero, le diré quién soy y lo que venga después solo dependerá de ella.

—Relájate, Gabo —me dice Hugo, pasándome una mano por detrás del cuello—. Al final terminarás haciendo un agujero en el suelo —bromea. Aunque tiene razón: llevo por lo menos media hora paseando sin parar por el mismo sitio.

—Saldrá bien —digo, intentando convencerme más a mí mismo que a nadie más. Me dejo caer en una de las sillas y me llevo una mano a la frente. Va a salir bien... Claro que va a salir bien.

—¿Qué tal te fue ayer? —pregunta. Sé que es más que nada para restarme nervios, pero en el fondo solo provoca que mi situación empeore. Comienzo a hiperventilar y siento que se da cuenta, ya que alarga la mano y me acaricia el cuello.

Todavía no le confesé a Hugo la identidad de Gema, y en el fondo me preocupa su reacción.

—Tenemos que hablar, pero prefiero que sea después de la ponencia —digo. Veo como se aleja algo de mí y me mira directamente a los ojos.

—¿Gema? —pregunta. Elevo la vista, ¿lo sabe?—. No soy idiota, Gabo. Y créeme que, si todo sale bien, me alegraré un huevo por ti.

Sonríe. Es el mejor amigo que podría tener en el mundo, de eso no hay duda.

—Pero ¿cómo...?

—Bueno, tú estás tan ciego que no te enteras de nada —comienza con su exposición—, pero en la foto del Facebook tenía cierto aire. Mucho más joven, con el pelo diferente y con la cara algo más hinchada, pero era ella. Además... ¿Gema? No es que sea un nombre tampoco muy común.

—¿Lo supiste desde el principio?

No doy crédito. ¿Por qué no me lo dijo? Se encoge de hombros.

—No, hombre. Solo desde que me hablaste de ella. Por eso también os quise dejar solos y me llevé a Carolina para no estuviera incordiando.

Vaya, no me lo puedo creer.

—¿Cómo se lo tomó? —pregunta con un hilo de voz.

Niego y tuerzo los labios. Quiero decirle que fui un puto cobarde, pero los nervios prácticamente no me dejan articular palabra. Sin más saco el móvil del bolsillo y le permito que lea los últimos mensajes con ella.

—¿Eres imbécil? —pregunta.

No me cabe duda de que lo soy. Un imbécil muy cobarde, un puto gallina que no fue capaz de confesarle las cosas.

—¿Sabes dónde vive Iago? —Asiento sin saber a dónde quiere llegar—. Pues no quiero que preguntes mucho, ni que le des vueltas, que te conozco, pero Gema es su hermana.

—¿Desde cuándo lo sabes? —pregunto con un hilo de voz. No estoy comprendiendo nada.

—Desde que la vimos el día que casi perdemos todo el trabajo. —Se lleva una mano a la cabeza, supongo que recordando el estrés de ese día.

Maldito idiota, me hizo creer que me había vuelto loco cuando él también la había visto. Para matarlo.

—Iago me dijo que era su hermana, que había venido a buscar no sé qué historia. Pero no me dio tiempo a indagar mucho más, ya que la situación tampoco era la mejor.

Asiento. Ahora todo comienza a tener sentido.

—Ve a su casa, pedazo de idiota —me dice, agarrándome por los hombros—. Yo te cubro, pero tienes que estar puntual de vuelta.

Dudo, pero finalmente acepto que tiene razón. No puedo seguir alargando esto más. Miro el móvil, que sigue sin respuesta. Bufo y salgo a toda leche.



Paseo por delante de la puerta del edificio que lleva a su casa una y otra vez. Miro el móvil: nada. Y así llevo más de dos horas.

Le envió un mensaje a Hugo, para asegurarme de que tengo la dirección correcta y timbro. Cruzo los dedos para que sea ella la que me abra, pero la suerte no está de mi lado una vez más. Es una mujer algo más mayor, podría ser perfectamente su madre.

—Hola, ¿está Gema? —pregunto, temeroso de su respuesta. La mujer me mira de arriba abajo con poco disimulo, lo que pone mis nervios todavía más en alerta.

—¿Eres...? —pregunta.

«Ay... Por el amor de Dios. ¡Llámalas ya!» Me muerdo el interior de la mejilla con muy mala leche y cierro los ojos medio segundo para infundirme de valor.

—Soy un compañero de trabajo de Iago —improviso rápidamente, mirándola de nuevo—. Estábamos terminando un proyecto y me pidió que le diera un mensaje a su hermana personalmente.

Sé que la historia coló cuando se aparta de la puerta, permitiéndome acceder a su interior.

«¡Bien hecho! Un mini punto para mí».

Escucho como la señora grita una y otra vez el nombre de su hija, mientras una fuerte vibración me sobresalta, provocando que mis nervios se acrecienten.

Dámela

¿Quieres la explicación? Pues la tendrás.

—Yo os dejo solos —dice la mujer, saliendo hacia sabe Dios dónde. Me da exactamente igual a dónde vaya.

Me giro para encontrarme con la mirada acusadora de Gema.

—¿Qué haces aquí? —interroga al fin.

Pienso en contarle toda la historia, o tal vez resumírsela en dos palabras. Finalmente opto por esto último.

—Soy yo.

Suelto un fuerte suspiro tras decir esto, como si me hubiese quitado un peso de encima terrorífico.

—Ya te veo —dice con guasa.

No, por favor. ¿Por qué no quiere entenderme? Me llevo una mano al pelo y lo alboroto. ¿Cómo carajo quiere que me explique? ¿Cómo quiere que le diga que yo soy Gabriel?

—No es eso, Gema. Yo soy él, ¿entiendes?

Me frustra darme cuenta de que no me comprende. O tal vez no quiere hacerlo.

—Querías la explicación y aquí la tienes: Yo soy Gabriel.

Ya está dicho.

Veo como su rostro ahora cambia por segundos. Está más que claro que ella no sabía nada. Se queda paralizada y, al momento, comienza a caminar de un lado a otro.

—Gabriel, eres tú.

Fija sus ojos en los míos y no puedo evitar sentir una fuerte complicidad con ella. Como si estuviéramos en una misma onda por primera vez.

—Prefiero que me llamen Gabo —admito. No estoy seguro de soportar que me llame por mi nombre de pila, ya me llega con Eva y su insistencia de que tengo un nombre precioso y blablablá. Lo odio profundamente.

Veo como se queda paralizada de nuevo, como sopesando la posibilidad de que me esté quedando con ella, pero nada más lejos de la realidad.

—Gema, escúchame —murmuro, intentando conseguir que se calme—. Yo no sabía nada, y no te quise dejar tirada, es solo que... Pensé que me habías engañado. Susi tenía al pequeño champi y...

Siento como se acerca a mí. Me mira de una forma un tanto extraña y suspira. No sé qué cosas se le estarán pasando por la cabeza, pero... Dios, cómo me gustaría saberlo.

—Estuviste ahí —murmura al fin.

—Claro que estuve ahí.

Me tiemblan las piernas de una forma increíble. Me cuesta controlar las ansias que tengo por abrazarla.

Clavo la vista en ella, con la única intención de conseguir leer sus pensamientos. Soy idiota, ni que eso fuera posible. ¿Tal vez sus intenciones? Pero todo mi ser se desvanece cuando siento una de sus manos jugueteando con mi cuello.

Me muerdo el labio inferior. No creo que sea lo correcto ahora mismo, aunque... ¿Realmente le podría negar un beso a Gema? A ella no, jamás. A pesar de que el primero fue un putito desastre.

Me obliga a acercar mi rostro al suyo, y para ello reconozco que me tengo que agachar más de lo a lo que estoy acostumbrado. Siento una fuerte descarga eléctrica cuando, sin previo aviso, junta su frente con la mía.

Permanecemos así, en esa posición tan poco cómoda y nada natural, durante unos escasos minutos.

—¡Eres un idiota! —Suelta sin más, rompiendo por completo la conexión.

Me empuja, como si mi contacto le quemara. ¿Qué bicho le picó?

—¡No me mires así! —alega, negando con la cabeza como si el que estuviera loco fuera yo—. No me paraste los pies. ¡Dejaste que te contara que estoy loca por ti! ¿Sabes lo que eso significa?

Sin querer sonrío, aunque realmente tendría que sentirme la mayor mierda del mundo.

—Venga ya. ¿Te hace gracia? Eres un idiota.

—Creo que ya me quedó claro, gracias —expongo, poniendo distancia yo ahora entre nosotros. Me observa con los brazos cruzados y un gesto severo que me acojona hasta a mí—. Vale, metí la pata, pero ¿qué querías que hiciera? ¿Qué te gritara a los cuatro vientos que yo soy el famoso «champiñón»? —Elevo la voz más de lo que me gustaría. Tuerce los labios y baja la mirada, supongo que molesta. Ya que más me da.

—Quedé como una idiota —murmura. Se lleva las manos al rostro y lo cubre en su totalidad.

¿Cómo una idiota? ¡Pero qué dice! Como un idiota acabo de quedar yo. Como un idiota muy cobarde.

—No digas tonterías, todo lo que dijiste fue... —Me muerdo el labio inferior. Realmente me encantó, me enamoró cada palabra que pronunciaba haciendo referencia a mi «yo» virtual.

—De todas formas, ya da igual —dice, quitándole importancia con la mano—. Todo cambia ahora. —Se deja caer en el sofá con desgana.

Siento una fuerte angustia, que no parece querer desaparecer. Me incorporo e intento pensar, pensar con claridad. Realmente yo

mismo también siento que todo es diferente, que nuestra relación habría sido mejor si Gema fuera otra Gema, y si Gabriel fuera otro Gabriel. Buf.

—Lo siento mucho —murmuro. Me dejo caer a su lado, y veo como sonrío con pesar—. Lo siento por dejarte hablar, y también lo siento por haberte decepcionado.

Eleva la mirada, fijándola en mí. Siento que es la primera vez que me observa de ese modo. Trago saliva, sin saber realmente por dónde van los tiros. Nunca sé por dónde me va a salir, y eso me intriga e inquieta a partes iguales.

—No estoy para nada decepcionada —dice sin más. Sonríe, y cuando veo como entreabre los labios para decir algo más, un pitido nos sobresalta a ambos.

Busco el móvil y me fijo en que es un mensaje de Hugo.

Treinta minutos. Ven ya

Mierda, la maldita presentación. Veo como Gema fija la vista sobre mí, y sé que percibe mis nervios.

—¿Está todo bien? —Asiento.

Me levanto con rapidez y comienzo a caminar de un lado a otro. Balbuceando le digo a dónde me tengo que ir y desaparezco. Espero que no piense que es algo en su contra.

Salgo y busco un taxi que me deje allí delante. Ni de broma podría conducir con estos nervios.



No doy crédito. Me quedo patitiesa al escuchar su maldita excusa de pacotilla. ¡Venga ya!, ¿pretende que me crea eso?

—¿De verdad te vas a ir así sin más? —Salgo tras él, olvidándome por completo de las pintas que llevo.

Se gira hacia mí y me observa sin saber bien qué decir, lo noto por su mirada y por cómo presiona los labios.

—Lo siento, te prometo que hablaremos todo lo que quieras, pero tengo que irme... Es por trabajo. —Se justifica rápidamente.

¡Me importa un pepino! No es normal que me suelte quién es y que ahora se largue. No hay motivo alguno que lo justifique... ¡ninguno!

—No me sirve como excusa —protesto.

Se queda paralizado. Al momento se gira sobre sí mismo y, tras meditarlo, comienza a caminar en mi dirección.

—Este proyecto es muy importante para mí —susurra. Por su rostro puedo apreciar que es cierto. Me comienzo a sentir como una mierda por presionarlo. Tengo que dejar de creer que para los demás el trabajo significa tanto como para mí—. Vine hasta aquí porque, aunque no lo creas, tú me importas mucho; pero esto es...

—Importante —respondo por él.

Veo como presiona los labios y asiente. Está bien, lo entiendo.

—Vale, lo siento —me disculpo. Realmente a veces parece que me comporto peor que una niña de seis años.

Veo como asiente con la cabeza, como quitándole importancia, y se introduce dentro del taxi.

¡Y una mierda! Salgo corriendo tras él y me cuelo a su lado.

Sé que ya le dio la dirección al taxista ya que, tan pronto entro, este comienza a andar.

—¿Qué se supone que haces? —pregunta, paseando la vista por mi rostro tal como si estuviera loca.

—Acompañarte —digo con obviedad.

Me mira y, sin más, estalla en una pequeña risa.

¿De qué se ríe? ¿Es qué está mal de la cabeza?

—Tú no te has visto en un espejo, ¿no? —pregunta.

Uy, es verdad. Me llevo ambas manos a la cabeza al recordar mis pintas: pelos de loca, sudadera vieja y pantalón de chándal. Resultado: una Gema horriblemente horrible. ¡Adiós a mi fama de chica glamurosa! Siento el impulso de pedirle al taxista que pare el coche, pero no lo hago.

Deshago el amago de coleta e intento hacerme una digna de pasarela, ante la mirada atenta de Clark. Quiero decir, de mi Champi. Dios, qué raro suena esto.

En menos de cinco minutos el taxi se para. Salimos a toda prisa y nos dirigimos con rapidez a un pabellón bastante amplio. No tengo ni idea de a qué, de hecho, no estoy totalmente segura de cuál es su trabajo, pero me da un poco igual.

—Quince minutos —dice Hugo tan pronto nos ve. Fija su vista sobre mí y me saluda con un pequeño guiño. Parece estar al tanto de todo.

Veo como el Champi suelta una fuerte bocanada de aire y suspira. Se lleva las manos a la cabeza y siento una fuerte angustia dentro de mí. Me transmite en cuestión de segundos esa inseguridad que lo está consumiendo y, por un momento, siento el impulso de acercarme y acunarlo. ¡Parece hasta tierno! Se sienta en una de las butacas, supongo que para no caerse. Qué rico.

—¿Miedo escénico? —pregunto, acercándome a él. Veo como asiente—. No sé si te funcionará, pero leí en un foro que es bueno reconocer en voz alta todo lo que te preocupa. Bueno, también decían que recomiendan hacer aspiraciones, pero eso es ridículo, ¡una auténtica pérdida de tiempo!

Me apodero de una silla frente a él, y agarro una de sus manos con todo el cariño que puedo. Suspira, y por su gesto deduzco que se está conteniendo para no mandarme a paseo. Yo sé de sobra lo

que es sentirse así, y aunque crea que no necesita a nadie a su lado, y que incluso le moleste mi presencia, no es cierto. Estar solo con sus propios pensamientos es todavía peor.

—Tengo miedo a hacer el ridículo —reconoce al fin—. También me da pavor quedarme en blanco delante de todos.

—¿Sabes lo que tienes que decir? —pregunto, en un pequeño susurro con el que intento relajar sus estúpidos nervios. Asiente—. Entonces no deberías de sentirte así. Yo soy una experta en meter la pata, ¿sabes?

Eleva la mirada.

—No dudo de que es tu ocupación a tiempo completo —dice sin más.

Sonrío. No se lo puedo tener en cuenta, pero lo dice con una sinceridad que muy en el fondo me asusta.

—Nunca voy a conferencias —prosigo con mi perorata, tal como si no hubiera escuchado nada—, pero hace un año nos invitaron a Elisa y a mí a una. Como no podía ser de otro modo, a mí solo como oyente. —Me río tras decir esto—. Elisa es una gran profesional, pero es tan o más nerviosa que tú. Ella tenía que hacer una exposición importante, pero diez minutos antes rompió a llorar de los nervios. Se puso tan mal que tuve que prometerle que saldría yo en su lugar. ¡Pensé que le iba a dar un infarto o algo así!

Una fuerte angustia se me deposita en el estómago solo de recordar el gesto de Elisa. Y el de Clark es exactamente igual ahora mismo.

—Yo no tenía ni idea del tema —prosigo—, ella llevaba semanas trabajando en la maldita exposición, y yo tuve que prepararla en diez segundos. ¿Sabes lo que pasó? Que le eché un morro que te cagas y salí adelante.

Dibujo un gesto de superioridad en los labios. ¡Si es que le hay que echar morro a la vida!

—Yo sé que tal vez no te ayude, pero con esto quiero decirte que, si no lo piensas, todo va a salir bien. Aquí donde me ves yo soy una gallina —confieso—. No se lo digas a nadie, pero le tengo un pánico extremo a volar: ¡me cago por la pata abajo! —Suelto una carcajada y me alegra saber que mi gesto le hace gracia, ya que esboza una

pequeña sonrisa—, pero en cambio, si algo surge sin pensar, soy la persona más valiente del mundo, y le echo un morro alucinante.

—Gema, no te sigo —murmura.

Siento un fuerte torbellino cuando escucho mi nombre de sus labios. Madre mía. No sé ni qué me está pasando.

—Quiero decir que te quedan diez minutos para salir —respondo, intentando recuperar la compostura—, y que lo que tienes que hacer es...

Fijo la vista en sus gestos. Sin duda mi comentario lo único que provocó es que esos nervios acrecentaran.

—¿Quieres escucharme?!

Lo agarro por los hombros, obligándolo a fijar la vista en mí.

—Durante este tiempo que te falta quiero que te olvides de la gente que está ahí fuera, de lo que tienes que decir e incluso de tu nombre. Quiero que tengas la mente ocupada en otra cosa.

—No puedo —confiesa, poniéndose en pie—. ¡No puedo! — repite, con más énfasis—. Podría quedarme en blanco, podría salir y hacer el puto ridículo delante de todos, podría...

No podría nada. Me niego a que le siga dando vueltas a mil y una tonterías. Me niego a que se siga carcomiendo la cabeza, y todavía más en una situación tan importante, en la que supuestamente se juega tanto.

Observo el movimiento de sus labios, que sin duda siguen lanzando protestas al aire, pero yo no quiero escucharlo más.

Me levanto, poniéndome a su altura, apoyo mi mano derecha en su cuello y, con más bien poca delicadeza, acerco mis labios a los suyos.

Siento como se revuelve, seguramente para protestar por el modo en el que intento entretenerlo... ¡pero me da igual! Intensifico más el beso y lo obligo a retroceder dos pasos, de modo que queda totalmente acorralado entre la pared y mi cuerpo, haciéndome por completo con la situación. Me responde al beso de la misma forma, y eso provoca que quiera más. Mi cuerpo quiere más, mucho más.

¡Dios, esto no se parece en nada al beso en el pub!

Lo beso con ímpetu, con ganas, con garra.

Pero de un momento a otro algo me hace volver a la realidad. Tal vez sea el carraspeo detrás de nosotros, o puede que simplemente

sea mi conciencia, que me pide a gritos que me porte como es debido. Quién sabe.

Me separo despacio de él, y tan pronto se rompe por completo el contacto siento un fuerte vacío en mi interior.

—Vaya —susurra sobre mis labios, provocando mil y una sensaciones dentro de mí—. Esto ya es otra cosa.

Asiento, comprendiendo perfectamente a qué se refiere. Y me alegra saber que no fui la única que percibió esa falta de química entre los dos.

—Gabo. Entrás ya. —Escucho la voz de Hugo. Al parecer debió de ser el que se dedicaba a carraspear y a romper momentos bonitos.

Clark simplemente se limita a asentir. Suelta un fuerte suspiro.

—Mucha suerte, *Champi* —murmuro, dándole un pequeño golpe en el trasero.

Se gira hacia mí, con la única idea de protestar. Pero finalmente esboza una discreta sonrisa justo antes de salir.

Siento como las piernas me tiemblan y me cuesta controlar los pasos. ¡No me lo puedo creer!

No sé ni por qué lo besé, pero muchísimo menos cómo es posible que me hiciera sentir de esa forma. Todavía no me creo lo que acaba de pasar.

Sé que si no llega a ser porque una voz dentro de mí me recordó dónde estábamos, y el motivo por el cual lo estaba besando, el asunto habría terminado de un modo muy diferente.

Hace escasos minutos pensaba que no estábamos hechos el uno para el otro. No se puede tener una relación si no hay pasión, si los besos son una puta mierda, pero es que... ¡Wow!

—¿Qué tal estás? —me giro al escuchar la voz del buenazo.

Le sonrío, más con disculpa que otra cosa. Madre mía, seguro que apreció toda la escena en primera plana, y se pensará que soy una cualquiera —como me definiría mi madre ahora mismo—, o algo así. ¡Dios, qué vergüenza!

—Hugo, yo...

—Que ni se te pase por la cabeza disculparte, cabeza de chorlito —dice, entre risas—. Hace mucho que lo sé todo.

Lo miro sin comprender ni una sola palabra. ¿Mucho? Pero si yo jamás preferí a Clark frente a él hasta que supe su verdadera identidad. ¡Dios! Parece la verdadera historia de Superman: el hombre con dos identidades. Sonríe ante la ocurrencia, pero Hugo parece que no se da cuenta de nada. Mejor.

—Mucho tampoco —matiza, tal como si hubiera podido leerme la mente—. Realmente lo sé desde el día que quedamos para la cita de cuatro. —Se ríe tras decir esto.

Bueno, ya se enteró antes que yo.

—Gabo me habló de Gema y... no me costó mucho sumar dos más dos. Él es mi mejor amigo, y entre tú y yo jamás hubo nada — intenta justificarse, como si pensar en el hecho de acostarse con la novia de su amigo le diera repelús.

Aunque no hay pareja, no hay nada. El *Champi* y yo solo somos unos simple conocidos que acaban de transmitirse fluidos de una forma más o menos casta. Punto final.

—Tensión sexual no resuelta —expongo entre risas. Asiente, dándome la razón.

—Y que no se va a resolver jamás —sentencia.

Sonríe y le extiende la mano, en señal de acuerdo.

Ambos nos giramos al escuchar un ruido en la puerta, y yo quiero desaparecer cuando veo que se trata de Iago. El estúpido de mi hermano Iago. ¡Ag!, ¿qué hago? Busco una salida rápida con la mirada, pero me doy cuenta de que ya es tarde cuando se planta frente a nosotros.

—¿Qué haces aquí? —pregunta, fijando la vista directamente sobre mí. No podría fijarse en otra cosa, no. Tenía que ser justamente en mí.

—¿Y tú? —pregunto, intentando ganar tiempo y porque realmente no sé cómo puedo tener tanta suerte de disfrutar de su compañía en todos lados.

—Trabajo aquí —dice con obviedad—. Bueno, aquí no trabajo normalmente, sino que...

Dejo de escuchar porque siento que ya tengo toda la información que necesitaba para darme cuenta de que el mundo es un puto pañuelo.

—Tu turno. ¿Qué haces aquí? —me pregunta con gesto acusón, tal como hacía cuando me preguntaba cosas a los doce años. Eso me hace recordar cuanto lo odiaba y me tengo que controlar para no darle una patada en la espinilla.

—Carolina, mi prima —se apresura a responder Hugo por mí—. Son amigas, y ella quiso venir y bueno, ya sabes cómo son las mujeres.

Vale, no sé si besarlo o pegarle una patada en sus partes por esa última frase. Pero finalmente me limito a emitir un leve «gracias» inaudible. Me dedica una mínima sonrisa.

Iago parece creérselo porque hace un pequeño gesto con los hombros que no logro a descifrar. Perfecto.

—¿Hoy a las diez? —le pregunta a Hugo. Veo como este asiente y le choca la mano de una forma que me hace reír. ¡Vaya par! Parecen niños en edad de preescolar.

—Yo también voy —expongo. No admito un no como respuesta. Me quedan muy pocos días aquí, así que por lo menos quiero saber qué cojones pasa entre Gabriel y yo. No me pienso ir a Madrid con la duda. O por lo menos sin un buen revolcón.

—Ya te transmití las condiciones —expone como si nada—. Si quieres venir, tendrás que bailar en bolas delante de todos.

—Y yo ya te dije que estás enfermo si quieres ver a tu hermana «en bolas» —remarco mucho las últimas palabras—. Y te digo que pienso ir: te guste o no. —Me cruzo de brazos, con decisión—. Eres mi hermano, ¿no estoy en mi derecho como tal de ir a tu despedida? También quiero celebrar contigo que...

—Gema... —me dirige una mirada que no me permite continuar—. ¿Es por Héctor?

Madre mía del amor hermoso, ¡me había olvidado de Héctor! Por cierto, ¿dónde estará? Vaya novia de mierda que soy.

—Esto... —comienzo. Intento buscar una buena excusa, pero nada se me viene a la mente. Le prometí que lo libraría de ir a la maldita despedida, y de paso a Daniel también. Ups.

Escucho la voz de Gabriel decir cosas que no tienen mucho sentido para mí y, sin más, una fuerte angustia me sacude entera.

Sé lo que son los nervios, y lo cabrones que pueden llegar a ser. La imagen que aparece me roba una buena sonrisa.

—¿De qué habla? —le pregunto a Iago. Él me observa sin saber bien por dónde van los tiros, pero finalmente se limita a responder:

—Del nuevo proyecto de la empresa —dice, mirando con curiosidad la imagen—. Neznámá es la nueva heroína. Es un tanto peculiar, y eso es lo que la hace tan especial.

Asiento. Veo como Gabriel mueve las manos para expresar algo y eso me hace sonreír. No parece para nada nervioso.

—Ahora que me fijo... —Clava la vista en mí y, posteriormente, en la imagen que se aprecia detrás del champi—. Tenéis un aire.

Me encojo de hombros, quitándole importancia, mientras que todo mi interior me grita que sí, que somos clavadas.

Por el amor de Dios, ¡soy yo!

Sonrío como una idiota, ¿se supone que soy algo así como su musa?

—Dile a Héctor que la despedida de Sofía es mañana —me dice, justo antes de irse—. Ya te pasaré la dirección.

¿Desde cuándo lo sabe? Me quedo paralizada, como una idiota, observando el punto por el que acaba de salir mi hermano.



Sonrío, totalmente satisfecho. Siento como si me hubiese quitado un peso terrible de encima.

San Martín se me acerca y, tras divagar mucho, me da la enhorabuena. Yo simplemente continúo con mi estúpido gesto de: «soy la persona más feliz del planeta, y pobre del que venga a joderme el día».

Me hace un gesto para que lo siga y yo hago lo propio, tal como si estuviera saltando entre nubes. Juraría que hace mucho, mucho tiempo, que no era tan feliz como en este preciso instante.

Veo como abre una puerta y, casi al momento, un cúmulo de murmullos ahogan el lugar.

Siempre supe que realizaban una especie de celebración, pero yo nunca había estado invitado. Y esta vez no solo soy un asistente más... ¡Soy el héroe! Me doy cuenta cuando todos fijan su vista sobre mí y asienten sonrientes. Me siento importante.

—Eres un *crack* —dice Hugo con una sonrisa. Me presiona el hombro y me abraza de esa forma con la que siempre lo hace: manteniendo nuestra dignidad intacta, básicamente.

Le agradezco las palabras con un movimiento de cabeza, y mantengo esa sonrisa en los labios.

Veo como casi al segundo se separa para buscar algún tipo de canapé extraño. Me ofrece uno, pero yo paso. Ahora mismo lo último en lo que pienso es en comer, sinceramente.

—¿Y Gema? ¿Se fue? —pregunto, temeroso de su respuesta.

Al momento aprecio como sonrío y me señala hacia el lado opuesto con la cabeza.

No tardo en localizarla. Sonríe al apreciar que es la única chica vestida con un chándal, y estoy más que seguro de que, a pesar de ello, es la más hermosa.

Veo como sonríe mientras mantiene alguna especie de conversación con Sara, la hermana de San Martín. En el fondo, si Gema fuera con su ropa normal, podría jurar que son tal para cual: glamurosas y excesivamente coquetas.

Aprecio como hace morritos, supongo que imitando a alguien, y no puedo más que reír. Soy un estúpido muy feliz.

—Sigue en pie la oferta. —Escucho detrás de mí, lo cual me hace salir sin más de la burbuja.

Me giro para encontrarme a Jorge Aráoz, uno de los dueños de Imprezz Spiele, una de las más importantes distribuidoras de videojuegos independientes del país.

—Buenas tardes —lo saludo, extendiendo mi mano derecha. Esta vez quiero que los modales vayan por delante.

—Buenas tardes, Gabriel —me devuelve el saludo, con una diminuta sonrisa.

Ya solo por el hecho de que no me llame Gabi, ni lo intente, me siento tentado a decirle que sí y mandar al idiota de Sarmiento a tomar por saco.

—Estoy al corriente de todos tus trabajos —me dice con tranquilidad—: tanto el de Facebook, como el de Sony son grandiosos, y cada año superas con creces las expectativas —me adula, llevándose la copa que tiene entre las manos a los labios—. Sé que podríamos hacer grandes cosas juntos.

No puedo negar que su oferta me resulta tentadora, y yo siempre fui de esas personas que anteponen el trabajo a todo lo demás.

Pienso en las dos posibilidades, y cuando mi vista se clava en la sonrisa de Gema mi corazón habla por sí solo.

—Muchas gracias por contar conmigo, pero no es el momento.

Suelto las palabras, y siento que estoy dejando escapar una de las oportunidades más importantes de mi vida.

—Estaría dispuesto a que notaras una clara mejoría en tu estilo de vida. Ya me entiendes.

Claro que lo entiendo, y ni por un momento dudaría de no ser por ella. No voy a mentirme a mí mismo, desde el instante en que me lo

propuso en Madrid, soñé con tener la oportunidad de decirle que sí e irme cagando leches.

—Pero en Madrid —repongo.

Veo como asiente. No, no puedo irme.

—Neznámá será mi proyecto estrella —comienzo. Prefiero echarle la culpa a mi trabajo que a la chica que me está robando mil suspiros por segundo, considero que es más digno—. No puedo irme y dejarlo así.

—No lo harías —repone sonriente—. Desde hoy Neznámá es propiedad de Imprezz Spiele.

Me quedo estático, y casi podría jurar que comienzo a boquear. Lo miro, intentando comprender el contenido de sus palabras, pero no cambia el gesto en ningún momento. Busco rápidamente con la mirada al idiota de Sarmiento y no tardo en encontrarlo demasiado sonriente para la mierda de vida que tiene. ¿De verdad lo hizo? ¿De verdad vendió el proyecto?

Como si por un casual pudiera leerme la mente saca un documento del bolsillo interno de su chaqueta y me lo muestra.

Efectivamente: es cierto.

Siento un sudor frío que me recorre todo el cuerpo, de cabeza a pies.

—No pueden hacerlo. El proyecto es mío.

Sé que lo que estoy diciendo no tiene ningún sentido. A partir de la presentación cualquier derecho le corresponde en exclusiva a la empresa, es algo que figura en mi contrato y que yo, cuando lo firmé, leí y acepté.

—Las cosas están así, Gabriel —me dice sin más.

La empresa se va a ir a la mierda sin el proyecto, y a Sarmiento le importa más bien poco lo que pueda ocurrir.

—¿Cuánto de importante es esto para ti?

Creo que sabe perfectamente qué teclas tocar para moverme las entrañas. Me muerdo el labio inferior, pensando una respuesta coherente. Decirle que es lo más importante me parece inviable, sobre todo ahora mismo. Pero lo es. ¡Luché mucho para llegar aquí!

—Te ofrezco seguir con este proyecto, pero bajo nuestro sello. Trabajarás codo con codo con grandísimos profesionales, y te aseguro que esto no se quedará en un simple proyecto cutre.

Trago saliva. Ya no es solo por Gema, tampoco soportaría tener que dejar a Hugo aquí. Creo que echaría de menos incluso al petardo de San Martín, y las exigencias continuas de Iago.

—No iba a hacerlo público todavía —comienza, acercándose un poco más a mí. Supongo que para que nadie más lo escuche—, pero hemos llegado a un acuerdo importante con Sony. Muy importante —matiza el adverbio, lo que me hace temblar. Hasta ahora lo nuestro habían sido simples y muy cutres colaboraciones—, y es posible que en un par de años...

—Es un proyecto complicado —digo. No sé ni por qué abro la boca. ¡Maldito seas, Gabo! Veo como suelta una pequeña risa.

—Lo sé, pero ahí tenéis material, medios y formas de realizar las cosas con mucha más rapidez. Y de forma eficaz, por supuesto.

Quiero decir que sí. Claro que quiero.

—Piénsalo. Este es mi número. —Me ofrece un papelito, y lo introduce con cuidado en uno de los bolsillos de mi chaqueta—. Tómame el tiempo que necesites.

Y, tras decir esto, deja la copa sobre una de las mesas y desaparece entre la gente.

—¿Qué hablabais? —me pregunta Hugo. Suelto un pequeño grito ahogado del susto. ¿De dónde salió? Tal vez sea que yo estaba demasiado metido en la conversación, yo que sé—. ¿Todavía te quiere reclutar?

Asiento.

—Sí, y creo que todos deberíais de buscar una salida.

Le cuento por encima la situación, y por su rostro me percato de que lo ve todo tan negro como yo, o tal vez incluso algo más, y eso que yo suelo ser el exagerado de la pareja.

—Qué hijo de la gran... —lo callo con un movimiento de mano, sobre todo porque por su tono de voz todos nos comienzan a mirar raro.

—Según vi en el documento, la junta le otorgó los poderes para hacer efectiva la venta, así que...

—Así que no es un hijo de la gran puta él solo, lo son todos —repite Hugo, tirando el palillo de algún canapé encima de la mesa de malos modos.

Asiento. No puedo quitarle la razón porque, efectivamente, la tiene.

No podemos seguir conversando ya que la gente parece demasiado emocionada con nosotros. Se acercan y nos hablan de chorradas que no me importan un carajo. Me limito a asentir mientras mi mente divaga mil ideas sin sentido, mil salidas a todo esto.

Tan pronto puedo pongo distancia. Me acerco a una de las mesas y, tras darle un trago largo a una copa de cava, me llevo una mano al cuello.

Se supone que el cava es para celebrar, lo que no sé es que carajo se supone que tengo que celebrar yo.

Al momento siento unas manos alrededor de mi cintura. Deduzco que se tratará de Gema, y mis dudas se desvanecen cuando la escucho:

—Has estado muy, muy bien —susurra, muy cerca de mi oído.

Me la imagino de puntillas y por un momento esbozo una pequeña sonrisa, sobre todo al sentir la tibieza de su aliento sobre mi cuello.

—En parte gracias a ti —añado girándome hacia ella. Fijo la vista en sus ojos y siento un fuerte revoloteo en mi interior.

Niego con la cabeza, como si los pensamientos pudieran llegar a nublarne las ideas.

—¿Solo en parte? —pregunta, coqueta.

Lo cierto es que no. Todos los méritos son suyos: el cien por cien.

Aprecio como se vuelve a poner de puntillas, y en un ligero movimiento intenta capturar mis labios con los suyos. Pero no quiero, no puedo.

Me llevo una mano al rostro y, tras meditarlo medio segundo, me decido por la opción más correcta.

—¡Eh, Gabo! Te vienes ya con nosotros, ¿no? —me pregunta lago, acercándose a toda velocidad.

Lo observo con un gesto extraño.

No tengo ni idea de a qué se refiere, y tampoco estoy muy seguro de que me importe.

—La despedida, ya sabes —añade. Definitivamente tengo que parecer un idiota.

—No, ligo. Yo no tengo nada que celebrar —expongo.

Fijo la vista en Gema, quien parece no comprender mis palabras. Joder, pero si ni yo mismo las comprendo.

—Me alegro un montón por ti, de verdad —digo, intentando evitar un malentendido—. Espero que seas muy feliz y que estos descerebrados te organicen una buena juerga —expongo, dedicándoles una sonrisa a San Martín y a Hugo—, pero conmigo no contéis. Hoy no.

Gema tuerce los labios y me observa como si estuviera loco. Por su gesto sé que está molesta, y en el fondo es lo normal. Estoy seguro de que no estará comprendiendo ni una sola palabra de todo esto, pero tal vez sea lo mejor: poner distancia cuanto antes.

—Al final... ¿Te apuntas? —Escucho como Hugo le pregunta en voz baja.

Observo la situación de reojo, entre preocupado, decepcionado y molesto. Espero la respuesta, que no tarda en llegar:

—Por supuesto.

Bufo y me separo de ellos a toda velocidad. Lo que hagan ya no es de mi incumbencia.

Salgo del pabellón y permito que el frío de la noche me taladre las ideas: la decisión está tomada. Tengo destino, ahora solo queda matizar lo que va a ocurrir con todo lo demás.

Saco el móvil del bolsillo y, tan pronto pienso buscar el número de teléfono, me sorprende una voz detrás de mí.

—Si me pilla fumando, me mata —susurra entre risas el culpable de mis desvelos actuales. Por su gesto supongo que se refiere a su esposa, quien parece entretenida hablando con otro de los jefazos de la empresa.

Presiono los labios y, antes de que pueda ofrecerme un cigarro, comienzo a hablar yo:

—Acepto, pero tengo condiciones —digo finalmente. Veo como fija sus ojos en los míos y dibuja una sonrisa ladeada en el rostro.

—Te escucho.



Gabriel es idiota, definitivamente idiota. Tanta palabrería perdida, tirada a la basura. Si lo sé, le cobro la sesión anti nervios.

Me tiro hacia atrás en el asiento de copiloto. Finalmente me había decantado por ir con Hugo al bar o dónde mi hermano quiera celebrar su famosa despedida de soltero. Al parecer no va a haber tías «en bolas», hecho que agradezco ya que para ver tetas, ya me veo las mías. Creo que pinta ser algo más tranqui, más al estilo lago.

¡Anda qué si me casara yo...! Iba a temblar el mundo. La liaría parda.

Suelto una pequeña risa, aunque no sé muy bien por qué. Al momento aprecio como Hugo deja caer una de sus manos sobre mi rodilla, lo cual me obliga a soltar un fuerte resoplido.

—No se lo tengas en cuenta —defiende a su amigo, supongo—. Fue un día complicado para él.

¿Solo para él? Venga ya. Para mí sí que fue complicado. Un día de mierda con mayúsculas, y aun así no me comporto como si tuviera problemas mentales.

Porque no me cabe duda alguna de que debe tener algún tipo de problema de bipolaridad o algo así... Si no, es que no me lo explico.

—Necesito pasar por casa a cambiarme —comento, dándome cuenta por primera vez de mis pintas.

Veo como Hugo asiente y, sin pedirme dirección ni nada, pone camino hacia mi destino. ¡Qué chico más listo, oye! Siento ganas de preguntarle si es que me acosan o algo así, cuando me acuerdo de lago. Seguro que saben que somos hermanos. ¡Misterio resuelto!

Sin saber por qué, entro en el Messenger, y observo la tonta conversación con el idiota, antes de saber quién se escondía detrás de ese perfil. Antes de saber que me podía provocar tantas cosas dentro de mí. ¡Joder!

Comienzo a mover los dedos por la pantalla con rapidez.

Repito: eres idiota

Envío. Realmente no sé por qué todavía sigo recurriendo al Messenger si tengo su número de teléfono. Tal vez porque me parece más especial, más cierto todo.

Al momento aprecio como aparece el mensajito de leído y pasa de mí. ¡Perfecto! Ahora me ignora.

Siento ganas de patear, gritar como una loca. Gritar cosas bonitas hacia él, por supuesto.

Sin pedir permiso extendiendo el brazo y pulso la tecla de la radio. Necesito dejar de pensar, y que mejor para ello que taladrarme las ideas con música.

Navego por las diferentes emisoras. Sin duda a este chico le gusta mucho el rock, sobre todo el clásico.

Sonrío, pero no dejo de buscar hasta que doy con una canción que me encanta. *Lo malo*, de Aitana y Ana Guerra. Me chifla esta canción.

Canturreo el estribillo a voz de grito, moviéndome al ritmo de la música. Veo como Hugo fija la vista en mí durante una milésima de segundo y sonrío. Sí, cariño: esta soy yo. Y hoy me vas a conocer en todas y cada una de mis mejores facetas, como que me llamo Gema Albán.

Tan pronto llegamos a mi casa, veo como estaciona en doble fila, ya que está todo excesivamente lleno.

Prometo regresar lo antes posible y desaparezco a toda leche. Al entrar evito a mi madre a toda costa y me encierro dentro de mi habitación.

Busco con rapidez algo sexi para ponerme. Ahora mi punto de mira vuelve a estar sobre Hugo. ¡Qué le den al Champi! Él tuvo su oportunidad y la tiró por el retrete. Pues eso, ¡él se lo pierde!

Me pongo un vestido negro: demasiado corto y con un escote exorbitante. En fin, lo que se van a comer los gusanos...

Me recojo el pelo en una coleta decente y, tras ponerme un poco de lápiz labial y agarrar una buena chaqueta, salgo de la habitación.

—¿A dónde vas? —me pregunta mi madre.

Oh, oh. ¡Pillada!

—A la despedida de Iago —expongo finalmente.

Veo como clava sus ojos en mí. Me mira de arriba abajo y tuerce los labios.

—¡No voy a salir de la tarta, mamá! —espeto—. Solo voy porque es mi hermano. Será una salida normal entre amigos.

—Pórtate bien —dice al fin.

Sí, claro. Voy con esa intención precisamente. ¡Ja!

Asiento, le doy un pequeño beso en la mejilla y salgo a toda leche. Por suerte parece que el día se quiere portar un poco bien ya que no llueve. Algo que nos llevamos, porque si no a ver como controlo mis pelos locos.

—¡Wow! —exclama, tan pronto entro por la puerta de copiloto.

Exacto, cariño. Y esto será hoy para ti.

Tras meterme en el coche me dice que tiene que pasar por casa para cambiarse él también. Yo es que no entiendo el motivo si está de toma pan y moja, pero acepto.

Al parecer vive al otro lado de la calle. Si lo llego a saber vendría mucho más contenta a visitar a mis padres.

Deja el coche en doble fila y me pide que, en caso de necesidad, se lo aparte. ¡Qué gracia! Se ve que no sabe que soy una loca al volante.

Por suerte regresa antes de que sea necesario que tome el timón de su coche, o tal vez cuando volviera no lo reconocería.

Tan pronto llegamos aprecio como mi hermano se acerca y nos abraza a ambos. Genial, está borracho. Pongo los ojos en blanco y sonrío con falsedad.

—¡Hermanita! —exclama—. Te quiero un huevo.

—Pues yo a ti no, plasta. —Lo aparto como puedo, acercándome a la barra.

Me pido un mojito y, tan pronto me lo sirve, le doy un trago largo.

¿Para cuándo tenía cita para ir a alcohólicos anónimos? Es para no hacer planes para ese día. Vaya rachita que llevo.

Me dejo caer sobre uno de los sofás, ojeando el móvil sin parar. Entro y salgo en el Messenger. En teoría no volvió a conectarse.

Entro en el WhatsApp, busco su conversación y más de lo mismo. Alucino en colorines con él.

—No te preocupes, estará bien —me dice Hugo, dejándose caer a mi lado.

¿Preocupada? No, *baby*. Estoy cabreada. Preocupada por él, jamás.

—Bueno, ¿por qué tenemos que hablar de ese idiota? —pregunto, comenzando a acortar la distancia—. Podemos perfectamente perder el tiempo haciendo cosas más interesantes.

Se revuelve incómodo y se aparta de mí.

—No, Gema. Escucha —dice.

¿No? ¿En serio? Dos negativas en un día no sé si podré soportarlas. Bufo y me dejo caer hacia atrás.

—No te enfades, cariño —murmura. Se acerca a mí y me agarra una de mis manos tal como lo haría mi padre. Oh, qué bien—. Es solo que... a ver, Gabo es mi amigo, llevo cuatro años viviendo con él. Es como mi hermano. Jamás le haría eso.

—¿Lo qué? ¿Acostarte con la chica a la que rechazó? —pregunto incrédula.

Venga ya, ¡es ridículo!

—Estoy seguro de que tiene sus motivos. Deberías de hablar con él. —Tras decir esto se levanta—. Lo que sí, si quieres, podemos bailar.

Me muestra su mano y, tras dudar, me agarro a ella y nos comenzamos a mover al ritmo de la música.

Escucho como se ríe y me dice cosas bonitas al oído, supongo que para animarme, ya que estoy segura de que no pretende terminar conmigo en el cuarto de baño, con la ropa interior por el suelo.

¡Maldita madurez! Antes era mucho más sencillo. Como mucho después pedías perdón.

—Bailas de pena —admito entre risas. Jamás en la vida vi a alguien que se moviera con tan poco sentido.

—¿Cómo has dicho? —Se lleva una mano al pecho, haciéndose al ofendido—. Ahora verás.

Se quita la chaqueta, dejándola sobre una silla, y comienza a realizar movimientos pesados.

Me llevo una mano al estómago, que de tanto reír ya me está comenzando hasta a doler.

—Está bien, tú ganas —expongo al fin—. Eres un experto bailarín.

Asiente con la cabeza, como orgulloso de que tuviera que darle la razón.

Veo como se separa y se acerca a la barra, supongo que a pedirse otra cerveza. Me siento tentada a pedirle que me traiga otro mojito, cuando algo capta todo mi campo de visión, y un plan se va trazando en mi mente.

Incluso escucho el típico «muajaja» de las brujas de las películas de dibujos que veía de pequeña... y no tan pequeña.

Me acerco a su chaqueta y, con una rapidez que incluso a mí me deja pasmada, me apropio de sus llaves. ¿Viven juntos, no? Pues se va a llevar una grata sorpresa cuando me vea.

¡Este todavía no conoce a Gema Albán!

—Tengo que irme —me despido con rapidez de Hugo. Le doy un pequeño beso en la mejilla.

Antes de que se ofrezca a llevarme a casa, desaparezco. Si él conociera mis planes estoy segura de que me impediría llevarlos a cabo y... ¡son demasiado buenos!

Le doy la dirección aproximada al taxista, y tan pronto llegamos le pido que me deje ahí. Después de tanto tiempo no recuerdo los malditos nombres de las calles ni aunque me maten.

Meto la llave en la cerradura del portal y me acerco hasta los buzones. Busco con rapidez el nombre de Hugo o de Gabriel, pero no los encuentro.

¡Mierda! Y al parecer son cincuenta mil pisos por lo menos. Maldigo mil veces. Vuelvo la vista y algo llama mi atención.

«Chas Pérez, G. Pena Gómez, H»

Perfecto. Son ellos hijo. Sonrío satisfecha.

«Buen trabajo, Gema». Me premio mentalmente y me prometo darme un caprichito cuando mi venganza termine.

Me introduzco en el ascensor y pulso el número cuatro.

Abro la puerta a duras penas, haciendo más ruido del que me gustaría. Sin saber por qué me caigo de morros al suelo.

¡Venga, sigamos demostrando falta de glamur!

Cuando estoy a punto de levantarme veo como cuatro patas se acercan a mí. ¡Oh, oh! Esto no estaba en mis planes. ¿Por qué no me acordé del perro de Clark? ¡Idiota, más que idiota!

—¡Eh! Fiera. Déjame —protesto, intentando apartar al monstruo feroz.

Pero antes de que pueda decir nada, veo como se acerca y me olfatea. Permanezco inmóvil y, tan pronto termina, me comienza a lamer la cara.

¡Oh, qué tierno! Me dejo hacer. Adoro a los perros, pero admito que me dan cierto respeto cuando no sé cómo van a reaccionar.

—Donato, ¿qué ocurre? —Veo como se abre la última puerta y comienzo a temblar.

No tardo en reconocer su voz. Me encojo todo lo que puedo, pero, como es obvio, me ve. Tampoco es que pueda pasar muy desapercibida tirada en medio del pasillo. En fin.

—¿Qué haces aquí?

Se planta frente a mí. Trago saliva. Miro hacia arriba y, sin querer, suelto una fuerte carcajada, tal como una niña a la que acaban de pillar haciendo una trastada.

—Esto...

—¿Hugo? ¿Estás ahí? —pregunta al aire, todavía sin apartar la vista de mí.

Oh, parece que la venganza acaba de tomar otro camino ahora mismo.

—Pues claro que está. ¿Si no qué pinto yo aquí? —pregunto, intentando levantarme del suelo.

Doy un leve traspiés y vuelvo a la misma posición.

¡Dios, qué dolor de culo! Dibujo una mueca de sufrimiento que creo que percibe, ya que me extiende la mano, ayudándome a

levantar.

Me hago la digna. Niego y vuelvo a intentar repetir el mismo proceso, con el mismo resultado.

Me enfurruño, cruzándome de brazos.

—Entiendo. Que te ayude Hugo —sentencia, dándose la vuelta y dejándome tirada en el suelo—. ¡Donato! —grita desde su habitación.

Resoplo tan pronto me encuentro sola. Ahora lo más importante es saber cómo diablos me levanto de aquí.



Siento una fuerte opresión en el pecho, y unas ganas terribles de gritar. Ojalá pudiera hacerlo, gritar hasta quedarme afónico.

Donato observa el movimiento incesante de mis pies, y me sigue con la mirada de un lado a otro.

—¿Por qué los humanos somos tan complicados? —Me acerco a él y le comienzo a acariciar detrás de las orejas.

No sé qué haría yo sin mi hermoso Donato, tal vez morirme del asco. Es el único compañero que no me falla jamás, y sé que nunca lo hará.

Sin saber por qué, agudizo el oído. Sé que están ahí, en la habitación de Hugo, y eso me pone enfermo. No sé por qué, en algún momento tenía que pasar. Está más que claro que Hugo es el tipo de hombre que le atrae a la loca, pero entonces... ¿por qué me besó?

En el fondo la culpa es mía y de nadie más.

Entro en el Messenger y fijo la vista en su mensaje. Soy idiota, en efecto soy muy idiota y eso es algo que no va a cambiar jamás.

Salgo de la habitación y me dirijo a la cocina. Necesito salir de esas cuatro paredes o terminaré volviéndome loco. Solo de pensar que Hugo y ella están haciendo cosas indecentes en la habitación de al lado me pone los nervios y los celos de punta.

Me acerco a la nevera y saco una botella de agua. Me apropio de un vaso y echo el líquido incoloro dentro.

Siento como me tiembla el pulso. Joder, no tengo motivo para estar así. Yo mismo había intentado dejar las cosas terminadas entre ella y yo, ¿entonces por qué me molesta?

—Mierda —protesto cuando siento el frío del líquido traspasarme las piernas. ¿Es qué todo me tiene que salir al revés? Me quito los pantalones del pijama y, sin pensarlo, los introduzco dentro de la lavadora.

Me dejo caer en una silla de malos modos. Bufo. Este día tendría que ser especial e importante para mí, y en cambio se había convertido en uno de los peores.

Dejo caer la cabeza sobre la mesa, dejándome desconectar por primera vez en todo el día.

Escucho un pequeño ruido en la puerta, y pensando que se trata de Donato no muevo ni un solo músculo. Permanezco en la misma posición.

—Perdona, pensé que no había nadie —dice con timidez una voz femenina. Obviamente no se trata de Donato.

Levanto la cabeza y fijo la mirada en ella. Suspiro y siento ganas de gritar cuando veo su atuendo.

—No te preocupes, yo ya me iba. —Me levanto, con la única intención de salir de la cocina, cuando siento como me agarra por el brazo.

—Sé que soy ella —me dice como si nada.

Al momento, obligado por su confesión tan extraña, me giro hacia ella. Fijo la vista en sus ojos y siento como el rostro se me va desencajando más y más.

—¿Qué? —Niego aturdido—. No sé de qué me estás hablando.

—Digo que no soy tonta... ¡Sé que soy la chica del videojuego! —expone, separándose de mí. Comienza a caminar por la cocina de un lado a otro y yo empiezo a entender un poco a qué se refiere—. Es clavada a mí... ¿Crees que soy idiota? Tiene mis mismos rasgos y...

—No os parecéis en nada —la corto—. Ella jamás traicionaría a nadie.

—No te sigo —se justifica, haciéndose la tonta—. Si te refieres a lo que pasó entre Hugo y yo...

Niego, no quiero ni oír hablar del tema.

—Eres libre de hacer lo que te dé la gana —sentencio.

Bajo la mirada. Necesito huir de esa cocina, y no necesito excusa alguna. Estoy en mi casa y hago lo que me sale de las narices.

Tan pronto me giro para hacer lo que me da la real gana, la escucho soltar un pequeño lamento.

—Tú jamás reconociste ningún tipo de sentimiento hacia mí — murmura.

Me quedo paralizado.

—Yo te confesé lo que había sentido, y te demostré que eso no había cambiado en ningún momento, en cambio tú...

Niego con la cabeza. Aspiro y espiro un par de veces intentando mantener la compostura. No puedo perder los papeles.

—En cambio yo ¿qué? —pregunto, girándome hacia ella.

Veo como se encoge de hombros y un gesto de dolor se le dibuja en los labios. No estoy comprendiendo nada. ¿Le duele que no le haya dicho lo que llegué a sentir por ella? ¿Pero por qué? ¿No se acaba de acostar con Hugo? ¡Pues que se lo diga él!

—Creo que no hace falta que te diga nada, Gema. Todo quedó claro.

Aprecio como suelta una fuerte carcajada sarcástica antes de cruzarse de brazos.

—Claro que sí. Quedó claro en el momento en que me hiciste una pedazo de cobra y le dijiste al idiota de mi hermano que tú no tenías nada que celebrar. —No puedo evitar rodar los ojos ante sus tontas acusaciones—. ¡Ah! Y cuando te importó cuatro pepinos que me metiera en la habitación con Hugo, porque en ningún momento impediste que...

—¿Exactamente qué querías que hiciera? —pregunto, saliendo por completo de mí. Aspirar y espirar, ¡y una porra!—. ¿Qué me liara a puñetazos con mi mejor amigo por ti? ¡Venga ya!

—Tal vez solo que te molestara —murmura. Siento como su voz me toca algún punto escondido del corazón y me provoca una fuerte descarga eléctrica.

Dios, Gabo. No la escuches.

—Pero ya qué más da. Lo único que tengo claro es que yo a ti nunca te importé una mierda.

Se deja caer en la silla tras decir esto. Me giro hacia ella y la veo con la cabeza entre las manos. Puede que quiera poner distancia entre nosotros, pero jamás sería capaz de irme dejándola así. Suspiro.

—Eso no es cierto —alego, agachándome a su lado—. Yo no sé con qué clase de animales sueles a tratar tú, Gema, pero yo no soy así. Jamás habría dejado que me besaras en el bar, ni muchísimo menos antes de la presentación, si no sintiera nada por ti.

Aparta las manos del rostro y se gira hacia mí. Aprecio el brillo de sus ojos y algo dentro de mí se retuerce.

—Entonces eso quiere decir qué... —interroga.

Suspiro, no me puedo creer que tenga que hacer esto. ¿Para qué reconocer algo que todos sabemos que nunca va a suceder?

—Vale, supongo que te lo debo —murmuro, bajando la vista. Intento rebuscar fuerzas en mi interior antes de soltar todo aquello que me empeño en no confesar—: no sé cuándo pasó, pero solo puedo decirte que —balbuceo. Presiono los labios antes de soltarlo — me gustas, y que me cuesta un montón controlar los impulsos cuando te veo, o incluso cuando apareces conectada en el Messenger —admito.

Me llevo una mano al rostro, supongo que tengo que estar rojo de la vergüenza. Suelto un fuerte suspiro.

—Yo no soy de esos a los que todo les da igual, Gema —admito, por primera vez fijando la vista en ella—. Si pienso que las cosas no van a salir bien, ya ni intento dar el paso. Y contigo me costó porque sentía que nada tenía futuro... pero a veces los sentimientos no se pueden controlar.

Me levanto y me dirijo al lado opuesto de la cocina. Necesito centrar mi mente, necesito desconectar o finalmente terminaré pidiéndole que deje su vida y se venga conmigo a Madrid. No puedo hacer eso, y todavía menos después de lo que sé que acaba de pasar entre Hugo y ella. Honor entre colegas, se llama, y por más que me joda, sé que Hugo no incumplió nada. Fui yo el único culpable de que Gema cayera en sus brazos.

—¿Entonces admites que hay química entre los dos? —pregunta, muy cerca de mí.

Siento su aliento sobre mi cuello y una fuerte descarga eléctrica me recorre la espina dorsal.

Trago saliva, intentando mantener la compostura.

—Nunca lo negaré —expongo finalmente, girándome hacia ella.

Me permito por primera vez observarla de cabeza a pies con descaro, y algo se retuerce dentro de mí una vez más. La camiseta que lleva sobre su esculpido cuerpo me suena más de lo que debería. ¿Es que acaso no podía haberse puesto una de Hugo? ¿Por qué mía? Era ya lo último que me faltaba para terminar de volverme loco.

—Pero ahora ya es un poco tarde para todo esto —reconozco.

No tardo en percatarme de que su gesto se entristece y, por un momento, siento el impulso de volver el tiempo atrás. Creo que el mayor error de mi vida fue permitir que se escapara de mis brazos, rechazar el roce de sus labios y, obviamente, permitir que terminara entre las sábanas con Hugo. ¡Seré idiota!

—¿Por qué? —pregunta con un hilo de voz. Suspiro.

—Porque te acostaste con Hugo.

Me duele más de lo que creía pronunciar esas palabras.

Veo como chista la lengua y se muerde el labio inferior. Es lo que hay: lo hizo, yo no me quito mi pedazo de culpa, pero no le puse una pistola en la cabeza para que lo hiciera. Ella tomó su propia decisión, y ahora no hay vuelta atrás. No puedo estar enfadado porque no me debía ningún tipo de lealtad o algo parecido, simplemente la vida es así de puta, y mis principios son muy claros.

—¿Estás celoso? —pregunta, acercándose a mí—. ¿Tal vez preferías que me hubiera acostado contigo?

Venga ya, ¿Qué me está contando? Suelto una pequeña carcajada y me separo de ella con ímpetu. No quiero ni oír hablar del tema.

—Mejor será que lo dejemos.

Salgo de la cocina dando un ligero portazo. No necesito más problemas en mi vida, solo necesito tranquilidad. Y más ahora mismo.

Entro en la habitación y fijo la vista en Donato, quien está totalmente ajeno a todo el lío que se baraja en mi mente y, como no puede ser de otro modo, en mi desordenado corazón.

Comienzo a dar vueltas por la habitación, desesperado, cuando un pequeño pitido me descoloca.

Maldigo, totalmente seguro de que será la loca de la cocina diciéndome cosas bonitas, tales como que soy idiota una vez más.

Total, ya me estoy empezando a acostumbrar a sus mensajes de amor. Los echaría de menos si no me los mandara.

Pero me sorprende al darme cuenta de que es de Hugo:

¿Me dejé las llaves en casa?

No las encuentro

¿Entonces...? Me quedo paralizado y, tras meditarlo durante unos segundos, salgo de mi habitación de nuevo. Paseo la mirada por el mueble de la entrada y, en efecto, ahí están sus hermosas llaves.

Sí, no te preocupes. Las tengo delante

Me apresuro a responder. Me quedo mirando para ellas un largo rato mientras mi mente bucea hacia la cocina. Presiono los labios antes de enviarle un nuevo mensaje.

Búscate plan para esta noche

Envío sin pensar. Estoy bastante seguro de que ya lo tendrá, pero por si acaso. Quiero que quede claro que no pienso abrirle la puerta en un par de horas.

La sonrisa que se va formando en mis labios no la puedo controlar.

Regreso a la cocina decidido a poner los puntos sobre las íes, cuando veo que me da un buen repaso con la mirada.

—Por lo que veo tú no eres realmente Clark Kent —me dice, clavando la vista de forma descarada en mis bóxers.

—¿Y eso lo sabes ahora? —pregunto con recochineo—. ¿No se los viste puestos a Hugo? Mira que son sus favoritos, sobre todo para ligar. —Se encoge de hombros como si no le importara en absoluto—. ¿O es qué te fijas más en mí?

Chista la lengua a la vez que lleva el vaso de agua a los labios. Ese mismo vaso que segundos antes era mío, por cierto.

—Para nada. Será que tuve más cosas en las que fijarme —expone con una tranquilidad que me deja pasmado. Sobre todo ahora que sé que todo lo que pueda salir de sus labios es mentira. Sonríe con superioridad—. Estoy segura de que tú lo mejor que tienes son esos bóxers negros. Él tenía otra cosa con qué entretenerme.

Me muerdo el labio inferior para controlar las palabras. ¿Quiere jugar? Pues tendrá juego.

—Así que me estás diciendo que Hugo está en su habitación, ¿no? —le pregunto, acercándome de nuevo a ella.

Asiente con la cabeza, a la vez que se muerde el labio inferior.

—Descansando. Lo dejé exhausto.

Será mentirosa.

—¿Y qué fue realmente lo que hicisteis durante toda la noche? —le pregunto en un susurro, obligándola a arrinconarse contra la pared.

Suelta un pequeño suspiro que llego a percibir a la perfección.

Veo como su rostro se descompone, como si mi cercanía la estuviera turbando. Traga saliva un par de veces, supongo que intentando ganar tiempo para responder.

—E-Estuvimos... —balbucea, paseando la vista por mis labios de forma descarada.

—¿Estuvisteis haciendo qué? —repito la pregunta.

—Ocupados —responde sin más, intentando salirse por la tangente. Aparta la vista, pasando a centrarse en algún punto desconocido de la cocina. Sonríe.

—No me sirve esa respuesta.

Acerco mi mano a su rostro, apartándole un mechón rebelde. Veo como se revuelve y traga saliva con brusquedad.

—Es que no te va a gustar mi respuesta. Nada de nada —me tiento.

Sin duda está intentando provocar a mis estúpidos celos; intenta que mi yo interior explote, y no me da la gana.

—Pruébame —murmuro.

Me acerco más a ella, provocando que sus nervios sean más que palpables.

¿No quería ponerme a mí en una situación comprometida? ¡Pues toma compromiso!

Clavo mi mirada en la suya y veo como la aparta, tal como si le estuviera enviando rayos láser con los ojos.

—No tengo que contarte nada.

Se zafa de mi agarre de manera brusca. Se lleva una mano al pelo y comienza a pasearla por él una y otra vez, supongo que para evitar el momento incómodo.

—Sabes que esa camiseta no es de Hugo, ¿verdad? —pregunto, obligándola a volverse de nuevo hacia mí.

Se mira de arriba abajo antes de soltar una pequeña risa.

—Ya me parecía un tanto pequeña para su musculado cuerpo —expone, intentando volver a apoderarse de la situación.

—Pero es mía, así que la quiero recuperar.

Realmente hace mucho que no es dueña de la situación, y creo que lo sabe.

—No creo que quieras —murmura—, por lo menos no ahora.

—Deja que esa decisión la tome yo —le digo, volviendo a acercarme a ella. Veo como eleva la vista y la fija en mis ojos.

No sé ni qué siento, ni por qué carajo le hago caso a esos diablos internos que me piden que haga lo que me dé la gana. Lo que me nazca. No es correcto, ¿y qué?

Agarro con cuidado uno los extremos inferiores de la camiseta y, antes de que se dé cuenta, extiendo mi otra mano. Fijo mi vista en ella, en sus ojos y en su gesto que denotan algo que no soy capaz de descifrar.



Siento su mirada taladrarme entera. Me observa y aprecio cómo sus ojos se tornan de un color más oscuro.

Siento que esta broma se me salió de control, hasta tal punto que soy yo la que la está sufriendo. Quiero escaparme, salir corriendo hacia la habitación de Hugo, volver a ponerme la ropa que llevaba horas antes, y salir en dirección a mi casa.

Todo parece salirme al revés.

Intento apartarme, pero su mirada me lo impide. En el fondo yo tampoco quiero hacerlo. Todo aquello que se le puede estar pasando por la cabeza yo lo quiero vivir, una y otra vez, sin parar.

Suspiro, sintiendo la calidez de su mano subir por mi torso. Me intenta quitar la camiseta de una forma excesivamente sensual. Retrasa el momento a propósito el muy capullo.

Siento el impulso de apartarlo y quitármela yo de una maldita vez. Deseo con todas mis fuerzas que la arranque de una vez por todas. ¡Por mí como si la rompe!

Intento controlar mis instintos cuando sus manos se acercan a la zona de mis pechos. Clavo mi mirada en la suya, para que se dé cuenta de que o lo hace ya, o se las tendrá que ver conmigo. Pero el muy imbécil parece que disfruta haciéndome sufrir. ¡Lo hace a propósito! Será idiota.

Intento zafarme, pero con rapidez me vuelve a aprisionar contra la pared, y en el fondo me encanta que lo haga.

Como dos siglos después me saca la camiseta. Veo como la deja el suelo y se separa de mí.

Pasea su mirada por mi cuerpo prácticamente desnudo. Tal vez me había pasado con eso de intentar darle realismo a la situación con Hugo. Siento el impulso de taparme los pechos con ambas manos. ¿Desde cuándo soy tan vergonzosa?

Pasea la vista hasta tal punto que siento como me arde la piel. Cada centímetro de mí comienza a temblar de deseo. Cuando fija la mirada en mis pechos tengo que reprimir un pequeño gemido.

Solo yo sé cuánto me estoy conteniendo en este instante para no desnudarlo ahí mismo a él y obligarlo a que me eche el polvo de mi vida.

—¿T-te gusta? —balbuceo. Intento sonar sensual. ¡Por Dios, debo de parecer imbécil!

Elevo la vista y la fijo en sus ojos con determinación y me comienzo a acercar a él. Ahora es su turno de sufrir... y lo hará. Pagará por todo lo que me hizo soportar.

—¿Tú qué crees? —balbucea él ahora cerca de mí.

Siento como nuestros alientos se fusionan, presiono los labios.

Dejo que por su propia voluntad rompa la distancia, juntando sus labios con los míos en un beso ardiente. Si una cosa tengo clara es que él desea que pase tanto como lo deseo yo.

Me atrevo a dar el primer paso, a sellar poco a poco el contacto. Acercó una de mis manos a su torso y la comienzo a pasear a mi antojo. Intento controlarme y parar para hacerlo sufrir, para obligarle a que me ruegue. Pero lo cierto es que no puedo.

Me muerdo el labio inferior cuando mi mano, juguetona, comienza a buscar el elástico de sus bóxers. Pero no pasa de ahí.

Quiero jugar con él.

Me separo, fijando mi mirada en la suya.

Wow, no sé qué diablos tiene su mirada para activarme en cuestión de segundos. Para activarme más si todavía eso es posible, claro.

—¿Ahora existe química entre nosotros? —pregunto en un pequeño susurro, haciendo rozar mis labios con el lóbulo de su oreja.

Lo quiero llevar al límite para que me pida a gritos que termine con su agonía. No es la primera vez que lo hago, y estoy segura de que soy buena en ello.

Sonríó con autosuficiencia.

—Nunca negué que existiera —susurra.

Uf. Me va a costar más de lo que creía hacerme la difícil con él. Me muero de ganas de quitarle la poca ropa que le queda y echarle el polvo de su vida. Ese que no olvidará jamás por mucho tiempo que pase. Pero no puedo, no puedo. Cojo aire y lo expulso con calma, intentando controlar mis instintos, sobre todo cuando siento como sus labios comienzan a jugar con mi cuello.

¡Oh, oh! Problemas.

—Me gustas mucho, Gema —susurra, mirándome directamente a los ojos.

Mis piernas comienzan a temblar, y mi mente comienza a buscar respuesta a sus palabras una y otra vez. Esas palabras tienen un doble significado, por lo menos en mi idioma, y no sé si estoy preparada para decirlo en voz alta.

Me quedo estática, hasta tal punto que él lo nota. Se separa de mí y me mira directamente.

—¿Sabes lo que eso significa? —pregunto al fin. Por la forma en la que me mira sé perfectamente que me desea, pero no sé hasta qué punto llega—. ¿Qué sientes por mí?

No sé ni por qué me paro. Me muero de ganas de quitarle la poca ropa que le queda y revolcarme con él encima de esa mesa.

—¿Exactamente qué punto quieres que tratemos ahora? —pregunta, presionándome un poco más hacia él.

Por supuesto quiero saber si se está pillando por mí porque de ser así todo se está saliendo de control y yo no...

Dios, soy humana. ¡Qué amor ni qué leches!

Busca mis labios y yo se los ofrezco sin resistencia. Que le den a todo.

No quiero explicaciones, no quiero motivos. Me deshago con rapidez de la camiseta negra que impide que pueda apreciar su cuerpo, y la dejo caer. Tanto me da donde.

Intento separarme de él, para poder apreciarlo, pero no me lo permite. Me agarra en volandas. Siento la presión y las ganas que tengo por que eso ocurra se hacen mayores. No deja de besarme. Captura mi labio inferior y lo presiona con fuerza para después ocuparse del superior con fiereza.

No sé por qué en algún momento creí que entre nosotros no había química. ¡Siento que se va a producir una explosión!

Me siento como en el séptimo cielo abrazada a él. Danzando al ritmo que nuestros cuerpos nos piden, nos gritan, nos imploran.

Y es en ese instante cuando me doy cuenta de que las cosas con él siempre fueron distintas, y que ni siquiera me preocupa el doble sentido que pudieran acarrear sus palabras.



Un fuerte olor a café me obliga a abrir los ojos. Miro hacia todos lados, un tanto desorientada, pero tan pronto aprecio la silueta del champi sonrío.

—Buenos días —digo, arrastrando las palabras todo lo que puedo.

Veo como sonrío a la vez que deja una bandeja encima de mis piernas.

¡Perfectos días! Sonrío como una niña con juguete nuevo. Siento el impulso de dar palmadas, pero es posible que termine derramando el café, así que me contengo.

—¿Y esta sorpresa? —pregunto, mirando la bandeja totalmente embobada.

—Lo cierto es que no sabía si querrías desayunar, pero yo me moría de hambre y me fui a por un café. —Se encoge de hombros y se apodera de una de las tazas.

¡Pues anda que yo no! Después de la sesión de sexo de ayer, como para no morirme de hambre ahora.

Fijo la vista en la taza con café solo. Me parece cruel decirle que lo tomo con leche así que acerco la mano y lo engullo en un abrir y cerrar de ojos. Si no lo saboreas no sabe a nada, es una ley de vida.

¡Ahora a atacar!

Siento como se me cae la baba al ver las tortitas recién hechas, con sirope de algo que parece chocolate. ¡Me muero de placer!

Corto un trozo de una de ellas y lo acerco a los labios.

—Eres un partidazo —expongo abiertamente con la boca llena. ¡Adiós buena educación!—. No solo follas bien, sino que además eres un cocinero excelente.

Suelta una risa a la vez que se tapa la cara con una de sus manos.

Admito que nunca me habían hecho tortitas para desayunar. De hecho, solo las había visto en las pelis americanas, no sabía ni que se hacían aquí también. Es de otro mundo.

—¿Tú no quieres? —Niega con la cabeza. Me encojo de hombros. ¡Mejor! Más para mí.

—Esto... Gema. —Se deja caer en la cama. Lo miro durante una décima de segundo, justo antes de volver a poner la vista sobre la delicia que tengo delante—. Tenemos que hablar.

Asiento, llevándome el último trozo de tortita a la boca. Ay, no quiero que se terminen. ¡Qué buenas están! Lo saboreo como si fuera el último trozo de cielo.

Sé que tenemos que hacerlo, aunque para ser sincera, no quiero. Pensaba retrasarlo como para dentro de veinte siglos, más o menos. Tendré que ver si estoy disponible.

Aprecio como se revuelve incómodo y se lleva una mano al pelo. Tal vez esté deseando pedirme que me vaya, pero... ¡Qué se espere por lo menos a que termine el desayuno! Sería muy descortés que me echara ahora.

—Me voy —me dice sin más. Siento como me tiemblan los labios y, antes de poder responderle, estallo en una carcajada.

—Esto no funciona cuando eres el dueño de la casa, ¿sabes? —pregunto entre risas. Me observa con curiosidad—. Sí, yo también me tengo escapado después de echar un buen polvo, pero cuando no estaba en mi casa... ¡De mi casa no me voy, los echo!

Me río como una tonta. Realmente todavía como si estuviera saltando de una nube a otra. No sé ni por qué bromeo con eso.

—No me refería a eso... —Baja la mirada—. Me voy en dos semanas. La empresa se va a la mierda, y me ofrecieron un puesto de trabajo en...

—Eh, espera ahí —lo corto—. No tienes que justificarte con nada. Yo no te juré amor eterno, y creo recordar que tú a mí tampoco.

Veo como me da la razón, aunque siento que nada conforme con mis palabras. Ni siquiera yo estoy segura de estar siendo sincera con él. Respiro hondo antes de proseguir.

De todas formas, todavía nos podrá quedar el famoso amor virtual, ¿no? Aunque nada como el sexo real, desde luego.

—Tienes toda la razón.

Sé que realmente no lo piensa, lo siento por su gesto. Posiblemente esté molesto conmigo. Me acerco a él a gatas por la cama, y apoyo el rostro en su hombro desnudo, otorgándole pequeños besos. Se retuerce algo ante mi contacto.

—¿Qué es lo que piensas?

Ojalá pudiera saberlo con solo mirarlo. Me encantaría tener ese poder, pero por desgracia no me queda más remedio que preguntarle qué diablos le pasa por su cabecita de friki sexi.

—Pienso que como despedida no estuvo nada mal.

Se gira hacia mí, regalándome una pequeña sonrisa.

Esa maldita sonrisa.

Me muerdo el labio inferior mientras niego con la cabeza.

—No, no estuvo nada mal —le doy la razón—, pero no tiene por qué terminar aquí.

Me observa de un modo que no me gusta un pelo. Sé que se está montando toda una película en su cabeza, así que rápidamente niego y prosigo:

—No, no creo en los cuentos de hadas, chaval —expongo. Suelta una pequeña risa al escucharme—. Me refiero a una relación tal vez más... ¿física? —No sé realmente cómo decirlo y que suene bien. Veo como frunce el ceño—. A mí me quedan un par de días aquí, hasta la boda de Iago, y estoy dispuesta a que repitamos esto una y otra vez durante las próximas... ¿setenta y dos horas? —pregunto, echando cálculos. Realmente por él estaría dispuesta incluso a no presentarme en la boda de mi hermano.

—Estás como una cabra —dice entre risas.

«Lo sé, pero bien que te gusta». Le sonrío con coquetería justo antes de pegar mi frente a la suya en un acto tan íntimo que ni sé de dónde diablos me sale. Clavo la mirada en sus labios y, justo en el mismo momento en que pienso acercarme a besarlos, mi móvil comienza a sonar.

Me muerdo el labio inferior y me río. ¡Qué más podría hacer!
—Qué oportunos —protesto, apartándome de él y estirándome para capturar el móvil.

Fijo la vista en la pantalla y gruño antes de descolgar.

—Hola, mamá —saludo de mala gana.

Me levanto y, como puedo, voy capturando las prendas que dejé desperdigadas por todos lados. No necesito que me diga nada para saber lo que pasa. Alguna urgencia de la boda de Iago, por supuesto. ¡Gema al rescate!



Puedo jurar que no sé qué hago aquí. Si me lo llegan a haber preguntado hace veinticuatro horas, mi respuesta habría sido un tajante y rotundo «no», en mayúsculas y escrito con letras de neón, pero la situación había dado un giro tan grande que, sin saber cómo ni por qué, me había visto arreglándome como un gilipollas para ir a una fiesta a la que no me apetecía un carajo ir.

Y lo peor es que ni siquiera sé si ella estará aquí. Podría haberle enviado un mensaje preguntándole si estaba en sus planes pasarse un rato por la fiesta, así casual, como quien no quiere la cosa, pero, a pesar de que había escrito el mensaje unas ochenta y cuatro veces —vez arriba, vez abajo—, al final había optado por no hacerlo.

No puedo sentirme más fuera de lugar. El sitio es precioso, no seré yo quien lo niegue, y tal vez sea perfecto para celebrar una boda o algún evento del estilo, pero jamás una reunión de exalumnos. Demasiado pijerío junto para mi gusto.

Me revuelvo incómodo en el sitio, tamborileo el pie en el suelo con impaciencia antes de rebuscar en el bolsillo derecho de mis pantalones vaqueros mi teléfono móvil. Lo desbloqueo y paseo la vista por las notificaciones, aunque las ignoro con gran rapidez. Solo me centro en las de WhatsApp: una de ellas es de Hugo, dos del grupo del trabajo y, la última, de mi hermana Eva. Las elimino de un plumazo y busco la conversación de Gema. Centro la vista en su última conexión y suspiro al darme cuenta de que hace dos horas que no se conecta.

Dime que no estoy
esperándote como un
pringado en la fiesta
de exalumnos, por favor

Salgo de la aplicación y bloqueo el móvil. Paseo la vista por todo el local para darme cuenta de que, efectivamente, no conozco a nadie. Hay una pareja que charla de forma muy animada cerca de la puerta, y tres chicas que beben sin parar, parece ser una competición de «a ver quién es capaz de ingerir más alcohol en tiempo récord», ya que beben sin filtro ni razón de sus finas copas de champán. Alcohólicas sí, pero con glamur.

—Qué solito estás. —Pego un brinco al escuchar una voz demasiado cerca de mí. Me estremezco y me giro para encontrarme con la famosa Susi. No puedo evitar torcer los labios antes de dar dos pasos hacia atrás para mantener las distancias—. No sabes cuánto me alegra verte, *mon cheri*. Pensé que al final no vendrías.

«Vaya, qué casualidad. Yo también lo creía». Presiono los labios antes de dedicarle un simple asentimiento de cabeza. Veo como estira el brazo para llamar la atención del camarero, que lleva todo el rato dando vueltas alrededor de la pista en busca de sedientos exquisitos. Aprovecho el momento de tregua para echarle un rápido vistazo a mi teléfono móvil, pulso la tecla de desbloqueo y me doy cuenta de que no tengo ninguna notificación nueva. Maldita vida.

Tan pronto como guardo el móvil en el bolsillo, siento un pequeño golpe en el hombro y me giro para encontrarme con la sonrisa de Susi, que me ofrece una de las copas de *champagne* que acaba de agarrar de la bandeja del pobre hombre. Vaya trabajo de mierda y mal pagado el de pasear entre idiotas que se creen dioses y te consideran una basura a su lado.

La acepto. Llegados a este punto, creo que aceptaría hasta una copa de arsénico. Valoro mentalmente la opción de tirársela por encima, pero la descarto por simple decoro.

—Brindemos por... —comienza, estirando la frase, deduzco que para que sea yo quien la termine. Presiono los labios y la miro

fijamente—, los reencuentros.

Me río porque ni puedo ni quiero evitarlo. Pongo los ojos en blanco antes de darle un trago a la copa de champán, está claro que con mucha menos clase que los demás. Detesto su sabor, pero al menos conseguirá que el tiempo que tenga que permanecer aquí dentro sea un poco más soportable... supongo.

—Que sepas que estuve esperando tu llamada —me recrimina, aunque sin perder su sonrisa de zorra—. Tal vez es que perdiste mi número.

Sonrío de medio lado, me llevo de nuevo la copa a los labios antes de hablar.

—No, la verdad es que lo tiré —confieso como si nada—. Gracias por la copa.

No tengo ningún tipo de intención en seguir hablando con ella, así que me escabullo hacia la otra punta del local. Clavo la mirada en la puerta como si esperara que, de un momento para otro, se abriera y Gema apareciera para darle un poco de sentido a toda esta pantomima.

Bufo al darme cuenta de que las cosas no funcionan así y me bebo todo el contenido de un sorbo. Tal vez así todo comience a cobrar sentido, la gente deje de parecerme idiota y la música empiece a resultarme interesante.

No conozco a nadie. Realmente creo que pasé por el instituto sin pena ni gloria. Por suerte tampoco nadie se acerca a preguntarme quién soy y qué carajo hago aquí, algo que, sin embargo, no dejo de repetirme yo en mi cabeza.

Busco de nuevo al camarero de las copas de champán y, tan pronto lo tengo localizado, me apropio de otra, la cual me bebo de una sola sentada. Tal vez salga de aquí a gatas.

El móvil vibra. Siento ganas de gritar un «aleluya», pero viendo el nivel de música estoy seguro que pensarán que quiero que nos pongamos todos a cantarla a coro, así que me decido por no hacerlo. Lo saco del bolsillo y lo desbloqueo con gran agilidad. Casi puedo sentir como mi corazón se parte en pedazos muy pequeños cuando leo su respuesta.

Siento decirte que sí, campeón.

Resoplo y echo la cabeza hacia atrás. Qué bien, gran noticia. Estoy haciendo el gilipollas, como siempre.

De hecho, estoy camino de
tu casa ahora mismo,
preparada para todo
lo que pueda surgir.

Ya sabes, setenta y
dos horas. Tic, tac.

Me está bien empleado por idiota. Releo su mensaje una y otra vez hasta que algo me empieza a picar en las piernas y me dispongo a largarme de ahí. No miro a nadie, no me interesa. No pinto un carajo aquí ya que la única persona a la que quiero ver está contando las horas que nos quedan para estar juntos. ¿Y voy a perder yo un solo minuto entre idiotas superficiales? ¡Anda y qué les den a todos!

Me escabullo entre la gente, y habría salido si no llega a ser porque me doy de frente con alguien... que me empapa completo. Cierro los ojos para mitigar el cabreo, y también para no ver al idiota que me acaba de bañar de pies a cabeza en champán.

—Oh, vaya. Lo lamento tanto, yo estaba... —murmura, dubitativo—. Hostia, Gabriel. ¿Eres tú?

Clavo la vista en él y asiento por inercia. Parece que ya me estoy acostumbrando a que me llamen por mi nombre de pila.

—Joder, cuánto tiempo —exclama feliz, parece haber olvidado que me acaba de duchar completo—. ¿No sabes quién soy? Coño, no cambié tanto.

Se ríe de forma poco glamurosa y, sin saber por qué, mi cuerpo se va destensando. Me alegra darme cuenta de que no soy el único ciudadano de segunda entre tanto señorito. Estaba comenzando a

sentirme mal yo con mi americana cutre alrededor de tanto traje de marquita.

—Soy Juan, tío —me explica, pasándome el brazo por los hombros. Chasqueo la lengua antes de asentir. ¿Cómo se supone que lo iba a reconocer? Musculado y sin un solo pelo en la cabeza, frente a lo que era antes: un fideo melenudo.

—No hay quien te reconozca —admito, dándome cuenta, por fin, del motivo por el que se celebran estas reuniones. Él da una vuelta sobre sí mismo para demostrarme que se pasa más horas que en el gimnasio que en su propia casa, supongo, antes de volver a agarrarme por los hombros.

—Pues anda que a ti, barbudo —me recrimina entre risas—. ¿Te dejaste llevar por la moda hípster?

Tuerzo los labios antes de estallar en una carcajada. Yo más bien me definiría como «pordiosero», pero vale, lo compro.

Intento zafarme de él como puedo, pero el tío tiene una fuerza inhumana, es tal que me tiene agarrado por el cuello totalmente inmovilizado.

—Juan, yo... —intento hablar, señalando hacia la puerta. Veo como se da cuenta y me quita el brazo de encima de los hombros. Comienzo a respirar con ansias, no me había dado cuenta de que, a causa del estruje de su agarre, había dejado de hacerlo.

Voy a disculparme con él cuando una voz me sobresalta.

—¿Gabriel?

Me quedo estático. Sé que me quedé blanco como el papel ya que siento la mirada de Juan perdida sobre mí, pero me da igual. La sangre deja de fluirme y siento algo dentro que me empuja a girarme y agarrarla en volandas. No lo hago, me mantengo en mi sitio viendo como mi antiguo amigo desvía su mirada de mí a la dueña de la voz y la observa de arriba abajo.

—¿Gabriel Chas? —repite, intentando captar mi atención... como si no la tuviera toda, absolutamente toda.

Me giro despacio y clavo la vista sobre ella. La sonrisa se me borra de un plumazo al verla, y me doy cuenta de que soy muy evidente cuando veo que la suya se hace mayor. Joder, qué guapa está.

—No me lo puedo creer, ¿te acuerdas de mí? —Gesticula mucho al hablar. Juan se pone detrás para admirar la escena más de cerca, pero yo estoy en otra galaxia, ignorándolo por completo. Estoy perdido en sus ojos y en el rubor de sus mejillas como un puto adolescente—. Soy Gema, Gema Albán. Coincidimos juntos en...

—Bachillerato, supongo —completo, volviendo en mí. Veo como ella asiente y se disculpa con una sonrisa coqueta. Juan está babeando exactamente igual que yo, y no puedo culparlo.

—Estás... diferente —explica, mirándome con atención. Veo como pasa la vista por mi rostro, ese que me recorrió completo la noche anterior. Dudo que haya algo de mí que no conozca más que de sobra.

—Se le dio por la moda hípster —interrumpe Juan, metiéndose de lleno en la conversación. Gema se gira hacia él, parece que se acaba de enterar de su presencia, y le sonrío por pura cortesía, aunque noto que su gesto es de: «¿por qué no te largas?». Me muerdo el labio inferior para no estallar en una carcajada por lo absurdo de la situación.

—Oye, Juan. ¿Sabes si hay posibilidad de beber algo que no sea tan pijo? —pregunto, girándome hacia él. Me responde con un gesto de superioridad.

—Por supuesto. Marchando una cerveza, ¿tú quieres otra, guapita?

Gema asiente, todavía abstraída. Me mira detenidamente, tanto que siento que todo lo demás desaparece ante mis propias narices. Me gustaría saber cómo consigue provocar esto en mí, ni yo mismo lo entiendo.

—Entonces... —comienza, acercando su mano derecha a la parte baja de mi chaqueta—. ¿Te acuerdas de mí?

—Lo cierto es que no... Gema te llamabas, ¿verdad?

Ella asiente torciendo los labios.

—Pues yo sí me acuerdo de ti —confiesa—. Pero estabas diferente, llevabas gafas y el pelo de otro modo. Estás más guapo ahora.

—Soy como el buen vino. —Ella asiente antes de sonreír abiertamente—. Me gustaría decirte que tú también, pero lo cierto es que no te recuerdo. Eso sí... ahora no estás nada mal.

Estiro el brazo y la agarro por la cintura para atraerla hasta mí. Veo como se ríe y se coloca el pelo hacia un lado antes de dejarse llevar. La acerco a mí y, justo como tenía planeado en mi mente hace escasos días, tan pronto me dijo que quería verme tal día como hoy, la abrazo. Me permito respirar su aroma y, sin darme cuenta, suspiro como un puto adolescente enamorado.

—Oye, ¿a qué se supone que hueles? —pregunta, clavando la vista en mí. Veo como me olfatea de una forma curiosa y yo no puedo evitar reírme.

—A Champán —admito entre risas—. Una larga historia.

Por suerte no indaga más. Se encoge de hombros y me permite volver a disfrutar de ella. Me siento tan raro teniéndola entre mis brazos que ni yo mismo sabría ponerle nombre a esto.

—Pensé que estabas camino a mi casa —susurro sobre su pelo. Siento como se estremece antes de separarse lo suficiente para elevar la vista y clavarla en mí.

—Bueno, digamos que decidí cambiar de dirección cuando me enviaste ese mensaje de socorro —miento, poniendo los ojos en blanco. Yo me río porque realmente estoy encantado de que esté aquí.

—Y supongo que pensaste que era buena idea vestirme así para ir a verme —suelto con guasa.

—Claro. Todo es poco para ti. —Me guiña un ojo con coquetería antes de estirarse y dejarme un beso en la comisura de los labios.

Cierro los ojos al sentirla tan cerca y me dejo llevar por lo que siento. Sin más. Me da vértigo darme cuenta de que estoy comenzando a sentir mucho más por ella de lo que debería, teniendo en cuenta el poco futuro que tenemos juntos.

No puedo seguir disfrutando de su contacto, ni tampoco de mis abstractos pensamientos, porque Juan regresa con las tres cervezas. Nos las da como si estuviera trayendo tabaco de contrabando, lo que nos hace reír a los dos en el acto.

—Uf, este sitio es una pasada —admite. Me giro para apreciar las vistas una vez más. Tiene razón, es una maravilla.

Gema hace lo mismo, poniéndose delante de mí. No dejo pasar la oportunidad de abrazarla por la espalda.

—¿De verdad os acabáis de reencontrar? —pregunta Juan alucinado.

Yo no respondo, es Gema la que lo hace. Gira la cabeza hacia él y asiente con convicción.

—Fue un flechazo —dice.

No la corrijo porque creo que, en efecto, lo fue. Tal vez no a simple vista, pero de un modo u otro podría decirse que fue todo apresurado... y maravilloso.

—Bruja por la derecha —murmura Juan, escondiendo la cerveza con rapidez. Me giro para darme cuenta de que, en efecto, tiene razón. Susana se acerca meneando mucho el trasero y robando miradas. Lo cierto es que, de no ser porque es una idiota engreída, la chica no está nada mal. A Hugo seguro que le gustaría.

—Pensé que había quedado claro que queríamos que fuera una reunión solo de exalumnos —dice con repulsión cuando llega a nuestro lado. Pone la vista en Gema. Está claro que no está muy feliz de que la haya rechazado, pues... es lo que hay.

—Hola, Susana —la saluda con una más que falsa sonrisa en los labios. La susodicha pasea la vista de arriba abajo por su rostro y sin ningún tipo de pudor—. Veo que no te acuerdas de mí.

—No, lo siento, bonita. Conozco a tanta gente que de vez en cuando me veo en la obligación de olvidarme de alguno —dice con una altanería que me está poniendo enfermo—. ¿Seguro que nos conocemos?

—Oh, ya te digo yo que sí —suelta mi Gema bien alto. Sonríe abiertamente al escucharla—. Me robaste el novio a pesar de decir que eras mi mejor amiga. Te ganaste el carné de zorra. Espero que te haya llegado ya, correos está teniendo problemas con los envíos.

Veo como arruga la nariz de una forma muy graciosa. Me pierdo en ella, en sus gestos, en el modo en que frunce el ceño, y sonrío orgulloso de ella.

—Soy Gema, ¿no querías que viniera? Pues aquí estoy.

La chica la observa detenidamente y, de un momento para otro, estalla en una carcajada.

—Ni de broma —masculla entre dientes—. Serás la persona a la que pagó Gema para que viniera en su lugar. ¡Tú no puedes ser ella!

Se pierde la sonrisa de sus labios. Admiro la situación intentando mantener las distancias.

—Gema era pequeñita, morena y rechoncha, y tú eres...

—Soy la misma con tacones, el pelo rubio y diez quilos menos — dice sin más.

—Y te retocaste el flequillo también, al parecer. ¡Qué horror! — Desconecto de la conversación. Doy dos pasos hacia atrás y saco el móvil del bolsillo. Entro en el Facebook y busco la cuenta de Gema, paseo la vista por las fotos y me doy cuenta de que... Dios, claro. No me lo puedo creer. Claro que la recuerdo.

—Me acuerdo de ti —digo sin más. Ambas se giran hacia mí, pero la única que me importa es Gema, que me mira interrogante—. Sé quien eres, te sentabas al fondo de la clase en segundo de bachillerato con una chica rubia a la que no recuerdo, pero tampoco me importa.

—¿Hola? —intenta llamar la atención Susana, pero yo la ignoro. Me acerco a Gema, que me mira con los ojos vidriosos, y la agarro del brazo para hacerla girar hacia mí.

—Recuerdo que un día te escuché llorar en un recreo —confieso, bajando la mirada. Intento hacer memoria para ser todo lo exacto que pueda—, y justo en ese momento estábamos con la venta de flores para San Valentín, por lo de la graduación. —Elevo la vista y veo como asiente, confusa—. Te envíe una rosa.

—¡No! —exclama, llevándose una mano a la boca—. «Nadie se merece tus lágrimas» —expone, recordando la tarjeta. Yo asiento, todavía medio aturdido. Veo como presiona los labios—. Yo, Gabriel... ¿yo te gustaba?

Me río. Dudo, no le gustará que le diga la verdad, pero no creo que tampoco sea necesario mentir.

—No —confieso finalmente—. La verdad es que no, pero ni tú ni nadie. Yo estaba en el instituto para estudiar y no pensaba en otra cosa más que en terminar y largarme. Siempre fui muy práctico para todo, y nunca me gustó perder el tiempo.

Su mirada se desinfló por un momento, aunque casi al momento volvió a recuperar el brillo.

—Te voy a confesar dos cosas —dice sin más—: la primera es que... la chica rubia era Susana y creo que le molestó un poquito

que no te acordaras de ella. —Me río y niego con la cabeza porque no me importa en absoluto—, y la segunda es que... tú a mí sí me gustas, Gabriel.

Pierdo toda noción de realidad al escucharla. Trago en seco y siento que duele. Duele, sobre todo, porque a mí ella no me gusta, sino que me he enamorado hasta las trancas. Y sé de sobra que no tengo camino de retorno.



DIME QUE
ESTOY LOCA
Gema

No soporto las bodas. Todo se reduce a lo mismo: emoción por parte de los padres, que lloran sin cesar como si no fueran a volver a ver a sus hijos nunca más; besos por parte de la pareja, que se habrán dado como ochocientos mil a lo largo de su relación, pero no, el importante es el de la boda; y, finalmente, en observar a la novia. Esa es la peor parte de todas, desde luego.

—¡Que vivan los novios! —chillan todos a mi alrededor.

Elevo la vista y me retuerzo en el sitio al ver la radiante sonrisa de mi nueva cuñada. La miro y puedo jurar que me quedo sin respiración. Es imposible que exista algún ser tan maravilloso en todo el jodido mundo, imposible. Sonríe, mostrando su dentadura perfecta. Menea el pelo de un lado a otro, provocando que los que están a su alrededor babeen como putos idiotas. Yo, la primera. Miro hacia los lados y me doy cuenta de que todos estamos en una situación similar: observando la perfección hecha mujer.

Rebufo, mirando mi vestido, y tuerzo los labios. Tal vez me había acostumbrado demasiado a ser el centro de atención y por eso me fastidia que hoy todas, absolutamente todas las miradas, estén puestas en otra. Incluso Héctor la observa con adoración. Le doy un pisotón con poco disimulo, ¡él me tiene que adorar a mí!

—Au —protesta, sobándose el pie. Le hago un gesto con la mano de que se lo tiene merecido, y parece captar la intención ya que me pasa un brazo por la espalda y me da un beso en la cabeza en compensación. ¡Eso ya está mejor!

Sin saber por qué, dirijo la vista al fondo. Es algo que llevo haciendo toda la maldita cena sin darme apenas cuenta. Tan pronto

tenía oportunidad, mis ojos se desviaban hacia él, quien, casi en todas las ocasiones, estaba enfrascado en algún tipo de conversación con Hugo. Pero esta vez lo pilló mirándome a mí. No a la novia, como están haciendo el noventa por ciento de los presentes; no a mi hermano, como deduzco que hará el porcentaje restante, no. Él solo tiene ojos para mí y, sorprendentemente, yo para él. Me quedo extasiada al darme cuenta del modo en que lo hace. Es una mirada diferente, dulce, que me deja sin respiración. Presiono los labios, haciéndome la tonta, pero no tardo ni medio segundo en volver a conectar con él.

Está guapísimo. Siento que vuelve a ser él, el mismo chico del que estaba pillada en el instituto, que se escondía detrás de unas gafas y un corte de pelo cutre... aunque esta vez sin gafas y perfectamente peinado. Sin barba parece otro, pero me gusta todavía más... y eso me acojona.

Sé que Héctor se está dando cuenta de la batalla que se está librando en mi corazón, ya que me hace un gesto para que me levante, y yo le hago caso. Siento la mirada de Gabo puesta sobre mí en cada movimiento que ejecuto. Héctor me incita a bailar, aunque lo hace manteniendo las distancias. Supongo que para no dar pie a malos entendidos. No me preocupa en absoluto, así que soy yo la que lo agarro y lo pego contra mi cuerpo para comenzar a movernos al ritmo de la música.

Estoy totalmente abstraída, ni siquiera sé que canción está sonando. Tan solo me percató de su mirada puesta sobre mí, que me hace sentir la mujer más sexi del planeta. Aunque nadie más me esté mirando, que lo haga él me hace sentir especial. Y eso me asusta. Me asusta tanto que siento ganas de correr lejos sin mirar atrás.

El primo de la novia, que parece haber heredado un porcentaje muy alto de los genes de la familia, se acerca a mí y me hace girar. Héctor da dos pasos hacia atrás, pero, justo cuando pienso gritarle auxilio, una lagarta, también familiar de mi nueva cuñada, por supuesto, lo agarra con fiereza y se comienza a mover a su ritmo.

Sonríó por cortesía e intento mantener las distancias. No me pasa desapercibido el hecho de que el muchacho está como un

tren, no tendría ojos en la cara si no lo viera, pero no me importa en absoluto.

Me giro con violencia y tiro del brazo de Héctor, quien vuelve rodando hacia mí, con esa clase que lo caracteriza, por supuesto. Me sonrío y me guiña un ojo. Yo, en cambio, me revuelvo incómoda. Pongo de nuevo la vista sobre Gabo y suspiro.

Las setenta y dos horas están tocando su fin. Me encantaría decir que fueron suficientes, de hecho, me empeño en creer que así fue. Que los besos, los encuentros y los momentos juntos no significaron más que eso, pero sé de sobra que solo me estoy autoconvenciendo. ¿Y si esto no tiene por qué terminar? ¡No tiene que hacerlo!, no quiero que termine.

—Dime que estoy loca —le ruego a Héctor. Él se separa de mí y me mira—. Dímelo porque estoy a escasos segundos de acercarme a esa mesa, agarrar por el cuello de la camisa a mi Clark Kent y decirle que lo quiero conmigo para siempre. Y si eso no es estar mal de la cabeza, no sé qué lo será.

Héctor solo sonrío. El muy capullo no impide que cometa la mayor estupidez de mi vida, lo que me deja claro que, tal vez, no sea una locura.

Respiro con ansiedad. Miro al frente y me lo encuentro charlando con mi hermano. Me muerdo el pulgar con nerviosismo antes de dar dos pasos al frente. Después de estos, los demás vienen solos y, antes de que me dé cuenta, ya estoy a su lado.

—No entiendo cómo pudiste conseguirlo —escucho decir a Iago, pero lo ignoro. Clavo la vista en Gabo, y en ese mismo instante él parece percatarse de mi presencia.

Pasa de mi hermano y me mira a mí directamente. Me dice tanto con su simple mirada que casi puedo sentir como me desvanezco ahí mismo.

—Esto... ¿Gema?, ¿quieres algo? —Ni me molesto en mirar a Iago, le hago un gesto con la mano para que se calle porque vengo dispuesta a todo. Y no quiero que me joda el momento.

—Tuyo, no —respondo, sin apartar la vista de Gabo. Respiro hondo para conseguir infundirme de valor—. Tuyo, sí.

Los ignoro a todos. Clavo la vista en él y en nadie más que en él. Su mirada me taladra por completo. No quiero saber nada de los

demás. Me importa un pepino que mi madre piense que soy una cualquiera por hacer lo que voy a hacer ahora mismo, o que a mi hermano le dé una embolia solo de imaginarse a su hermanita con uno de sus mejores amigos. Todo me importa un pepino.

Sin darle tiempo a replicar, tiro de la manga de su camisa para acercarlo a mí, y lo beso. Lo beso delante de todos porque me da igual que sepan que estoy loca por él. Me da exactamente lo mismo que todo el mundo esté al tanto de mis sentimientos porque ya no puedo controlarlos. Lo quiero a él.

Siento su brazo alrededor de mi cintura y sonrío de forma inconsciente. Me abraza contra su cuerpo hasta que algo parece hacerlo aterrizar sin más.

—Todos nos están mirando, Gema. —No está molesto, lo sé por el modo en que me lo dice.

Me separo despacio y pego mi frente a la suya antes de asentir. Tal vez no había sido tan clara como me habría gustado. Puede que, para él, que lo bese delante de todos no signifique lo mismo que para mí o puede también que él no estuviera preparado para esto.

No sé ni por qué, pero me muero de la vergüenza en ese mismo instante. Siento como los colores se me suben y, en cuestión de segundos, las piernas me comienzan a pedir a gritos que escape a toda leche. Y eso es lo que hago.

Huyo, porque eso es lo que mejor se me da. No estoy segura de ser capaz de enfrentarme a nadie, pero, cuando estoy a escasos segundos de meterme dentro del cuarto de baño, me encuentro de bruces con mi madre. Está apoyada en el marco de la ventana, con la mirada perdida y, lo que es todavía más extraño, un cigarrillo en la mano.

Me acerco a ella a pasos lentos. El humo del cigarro me está comenzando a perturbar, tanto que comienzo a mover la mano de un lado a otro para intentar expulsarlo. Voy a preguntarle qué le ocurre cuando comienza a hablar:

—Tu hermano me acaba de decir que se va a Madrid pasado mañana —me dice, dándole una nueva calada a su cigarrillo.

Yo me quedo estática, alucinada. Ya no solo por las palabras de mi madre, a las que no les estoy haciendo mucho caso, la verdad,

sino debido al hecho de que esté fumando, ¡fumando! Mi madre no había fumado en su puta vida.

Aparta el cigarrillo de los labios y tose. No una, ni dos, sino cinco o seis veces por lo menos. Resopla y echa la cabeza hacia atrás.

—Primero tus hermanos se casan y deciden irse, después llegó tu turno, que siendo la pequeña fue todavía más duro —confiesa—, y ahora Iago, que no solo se va a vivir con la lagarta esa, ¡sino que encima se lo lleva a Madrid!

No sé ni qué decirle. Vuelve a hacer un segundo intento con el cigarrillo y, antes de que se lo lleve a la boca, se lo agarro de un plumazo. Lo agarro con gran maestría y me asusto al darme cuenta de que estoy a un solo movimiento de llevármelo a los labios. Antes de tener la tentación lo tiro al suelo y pisoteo una y otra vez.

—A ver, mamá, Iago tiene que hacer su vida —digo, agarrándola por los hombros para obligarla a qué me mire—. No sé si se va a ir a Madrid o a China, pero lo que haga es decisión suya y todos tenemos que respetarlo.

Veo como presiona los labios antes de gruñir. Joder, soy la adulta de la conversación, ¡qué raro se me hace!

—Dice que se va por él, porque al parecer la empresa en la que trabaja se va al traste. —Me sobresalto al escuchar esto de los labios de mi madre. Pego un salto en el sitio y miro hacia atrás. No hay nadie prestando atención a nuestra conversación, así que vuelvo a poner la vista sobre ella—, pero yo sé que no. La chiquita es actriz, seguro que allí tiene más oportunidades y...

—Puede que no sea por eso, mamá —la interrumpo. Pone la vista sobre mí y me mira enarcando una ceja. Sé que no es lo que quiere escuchar, pero es la verdad—. Si Iago te dijo eso, tienes que creerlo. Y tienes que dejar que haga su vida, aunque te cueste.

No puedo seguir hablando con ella porque algo dentro de mí me pide a gritos buscarle una explicación.

«Me voy», eso me había dicho, pero jamás mencionó a dónde. Voy hacia la pista y lo busco. No está. Mierda.

Busco a Iago o a alguien que me pueda dar una explicación coherente, cuando mi vista localiza a Hugo, a decir verdad, no es difícil verlo. Está en medio de la pista, bailando con una chica a la

que no conozco. Lo hacen de un modo nada sincronizado, y en cualquier otro momento me habría hecho hasta gracia.

Lo agarro del codo y tiro de él con toda mi fuerza. Él se gira y me sonrío por inercia. Tira de mí, como para incitarme a bailar, pero yo me mantengo firme. Al ver mi gesto se centra en mí.

—Dime si os vais a Madrid a trabajar. —Hugo me mira como si me hubieran salido tres cabezas antes de asentir, de forma automática y sin dar crédito a mi pregunta—. Mi hermano y Gabo también, ¿verdad?

—Sí, todos —responde a duras penas, evadiendo los tirones de la chica que baila con él, a la que no conozco, pero ya estoy odiando con todo mi ser. ¡Solo es un minuto, bonita!—. ¿Por qué?

No le respondo, no necesito hacerlo. Miro de un lado a otro para intentar localizar a Gabo. El corazón me late tan rápido que soy incapaz de controlarlo.

Me giro para preguntarle a Hugo, pero, tan pronto lo hago, me lo encuentro besuqueándose con la tipa. Uf. Comienzo a dar vueltas como una puta noria hasta que Héctor me agarra por el brazo.

—Está fuera —susurra. Me guiña un ojo haciéndome un gesto hacia la puerta. Sin que yo le diga nada, se saca la chaqueta y me la ofrece. ¡Ay, qué lindo es!, me lo comería entero y, de hecho, es lo que hago. Me acerco a él y le estampo un sonoro beso en la mejilla antes de salir en su búsqueda.

Me pongo la chaqueta y la pego a mí tanto como puedo, de modo que tan solo se me pueda intuir algo de mi anatomía... pero echándole mucha imaginación.

No tardo en encontrarlo sentado en uno de los múltiples bancos, con la vista perdida en el horizonte.

—¿Quién piensa que es buena idea casarse en diciembre? —pregunto, embutiéndome las manos en los amplios bolsillos. Me encojo sobre mí misma para evitar el frío. Veo como exhala antes de girarse.

—Tu hermano, al parecer —responde, encogiéndose de hombros. Veo como se ríe quedamente. Me dejo caer a su lado, intentando que no se me note lo muerta que estoy de frío—. Tenemos una apuesta en la empresa —confiesa—, una apuesta que no va a ganar nadie, por cierto, porque todos apostamos

exactamente lo mismo. —Se ríe como si hubiera cometido la mayor de las travesuras. Me giro y lo miro divertida—. Todos creemos que, en unos cinco, seis meses... hay niño.

Dibujó una mueca de espanto que sé que no pasa desapercibida para él, ya que me mira fijamente.

—Se ve que te encanta la idea.

«Uy, sí, una fiesta».

—Bueno... no me apetece tener otro sobrino —expongo, encogiéndome de hombros para quitarle importancia—. Son tan...

—Pesados —termina por mí—. No pasa nada, hay gente muy de niños y otros que somos más bien poco de niños.

—Yo, nada —admito.

Se ríe y niega con la cabeza.

—Yo adoro a mi sobrino —expone—, pero de ahí en adelante... prefiero mantenerlos lejos. No tengo demasiada paciencia con ellos.

Presiono los labios y asiento. Yo soy igual, paciencia la justa. Tampoco la quiero.

—Quién sabe, igual cambias de idea cuando tengas hijos —suelto sin pensar, encogiéndome de hombros.

Me doblo un poco en el sitio, intentando entrar en calor.

—Vas un poco rápido, ¿no? —Me pregunta entre risas. Abro los ojos y niego con vehemencia. No, no y no.

—Yo no quiero tener hijos —protesto—, me refería a ti, no sé... a tu vida.

Veo como presiona los labios y esquiva mi mirada. La clava en el infinito y suspira.

—Sí, bueno... —murmura, aunque lo escucho a la perfección. Vuelve a girarse hacia mí antes de hablar—. Estás muy guapa hoy.

Me alegra como no se puede ni imaginar el cambio de tema y, todavía más, que cambie a ese tema en concreto. Sonrío, arrastrando el culo por el banco, hasta que me quedo a su lado.

—Tú más —digo como si nada.

Él se gira hacia mí y sonrío. Aprovecho el momento para dejar caer la cabeza sobre su hombro y suspiro.

—¿Sabes? Así te pareces mucho más al champi que recuerdo del instituto —confieso—, eres más... tú.

—Supongo que mi vida está un poco más organizada ahora mismo —susurra—. Y es curioso porque no había estado más perdido en mi puta vida.

Se ríe en un gesto nervioso. Elevo la vista y asiento porque me pasa lo mismo.

—Se terminaron las setenta y dos horas, supongo —murmura, clavando la vista en sus manos—. No sé si lo sabes, pero es la primera vez que hago esto —confiesa sin mover ni un solo músculo—, en cualquier otra ocasión habría salido corriendo. ¿De qué sirve que nos pasemos tres días juntos si después...?

No lo dejo seguir hablando porque sé que meterá la pata. No quiero que diga que no quiere seguir conmigo, solo necesito que me escuche. Elevo la vista y acerco una de mis manos —tías a causa del frío— hasta su cara y la acaricio con cariño. Está tan raro afeitado, es tan él. Sonrío de forma inconsciente. Veo como cierra los ojos, como si necesitara disfrutar de mi caricia, antes de separarse de mí.

—Besándome delante de todos solo conseguiste hacer esto más complicado —susurra—, tú no vas a tener que aguantar a tu hermano durante los próximos meses taladrándote la cabeza con lo mismo.

—Quiero seguir contigo —murmuro—. Hace un rato quería pedirte que tuviéramos una relación a distancia, con conversaciones por WhatsApp, mensajitos guarros por las noches y sesiones de sexo desenfundadas, no sé... ¿una vez al mes?

Su mirada está comenzando a ponerme enferma, así que decido centrarla en otro punto. Carraspeo, llevándome una mano a la cabeza.

—No creo que eso...

—¡Escúchame, leches! —lo interrumpo. Él da un salto en el sitio y yo me disculpo con una pequeña sonrisa—. No sé si eso funcionaría o no, pero yo me he dado cuenta de que, en fin, de que te quiero y que, aunque me costaría, me daría igual con tal de estar contigo, porque...

—¿Me quieres? —me corta. Casi lo agradezco porque estaba comenzando a entrar en bucle. Asiento con la mirada baja.

—Te quiero, Gabriel. Y no quiero que esto se quede como un recuerdo de setenta y dos horas.

Cierra los ojos y suspira. Ni siquiera sé como tomarme eso. Me muerdo el labio inferior presa de los nervios.

—Esto no va a funcionar, Gema... —Se lleva una mano a la cabeza—. No si me sigues llamando Gabriel.

Escucho como se ríe y algo dentro de mí revive. No tarda ni medio segundo en acercarse a mí y besarme. Es un beso muy parecido al que le había robado minutos antes dentro del local, y me vuelve loca.

—Yo creo que también te quiero —susurra sobre mis labios—, pero esto va a suponer mucho esfuerzo.

—No, porque tengo una nueva noticia para ti —exclamo sonriente. Me aparto de él para que pueda verme—. ¿Te comenté que trabajo en el Crónica matinal? Bah, no sabrás ni qué periódico es porque es supercutre, pero, en fin, a lo que voy, resulta que es un periódico, porque soy periodista, y el trabajo es en... —Me muerdo el interior de la mejilla. Elevo la vista y suspiro. Si lo digo, mi vida pegará un cambio de ciento ochenta grados de un plumazo, y si no lo hago, posiblemente me estaré arrepintiendo durante el resto de mis días... o al menos hasta que mi hermano se lo cuente—. Madrid.

Él me mira sin dar crédito a mis palabras. Lo entiendo, yo también pasé por eso... concretamente unos diez minutos atrás, cuando Hugo me confesó que mis sospechas eran ciertas.

—¿Estás...?

—¿De broma?, no. Hablo totalmente en serio. Llevo años viviendo en Madrid —confieso, encogiéndome de hombros—. Solo viene por la boda de Iago y porque...

—No, te quería preguntar si me estás pidiendo que tengamos una relación.

Presiono los labios antes de asentir.

—Creo que podríamos intentarlo, al menos durante setenta y dos horas más.



EPÍLOGO
Gabo

Último día en el paraíso.

Sonrío observando la pared. Al final parece ser que no soy tan mal pintor como creía, y sin duda a esta casa le hacía falta un pequeño lavado de cara.

—¡Esto es un desastre! —Escucho desde la otra habitación.

Presiono los labios y me acerco a la puerta.

—No necesitarás ayuda, ¿no? —pregunto, haciéndome el desinteresado.

—¡No! —grita—. Todo va bien. Todo va de puta madre. Solo pienso mandarles una puta reclamación a los de Ikea, pero eso sí... ¡Por partes, para que la tengan que montar para poder leerla!

Me río. Ella fue la que se empeñó en comprar el zapatero, supuestamente porque tiene demasiados zapatos y ahora una habitación libre para dejarlos. Yo insistí en que no me iba a dar tiempo a pintar media casa y montarle su maravilloso zapatero, y sus palabras exactas fueron: «¿Tú quién te crees que soy? No te necesito para nada, guapito. Yo solita lo monto». ¡Ja!

Un pequeño pitido en su ordenador portátil me alerta. Me acerco y descubro que es una llamada por Skype. Sonrío al ver el remitente.

—¡Es Héctor! —grito. Escucho un fuerte golpe y, en cuestión de medio segundo, veo como aparece por la puerta del salón.

No puedo evitar sonreír al apreciar sus fachas. ¡Qué mujer! Si se viera en un espejo seguramente le daría un micro infarto.

Se pone delante del ordenador y, tan pronto pulsa la tecla aceptando la videollamada y aprecia su rostro, suelta un pequeño grito. Si es que yo lo sabía.

—¿Todavía seguís de obras? —pregunta Héctor con guasa, apreciando las pintas de ambos. Yo asiento mientras que Gema se

intenta peinar a toda prisa.

¡Por el amor de Dios! Pero si solo la verán su mejor amigo gay, y su novio al que tiene loco. No necesita verse como una modelo de revista.

—¡Cuéntamelo todo! —Suelta Gema sin más, tan pronto se ve perfectamente peinada en la cámara.

Me río y los dejo que hablen entre ellos. Supongo que tendrán mucho que contarse y yo, en el fondo, soy el chico nuevo con el que todavía no tiene suficiente confianza.

Lo único que sé del tema es por Gema. Al parecer Héctor se hartó de vivir en una relación de mierda y, tras mandarlo todo al carajo —lo cual me parece perfecto—, se fue a la casa de sus tíos al sur para poder escribir su *best seller* tranquilo.

No es que tenga demasiada confianza con él, pero me alegra que la gente se empiece a dar cuenta de que no merece la pena malgastar la vida con alguien que te destruye, con quien no te hace feliz. ¿Para qué? ¿Cuál es el objeto? Perder el tiempo, y eso no sirve para nada.

Escucho los gritos de Gema y sonrío. Es una exagerada. Para dejar de oírla, sobre todo porque sé que sino comenzaré a poner la oreja —y no es mi estilo— me introduzco dentro su habitación y paseo la mirada por ella. Sin duda había dado un buen cambio esta última semana. Ella se había empeñado en moverlo casi todo de sitio, porque supuestamente la tenía aburrida, y el color de las paredes había pasado de rosa pastel a azul pitufo. Mucho más bonito, para qué voy a mentir.

Me acerco a la ventana y suspiro. Siempre supe que esto era provisional, pero pensar en irme de su casa está comenzando a revolverme las entrañas. Admito que, en un primer momento, cuando me propuso que me quedara con ella durante unos días, pensé que me volvería loco: Gema es pura adrenalina, pero no sabía hasta qué punto iba a conseguir meterme en su mundo, en sus historias, en sus locuras.

Sonrío al recordar cada detalle con ella dentro de esas cuatro paredes, y eso que tan solo fue una semana. Posiblemente la mejor de mi vida.

Siento una pequeña vibración en mi bolsillo derecho. Tuerzo los labios antes de desbloquearlo. Es de Hugo.

A las ocho en el aeropuerto

Sonrío. Me encanta que ni me pregunte si lo puedo ir a recoger. Será que no tengo vida. Me limito a responder con un «Ok». Total, en el fondo estoy deseando verlos.

Los chicos todavía siguen flipando por el cambio de trabajo, y lo cierto es que yo también. Me había arriesgado mucho, tal vez a perder la oportunidad de venirme yo a Madrid, pero había merecido la pena. Supongo que toqué el corazón de Aráoz, porque me niego a creer que yo pueda ser tan indispensable para ellos como para conseguirles un contrato a todos por mí. La única que no parece contenta por ello es Gema, quien se pasa los días protestando por el hecho de tener que compartir más tiempo del necesario con su hermano, pero... yo sé que, en el fondo, está encantada.

Apoyo la cabeza contra la ventana y suspiro. Sé que tan pronto llegue Hugo todo volverá a la normalidad, de hecho, me consta que tiene un piso elegido para ambos, al que solo le falta echarle un vistazo para cerciorarse de que es todo lo que necesitamos. Lo cierto es que yo no quise ni verlo, pensar en irme de la casa de Gema no es algo que me agrade en absoluto.

—Héctor no vuelve en su vida, te lo digo yo —dice, entrando por la puerta como un torbellino—: Tranquilidad, playa, chicos buenorros... ¡Ese se olvida de su mejor amiga pronto!

Sonrío, e intento cambiar mi expresión.

—No digas eso. Olvidarse de ti no es nada fácil.

Me acerco a ella y la abrazo por la cintura. Clavo mi vista en la suya y, tan pronto siento ese brillo especial, sonrío. Creo que jamás me podré acostumbrar a esta ridícula sensación.

—Claaaaaro. Eso lo dices para tenerme en el bote, porque sabes que ahora me quedaré sola y podré traer a chicos guapos a casa a tus espaldas, y sin que nadie se entere.

Abro los ojos y me separo de ella con brusquedad. En ningún momento se me había pasado eso por la cabeza.

Niego y me giro, clavando la vista en el paisaje. Necesito borrar esas imágenes de mi cabeza y eliminar ese sentimiento porque no, yo no soy celoso y esta mujer va a conseguir que me convierta en un loco posesivo.

—En último caso, tú eres libre de hacer lo que quieras.

En el fondo es cierto: es libre y yo no pienso ponerle una correa, aunque por dentro me esté matando el solo hecho de imaginarme a otro con ella en la cama que compartimos durante una semana.

Estalla en una fuerte carcajada. Al momento siento sus manos aprisionando mi pecho, y su cabeza pegada a mi espalda.

No sé cómo consigue tener ese poder de tranquilizarme con ese simple contacto.

—No seas idiota —alega—. Pero he estado pensando que tal vez...

Se separa de mí, obligándome a girarme hacia ella. Veo como presiona los labios. Es increíble cómo puedo llegar a conocer sus gestos en tan poco tiempo. Siento el impulso de abrazarla, pero un fuerte estruendo en la puerta principal nos paraliza a ambos.

—Hola, pareja —grita una voz desde la entrada. No tardo en reconocerla y sonrío. Creo que en esta semana ya terminé por acostumbrarme a sus visitas constantes.

No me da tiempo a hacer o decir nada, cuando veo como Donato se me abalanza.

—Oye, a ver si te voy a tener que quitar la llave —protesta mi novia. Mi novia, Dios, qué extraño suena eso. «Mi novia», pues creo que me gusta.

Elisa se encoge de hombros con gesto cómico.

—Espero que se haya portado bien —le digo a Daniel, quien nos observa desde la puerta de la habitación, tan pronto la bestia me deja hablar. Sonrío y lo acaricio.

—Se portó de vicio —expone—, pero creo que te echaba de menos.

Eso ni lo dudo. Es el perro más cariñoso que cualquiera se podría imaginar. Me adora casi tanto como yo a él.

—Vamos a hacer unas compras, ¿nos vemos más tarde? Tenemos algo que contaros —dice Elisa, con una radiante sonrisa en el rostro.

Gema sonrío de una forma extraña y asiente. No sé qué es lo que se le está pasando por la cabeza, pero juro que me encantaría saber cada una de las locuras que cruzan su mente. Llega a un punto en que me da hasta miedo.

Espera hasta que salgan para volver a poner su vista sobre mí. Por suerte, Donato cesa en su intento por llamar mi atención y se dirige al salón siguiendo un rastro, a saber de qué.

—¿Por dónde íbamos tú y yo? —Se acerca a mí, pasando sus brazos alrededor de mi cuello. Sonrío.

—Íbamos en que te ibas a traer a no sé cuántos tíos a casa cuando yo me vaya —espeto, aunque le intento quitar importancia con una sonrisa.

—Es verdad —murmura. Hace una pequeña mueca con los labios antes de añadir—. Estaba pensando yo que, tal vez, podríamos ampliar las setenta y dos horas de convivencia en... ¿setenta y dos más?

Me quedo estático. Mi mente intenta hilar sus palabras, como si hubiera dicho una verdadera locura, o como si yo no hubiera deseado con todas mis fuerzas que me lo propusiera. Abro y cierro los labios. Siento que estoy boqueando como un imbécil.

—P-Peró... —balbuceo.

«Di que sí, idiota. Di que sí. ¡No es tan difícil!»

—No —sentencia, separándose de mí y mostrándome el dedo índice en modo acusador—. Héctor ya no está, así que no hay excusa que valga.

—¿Me estás ofreciendo que te alquile la habitación de Héctor? —pregunto con guasa.

Veo como niega, pero todavía sin cesar en su intento de abrirse una herida en su labio inferior.

—Quiero que sigamos como hasta ahora —dice como si nada, mirándome directamente a los ojos.

—Llevamos muy poco tiempo juntos, Gema. Tal vez sea un tanto precipitado que...

Es muy precipitado, lo sé, pero me da exactamente igual. Tengo claro que quiero hacerlo, aunque en dos días nos estemos tirando de los pelos.

—Tengo una idea —dice, con voz cantarina. Aprecio como comienza a dar pequeños saltitos, tal como si hubiera descubierto la pólvora—. ¡Te lo juego! —exclama, dirigiéndole una mirada fugaz a mi Play—. Si gano yo, te quedas, y si ganas tú...

Si ella... ¿qué? No me gana nadie desde que tengo uso de razón. Suelto una fuerte carcajada. Me juego todo lo que ella quiera, sé que ganaré siempre.

—Si gano yo me quedo durante setenta y dos horas más —digo. Veo como fija su vista en mí y, antes de que sea demasiado tarde para romper la magia, prosigo—, pero en la habitación de Héctor.

Veo como tuerce los labios, me dirige una mirada retadora y se sienta delante del televisor. Me quedo paralizado durante un momento, recordando las palabras de Elisa y el extraño gesto de Gema. Creo que la conozco lo suficiente para saber que no se quedaría tan tranquila sin saber qué es lo que ocultan.

—Oye, ¿es que no te inquieta ni un poco lo que tenga que decirte Elisa? —pregunto, dejándome caer a su lado.

Veo como suelta una pequeña risa tonta.

—Está embarazada. Se cree que no lo sé. —Me giro hacia ella, observándola con los ojos muy abiertos. ¿Desde cuándo lo sabe?—. Es mi mejor amiga, ¡tengo un radar! —exclama con entusiasmo—. Bueno, eso y que me encontré una prueba de embarazo ayer en su casa... ¡Van a tener una pequeña Gemita por fin!

Comienza a dar palmadas como una niña pequeña, lo cual me roba una pequeña sonrisa. Al escuchar la juerga, Donato se acerca, situándose entre los dos. Veo como Gema le sonrío y le acaricia la cabeza para obligarlo a relajarse a su lado.

—¡Venga, Champi! ¿Jugamos o qué? —inquire, observando el mando. Por como lo hace sé que es la primera vez en su vida que tiene uno entre manos.

Oh, Dios. ¿Tan fácil lo voy a tener para ganarle?

Suspiro, totalmente seguro de que será la primera vez que me deje ganar... pero no la última.

AGRADECIMIENTOS

Flechazo imprudente fue, hasta el momento, la novela que más me costó escribir. Me resultó complicado —por no decir casi imposible— meterme en la cabeza de sus protagonistas. **Gema** es un personaje que me encanta, me gusta su forma de ver la vida, el modo en que decide comportarse y es, casi con total seguridad, el personaje propio que más admiro por su seguridad. **Gabo**, por el contrario, es retraído, sarcástico y friki. Me costó tanto que hubo momentos en que casi tiro la toalla, y es por ello que quiero que mis primeros agradecimientos aquí sean para **Cristian**, el que me apoya y me tira de las orejas cuando tiene que hacerlo; y para **Sonia**, mi sister en la distancia, que no tiene problema en pegarme un par de regañinas si es necesario. Ambos me obligaron a seguir avanzando incluso cuando yo lo único que quería era mandarla directa a la papelería... y al final estoy más que satisfecha con el resultado.

Tengo que dar las gracias también, por supuesto, a toda mi **familia**, que me apoyó en todo momento en esta incursión en la literatura: a mi **madre**, que me animó siempre a perseguir mis sueños por muy locos que parecieran y que, además, es la persona más valiente que conozco; a mi **madrina**, que me mostró el camino de la literatura desde muy niña; a mis **abuelos** María y José, por estar siempre para mí cuando los necesito, alegrándose por mis victorias y llorando mis fracasos. Por apoyarme en todo momento. A mis tíos, por apoyarme en todo. A **María José, Iria y Sabela** por animarme a seguir publicando.

Muchas veces me preguntan qué es lo mejor de este mundo. Podría decir que lo más bonito es que te lean, porque es cierto, o incluso llegar a conocer las obras de grandes autores desconocidos, que también es verdad. Pero no, lo más especial es el vínculo que

se crea entre autores. Es increíble la calidad de gente que te puedes encontrar por aquí y eso es, sin ninguna duda, lo más importante que me llevo.

M.P.Southwell, gracias. Gracias por animarme a escribir la historia de Gema. Gracias a ti la idea fue naciendo. Todavía no había terminado la primera parte cuando me pediste que siguiera con esta, pensé que estabas loca, pero, sin más, fue naciendo una idea que terminó por resultar uno de los proyectos más interesantes en los que me metí.

Marce Madeleine, mi otra niña argentina. Gracias por leer mis locuras y por apoyarme hasta la última consecuencia. Siempre es un placer que te lean, pero más cuando lo hacen con tanto cariño, y gente con tanto talento como tú.

Sonia M. Fuentes. Ya te agradecí más arriba, pero también te mereces una mención aquí abajo, por supuesto. Gracias por no dejarme caer y por llegar a conocer tanto a mis personajes como yo —o incluso más, para que nos vamos a engañar—.

Carol Branca, gracias por apoyarme desde el primer instante. Fuiste una de las primeras personas con las que me crucé en Wattpad y, sin duda, todo un acierto comenzar a seguirte. Tu novela es algo que recomendaré siempre a todos, un grito a la libertad, a que cada uno sea feliz como quiera. Y, tenerte como lectora, fue un auténtico placer.

Sara, gracias infinitas. Gracias por leer mi novela de una sentada. Por esos comentarios hilarantes que me hacían reír a mi a carcajadas. Gracias por tu apoyo y el cariño.

Mónica, gracias por enamorarte de Daniel y Elisa. Fuiste una de mis primeras lectoras en la novela, y desde el primer momento me dejaste más que claro que era una de tus parejas favoritas. Después hiciste lo mismo con Gema y Gabo. Leer tus comentarios fue un auténtico privilegio y, por eso, gracias.

Begoña Medina, no me cansaré de agradecerte nunca que me hayas animado a dar el salto a Amazon. Fuiste la que nos diste el empujón a todas las que te fuimos siguiendo poco a poco, muchas a ritmo de tortuga, pero allá vamos. Gracias por el cariño

con el que me leíste siempre, por esas ganas y ese amor que transmites. Eres muy grande.

Diana Golay, fue un placer tenerte como lectora. Te admiro muchísimo como autora, te convertiste en una de mis favoritas con gran rapidez. Tienes un talento increíble y es por eso que, que tú me digas que disfrutas con mis novelas me hace una ilusión enorme. Gracias, también, por animarme a dar el salto definitivo a Amazon. Bego y tú sois todas las culpables de ello.

Cassandra Acuri, a ti te tengo que agradecer lo mucho que disfrutaste con Gema. Te enamoraste de «Gomita» y «Mr. Emoji». Reíste y te enfadaste con ellos, y eso es lo más especial para un autor. Gracias.

Mila Burton, gracias por crear esta maravilla de portada, que es preciosa. Gracias por la paciencia, por las conversaciones, por leer las locuras de esta pareja. Gracias por todo.

Liz, eternamente agradecida. Ya no solo por tus comentarios y tus votos en la aplicación, sino por todo en general. Eres una persona estupenda, y el solo hecho de que elijas leerme ya me hace sentir afortunada.

Nic Barret, lo mismo te digo. Te admiro muchísimo. Eres una escritora maravillosa y una persona estupenda. Eres de lo mejor que me llevo y me llevaré siempre de Wattpad. Gracias por haberle dedicado un ratito a esta novela.

Arielyn, gracias por ser la primera en comprar mi novela. Todavía no estaba disponible y tú ya tenías en el carrito de la compra Virtualmente perfecto. Gracias por confiar en mí. Es increíble lo mucho que saqué de haber sido autora destacada, no solo el reconocimiento, sino una gran amiga y compañera de novelas.

Por supuesto, aunque ya lo he dicho antes, le tengo que dar infinitas gracias **a mi novio**. Gracias por su paciencia, por su cariño, por su apoyo en todo este proceso. Gracias por todas esas horas de charlas de las que brotan ideas, gracias por ese empujón para dar el paso una vez más. Y, sobre todo, gracias por hacer que

valore más mi trabajo de lo que ya lo hago. Porque tú me haces ver lo importante que es. Te quiero con todo mi corazón.

Gracias a **Andrea**, mi niña bonita, por seguir ahí en la distancia.

Gracias a todos los que habéis leído Virtualmente perfecto, que lo habéis disfrutado y os habéis animado a darle una oportunidad a Gema. Gracias a **RM Madera**, por su cariño a la hora de leerme y su apoyo incondicional. Gracias a **Luz Maestre, a María, a Luisa, a Arah**, y a todos los que me habéis dado una oportunidad desde el comienzo.

Gracias a los que, a pesar de no leer romántica, os atrevisteis a darle una oportunidad a mis novelas.

Gracias **a ti**, por haber leído Flechazo imprudente. Gracias por haberme elegido a mí entre tantos grandes autores del género. Espero que te haya gustado, que te haya hecho disfrutar y reír a carcajadas.

Gracias a todos por tanto.



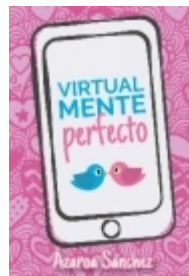
www.facebook.com/AzaroaSanchezEscritora

www.instagram.com/Azzaroa__

www.twitter.com/AzaroaSanchez

OTRAS NOVELAS DE LA AUTORA

Virtualmente perfecto



Elisa vive por y para su trabajo. Por casualidad, lee uno de los artículos del reconocido periodista Edward Parker, convirtiéndolo en su obsesión.

Daniel tiene todo lo que puede desear: es el periodista más importante de un reconocido periódico inglés y además disfruta del anonimato que le proporciona su seudónimo: Edward Parker.

Ella se enamora de él leyendo sus escritos; él de ella leyendo sus palabras.

El destino se encargará de unir sus caminos.

¿Es posible amar a alguien leyendo lo que escribe?

[1] <https://youtu.be/HPqduBYgUu8>

[2] <https://youtu.be/1xvP2AXbDXQ>

[3] Lugar destinado para guardar los vehículos no utilizados en el Gran Turismo, juego de Sony Play Station.

[4] <https://youtu.be/j8aQseeJMtA>

[5] <https://youtu.be/1lwlkb5yM7g>

[6] <https://youtu.be/yBAx5nBdJqU>

[7] <https://youtu.be/R8KfGvDe6TE>

[8] <https://youtu.be/hvaqFn5dvhU>

[9] <https://youtu.be/2oDzHb9LP6s>

[10] <https://youtu.be/0jgVoAdNioM>

[11] <https://youtu.be/s06Zeslakhk>

[12] <https://youtu.be/2rSPHdug6zE>

[13] <https://youtu.be/r2g0pM3PMNQ>

[14] <https://youtu.be/-XGHBV1p5lw>

[15] <https://youtu.be/t18i57oOGIs>

[16] <https://youtu.be/MM9zHF4e810>

[17] <https://youtu.be/Q9HQGxWZThc>

[18] <https://youtu.be/LFpkVUP46zU>

[19] <https://youtu.be/WxMuAK4h5Hs>

[20] https://youtu.be/EqebbgWf_f0

[21] <https://youtu.be/1JwAr4ZxdMk>

[22] <https://youtu.be/fhlqQB2a9uo>

[23] Fragmento de *Te olvidaste*, de Huecco.
<https://youtu.be/r3TQSuxuu9Q>

[24] Fragmento de *Las ocho y diez*, de Conchita.
https://youtu.be/J1UNlbo_9iA

[25] Fragmento de *Soy tu superhéroe*, de Melendi.
https://youtu.be/K1AnMyi_fQw

[26] Fragmento de *Ya es hora*, de Anna Mena, Becky G y De la Ghetto.
<https://youtu.be/KwbtlSQLTMY>

[27] Fragmento de *¡Chas! y aparezco a tu lado*, de Alex y Christina.

[28] Fragmento de *Libre*, de Efecto pasillo.
<https://youtu.be/tklTcQbWfCE>

[29] <https://youtu.be/Eg4LUvUjUWI>

[30] <https://youtu.be/lwz4P8HfGVM>